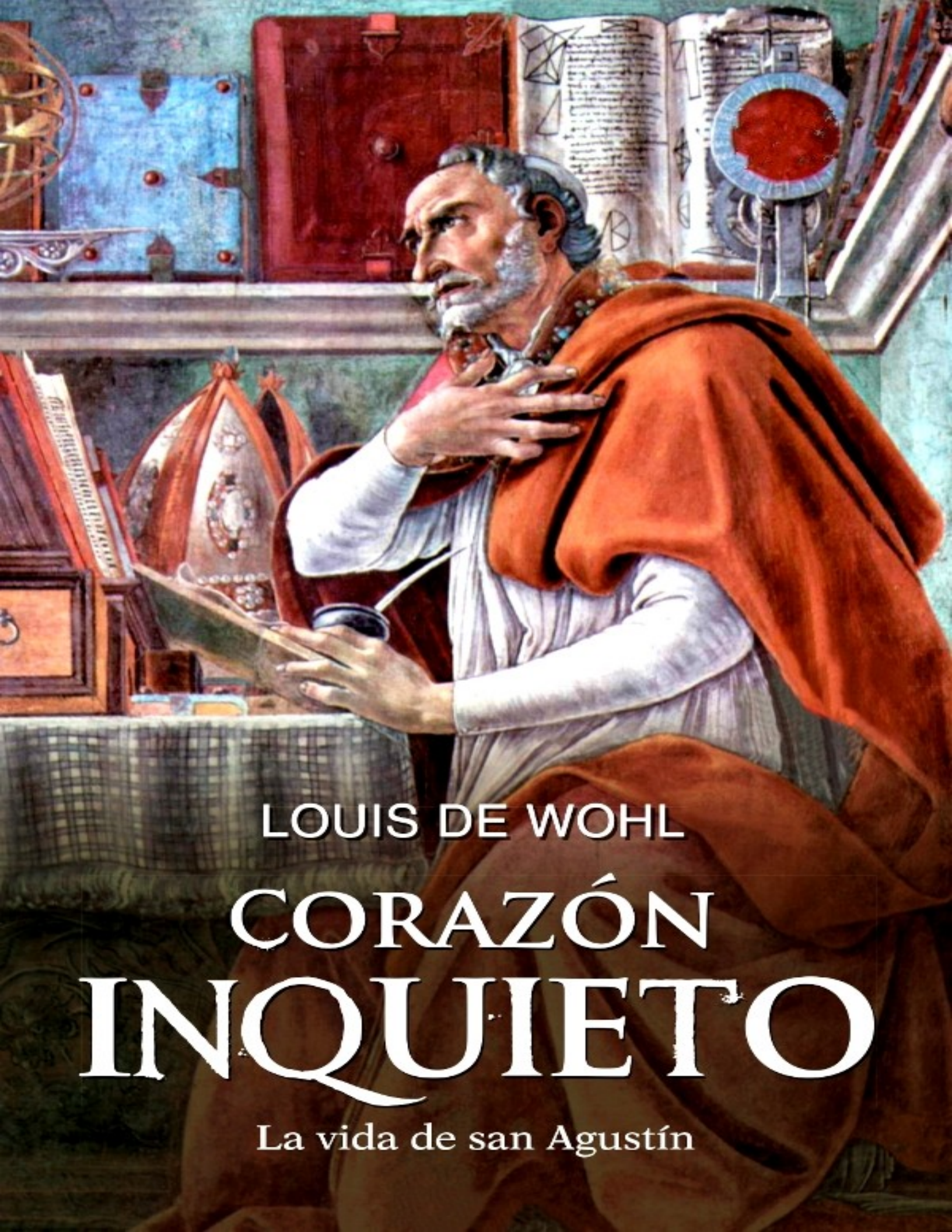


LOUIS DE WOHL

# CORAZÓN INQUIETO

La vida de san Agustín

Empieza la biografía de San Agustín, futuro pensador y Padre de la Iglesia, con una pelea entre pilluelos. Desde este primer encuentro se siente uno fascinado por la personalidad del apasionado joven.

Con su vigoroso e inimitable estilo, el autor nos cuenta la historia de la transformación de San Agustín, desde que era un muchacho frívolo y sensual, hasta que se convierte en un brillante escritor y profundo teólogo, obispo de Hipona…

El hombre que se conquistó a sí mismo, cuyas obras maestras de literatura y de filosofía presidieron el pensamiento occidental a lo largo de un millar de años.

Además, con la maestría y amenidad a la que nos tiene acostumbrados, el autor recrea el marco excitante de la época: el clima turbulento del Imperio Romano en los últimos días de su decadencia. Con vigorosa mano pinta las personalidades cuyas vidas influyeron más íntimamente en Agustín: Mónica, su heroica y santa madre; el solemne Ambrosio, obispo de Milán; Alipio, su incondicional amigo; la delicada Melania, madre de su hijo.

Louis De Wohl

# Corazón inquieto

## La vida de san Agustín

Título original: *The Restless Flame*
Louis De Wohl, 1951
Traducción: Joaquín Esteban Perruca

¡Cuánto tardé en amarte,
Belleza tan antigua y tan nueva!
¡Cuánto tardé en amarte!

Vaya donde vaya,
en los confines del cielo y de la tierra,
saldría Dios a mi encuentro.
Pues ha dicho:
Lleno el cielo y la tierra.

Nos hiciste para Ti
y nuestro corazón está inquieto
mientras no descanse en Ti.

SAN AGUSTÍN

# LIBRO PRIMERO
# Año 370 d. C.

## 1.

—Has hecho trampa —dijo Alipio.

—Nada de eso —repuso Agustín, enojado.

—Claro que sí —insistió Alipio—. Lo he visto. El garbanzo estaba bajo la cáscara de nuez del centro, pero lo empujaste con el dedo cuando la levantaste… Un truco muy viejo.

—Mientes, escarabajo —bramó Agustín, furioso, arrojando las tres cáscaras de nuez al suelo.

Sus negros ojos echaban chispas y la boca, apretada, era apenas una línea rojiza.

Los demás muchachos estallaron en carcajadas.

«Debería pegarte una paliza», pensó Alipio. Pero no lo hizo: era mucho más alto que Agustín, y más fuerte, aunque este se negaba a reconocerlo… En la escuela, siempre encontraba excusas para evitar que el maestro le infligiese un castigo. Por eso todos le llamaban «el pequeño retórico» o «el leguleyo».

«Si le pegara, se pasaría una semana por lo menos sin dirigirme la palabra, y no merece la pena. Al fin y al cabo, yo no quiero ser el jefe de la banda, y él sí… Hizo trampa, desde luego… Pero siempre las hace, cuando no tiene suerte. Debería haberlo tenido en cuenta…».

—De acuerdo —murmuró de mala gana Alipio—. Tú ganas…

—Claro que he ganado —barbotó Agustín, con desprecio—. No necesito hacer trampas para ganarte *a ti*. Eres tan lerdo como una ostra. He ganado y me toca dirigir la banda esta semana.

Eran siete —«Los Siete contra Tagaste» se llamaban— y la somnolienta ciudad provinciana sabía de sus «hazañas». No hacía mucho que habían abierto los establos de Rufo, el prestamista, y seiscientas vacas habían estado rondando por las calles durante varias horas. Otro día habían amordazado y tapado los ojos a una negra gordísima; luego, atada, la habían sentado en lo alto de la joroba de un dromedario, de cara a la cola, y habían metido a ambos en el Ayuntamiento, donde los sesudos varones de Tagaste estaban reunidos… Y ayer, sin ir más lejos, habían mantenido una batalla campal, en la plaza del mercado, con «Los Relámpagos», una banda más numerosa que la de los «Siete», pero formada por chiquillos.

Y es que desde que Agustín había vuelto de Madaura, una vez terminados sus estudios secundarios, la vida en Tagaste se había «animado» mucho. Era el más joven de los Siete, si se exceptúa a uno, pero tenía más «ideas» que todos juntos.

Se estaba haciendo de noche, y los muchachos se pusieron a vagar por el parque municipal, lleno de parejas a aquellas horas.

—Como moscas a la miel —dijo Alipio con desprecio—. Es increíble lo infantil que es la gente. ¿Habéis oído lo que ha dicho ese?… Ha repetido por lo menos seis veces: «¿De quién son estas orejitas?»… ¡Por el Asno de oro! ¿Es que no se ha enterado todavía?… Y *ella* va y se ríe…

—Esa gente, al menos, es infantil porque quiere, Alipio —repuso Agustín condescendiente—, pero tú lo eres porque no tienes más remedio.

Se echó a reír entre dientes y añadió con desprecio:

—Algún día comprenderás, Alipio, que el amor es ciego… ¡Por la leche de Tanit que lo es!

«¿Es que no puede evitar ese aire de superioridad?», pensó Alipio. ¿Y qué diría su madre, Mónica, si le oyera jurar por la diosa del amor?… Una mujer más cristiana que el mismísimo obispo, que permanecía rezando en la basílica más tiempo que él…

Agustín se había lanzado a describir morbosamente un par de chicas que había conocido en Madaura. Alipio le escuchó en silencio, hasta que no pudo más.

—¡No nos interesan esas estupideces! —explotó—. Se trata de *hacer* algo…

Se asombró de la fuerza de sus propias palabras, y aún tuvo valor para añadir:

—Si yo fuera el jefe…

—Si lo fueras —replicó Agustín como un rayo—, no serías capaz de inventar nada. ¿A que no?

—Bueno, yo… —balbució Alipio.

—Tú, ¿qué?

—Si propusiese algo, tú te opondrías.

—Nada de eso, Alipio —dijo Agustín, meloso—. Propón lo que quieras… ¿O es que no se te ocurre nada?

Alipio no supo qué decir.

—Los Glabrios tienen en su huerto un peral cuajado de peras maduras —dijo Tulio de repente—. ¿Por qué no robamos unas cuantas?

—Eso precisamente iba a sugerir yo —intervino Alipio, presuroso—. Me has quitado la palabra.

Tulio era el mayor de todos; tenía diecisiete años.

Agustín se encogió de hombros.

—Peras… —balbució desdeñoso—. Y ni siquiera son buenas. Ya las he probado.

—Mejor es eso que nada. ¡Venga, vamos! —insistió Tulio.

Cruzaron una calle y se dirigieron hacia el huerto. Agustín iba en cabeza, saltando como un gato.

—¿Por qué unas cuantas? —musitó de pronto—. Nos llevaremos *todas*. Veréis cómo se quedan cuando se despierten mañana y se encuentren con el árbol *pelado*.

Todos rieron a hurtadillas. Alipio estaba fascinado. Cualquiera era capaz de robar unas cuantas peras del árbol del vecino, pero llevárselas todas… Habría que ver cómo lo lograban.

Saltaron la tapia y entraron en el huerto.

—Sube al árbol, Tulio —ordenó Agustín—. Y tú también, Sexto. Vosotros, escondeos… Mirad, ahí, junto a la tapia, hay un par de sacos. Tráelos, Pánfilo.

El peral empezó a soltar peras. No era un árbol muy corpulento, pero estaba cargado de fruto.

Ninguna luz se veía en casa de los Glabrios, que, sin duda, estaban ya durmiendo. Con todo, trabajaron en silencio, hasta que los dos sacos estuvieron completamente llenos.

En la oscuridad, la luna nueva parecía una hoz afilada segando la palmera que crecía junto a la casa.

La calma era absoluta. Solo se oía el susurro de las ramas, el sordo golpear de las peras contra el suelo, las respiraciones agitadas…

El primero en bajar del árbol fue Sexto, seguido de Tulio; quien, una vez en el suelo, saludó a Agustín llevándose el puño a la frente, como un jinete númida.

—Misión cumplida, jefe —dijo.

—Vale —repuso Agustín, recogiendo una última pera y dejando caer varias que se había guardado bajo la túnica—. Coged los dos sacos. Nosotros tenemos las manos ocupadas.

Con paso vacilante bajo el peso de los sacos, se alejaron del huerto. El pequeño Pánfilo, pensando que era preferible acarrear las peras *dentro*, mordió la undécima, pero no pudo comérsela: eran ya demasiadas y, además, no muy buenas.

Entre tumbos y traspiés, su entusiasmo se fue apagando. Tulio propuso hacer una pirámide con las peras en medio de la calle, pero

estaban llegando a la casa del Viejo Hediondo —Burro, el porquerizo, que guardaba sus cerdos en unas cochiqueras que olían a rayos—, y Agustín prefirió bombardearlos con los frutos del árbol.

Pronto, la noche se llenó de sordos gruñidos, como los que suelen oírse al final de un banquete. Y, cuando el Viejo Hediondo salió a ver lo que ocurría, los Siete echaron a correr entre grandes risotadas y no se detuvieron hasta alcanzar la entrada del parque.

Agustín sonreía con sonrisa triunfante. Sus dientes brillaban y la luna ponía en su rostro un tinte plateado.

—Tenemos que dispersarnos —dijo con voz ronca y agitada.

Así lo hicieron. Solo Alipio siguió a Agustín, que se dirigía a su casa. No tenía prisa. Si ahora iba a la suya, encontraría a su padre levantado y le echaría un rapapolvo por llegar tarde. Era preferible llegar cuanto ya estuviese acostado. Mañana por la mañana ya se habría olvidado… Y, si no era así, la reprimenda sería bastante más suave.

## 2.

La casa de los padres de Agustín no era como para enorgullecerse. Sin embargo, Alipio no sentía desprecio por ellos, al revés de lo que le ocurría con los de Tulio, que eran también pobres. Y no era porque fuesen los padres de Agustín, sino porque eran gente honrada. El padre de Tulio se rebajaba ante Alipio porque debía dinero al suyo y la madre era una cotilla zarrapastrosa, llena siempre de manchas.

Llegaron juntos hasta la pérgola y Alipio pensó que, si Agustín quería que se fuera, se lo diría.

Pasaron junto a unos matorrales de adelfas y, de repente, Agustín se volvió hacia él y se llevó el dedo índice a los labios. El sendero era de arena y apenas se percibía el ruido de sus pisadas, pero aun así se pararon.

Desde donde estaban, Alipio podía ver a Patricio como una sombra incierta medio oculta por un banco de mármol; a su lado, Mónica permanecía de pie, envuelta en un velo y vestida con una túnica larga y flotante. «Parece un ciprés», pensó Alipio; tan esbelta, tan seria… Nunca la había visto reír, y quizá no lo hiciera, porque los cipreses son serios.

Hablaban de dinero; mejor dicho, hablaba Patricio. Es lo que les pasa a los viejos: no hablan más que de lo que les preocupa. Son incansables en eso.

Patricio hizo una pausa y Mónica aprovechó para decir:

—Se retrasa mucho…

—¿Quién? —preguntó la sombra desde el banco—. ¡Ah, Agustín! No tiene importancia… Ella no dijo nada.

—Ya no es ningún niño, Mónica —prosiguió diciendo Patricio—. Puede cuidar de sí mismo.

Alipio dio un codazo a Agustín, quien le dirigió una mirada tan severa que le dejó cortado.

—Es mi hijo… mi niño —musitó Mónica.

Patricio estalló en carcajadas.

—Podríamos ser ya abuelos…

La sombra cloqueó y pareció expandirse sobre el banco de mármol.

Mónica no parecía dispuesta a compartir los sentimientos de su esposo, que dejó de reírse.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Por qué lloras? —preguntó él—. Si fueras como Nigidia o Sabina, diría que te ha molestado que te dijera que podrías ser abuela… Pero, como sé que eso no te importa, no me explico tu disgusto. ¿Acaso no me has dado un hijo varón?… Al fin y al cabo tenía que convertirse en un hombre.

—Su cuerpo, sí, es el de un hombre, pero todavía tiene el alma infantil, y eso es muy peligroso, Patricio.

—Mujer, eso ocurre siempre a su edad. Cuando nacemos, el cuerpo es lo primero que despierta, lleno de deseos… La inteligencia

y la voluntad tardan mucho más en despertar. Mientras se es joven, el cuerpo es el que manda. Solo más tarde somos capaces de tascar el freno… y no todos.

—Yo no soy más que una mujer, ajena a esas filosofías. Lo único que sé es que tengo miedo…

—¡Por Eros, Anteros y todas las Gracias! ¿Acaso no tuve yo mi primer hijo casi a su misma edad?

—Por favor, Patricio, no nombres las divinidades paganas. Me prometiste no hacerlo.

Él se echó a reír, un tanto forzadamente.

—Perdona. Pero no olvides que no soy más que un catecúmeno y no un cristiano hecho y derecho… No es fácil ser cristiano, y no sé si llegaré a serlo. Soy demasiado viejo… Además, si hubiese jurado «por Jesucristo y por su Madre», tampoco te habría gustado… ¡Y un hombre *tiene* que jurar por *algo*!

Poco a poco, se había ido acalorando.

—Así que juraré por lo que me apetezca —prosiguió diciendo—, y ni tú ni tu obispo logrará evitarlo. Y, si Agustín quiere correr aventuras, que las corra. ¿Acaso no están las rameras para eso?… Lo malo de vosotros, los cristianos, es que queréis prohibirlo todo. Los dioses antiguos tendrían sus defectos, pero dejaban que los hombres también los tuvieran…

Ella no hizo el menor comentario, y Alipio pensó en lo que Agustín le había dicho una vez: «Los silencios de mi madre son afilados como cuchillos».

Patricio sintió su filo cortante. Guardó silencio un largo rato y, por fin, dijo:

—Las mujeres os asustáis cuando algo cambia, como si todo cambio fuera para peor. El chico tiene ya dieciséis años.

—Sí, ¿y en qué se nota? Está todo el santo día ocioso…

—En eso llevas razón. Pero ya ha terminado sus estudios en Madaura y habrá que esperar un año por lo menos… ¿Te das cuenta? Ha aprendido en poco más de un año todo lo que allí eran

capaces de enseñarle… Le despacharon enseguida, para quitárselo de encima.

—Cuando hablas de Agustín, te hinchas como un pavo.

—¿Y tú? No se te va de la cabeza.

—Me necesita.

—Todas las madres piensan eso.

—Tal vez yo sea como las demás madres, pero él no es como los demás hijos.

—También todas las madres piensan eso… Y, a veces, algunos padres chochos.

—Te digo que me necesita. Tú no puedes comprenderlo. Me necesita. Si fueras cristiano, Patricio, sabrías lo que quiero decir y no tendría que explicártelo… Y te diré aún más: mi mayor pecado tal vez sea que en lo más profundo de mi corazón no quiero que me necesite menos.

—Hablas como el oráculo de Delfos. Ni a ti ni a mí nos necesita. Lo que le hace falta es una buena educación, y yo no puedo dársela… ¿Sabes por qué? Porque no acepté sobornos cuando era el decurión[*] de Tagaste. ¡Ojalá los hubiera aceptado!… Ahora podría enviar a Agustín a Cartago, a proseguir sus estudios… Haría lo que yo no pude hacer: ser un gran abogado o consejero del Gobernador, en lugar de ir de acá para allá, como yo, al mando de un puñado de rufianes. ¡Maldito dinero! Si me hubiese dejado sobornar por Scauro cuando lo del impuesto de la sal…

—No digas eso, Patricio. Nada bueno se habría derivado de ello.

—¡Bah; tonterías! Muchas carreras honorables se han hecho a base de sobornos… Lo que pasa es que yo no estaba seguro de que ese Scauro mantuviese la boca cerrada… Además, Agustín no era más que un niño, que no paraba de berrear día y noche… Si hubiese sido más ambicioso, habría pasado por todo, sin reparar en las consecuencias.

El cuchillo de su silencio. Luego, sus palabras, medidas, reposadas…

—Cartago está lleno de peligros… Pero tal vez tengas razón, Patricio: tal vez conviniera enviarle allí. Lo único que siento es no poder acompañarle.

—¡Si ese fuera el único obstáculo! ¿Tienes idea de lo que nos costaría? Ya era carísimo allí hace diez años, así que ahora… Imposible. Lo he calculado una y mil veces. No hay nada que hacer.

—Estaría solo, en medio de tanta lujuria, tanta corrupción, tanto vicio…

—Eso es lo de menos. ¿Acaso quieres que llegue a Obispo, como aquel santo varón, Cipriano?… Y, hasta en ese caso, tendría que ir a estudiar a Cartago, con vicio o sin él. No, el obstáculo no es ese, sino el dinero. Solo el dinero…

Ella suspiró hondo; era como si tuviera que hacer acopio de todas sus fuerzas, pero solo pronunció una palabra:

—Romaniano.

—¿Romaniano? —exclamó él mirándola, sorprendido—. ¡Ah, comprendo!… Sí, él tiene dinero, pero ¿por qué iba a hacernos ese favor? No puedo corresponderle…

—No creo que te lo pidiera.

—Pero… no lo entiendo. No es cristiano, que yo sepa.

—No, no está bautizado, pero lo es en su espíritu. Además, aprecia mucho a Agustín. Creo que estaría dispuesto a echarnos una mano.

—¿Le has insinuado algo?

—No, no lo he hecho. No me corresponde a mí…

—Tienes razón. Pero me has dado una idea. Sí, se lo propondré.

La sombra incierta se irguió.

—¿Ahora? ¿Se lo vas a proponer ahora?

—¿Por qué no? Romaniano se acuesta tarde. Estará sentado junto a una jarra de vino de Falerno leyendo a alguno de sus queridos filósofos, o contemplando bailar a alguna de sus esclavas. Los demás estarán durmiendo… Le diré que le estaré eternamente agradecido si costea los estudios de Agustín en Cartago. Así, cuando

vuelva, podrá enseñar a su hijo Licencio, que solo tiene seis años. Eso le hará mella… Por bondadosos que sean, los ricos siempre quieren sacar algún partido a su dinero… Me voy, Mónica. Y yo, en tu caso, no esperaría a que Agustín regrese.

Agustín pasó su brazo derecho por el hombro de Alipio, para que no se moviera. Ocultos tras los matorrales de adelfas, vieron pasar a Patricio, que no reparó en ellos. Esperaron a que la sombra desapareciera por el sendero y luego Agustín despidió a su amigo.

—Buenas noches, Alipio.

—¿Cómo?… Ah, sí, buenas noches…

Alipio se alejó, no sin volver la cabeza. Agustín estaba ya junto a su madre. Entonces, de puntillas, sin hacer el menor ruido, volvió a esconderse detrás de las adelfas. No podía resistir la curiosidad, y siempre había sido curioso. ¿Qué se dirían madre e hijo?… Tendió el oído, como si de ello dependiera su propio destino. Y dependía, aunque él no lo sabía.

—…y no sé de qué te valdría, madre, que te dijera dónde y con quién he estado…

—Pero no has estado con ninguna de esas mujeres, ¿verdad, hijo?

—No, madre —repuso Agustín, riendo—. Esta vez, no.

—Me resulta penoso hablar de estas cosas contigo, Agustín.

—Entonces no lo hagas, madre.

—Tengo que hacerlo, hijo, porque corres peligro… Y más aún en el futuro…

—¿Quieres decir en Cartago?

—¿Cómo lo sabes? ¿Es que has estado escuchando a escondidas?…

—Bueno, no pude evitar oír a padre. ¡Habla tan alto! Parecía un retórico defendiendo la causa ante un tribunal, aunque estabas tú sola…

—No faltes al respeto a tu padre, Agustín.

—Perdona, madre. Pero ¿crees que Romaniano estará dispuesto…? No sabes cómo deseo ir a Cartago. Estoy harto de estos patanes y de este maldito villorrio, dejado de la mano de los dioses y de los hombres.

—No lo sé, hijo. Romaniano es un buen hombre. Pero, si vas, tendrás que ir tú solo… Así que solo te pido una cosa: evita a las mujeres. Ya no eres ningún niño, lo sé, pero no es de hombres perder el tiempo con malas mujeres. Ser casto no es signo de debilidad, sino de fortaleza.

Agustín se echó a reír, ásperamente.

—Sin esa debilidad, madre, yo no existiría, ni tampoco vosotros. Habría mucho que decir de esa debilidad.

—No estoy hablando del matrimonio, hijo, que es una cosa santa, bendecida por Dios. Pero todavía no puedes casarte, por mucho que te lo pida el cuerpo. Eso acabaría con tus estudios, con tu carrera, con tu porvenir en el mundo. Quedarías encadenado y tendrías que aceptar cualquier trabajo para sacar adelante a tu mujer y a tus hijos… Tal vez no debiera hablar así, pero sería una pena que desperdiciaras los dones que Dios te ha dado. Por eso, en Cartago…

—Tranquila, madre, no pienso casarme. Por lo que he visto a mi alrededor, nadie debería hacerlo. Y en cuanto a esas malas mujeres, como tú dices, no te preocupes. Sé lo que debo hacer… Así que buenas noches, madre. Espero que padre encuentre el camino de vuelta a casa. Creo que la bodega de Romaniano es excelente…

Se alejó remoloneando y se introdujo en la casa.

Mónica no le siguió. Suspiró hondo, alzó la cabeza y por primera vez pudo verse su rostro, iluminado por la luna nueva y el brillo de las estrellas. Alipio pensó que así era siempre con ella: su verdadera faz solo se hacía visible cuando la elevaba al Cielo…

Juntó las manos y sus labios se movieron: rezaba fervientemente.

Ni Alipio ni su padre eran cristianos. Creían vagamente en las antiguas divinidades, sometidas al férreo yugo de Anangké, la diosa de la Necesidad. Los lares, dioses del hogar, adornaban el atrio, pero, si algún miembro de la familia les hubiese rezado, los demás se habrían extrañado. Su madre había muerto cuando él era pequeño, y su padre nunca rezaba. «No hay que molestar a los dioses», solía decir; «ya son demasiados los que lo hacen. Deberían sentirse agradecidos cuando alguien los deja en paz. Eso, suponiendo que existan…». Visitaba el templo de Tanit una o dos veces al año. Sentía una especie de debilidad hacia la diosa y solía llevarle con él. El Emperador Constantino había mandado clausurar los templos, pero Juliano[*] los había abierto. Luego los habían vuelto a cerrar y después a abrir de nuevo… Alipio había visto rezar a muchas personas, unas mecánicamente, otras con devoción, pero nunca había visto a nadie rezar como a la madre de Agustín.

No emitía sonido alguno. No movía apenas los labios, pero parecía un arco tenso lanzando al Cielo las flechas de su deseo. Le parecía verlas atravesar el manto de la noche y alcanzar las estrellas. Su rostro, pálido y erguido, brillaba como un lucero. Si el Dios de los cristianos, *su* Dios, tenía oídos, era imposible que no la oyera.

Se había levantado una brisa fresca, pero Alipio estaba perlado de sudor. Le temblaban las manos. Y, de pronto, le pareció que no podía permanecer allí, contemplando aquello.

Se deslizó de puntillas.

Cuando llegó a su casa, su padre estaba todavía en su estudio, leyendo. Alzó la mirada y Alipio le espetó:

—Padre, ¿puedo ir a Cartago a seguir estudiando?

El padre de Alipio se quedó boquiabierto. Se pasó la mano por el pelo gris y, sonriendo, dijo:

—Bueno, nunca pensé que lo desearas… Hablaremos de ello mañana. Ahora ve a la cama. Es ya muy tarde.

Se había ahorrado una paliza.

# LIBRO SEGUNDO
# Años 371-372 d. C.

## 1.

Cartago fue para él una experiencia atroz. No es que la vida en Tagaste fuera un sueño, pero esta era una pesadilla. Alipio estaba un poco harto de ver las mismas calles, las mismas casas y las mismas caras; no había logrado acostumbrarse al ronco aullido de los chacales en la noche y a la risa estridente de las hienas, que llegaban hasta el mismo pie de las murallas para comerse los desperdicios del mercado o cualquier cosa que encontraban. Pero eso no era nada comparado con los gritos, chillidos, chirridos, voceríos, escándalos y demás ruidos de Cartago, con miles de gentes vendiendo y comprando, de carruajes yendo y viniendo, de jinetes que pensaban que lo mejor era aplastar a los viandantes con los cascos de las cabalgaduras o las ruedas de los carromatos. Tan increíble era la concentración de vehículos y viandantes en las calles de Cartago, que se decía que la administración romana estaba considerando seriamente poner trompeteros en las principales encrucijadas para hacer circular alternativamente a los que procedían de unas u otras calles, pero era algo tan absurdo que nadie se lo creía. La ciudad entera se convertiría así en una especie de pandemónium, con multitudes hostiles y enfrentadas, y los pacíficos ciudadanos, mientras tanto, se verían obligados a circular por donde a las autoridades les viniese en gana… Afortunadamente,

esa iniciativa insensata había sido descartada en una reunión de las autoridades municipales, pues las gentes despreciarían olímpicamente a los trompeteros, ya que desconocían los toques militares, y la única solución sería colocar destacamentos de tropas en las encrucijadas para imponer por la fuerza esa absurda disciplina a los pacíficos ciudadanos.

A poco de llegar, Alipio se sintió perdido en medio de aquel caos y, cuando por fin logró superar el vértigo y se acercó al viandante más próximo para preguntarle dónde estaba la Calle de los Joyeros, se dio cuenta de que se acababa de dirigir a un caballo atado a un poste, así que repitió la pregunta a un joven vestido con una túnica esplendorosa, de seda amarilla, que llevaba los dedos cubiertos de sortijas.

—Será mejor que vayas antes a los baños más próximos, encanto —repuso el joven, con una displicente sonrisa—. Puede ser que seas una joya, pero nadie te comprará si no te lavas.

Alipio pensó que prefería como interlocutor al caballo.

Pero estaba, en efecto, sucio y sudoroso, tras muchas horas de viaje, así que, al fin y al cabo, aquel joven tenía razón: le vendría bien bañarse; y no le sería difícil encontrar una casa de baños, pues había muchas.

La que primero encontró se llamaba *Termas de Gargilio*, y era enorme. En las piscinas de agua caliente y de agua fría cabrían fácilmente mil personas, y estaban rodeadas de salas de masaje, tiendas de todas clases y restaurantes. Hasta contaban con un pequeño teatro y, naturalmente, con su prostíbulo.

Mientras tomaba un baño, se llevaron su túnica y su capa para limpiarlas y plancharlas. Cuando se las puso de nuevo, una joven de piel tan lisa como el mármol —mármol tostado de Numidia, no el moteado de Grecia o de Italia— se le acercó sonriente y colocó entre sus manos una flor roja de gran tamaño; luego dio media vuelta y se alejó contoneándose. Alipio la vio desparecer entre las columnas de

acceso a la casa de mujeres y dedujo que aquello era una especie de invitación.

—Un denario —le dijo el empleado que había lavado y planchado su ropa—. *Ella* te costará mucho más… De provincias, ¿no?

—Tenía unos dientes preciosos —comentó, por decir algo—. Los dientes tienen su importancia.

Pagó su denario y se alejó, haciendo caso omiso de lo que aquel hombre le había dicho, no sin pensar que, por ese precio en Tagaste, lavaban y planchaban la ropa de toda una familia.

Enseguida, la vorágine de las calles le envolvió, pero tuvo la suerte de encontrar dos personas más consideradas que le indicaron dónde estaba la Calle de los Joyeros.

De camino, casi se rompe el cuello, de tanto tratar de descubrir entre los viandantes a Agustín, que había llegado a Cartago dos semanas antes. Sabía que era absurdo, que toparse con él sería casi un milagro, pero no podía evitarlo. Anhelaba verle, escuchar de nuevo su fría e irónica voz. No se lo diría, claro; se limitaría a manifestar una sorpresa displicente, pues sabía que la expresión de sus sentimientos le haría reír. Y no es que Agustín *siempre* fuera injusto; solo cuando se enfadaba; pero se enfadaba tan a menudo…

Ni qué decir tiene que no se lo encontró. Tal vez no lo encontrara en semanas, e incluso en meses, pues cuando se fue de Tagaste no sabía dónde iba a alojarse, y desde entonces no le había escrito, así que ignoraba su dirección. Y Cartago era una ciudad tan enorme…

Le llevó más de una hora encontrar la casa de Juba, el joyero, que había escrito a su padre diciéndole que tenía una habitación disponible para Alipio, a un precio moderado. Su padre no conocía al platero, pero sí un amigo suyo al que le había encomendado la búsqueda del alojamiento.

Juba era un hombre envejecido, cetrino, y tenía los ojos ribeteados de rojo (de trabajar de noche, según él, pero más bien del exceso en la bebida). Su esposa era una mujer gordísima, que se

pasaba las horas en un diván masticando golosinas, mientras una esclava la abanicaba.

Fue Mavrut, la hija de un anterior matrimonio de Juba, quien le mostró su cuarto. Era una joven bastante agraciada, menos cetrina que su padre, y Alipio pensó que a Agustín le agradaría.

La habitación, pequeña, tenía el techo muy bajo y un ventanuco que daba a un patinillo lleno de gallinas, niños y porquería. El olor a cebollas, excrementos y leña quemada invadía los dos pisos de la casa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la joven.

Alipio se lo dijo y ella, en correspondencia, dijo el suyo.

—Yo me llamo Mavrut. Espero que te encuentres a gusto en casa…

La voz de la chica se hizo arrulladora.

—Yo también lo espero, Mavrut.

Ella sonrió, mostrando unos dientes muy hermosos. Luego se alejó, a pasitos cortos, moviendo las caderas. «No puede andar de otra manera», pensó Alipio. «El traje es tan estrecho… Debe de habérsele quedado pequeño…».

Su presencia había mezclado, con los otros olores, una vaharada de perfume dulzón.

Se sentó en el camastro. Sabía que debía abrir y vaciar su bolsa de viaje, pero estaba cansado y sudoroso, a pesar del baño.

Se sintió desventurado y miserable. Hacia más de seis horas que no probaba bocado, pero era incapaz de salir otra vez a la calle y buscar una casa de comidas o una taberna. Cartago se le antojaba un inmenso molino ruidoso, capaz de triturarle si abandonaba el pequeño cuarto maloliente. Cientos de miles de personas pululaban junto a él, pero nunca se había sentido tan solo.

¡Qué loco había sido al pedir a su padre que le enviara a Cartago!… Jamás encontraría a Agustín.

Se echó a llorar, apretando su capa contra el rostro para que nadie oyera sus gemidos.

Antes de que se pusiera el sol, se había quedado dormido.

## 2.

Encontró a Agustín al día siguiente. No fue una coincidencia; simplemente, se dirigió a la escuela de retórica próxima al templo de Saturno. Había muchas otras, pero le habían dicho que esta era la mejor, la más moderna, y estaba seguro de que sería la que Agustín había escogido. No podía comprender por qué no se le había ocurrido antes. ¡Era tan sencillo!

El ruido en las calles no había disminuido, pero, sin saber por qué, ya era capaz de pensar.

Agustín estaba de pie, a la entrada del edificio, charlando con un grupo de jóvenes, y Alipio esperó a que le viera. Tardó tanto que pensó que a lo mejor le había visto y trataba de hacerse el distraído… Pero no era así: cuando por fin le vio, sonrió con alegría tan obvia que Alipio estuvo a punto de dar saltos de gozo.

Agustín se apartó del grupo, se acercó a él, puso una mano sobre su hombro y le dijo que ya era hora de que viviera su vida, alejado de una ciudad provinciana en la que nunca pasaba nada.

—Excepto cuando nosotros hacíamos que pasase —añadió, guiñándole un ojo.

Alipio sintió que estaba a punto de estallar de felicidad, pero no pudo hacer más que una mueca borreguil.

—Te inscribirás en la escuela hoy mismo —dijo—. O mejor mañana. No hay prisa. Ahora voy a mostrarte Cartago. Supongo que no habrás visto casi nada…

Alipio asintió, tímidamente.

—Lo suponía. Vamos.

Se lo llevó, casi a rastras.

¡Qué día tan maravilloso hacía! El tejado del templo de Saturno, recubierto de láminas de oro, refulgía como un segundo sol.

—Es el antiguo templo de Moloch, claro —explicó Agustín—. Ahora ya nadie lo llama así, solo «El Antiguo». Hace mucho tiempo que dejaron de sacrificar niños en él. Ahora solo le ofrecen cabras y gallinas negras. No sé si le gustará esa dieta.

Había otros muchos templos cerca: el de Júpiter Capitolino, el de Minerva, el de Marte, el de Juno… Y enfrente de la Calle de la Salud estaba el de Esculapio, llamado Eshmun en otros tiempos.

Detrás de él se alzaba el palacio del procónsul, una inmensa mole de mármol rosa que trepaba hasta la cima de la Acrópolis, coronada por dos gigantescas águilas doradas.

—¿Sabes? —dijo Agustín—. Yo pensaba que debíamos despreciar a los romanos, esos conquistadores maleducados, esos advenedizos… La nuestra es una cultura mucho más antigua, que ya estaba en decadencia cuando ellos eran unos bárbaros miserables… Éramos una gran potencia cuando ellos no eran más que unos rústicos sin ambiciones… Pero algo han logrado. Hace seiscientos años que nos destruyeron, pero luego nos ayudaron a rehacernos… Encontraron la fórmula mágica de sacar partido de lo mejor de otras naciones y ponerlo a su servicio. Se puede aprender mucho de ellos incluso ahora…

Los guardias que custodiaban el palacio llevaban las típicas armaduras romanas, pero eran gigantescos y de pelo rojizo o amarillo.

—Godos —comentó Agustín—; perros de guerra, mercenarios. ¿Por qué hacer uno mismo lo que los demás pueden hacer por uno? Con la paga de un soldado romano se puede pagar a tres mercenarios godos… Así se consigue, además, un aliado más y un enemigo menos, capaz de destruir otros enemigos… Inteligente, ¿no?… Fue Tiberio quien inventó este sistema, pero lo han convertido en un auténtico arte… ¿Cuándo has llegado?

Alipio se lo dijo, y le contó sus primeras impresiones. Agustín se partía de risa.

—¿Ni siquiera se te ocurrió adquirir un plano de la ciudad? ¡Vaya forma de encarar un problema!

Hizo una pausa y añadió:

—Vamos a bajar al puerto por esta calle. Tienes que comprar ropa nueva, Alipio. Vestido así, todo el mundo se dará cuenta de que eres un provinciano. Acabarán por timarte y te saldrá más caro que un traje nuevo.

Iba elegantísimo, observó Alipio.

Bajaron por una calle, atravesaron el Foro y enfilaron la avenida de los banqueros y los cambistas, flanqueada por dos colosales estatuas de Marsyas y Apuleyo, y salpicada de las de otras celebridades. Las tiendas alineadas tras de las columnatas estaban repletas de mercancías nunca vistas en Tagaste, artísticamente colocadas para llamar la atención de los viandantes. Allí, los tenderos las colocaban en montón, pero aquí cada cosa brillaba por sí misma; parecía como si tratasen el género con el mimo con que muchas mujeres se cuidan, como diciendo: «Miradme, que vale la pena…».

Llegaron a los muelles, tan abarrotados de barcos que impedían ver el mar. Una nube de birremes y de trirremes, de galeras y de veleros, cargando y descargando, atracando y levando anclas; y un enjambre de marineros, estibadores y esclavos de piel morena, tostada por el sol, o negra como el azabache. El estruendo era tal que había que hablar a gritos.

—Vuélvete —voceó Agustín.

Alipio dio media vuelta, y lo que vio causó en él tal impacto que dio un traspié y estuvo a punto de caer en un charco lleno de porquería y de salitre. Agustín le sostuvo, agarrándole por un brazo.

Jamás olvidaría aquel espectáculo. Todo Cartago se desplegaba ante él, majestuoso, escalonado, en una cascada de edificios salpicada por el centellear del oro de los templos y coronada por la mole de la Acrópolis o *Byrsa*, como los cartagineses la llamaban. La naturaleza misma parecía domeñada por la colosal urbe, que se

desbordaba en un torrente de multitudes sudorosas, de bestias de carga, de chirriantes vehículos. Pero lo que más le conmovió fue algo distinto: abrazándolo todo se extendía una muralla, la más alta y maciza que jamás había visto, e, incrustados en sus muros, una serie de monstruos que parecían reales, aunque fueran un conjunto de mosaicos de todas clases y colores. Uno de esos monstruos era un gigante sin cabeza, con un solo ojo en medio del pecho; otro no tenía más que un pie, pero era tan grande que lo utilizaba para resguardarse del sol. Había también un extraño Titán que no tenía boca y absorbía los alimentos por la nariz. Al lado, un pez colosal, tan grande como un navío, devorando una docena de hombres; y otros muchos monstruos cuyos horrores no distinguía, porque estaban más lejos.

Alipio recordó vagamente que su padre le había leído un libro —la *Historia Natural* de Plinio, creía que era—, en el que se afirmaba que tales seres existían, pero nunca había pensado que un día los vería, porque eran tan espantosos que podían convertir un hombre en piedra, como la Gorgona.

—Preciosas criaturitas, ¿verdad? —gritó Agustín.

—Vámonos de aquí —repuso Alipio.

Caminaron por un dédalo de callejuelas empinadas que ascendían constantemente. Al cabo de un rato llegaron a una especie de terraza desde la que se dominaba el puerto y Alipio, por primera vez, pudo ver el mar, inmenso, azul, tranquilo y moteado de embarcaciones.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Agustín.

—No. ¿Dónde?

—Encima del monstruo sin cabeza.

Alipio no le proporcionó el placer de poner de manifiesto que se sentía a disgusto allí, aunque probablemente se dio cuenta. Era asombroso lo bien que Agustín se conocía la ciudad, aunque solo llevaba quince días en ella.

Llegaron al Foro, por el camino más corto, y se dirigieron a una casa de comidas. Suponiendo que andaría corto de dinero, Alipio invitó a Agustín, y este aceptó con desenvoltura. Tomaron *pulsum* y pescado muy sabroso; de postre, dulces y frutas, y lo regaron todo con un vino bastante bueno y ligero.

Era, al parecer, un comedor frecuentado por estudiantes, y pronto se les unieron dos conocidos de Agustín. Uno se llamaba Honorato y el otro, Nebridio; parecían simpáticos. Empezaron a hablar de Cicerón, a quien nadie en Tagaste había leído, y al que consideraban «muy elegante» y «un gran estilista», palabras nuevas para Alipio.

Al joven le extrañaba ver a Agustín sumergido en una conversación tan seria, por lo que no pudo evitar hacer un jocoso comentario:

—Pareces otro, Agustín… Como si hubieran pasado cien años desde que «pelamos» el peral de los Glabrios y bombardeamos con las peras a los cerdos…

Agustín le dio una patada en la espinilla por debajo de la mesa, pero Honorato se echó a reír:

—Ya verás cuando conozcas a los Demoledores…

—¿A quién?

—A los Destructores.

—¿Quiénes son?

—Unos rijosos, que no dejan títere con cabeza. Son el terror de todos los estudiantes… Pide a los dioses que no se fijen en ti, porque destrozarán tus rollos o te bañarán en agua sucia… Han secuestrado a más de un profesor y organizan cencerradas que le dejan a uno sordo. Y, como les caigas mal, estás perdido. Te pegarán tal paliza que no te dejarán un hueso sano.

—Pero si les pillan…

—Nunca les han atrapado. Muchos de ellos pertenecen a las familias más ricas de Cartago, y aquí, como en todas partes, el dinero puede mucho… Nunca los han castigado.

Al parecer, Agustín tampoco había oído hablar de ellos, pero no daba la impresión de estar asustado.

—Así que es verdad que existen… —dijo con indiferencia—. Bueno, habrá que tenerlo en cuenta.

Los otros dos le miraron, inquietos.

—No pensarás unirte a ellos… —insinuó Honorato.

—No, no creo —repuso Agustín—. Seguramente ya tendrán jefe.

Se echaron a reír, y eso le molestó.

—Aunque tal vez cambie de parecer —añadió— y me haga de la banda. Así sabréis lo que pienso de vosotros, y, como resulte que me caéis mal, que los dioses se apiaden de vosotros.

Su boca se redujo a una fina línea horizontal y sus ojos negros relampaguearon. Con gran satisfacción, Alipio comprobó que la expresión de su rostro causaba en sus amigos la misma impresión que tantas veces había causado en él. Sin embargo, trataron de apaciguarle.

—Perdona, Agustín, pero no les conoces. Cuando alguien se hace de la banda, se convierte en el último mono. Le someten a horribles y humillantes ceremonias de iniciación, como comer porquería, andar a cuatro patas y ladrar como un perro… y así lo pasean por las calles. Mira Nubilio, por ejemplo. Lo colocaron en una esquina, enfundado en una piel de leopardo y no le permitieron recobrar la forma humana hasta que mordió a siete viandantes en las piernas.

—No es mala idea —dijo Agustín; pero había algo en el tono de su voz que a Alipio le hizo comprender que no se uniría a los Demoledores.

—¿Es verdad que Hiereo ha conquistado a Berenice?

—Bueno, eso dicen —ironizó Honorato—. Pero no es fácil, aunque Hiereo sea el joven más elegante de la ciudad y el más erudito. Ella sigue liada con un gladiador… Ya sabes: los intelectuales no suelen ser buenos amantes…

—Lo niego —dijo Agustín, apasionadamente. Luego hizo un expresivo gesto y añadió—: Eso me recuerda que tengo una cita a la

que no quiero faltar.

Se levantó y Alipio hizo lo mismo; pagó y ambos abandonaron el local, dejando a los dos estudiantes con la boca abierta, que era precisamente lo que Agustín pretendía.

—Cualquiera diría que eres un cartaginés de pura cepa —comentó Alipio, admirado.

Agustín sonrió con indulgencia.

—Haz lo que hacen los demás, pero mejor hecho —repuso Agustín—. Es un sano principio.

—Entonces, ¿es verdad que tienes una cita?

—Naturalmente. Aquí cerca. Ya lo verás.

Alipio estaba desconcertado: si la cita era con una mujer, como suponía, ¿por qué no le despedía?…

Su desconcierto aumentó de punto cuando vio que le conducía a una basílica.

—Agustín: ¿esa cita es… con el Dios de los cristianos?… ¿Con Cristo?

—¡No seas cretino!… Hablas como si fueras mi madre. Deja ese nombre en paz.

Enfiló la escalinata, resuelto, y Alipio le siguió, en silencio. Y, de pronto, creyó comprender: Agustín había visto rezar a su madre muchas veces y eso le tiraba… No podía olvidar la expresión de su cara, a la luz de la luna.

La basílica estaba casi vacía. No se celebraba ninguna ceremonia de culto en ese momento. Agustín miró alrededor insistentemente, pero sin duda no encontró lo que buscaba.

—Será mejor que te pongas al otro lado y esperes, Alipio —dijo.

Alipio obedeció y enseguida vio cómo Agustín se apoyaba en una de las columnas, sin dejar de mirar hacia la puerta. No se dignó mirar hacia el altar ni una sola vez; algo, sin embargo, parecía mirarle a él: una lucecita que parpadeaba en una lámpara, colgada del techo… Y a Alipio también le miraba… No debían permanecer allí, pensó; era como si estuviesen profanando un sagrado recinto…

A Agustín le brillaron los ojos; su rostro se iluminó: dos mujeres acababan de entrar en el templo, con sus cabezas cubiertas por un velo, que casi les tapaba la cara. «Una costumbre cristiana», pensó; alguien se lo había dicho; un tal Pablo la había introducido.

Una de ellas era más bien gruesa y bajita; la otra, alta y esbelta. Cuando pasaron junto a Agustín, Alipio vio que esta tocaba la mano de su amigo y depositaba algo en ella: una carta, seguramente… Luego, las dos se arrodillaron ante el altar y se pusieron a rezar o a fingir que lo hacían.

Era una nota. Agustín la desdobló y la leyó, sonriendo. No se movió; esperó a que las mujeres terminaran sus rezos y, cuando volvieron a pasar junto a él, asintió casi imperceptiblemente, con la cabeza.

Alipio pudo ver el rostro de la joven; era muy bonita, aunque vestía con sencillez. Agustín esperó hasta que hubieron salido; luego recogió a su amigo y se dirigieron hacia la puerta.

—¿La has visto? —susurró, excitado—. Me enamoré de ella hace una semana, y ella me corresponde… Pero es difícil verla; está bien protegida… Su familia es muy influyente. Solo tiene quince años y todavía no le dejan que se ponga joyas. ¿Has visto qué ojos tiene? Les he escrito un poema.

Siguieron hablando de ella en medio de la multitud y el ruido de la calle. Al parecer, a pesar de sus quince años, era una jovencita muy desenvuelta.

—Tendrás que buscarte una amiguita, Alipio —dijo Agustín, radiante—. Y lo harás más pronto o más tarde. Todo el mundo lo hace… Es lo primero que aprendí en Cartago.

Hizo una pausa y añadió:

—Te enseñaré a hacerlo mejor que nadie.

—Lo primero que pienso hacer —replicó Alipio— es inscribirme en la escuela. Ahora mismo.

Media hora más tarde, estaba frente a un hombre calvo y encorvado, con una larga nariz inquisitiva, que le preguntaba qué

quería estudiar y trataba de convencerle de que, además de retórica, gramática, dialéctica y geometría, debía aprender también música, disciplina que le parecía esencial para un joven que quisiese destacar en la vida… Fue tan convincente que Alipio se matriculó en música.

Al día siguiente descubrió que el calvo en cuestión era el profesor de esa asignatura y que un alumno más significaba un ingreso adicional para él. Sin embargo, no se molestó, pues la música le gustaba, como, al parecer, le pasaba al profesor con el dinero; además, descubrió que Agustín también estaba matriculado en esa asignatura, por lo que pensó que no sería tan inútil como suponía. No lo era, en efecto, y llegaría un día en el que recordaría, agradecido, la insistencia de aquel hombre calvo que empleó casi dos horas en convencerle de la importancia de la asignatura.

Apenas vio a Agustín durante los días que siguieron, pues sus estudios le tenían tan ocupado que no le quedaba tiempo más que para comer deprisa y corriendo y retirarse a descansar en la casa del joyero, que estaba bastante lejos de la escuela.

Un día, al regresar a la casa, vio que Juba estaba hablando con unos clientes en la tienda: un hombre anciano y barrigudo, de piel grasienta y aceitunada, y una mujer joven. El hombre estaba regateando con Juba por una pulsera y unos pendientes; se lamentaba amargamente de que Juba quería cobrarle por el peso de la plata de esas joyas más que si fueran de oro fino. Juba invocaba a los dioses y juraba por Tanit, la diosa de todo lo bello, que sus precios eran los más moderados de todo el mercado…

—Y mirad cómo lucen en las orejas de esta encantadora dama…

Alzó la cabeza de la joven, para ponerle los pendientes, y Alipio pudo ver que la «dama» era… Mavrut.

Se detuvo en el umbral de la puerta y dio un paso atrás, para que no le vieran.

El anciano siguió regateando, hasta que Mavrut hizo un mohín y dijo que estaba claro que no quería comprárselos, aunque le

gustaban mucho y sabía que era una de las joyerías más baratas, y que no encontraría otros tan bonitos por ese precio. El anciano, entonces, aseguró a la joven que todo era poco para ella y que se los compraría, aunque seguía pensando que eran carísimos.

—Eso ya lo veremos —dijo Mavrut con arrogancia.

Se había puesto el brazalete y ya estaba señalando otro objeto brillante que había en el mostrador de Juba.

—Eso también me gusta —afirmó.

—Ese anillo es muy antiguo, querida señora —le dijo Juba—. Tengo un certificado de Sarkides, el Griego, en el que se garantiza que perteneció a la familia de Amílcar Barca, el padre del gran Aníbal. Se nota que sabéis escoger, joven…

—Y no solo joyas… —observó Mavrut, sonriendo al anciano—. ¿Cuánto cuesta?

Al anciano casi le dio un ataque de apoplejía cuando Juba mencionó el precio.

—No, no —intervino Mavrut con firmeza—. No puedo consentir que se gaste eso conmigo, aunque he de admitir que las piedras son hermosas y tienen un brillo… Si rebajara un poco…

Tras mucho forcejeo, Juba consintió en rebajar el precio.

—¿Lo ves? —dijo Mavrut, mirando melosa al anciano—. Te he ahorrado tres piezas de oro.

Y, ni corta ni perezosa, se puso el anillo en un dedo. Luego besó al anciano, entre carantoñas, y dijo:

—Eres el hombre más amable y generoso del mundo, querido. Te estaré eternamente agradecida. Anda, paga y vámonos.

El insensato «caballero» pagó religiosamente al padre de la joven y, cogiditos del brazo, salieron de la tienda; pasaron tan cerca del asombrado Alipio que casi topan con él, pero era ya de noche y no le vieron.

Esperó unos segundos y entró en la casa. Juba le recibió con el rostro resplandeciente, pero Alipio no correspondió a su saludo más que con un seco «buenas noches», y se dirigió a su cuarto.

Lo contrariado que estaba le hizo comprender lo mucho que la joven le atraía, así que tomó una decisión: abandonaría aquella casa en el acto… Recogió sus cosas y, una hora más tarde, entraba sin llamar en la casa de Agustín, en la Calle de los Banqueros.

Se lo encontró en la misma habitación en que, la noche antes, habían estado hablando de cosas nobles y grandes.

—Siento molestarte —dijo impetuoso—, pero no podía permanecer ni un día más en mi alojamiento. ¿Puedo quedarme aquí a pasar la noche?

Agustín se echó a reír.

—Bueno, aquí no soy más que un simple inquilino, tú lo sabes… Pero supongo que encontrarás sitio en cualquier casa de Cartago, si pagas…

Solo entonces reparó en la muchacha, que permanecía recostada, hecha un ovillo, en un diván al fondo de la sala. Era una criatura menuda, morena, que llevaba puesto un traje amarillo y una flor del mismo color prendida al pelo. Sonrió tímidamente a Alipio, y Agustín se la presentó:

—Esta es Melania —dijo, desenvuelto—. Vive aquí, conmigo… ¿Qué te pasa, Alipio? ¿Es que no has visto a una chica en tu vida?

## 3.

Los meses que siguieron fueron bastante agradables. Alipio alquiló, en la misma casa de Agustín, una habitación mejor y más barata que la del increíble Juba, sin malos olores… y sin Mavrut. Pero quedaba Melania.

El recorrido hasta la escuela era mucho más corto y podía compartirlo con Agustín. Por las tardes, iban a visitar a algún amigo, o los amigos venían a su casa; cuando tenían dinero, iban al teatro, lo cual les proporcionaba temas de conversación.

La escuela también era agradable, aunque había que estudiar mucho. A Agustín le resultaba más fácil; era asombroso ver cómo aventajaba a estudiantes más maduros que él en las disputas y discusiones organizadas por los profesores. ¡Qué brillantez! Al cabo de solo siete meses le otorgaron el título de «Estudiante Destacado», que le sentaba como anillo al dedo.

Pero estaba Melania…

Verdad es que rara vez volvió a verla acurrucada en el diván; de ordinario estaba siempre ocupada sirviendo a Agustín. Limpiaba, planchaba y guardaba su ropa, le hacía las comidas —y las de Alipio a veces, pues le gustaba cómo cocinaba—, conservaba todo en orden y hacía los recados. Sin embargo, estaba claro que no era solo una criada, al menos para Agustín.

Era bonita —sería tonto negarlo—, pero no «agresivamente» hermosa, como otras chicas. Su belleza era serena; nunca alzaba la voz, pero, cuando algo le hacía gracia, reía con naturalidad y se le iluminaban los ojos. «Revolotea como un pajarillo», dijo Agustín una vez, siguiéndola con los ojos mientras trajinaba; los ojos ávidos de quien posee algo que aprecia, pensó Alipio, que estaba convencido de que la había adquirido en el mercado de esclavas, aunque cuando le había preguntado que dónde la había conocido había dicho: «La encontré, simplemente. Y me la traje. Una buena idea, ¿no te parece?». Pero estaba seguro de que era una esclava, aunque no tuviera la oreja rajada. Al fin y al cabo ya no era costumbre…

Pero ¿qué importaba que fuera esclava o no? Lo importante era que estaba allí. «Una buena idea…». Tal vez fuera eso lo que había pensado Agustín al principio, pero no ahora. Si no, ¿por qué la hacía desaparecer cuando le visitaban los amigos? No le permitía entrar en su estudio y, una vez que había osado asomar su naricilla morena por la puerta, le había arrojado un rollo de pergamino que le dio en plena cara. La pobre se limitó a sonreír y se fue tan tranquila.

Una vez, Alipio le habló de la joven que habían visto en la basílica.

—¿Aquella? ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, nada… Creía que estabas enamorado…

—Y lo estaba. O creía que lo estaba. Estaba enamorado del amor…

—Entonces, ¿se acabó?

—Nunca se acaba, Alipio. Las personas cambian, pero el amor permanece.

¿Hablaría en serio? ¿Estaría ahora enamorado de Melania? Alipio reflexionó sobre el tema y decidió que no. En cierta manera, era como si estuviera casado con ella, lo cual era otra cosa, más sensata tal vez. Pero no estaba casado, solo pensarlo era ridículo. Al fin y al cabo, su padre era un funcionario y él un estudiante, un futuro abogado. Debía casarse con una mujer decente, de buena familia, y no con una joven que había encontrado en la calle… o en cualquier sitio.

Que le era útil estaba claro. Le gustaba que le trataran a cuerpo de rey y ella le servía. Con todo, no convenía perderla de vista. Por muy listo que fuera Agustín, ignoraba hasta qué punto una mujer puede ser peligrosa.

Alipio no solía hablar con Melania más que cuando era indispensable. No parecía que eso la molestase; ni siquiera parecía darse cuenta de su actitud. La ingenuidad de la chica le agradaba, pero seguía recelando. Tal vez Agustín no pensara casarse con ella, pero ella con Agustín… Arañitas, que van tejiendo sus redes. Alipio había oído hablar de ese tipo de mujeres. Hasta en Tagaste las había…

Pero tales reflexiones eran inútiles, por lo que decidió darles de lado y actuar.

Como siempre que tomaba una decisión, Alipio no esperó a que se presentase una oportunidad. Se le ocurrió estando solo en su cuarto y, al punto, se levantó y fue a buscar a Melania. Estaba seguro de encontrarla, pues era ya tarde y ella había hecho la compra por la mañana. Además, la casa no era grande; pertenecía a

un rico cartaginés que, tras amasar una inmensa fortuna, se había trasladado a una villa-palacio cerca de Byrsa; uno de sus agentes se encargaba de alquilar habitaciones a los estudiantes.

La encontró en el estudio de Agustín. La puerta estaba entreabierta y ella sentada en el sillón favorito de su amigo. Su cuerpo menudo parecía navegar en él, y ella abrazaba con sus brazos los brazos del sillón, como queriendo apretar el insensible armazón contra su pecho.

Cuando le vio, se puso en pie bruscamente y se quedó muy tiesa, con los ojos muy abiertos, como sorprendida en flagrante delito.

—Ha venido Baddu —dijo, casi sin aliento—. Traía una carta para él. Está ahí fuera, a la puerta…

Baddu era uno de los dos esclavos de los padres de Agustín, el que solía traer y llevar la correspondencia. Era ya anciano y no demasiado fuerte (los esclavos jóvenes costaban mucho).

—Hacía ya casi dos meses que no venía —comentó Alipio—. Es natural que…

—Sí, pero…

—¿Has hablado con él?… ¿Qué ha dicho?… ¿Algo malo?

—No, no he hablado con él. No ha dicho nada. Era la reacción típica, irracional, de las mujeres. Cuando no eran capaces de dar una explicación, balbuceaban.

Alipio se sentó (no en el sillón de Agustín, naturalmente).

—Quería hablar contigo, Melania.

Ella permaneció de pie y sus ojos, inocentes y limpios, quedaron al nivel de los suyos.

—Siéntate —dijo Alipio, irritado.

Se sentó en un taburete, a sus pies, y le miró a la cara. Él se aclaró la garganta.

—¿Cómo conociste a Agustín? —preguntó.

—Me encontró… —repuso ella, con tono inexpresivo.

Las mismas palabras que Agustín. ¡Qué coincidencia! Sin duda era una esclava.

—Te gusta… cuidar de él, ¿verdad?

Asintió con la cabeza. Él suspiró.

—¿Te das cuenta de que es muy inteligente… que llegará a ser un hombre famoso?…

—Sí —repuso ella débilmente—. A veces me gustaría que no lo fuese, pero, si él quiere llegar a ser famoso, yo también lo quiero.

—¿Por qué no te gustaría?

—Los dioses están lejos… —murmuró—. Y él también está lejos, a veces. Me siento a sus pies y trato de seguirle con el pensamiento, pero no puedo. Tengo que esperar a que regrese.

Sonrió levemente y añadió:

—Pero le espero.

—Melania: si él decidiera despedirte, ¿qué harías?

Se le quedó mirando, con los ojos muy abiertos, pero no respondió.

—Es solo una pregunta —dijo presuroso, la sangre golpeándole en las sienes—. No… no he dicho que piense hacerlo… Pero podría suceder…

—Me necesita —repuso ella.

Era lo que Mónica repetía, incansablemente. Pero seguramente a su madre le repugnaría que ella… Hizo un último esfuerzo.

—Tal vez un día no tenga más remedio que… abandonarte.

Le miró, desafiante, y dijo:

—Me lo dirá, si ese día llega.

Alipio volvió a aclararse la garganta.

—¿Sabes? Soy un bobo. No debería haberte dicho…

—Lo eres. Pero un bobo bueno. Es lo que él necesita…

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú eres distinto. Él no es bobo, como tú, y tampoco es bueno.

—Entonces, ¿por qué te preocupas tanto de él?

—Porque le quiero.

Él la miró, desconcertado. ¿Qué querían decir las mujeres con eso? Lo había dicho como si eso lo explicase todo, pero no explicaba nada. Al revés: lo complicaba.

Ella parecía divertida —sus ojos chispeaban—, pero, súbitamente, cambió de expresión y se puso de pie de un salto.

—Ya viene —dijo.

Alipio aguzó el oído, pero no escuchó nada. Solo al cabo de un rato, oyó la voz de su amigo desde la infancia. Se acercaba, sí… ¡Qué oído más fino, el de Melania!

Luego se oyeron otras voces y una especie de conmoción en la puerta, donde Baddu se encontraba; enseguida entró Agustín, con una carta en la mano, seguido de Nebridio, Honorato y otros.

—Vino, Melania —ordenó Agustín, con voz destemplada—. ¡Que se vaya al infierno ese miserable de Baddu! Dice que tiene que regresar mañana, así que tendré que pasarme el día entero escribiendo a mis queridos padres.

Y se puso a cortar las cintas del pergamino con un estilete.

Alipio se quedó mirando a Melania, asombrado; solía obedecer al punto la menor orden de Agustín, pero esta vez no se había movido. Se mantenía tiesa, con la cabeza inclinada, como esperando un golpe que la derribara.

—¿No has oído, Melania? —susurró Alipio.

Pero siguió impertérrita, como si hubiera echado raíces, cada vez más pálida.

Agustín ya había desenrollado la carta, y la estaba leyendo. Poco a poco, se fue quedando también cada vez más pálido. Le temblaban las manos.

Se produjo un profundo silencio.

Cuando alzó los ojos, miraba al vacío.

—Mi padre ha muerto —dijo con voz ahogada.

Todos se aglomeraron a su alrededor, murmurando palabras ininteligibles y manoteando, pero ninguno osó abrazarle o darle palmadas en la espalda, como si temieran que los rechazara.

—Marchaos, amigos —dijo por fin, haciendo un gesto con la mano—. Tú también, Alipio. Quiero estar solo. Y se hundió en su sillón.

Fueron saliendo uno a uno, cabizbajos. Alipio, antes de marcharse, vio cómo Melania erguía la cabeza, daba unos cortos pasos, caía de rodillas a los pies de Agustín y abrazaba sus piernas con ambos brazos.

El dios de Melania estaba ausente, y ella no podía ir a su encuentro; tendría que esperar a que regresara…

Alipio comprendió, casi instintivamente, que, a pesar de todo, estaban muy unidos, con unos lazos que nunca podrían existir entre dos hombres. Y una lágrima rodó por su mejilla.

Se la secó con el antebrazo, con un gesto de rabia.

***

Silencio total en el estudio de Agustín. Ni una lágrima en sus ojos. No sentía dolor alguno y se preguntaba por qué. Un hombre solo tiene un padre, y ahora lo había perdido. Recordaba vagamente que su madre le decía, en la carta, que su padre había recibido el bautismo antes de morir y se acordó de que cuando había estado tan enfermo, de pequeño, que la fiebre le consumía y apenas podía respirar, también él había querido que lo bautizasen en el nombre del Dios de su madre, Uno y Trino, Creador de todas las cosas, visibles e invisibles, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y entonces había creído que ese Dios existía. Pero no había tardado en ponerse bueno, y se había pospuesto el bautismo, y él había vuelto a pecar y a ser más culpable que nunca…

Habían discutido mucho sobre ello, su madre y Baddu, y Cleta, y el sacerdote Agapito… Todos, excepto Patricio, que se había encogido de hombros, porque lo único que le preocupaba era que su hijo había sanado… Y *ahora* se había hecho bautizar.

Su madre había ganado la batalla. Había durado dieciocho años, pero al final había vencido. No, no se podía decir que no fuera tenaz.

¿Podía influir tanto el bautismo en el destino último del hombre?… ¿Cuál era ese destino?…

La firmeza de la fe era una cosa y las explicaciones racionales, otra. Se puede creer firmemente en un error. Por eso era mejor no creer en nada. No sabía dónde estaría su padre ahora, lo único que sabía era que su cuerpo habría sido enterrado en algún lugar del cementerio cristiano de Tagaste.

Ya no volvería a oír su risa ruidosa ni a contemplar aquella mirada inquisitiva bajo las espesas cejas. Ni a sentir aquella irritación que sentía cuando su padre, con orgullo, decía: «este es mi hijo…». Sí, a veces le sacaba de quicio. No era malo, el pobre, pero tenían tan poco en común… Tal vez por eso quería que yo lograse lo que él no había conseguido. Madre diría que no se debe hablar así de un muerto, y menos del propio padre… Pero no estoy hablando, madre, estoy pensando… Déjame que al menos sea sincero con el pensamiento. Tenía el pobre tan poca cabeza…

No, nunca pude admirar su inteligencia, pero respeto su memoria, porque, si Dios o los dioses han creado el universo, Patricio me engendró él mismo, contigo, madre…

La cadena retrocedía en el tiempo, estirándose y estirándose, hasta terminar —eso decían los cristianos al menos— en una primera pareja. ¿Sería verdad? Números, cifras, cosas misteriosas.

Padre ha muerto. ¿Tal vez el hombre solo llega a ser hombre cuando su padre muere? ¿Cuándo se da cuenta de que toda la responsabilidad es suya y es dueño de su propio destino y quizá del de otros?

No cesaba de acariciar el pelo de Melania con su mano, pero lo hacía inconscientemente.

—Amo…

Él la miró. Tenía los ojos bañados de lágrimas, pero sonrió.

—Sí, Melania…

—Amo mío… Voy a tener un hijo tuyo.

## 4.

Su dios no se movió. Parecía una estatua. Ya no le acariciaba el pelo con la mano, solo con los ojos. Pero… ¿era una caricia?…

Era orgullo. Un orgullo ciego; pero volvió a sonreír y a ella le inundó un gozo tan desbordante que tuvo que enroscarse en sus piernas.

Él seguía sonriendo, satisfecho, envanecido.

—Será varón —susurró ella—. Lo sé. Estoy segura.

Agustín se inclinó sobre ella, la miró y le pareció que era la primera vez que la veía. Ella se estremeció levemente; él se dio cuenta y la estrechó contra su pecho; ella suspiró, feliz, y se relajó por completo.

Por encima, planeaba el pensamiento de Agustín. Su orgullo inicial se convertía en miedo. Era una locura… Un niño suyo. A los dieciocho años… Un simple estudiante, sin dinero, que vivía de la asignación de Romaniano, un anciano que podía morir o retirarle la ayuda en cualquier momento… ¿Qué haría entonces?… Dar clases a los parvulitos o colocarse como escribiente. Sería el fin de su carrera, como su madre le había dicho… Pero ella había hablado de matrimonio… Esto era peor… No, no lo era. Un hombre casado pierde su libertad. Al fin y al cabo, el mundo estaba lleno de niños como el que tendría Melania… No había que dramatizar tanto… Un niño más vendría al mundo: eso era todo.

Tendrían que pasar nueve meses, y nunca se sabe… Habría que esperar a que el niño naciese. ¡Podían suceder tantas cosas!… Y sucederían, ciertamente.

Su carrera no había terminado. Ya se encargaría él de que eso no sucediese.

De todas formas, había tenido mala suerte… Un niño, frágil y débil… Que, sin embargo, oprimía su pecho y le inmovilizaba, como el ancla inmoviliza al navío en el puerto.

No, a él no le ocurriría eso. Pensamientos cobardes, ruines, rondaban por su cabeza. Huir, abandonarla… Incluso repudiarla, acusándola de yacer con otros hombres y querer atribuirle la paternidad del niño…

Luego, retornó el orgullo. Su padre había muerto, pero él recogía la antorcha de la paternidad con ese hijo. «Pronto tendrás un nieto», le había dicho a su madre. «Yo era poco mayor que Agustín cuando tuve mi primer hijo…». He cumplido, padre, he cumplido.

De pronto, se apoderó de él un gran deseo de ella. Se puso en pie, la tomó entre sus brazos y la miró a la cara. Ella no opuso resistencia: alzó su cabeza, relajada, sonriente, con los ojos cerrados.

Pero no la besó. Algo, en él, le apartaba del extraño misterio de su cuerpo.

—Tengo que irme —dijo con voz ronca.

Ella bajó la cabeza y Agustín se la acarició.

—Estoy muy contento —susurró sordamente.

Dio media vuelta y salió del estudio.

Lejos. Lejos de ella, lejos de todas las mujeres, de todo lo que fuese femenino… Había algo apetecible en la vida del soldado, maciza y fuerte… primitiva, tal vez, pero libre de escrúpulos y de cuidados… Sin tanta sonrisa, sin tanto beso, sin lechos suaves, y cojines, y carantoñas… Cadenas. ¡Al infierno con las mujeres!

No sabía cómo ni cuándo terminaría todo esto. No veía la manera de resolver el problema y le sacaba de quicio que, a pesar de su inteligencia, se sintiera impotente.

Vagó por las calles, en dirección a Byrsa, primero instintivamente y luego resueltamente, cada vez más deprisa. La villa de Proclo —el comerciante dueño de la casa que habitaba, y de la que había huido— estaba allí, y en ella solían reunirse los Destructores. El viejo

mercader sabía lo que hacía: dejándoles que se reunieran en ella, evitaba que se metieran con sus propiedades, y, como además muchos de ellos eran de buena familia, se ganaba contactos y amistades.

Ingenio, astucia, engaño, prudencia: eso es lo que hacía que un hombre fuera capaz de aprovechar las oportunidades, e incluso de crearlas a veces… Era importantísimo conocer a la gente que interesaba y hacerse amigo de ella… Había conocido unos cuantos estudiantes que pertenecían a la alta sociedad, y había algo en su cinismo que le atraía y le repelía al mismo tiempo. A ellos, por su parte, él les había caído bien —eso creía al menos— y por eso le habían invitado varias veces a compartir sus fiestas… No había dicho nada a sus amigos, por supuesto; no quería hacerlo hasta estar decidido a frecuentar su compañía, y tal vez ni siquiera entonces lo hiciera… Sabía que varios de ellos pertenecían a la banda de los Destructores y que usaban máscaras en sus «razzias» nocturnas.

Y, de pronto, deseó que esa noche tuvieran una: les acompañaría. No lo había hecho nunca, pero esta noche lo haría.

Era tal su tensión, su enojo consigo mismo, que anhelaba destrozar lo que fuera.

***

Le recibieron con los brazos abiertos. Proclo les había cedido un ala entera de su villa-palacio, les suministraba vino y alimentos y había puesto a su disposición varios esclavos. Cuando llegó Agustín, varios de ellos estaban ya borrachos, pero la mayoría habían aprendido a beber, y se conservaban lúcidos.

No había mujeres —no las admitían en su cuartel general— y el ambiente de ruda masculinidad que reinaba allí le agradó. Bebió un vaso de espeso vino de Falerno que le sirvió un esclavo y escuchó, divertido, los relatos de algunas de las faenas que habían hecho a quienes estaban incluidos en la «lista negra» de la banda.

Menos divertido resultaba el trato que estaban dando a un par de jóvenes que querían formar parte del grupo, pero que todavía no habían sido iniciados. Los llamaban «basura» y les gastaban bromas cada vez más pesadas a medida que avanzaba la noche.

Tuvo cierta gracia ver a aquellos aturdidos jóvenes imitando las danzas de las vírgenes de Tanit sobre la mesa del comedor, pero no tenía ninguna ver cómo los azotaban con látigos de cuero cada vez que tiraban algo o frenaban el ritmo de sus evoluciones. Uno de ellos cayó, desmayado, y entonces le echaron una jarra de vino en la cara para reanimarle. El otro rompió a llorar y todos se partían de risa.

—¿No te hace gracia? —le preguntó un estudiante paliducho que tenía unos ojos saltones, muy juntos.

—No —repuso Agustín, sin vacilar—. Me gusta derrotar a los demás haciendo uso de la inteligencia, no de la fuerza bruta.

—No se puede pertenecer a los Destructores sin pasar por pruebas como esta —repuso el estudiante—. No duran mucho, y luego se disfruta el doble viendo sufrir a otros. ¿Te has apuntado ya?

—No.

—Pues ya va siendo hora. Vienes a menudo… ¿Es que te da miedo la iniciación?

Agustín se puso colorado.

—No me da miedo nada. Sobre todo, lo que no sucederá nunca.

El otro se engalló. Olía a vino que apestaba.

—Tienes muchos humos, amiguito. Será mejor que te apuntes cuanto antes. Si no, te incluiremos en la lista negra.

El joven que se había desmayado ya estaba danzando de nuevo, entre latigazos y risotadas, con lo que la atención del estudiante de ojos saltones se desvió hacia él. Agustín aprovechó la ocasión para largarse.

El cielo estaba lleno de estrellas que parpadeaban, como si se burlaran de él. Estaba avergonzado, pero al mismo tiempo contento, por haberse librado de ellos. Cuando se burlaban de los estúpidos y

de los pomposos, o arremetían contra las tradiciones ridículas y estériles, estaba de su parte, pero le hacían daño su maldad y su mala sombra. Eran ruines. ¿Qué es lo que demolían estos Demoledores? Nada importante. La fealdad permanecía e incluso aumentaba tras sus demoliciones.

La crítica, la destrucción, no bastaba. Satisfacían un capricho, una pasión, pero no era un modo de vida… Y le asaltó la idea de que formaban parte de su mismo talante vital, de esa pasión absurda que le había llevado a esquilmar el peral de los Glabrios…

Sí, eran despreciables. Se oponían a la autoridad porque eran incapaces de gobernarse a sí mismos…

Se detuvo, de golpe, ensimismado. ¿Acaso lo era él?

A su alrededor, la ciudad era un confuso murmullo, blanqueado por la luna que se precipitaba hacia el mar.

Muchos hombres habrían perdido a sus padres, hoy mismo, en esa incierta masa fantasmal; muchas mujeres yacerían despiertas, sintiendo cómo el fruto de sus amores cobraba vida en sus entrañas; muchos jóvenes vagarían impotentes, sin rumbo, por las calles…

El capricho, la pasión eran inútiles. Un hombre debe obrar por otros motivos.

No bastaba con la elegancia formal. Había que encontrar un significado… ¿Pero es que algo tenía significado?

Lentamente, inició el regreso a la ciudad.

## 5.

Una semana más tarde, Harmodio se presentó en la casa de la Calle de los Banqueros, y a Alipio le sentó mal que Agustín se abalanzase a abrazar a aquel joven frágil y pálido, como si se tratase de un hermano al que no había visto desde hacía mucho tiempo. Verdad es que habían sido condiscípulos en la escuela de Tagaste y que se conocían desde la niñez, pero, cuando Agustín se había ido a

estudiar a Madaura, habían dejado de ser amigos, así que no veía por qué, ahora, hacía tantas alharacas. Además, Harmodio nunca había pertenecido al grupo de «Los Siete contra Tagaste», y era imposible imaginárselo despreocupado y alegre. Era esa clase de jovencito atildado que nunca se ensucia las manos y en cuya presencia uno se siente incómodo y distante. Los mayores le hablaban en voz baja, como si fuera una niña. Era una buena persona, e inofensivo, pero no dejaba de ser molesto que Agustín se regocijara tanto con su llegada.

Alipio apenas había visto a Agustín en los últimos días y ahora comprendió que iba a verle todavía menos, así que soltó una especie de gruñido cuando Harmodio le saludó cordialmente.

—Has llegado en el momento preciso —le dijo Agustín, radiante, conduciéndole a su estudio—. ¿Te acuerdas de cuando discutíamos sobre poetas y filósofos? Tú defendías a los filósofos y yo, a los poetas.

—Y, como siempre —le interrumpió Harmodio, risueño—, atacaste con furia, rompiste mis defensas y me dejaste tan desconcertado que pensé que no merecía la pena leer sus obras… Me hiciste un gran favor. No hay quien digiera la filosofía a los catorce años.

—A cualquier edad —observó Alipio, agriamente—. ¿No crees, Agustín, que a tu amigo le convendría descansar un poco después del viaje?

—Gracias, Alipio, pero no estoy cansado —repuso Harmodio—. Ahora estoy fuerte como un buey y fresco como una lechuga. Por eso me han dejado venir a Cartago.

—No creo que esas metáforas sean las más adecuadas, Harmodio —dijo Agustín, riendo—. Sobre todo, tratándose de ti… ¡Melania! ¡Melaniaaa!

Se presentó como un rayo.

—Melania, este es mi gran amigo Harmodio. Está sediento, y yo también. Y Alipio, supongo. Tráenos una jarra de vino… ¡Ah! Y

prepara una cama. Harmodio se queda a vivir aquí.

Asintió con la cabeza y se retiró sin decir una palabra.

—¡Qué batallas dialécticas hemos librado, Harmodio! ¡Qué batallas! Y ahora llegas justo a tiempo…

—¿Puedes prestarme un escudo y una espada, Alipio? —dijo Harmodio, jovialmente—. Supe que corría peligro mi vida en cuanto traspasé el umbral de esta casa… es decir, de la jaula del león. Tendré que utilizar los métodos de Daniel.

—¿De quién? —preguntó Agustín, sorprendido.

—De Daniel. Un profeta judío.

—¡Judíos! —gruñó Alipio—. Tienen tantos profetas que cualquiera recuerda todos…

—Tu madre, por ejemplo, Agustín —dijo Harmodio—. Tú también deberías recordarlos…

Se produjo un momento de embarazoso silencio. Luego, Agustín preguntó, como volviendo de muy lejos:

—¿Cómo está mi madre?

—Bien, pero muy apenada, claro. Te envía todo su cariño. Quiere que sigas aquí. Te enviará dinero. Y… bueno, tu padre no sufrió mucho. Me dijo que ya te lo había dicho por carta, pero insistió en que te lo recordara. Es una gran mujer, Agustín.

Agustín asintió, bajando los ojos.

Alipio empezó a comprender la razón de ser de la extraña amistad que existía entre ellos. El tacto exquisito con que Harmodio había sabido introducir en la conversación a Mónica le conmovió. Había logrado que fuera Agustín el que preguntara por ella, en vez de ser él quien llevara la iniciativa. Una argucia «femenina», pero llena de delicadeza.

—Todavía no me has dicho quién era ese Daniel —dijo Agustín, desviando de nuevo la conversación.

—Ah, sí… Darío, rey de los persas, mandó arrojarle al foso de los leones, sin más armas que su fe. Pero esta era tan poderosa que los leones no osaron acercarse a él.

Agustín hizo un gesto con la mano, como si quisiera quitarse de encima esa fe.

—Lo que yo busco es la sabiduría, Harmodio… No, no es que haya dado de lado a los poetas… Aunque nunca se sabe. He estado leyendo el *Hortensio*, de Cicerón, y es como si respondiera a una pregunta que me vengo haciendo…

—Hermosa lengua —dijo Harmodio—, pero poco corazón.

Melania entró con el vino. Llenó los vasos y se retiró.

—Tienes razón —repuso Agustín—. Pero una mente preclara, en cualquier caso…

Hizo una breve pausa y empezó a recitar, de memoria: «Si tenemos un alma inmortal y divina, como mantienen los filósofos antiguos —que son los más grandes y los más famosos—, entonces es justo y oportuno pensar que cuanto más la cultivemos, es decir, cuanto más ejercitemos la razón y el amor a la búsqueda de la verdad, y cuanto menos nos ensuciemos con los errores y las pasiones humanas, más fácil será elevarla y hacer que vuelva a subir a los cielos».

—¡Un trago, amigos! —exclamó Alipio.

Ni siquiera la han visto entrar, pensó. ¡Pobre Melania! Su dios volvía a alejarse de ella. En cuanto a mí, ni siquiera existo para ellos.

—En esto —dijo Harmodio imperturbable—, Cicerón está «muy cerca del Reino de los Cielos», como hubiera dicho Cristo.

—Y, como me descuide —repuso Agustín, desdeñoso—, volverás a citar a mi madre.

—Amigo mío —dijo Harmodio sonriendo—, no se puede prescindir de Cristo.

Agustín frunció el ceño.

—¿Acaso te han bautizado?

—No. Soy un simple catecúmeno. Pero incluso desde un punto de vista estrictamente filosófico, no se puede prescindir de su gigantesca figura. Cristo ha conformado los tres últimos siglos.

—No todos sus seguidores lograron escapar de las fauces de los leones…

—No todos eran profetas.

Agustín hizo un gesto muy expresivo.

—¡Qué maravilla que estés aquí! —exclamó, risueño—. La batalla comienza de nuevo. Tienes que venir a mi escuela. Tenemos que leer juntos el *Hortensio*. Lucharemos con Cicerón, y con Sócrates, si podemos hacernos con una buena traducción. Mi griego sigue siendo detestable.

—Los verbos irregulares —insinuó Harmodio—. Son un desafío para quien, como tú, quiere ordenar el universo… Sigues siendo tan belicoso como siempre. Confundes una disputa con una riña. Lo importante no es ganarla, sino encontrar la verdad.

—Eres un pedante, Harmodio. Siempre lo has sido. Pero no importa. No voy a reñir contigo nada más llegar. Hasta estoy dispuesto a leer las Escrituras cristianas para ver si cuadran o no con los hallazgos de los filósofos. ¿Estás satisfecho?

—Lo que importa es que lo estés tú.

«Para ver si *cuadran*», pensó Alipio… Y lo peor era que uno no podía enfadarse con semejante criatura. Además, volvía a estar alegre, por primera vez desde la muerte de su padre. Y no era solo eso…

La gente era como los colores. Agustín, rojo y dorado. Melania también era roja, pero de un rojo carmesí que armonizaba con el suyo. Harmodio, sin embargo, era plateado, plata fría y pálida… ¿Y yo?… Gris. Pardo… Triste y sombrío, en cualquier caso.

## 6.

Su dios se encontraba solo y Melania osó deslizarse en el estudio. Estaba absorto en la lectura de un rollo de pergamino, pero eso no era nada nuevo. Tal vez la recibiera bien. Hasta podría ser que la

deseara. Todavía no se percibía ningún cambio visible en su cuerpo, ningún bulto en su vientre…

Agustín la miró y asintió con la cabeza. Melania supo que deseaba su presencia, pero no su cuerpo.

—Siéntate, Melania.

Ella se acurrucó a sus pies. Se había puesto los zarcillos de jade que él le había regalado, que caían sobre sus hombros. A Alipio no le gustaban, pero decían que daban buena suerte. «Estás mucho más guapa sin joyas, Melania», le había dicho, haciendo un mohín. Pero desde que había llegado Harmodio estaba más amable con ella. Sin duda tenía más celos de él que de ella, lo cual no era una buena señal…

—Te gusta que me ponga los zarcillos, ¿verdad?

—Me gustas más cuando estás calladita —repuso Agustín, dando vueltas al rollo—. Estoy leyendo, gacela mía. Estoy empapándome en el libro santo de los cristianos.

—Dicen que es maravilloso —dijo ella—. Me gustaría saber leer…

—Es un libro atroz, reina mía. Lo han escrito una serie de personas que no habrían aprobado ni el primer curso de gramática. No tiene sistema alguno ni estructura. Un montón de cosas superpuestas, sin orden ni concierto; fábulas del pasado, algunos hechos históricos, preceptos morales, himnos… y una catarata de ritos y de oscuras profecías…

—Me gustan las profecías —le interrumpió Melania—. Hay un adivino magnífico en la Calle de los Armadores…

—Sobran con los que hay aquí… Pero lo peor es el estilo, palomita. Solo puede gustarles a los que no han leído jamás un *buen* libro. Este es pesado, premioso… y vulgar.

—Visité un adivino de muchas campanillas una vez, pero no acertó —dijo Melania, como ausente.

—El estilo no lo es todo, claro —prosiguió Agustín—, pero evidencia una mente ordenada y bien dotada. Cuando Cicerón escribe, sus frases forman como una cadena de oro que adquiere

cada vez más consistencia hasta alcanzar el corazón de la verdad… Porque la verdad debe ser bella. Lo feo, lo basto, lo mal construido, resulta sospechoso.

—¿Por qué te preocupan esas cosas, mi amo? —preguntó Melania, aburrida.

—¿Por qué?… Porque Harmodio es un insensato… Aunque hay algo extraño en todo esto. Una cosa tan mal escrita como esta, ellos la consideran santa, sagrada e inspirada. Sobre todo la segunda parte, el Nuevo Mensaje, o como lo llamen. Cuando los emperadores de tiempos pasados quisieron destruir esos escritos, los defendieron con uñas y dientes. Muchos murieron —bueno, algunos— antes que negar lo que allí se dice… Y, la verdad, no creo que nadie estuviera dispuesto a morir por el *Hortensio*… ¿Cómo es posible que ellos murieran por un mal libro cuando no hay nadie dispuesto a morir por uno bueno?

—No lo sé —dijo Melania, encogiéndose de hombros.

—No te lo he preguntado a ti, tontita, sino a mí mismo.

—Yo moriría por ti…

—No es necesario, afortunadamente. Y te ruego que no me interrumpas… ¿Dónde estaba? Sí, en el misterio de ese libro. Otra cosa extraña es su protagonista principal. El pobre Juliano, el emperador, pensó que ya había pasado de moda y que se podía volver a los antiguos dioses… Puso todos los medios de que disponía para lograrlo, que no eran pocos. Inútil. A los tres años, estaba derrotado. No pudo con Jesucristo… Y eso que lo que se cuenta de él está torpemente escrito por cuatro personas distintas, bastante incultas todas ellas… Es como un cuento burdo, para niños… Una estrella que aparece en el cielo, y unos pastores, y unos magos, y una serie de milagros… Hay unas cuantas parábolas encantadoras, sí, pero eso es todo. A mí me gustaban mucho cuando era niño… Son ideales para dormirlos.

Envolvió el rollo y lo dejó caer en el suelo.

—Pero ya no soy un niño, y Harmodio tampoco, aunque lo sigue pareciendo. No me gustan los cuentos, aunque sean encantadores. Quiero saber, con certeza. Rompí con los Destructores porque son también como niños traviesos que lo rompen todo, solo por divertirse… Lo que yo anhelo es una sabiduría constructiva, llegar a conocer el verdadero orden del Universo. Y eso es lo que me he propuesto conseguir.

Hizo una pausa. Las últimas frases le habían salido redondas… Miró a Melania: se había quedado dormida.

# 7.

No había nada en el forastero que impresionara particularmente, aunque la verdad era que resultaba difícil descubrir algo impresionante en medio de una muchedumbre tan abigarrada. Fue su risita ahogada lo que hizo que Agustín mirara a aquel hombre de edad madura, de frente despejada y ojos profundos, vestido con una inmaculada túnica blanca. El calor y la presión de la multitud enfebrecida no parecían afectarle en absoluto. Su piel marfileña no transpiraba en absoluto.

El forastero captó la mirada de Agustín y volvió a sonreír.

—Pobres locos —dijo, moviendo levemente la cabeza, pues no había sitio ni para encogerse de hombros.

Decenas de miles de cartagineses se balanceaban al ritmo de las danzarinas que interpretaban el rito sagrado de la Virgen Divina, Protectora de Cartago: Tanit, la diosa tradicional, Tejedora de Conjuros, Dueña del Cinturón de los Encantamientos, a la que los romanos llamaban Venus y los griegos, Afrodita, pero que gozaba de mucha más devoción en Cartago, su auténtico dominio.

El gigantesco santuario de la diosa cubría una enorme extensión de terreno, y su estatua, habitualmente oculta en un relicario, lucía

ahora sobre una peana de mármol, cubierta con ornamentos dorados, cuajados de piedras preciosas.

Era el día en que los ritos sagrados se celebraban al aire libre, con intervención de los sacerdotes y las danzarinas del templo, el día destinado a instruir a sus fieles devotos… Una instrucción exhaustiva, que no dejaba nada a la improvisación.

—Los cristianos la llaman la Falsa Virgen —dijo el forastero—, y a sus adoradores, pobres paganos ignorantes. Y los seguidores de Tanit llaman a los cristianos incautos y bobos. En esto —y casi solo en esto— unos y otros llevan razón.

Al hablar tenía que arrimar su boca al oído de Agustín, pues el estrépito de los címbalos y los tambores y los gritos de los danzarines eran ensordecedores.

Osado, el forastero, pensó Agustín. Y, antes de que pudiera responderle, prosiguió:

—Ninguna de esas creencias te conviene, Agustín. Se quedó pasmado.

—¿Cómo sabes quién soy? —dijo, con los ojos como platos.

—¿Quién no conoce al estudiante más distinguido de la mejor escuela de la ciudad? —repuso el forastero sonriendo enigmáticamente—. Eres muy modesto, Agustín.

Agustín le miró inquisitivamente, pero el forastero permaneció impasible.

—No me explico cómo… —musitó.

—Me llamo Bahram —dijo el forastero; e inmediatamente, dio media vuelta y se alejó, abriéndose paso entre la multitud con increíble agilidad.

Agustín contempló por última vez el fantástico espectáculo que se estaba desarrollando alrededor de la imagen de la diosa. Luego dio también media vuelta y siguió al forastero. No le resultó tan difícil como pensaba, pues todo el mundo estaba deseando ocupar el espacio que dejaba. No perdía de vista la cabeza del forastero,

navegando contracorriente en un mar de rostros sudorosos y agitados.

Le costó más de un cuarto de hora dejar atrás a la multitud.

—Perdona, señor, pero…

Bahram se volvió. Sonreía.

—Si son unos necios, ¿qué hacía yo allí?… Eso estás pensando, ¿no?

Agustín asintió.

—Sí —dijo—. Eso… y algo más.

—Que si pienso, como los cristianos, que los adoradores de Tanit son unos pobres paganos ignorantes, y, como estos, que los cristianos son incautos y bobos, qué es lo que yo creo. ¿No es eso?

—Exactamente —repuso Agustín, asombrado.

—Tu primera pregunta tiene una fácil contestación: estaba allí porque te estaba siguiendo…

—¿A mí…?

—Quería conocerte. Y lo he conseguido.

—Pero te fuiste enseguida… Si no llego a seguirte…

—No habrías vuelto a verme. No habría tenido sentido que volviéramos a vernos si no hubieses querido que contestase a tu segunda pregunta. Si realmente buscabas la verdad, me seguirías. Y lo has hecho.

Agustín se esforzó por quitarse de encima un agobiante sentimiento de impotencia.

—De acuerdo. ¿Y cuál es tu respuesta a mi segunda pregunta?

Bahram volvió a sonreír.

—El cielo y la tierra no se explican así como así. No es una cuestión sencilla… Pero deja que primero te haga unas cuantas preguntas. La primera es: si solo hay un Dios bueno, creador de todas las cosas, visibles e invisibles —como los cristianos creen—, ¿cómo explicas la existencia del Mal?

—No puedo explicarlo. Lo he pensado a menudo.

—Y los cristianos tampoco. Es una de las muchas contradicciones de su doctrina. No pueden negar que el mal existe, y, sin embargo, insisten en que sus tres dioses, que solo son uno, es omnipotente y perfecto y bueno. Pero lo que es perfecto no puede crear lo imperfecto, y lo que es bueno, originar lo malo…

—Evidente.

Mientras hablaban, seguían caminando.

—Las cosas que hemos aprendido en la niñez y que nos enseñaron a considerar sagradas nos abruman —continuó diciendo Bahram—. Solo maduramos cuando somos capaces de pensar en ellas con sentido crítico, sopesando su credibilidad y obrando en consecuencia. Mucha gente no cree nunca, claro, y otras jamás despiertan. Espiritualmente, siguen siendo niños toda la vida. Tienen una vaga idea de la divinidad, musitan unas cuantas oraciones y esperan algo, sin saber exactamente qué. Pero no hay nada —o muy poco— que les conduzca a la inmortalidad. Y por culpa de los crasos errores de las iglesias, sean cristianas, amanas o donatistas[*] —por no decir nada de los que creen en Tanit, en Júpiter o en los demás dioses del Olimpo—, no alcanzan nunca un alto nivel de conciencia… Algo lamentable, pero cierto…

—¿Y el remedio? —dijo Agustín, desolado—. Porque debe de haber un remedio.

—Lo hay. Pero no puedo explicártelo sin que tu mente se libere de falsas imágenes. Tengo que arrancar las malas yerbas antes de plantar la buena semilla.

—Cristo dijo algo parecido, según creo —dijo Agustín, cautamente—. ¿Qué… qué piensas de él? No hace mucho que un amigo mío me dijo que no se puede prescindir de Cristo…

—¿Te refieres a Cristo o a Jesús de Nazaret?

Lo sorprendente de la pregunta hizo que Agustín se detuviera; pero Bahram prosiguió andando, por lo que no tuvo más remedio que acelerar el paso para alcanzarle.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Acaso no son la misma persona?

—En absoluto. Son dos entidades completamente distintas. Cristo era —y sigue siendo— un espíritu muy evolucionado, enviado por los Espíritus de la Luz, que se apiadaron de la postración de la humanidad. Es una Luz aprisionada en la materia, por lo que todo lo que le sucede a la materia le afecta a él. Por eso nace, y sufre, y muere constantemente. Hemos de esforzarnos para liberarle de la materia, y algunos ya lo estamos haciendo, pues solo un Cristo liberado, perfectamente luminoso, puede liberar al hombre. En cuanto a Jesús de Nazaret, no fue más que un impostor, un pobre hombre que trató de identificarse con el Cristo cósmico, y que al final de su vida comprendió que había fracasado y proclamó a gritos que Dios le había abandonado. Entonces se dio cuenta de hasta qué punto él también tenía necesidad de ser liberado. Pero lo que no comprendió es lo mucho que había obstaculizado la labor del Cristo cósmico al tratar de identificarse con él… Ni a cuántos hombres iba a apartar de la imprescindible tarea de colaborar con los Espíritus de la Luz para romper las ataduras del Reino de las Tinieblas.

La mente de Agustín parecía una devanadera; pero, antes de que pudiera recoger el hilo, Bahram prosiguió hablando, implacable y gentil al mismo tiempo, con una seguridad asombrosa:

—Te has acostumbrado a buscar a Cristo donde no está: en la persona de un pobre carpintero judío. Tendrás que aprender a buscarlo donde se encuentra: en una alta esfera del espíritu, aunque todavía sea prisionero de la materia en todas sus formas… Porque hay elementos de Luz en la comida —no en la carne, desde luego, que es un arma favorita de los Poderes del Reino de las Tinieblas, pero sí en la fruta, en el reino vegetal de la Tierra—… Pero de todo esto te hablarán más despacio.

Poco a poco, Agustín se había ido recobrando.

—Evidencia… —dijo abruptamente—. Algo nuevo, fascinante… ¿Pero dónde está la evidencia? Aunque lograras probarme que el

cristianismo, tal y como lo enseña la Iglesia —o las iglesias, si quieres—, es falso, ¿cómo podrías convencerme de que lo que tú dices es verdadero?

—De la manera más simple —repuso Bahram, imperturbable—. Puedo convencerte de que el cristianismo es falso probándote que lo que enseña no corresponde a los hechos; y te convenceré de que estoy en lo cierto probándote que sí corresponde… El cristianismo no es capaz de explicar el universo. Yo, sí. Pero no creas que te lo digo basándome en mi propia autoridad. Soy uno de los elegidos, sí, pero de los más humildes, no un profeta.

—Luego hay también profetas…

—Desde luego. Precisamente a través de ellos actúan los Espíritus de la Luz. Ha habido muchos, pero el último y el más grande fue Manes.

—Manes, el místico persa —comentó Agustín—… El rey de los persas lo hizo matar, ¿no es eso?

—Sí. Murió crucificado. Y el nombre del rey era Bahram. Quise llevar su nombre cuando me convertí en elegido, para borrar, mediante una vida pura, la mancha que recayó sobre él.

—Borrar, limpiar… —musitó Agustín—. ¿Crees, pues, en la culpa y en su posible perdón, como los cristianos? Bahram volvió a sonreír.

—Sé lo que estás pensando… Pero la idea de la culpa en su concepción cristiana es repelente y está llena de errores. Los cristianos creen que su naturaleza está corrompida a causa de un acto de rebeldía de sus antepasados, y que ellos, con sus propias fuerzas, no pueden hacer nada para salir de ese estado. Jesús así se lo enseñó. Sin embargo, se avergüenzan constantemente de sus pecados y viven en perpetua agonía. Pero nosotros sabemos que no a todos les ha sido dado vivir una vida perfecta, sino solo a los elegidos. Los demás deben llevar una vida virtuosa, sí, pero no pueden ser perfectos, y, si caen, no es por su culpa. No son responsables de ello. La culpa la tiene el poder del Reino de las Tinieblas.

—No son responsables… —murmuró Agustín, suspirando hondamente—. Pero Dios…

—Dios, amigo mío, no es un Dios personal, como los cristianos creen, aplicándole estúpidamente un concepto humano. Pero, como una persona no basta para explicarlo, le atribuyen tres. ¡Qué absurdo! Es como si yo dijera: el dios-caballo es más que un caballo: es tres caballos…

Una incierta sonrisa asomó al rostro de Agustín, pero se desdibujó enseguida.

—Pero… ¿qué es Dios?… ¿Quién es Dios?

—Antes, hazte una pregunta: ¿puedes creer realmente que Dios sea una persona, con uñas, con dientes, con pelo?… No hay más que dos Principios, Agustín: uno bueno, el de la Luz, y otro malo, el de las Tinieblas. El uno no puede existir sin el otro, y ambos son eternos. Nosotros aquí, en la tierra, hemos de decidir a cuál de ellos nos adherimos…

—Sigue —dijo Agustín, ansioso, brillándole los ojos—. Cuéntamelo todo…

—Esta es mi casa, Agustín —dijo Bahram, deteniéndose ante un edificio—. Pasa. Bienvenido en nombre de la Verdad y la Luz.

## 8.

—¿Dónde está Agustín? —preguntó Honorato al entrar en el comedor.

—En su estudio —repuso Alipio, tragándose precipitadamente un trozo de melón—. Pero no vayas. Bahram está con él, y Harmodio, también. No quiere que entre nadie más.

—¡El elegido en persona! Pueden pasarse horas allí… ¿Dónde está Melania?

—Arriba… Pero siéntate y toma algo, aunque no tengo mucho que ofrecerte.

—Ya veo: frutas, verduras… ¿Eso es todo lo que coméis?

—Más o menos… No, Honorato, de eso no comas: la fruta es sagrada. Puedes tomar un poco de pastel de verduras, si quieres.

—Gracias. ¿Pero qué es eso de que la fruta es sagrada? Tú estás comiendo melón.

—Porque ya soy un adepto. Toda una ceremonia. Estoy… ¿cómo te diría?… más o menos santificado. Cuando tomo fruta es como si rezara, porque se desprenden partículas de Luz, que es lo que cuenta. Yo no puedo evitar que te compres un melón o una docena de higos y te los comas, pero lo que no puedo hacer es ofrecértelos…

—Puedes quedarte con tu fruta —dijo Honorato, un tanto molesto—. Me conformo con un par de huevos o un trozo de carne…

—No tenemos nada de eso —afirmó Alipio, masticando—. Somos todos adeptos, menos Melania.

—Voy a verla.

—No, no vayas.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—No quiere hablar con nadie.

—Pero ¿por qué?

—Se siente agraviada. Su dios —Agustín, claro— la tiene abandonada… Le dio una larga conferencia sobre Manes, ¿sabes?

—¿Y…?

—Brillantísima. Dos horas y media perorando. Ella permaneció quieta, a sus pies, sin cesar de mirarle…

—Hasta que le interrumpió y él se enfadó.

—No, no. Nada de eso. Pero cuando Agustín terminó —estaba exhausto—, sonrió y le dijo: «Me gusta verte hablar… ¡Estás tan guapo cuando hablas!».

—¡Pobre Melania!

—Se puso como una fiera. Nunca le he visto tan enfadado. ¡Dos horas y media desperdiciadas! Entonces se dio cuenta de que Manes tiene razón: Eva fue condenada sin remisión por seducir a Adán…

Por eso, la procreación se convirtió en el arma más poderosa del Reino de las Tinieblas, mucho más letal que comer carne de animales muertos…

Hizo una pausa y añadió:

—Ella hubiera pasado por eso. Es tan buena, tan paciente, que hasta yo mismo la aprecio, en la medida en que se puede apreciar a alguien de su sexo… Pero Agustín hizo una observación cortante sobre el amor, diciendo que no es más que concupiscencia y que, bajo una apariencia de belleza, es algo sucio y horrible… Fue demasiado para ella. Ya sabes: está en el quinto mes de su embarazo.

—La dieta maniquea no le ha hecho más comprensivo —observó Honorato.

—La ha humillado a menudo últimamente. Ya sabes cómo se lanza… No se da cuenta de que es como un toro… Embiste contra todo y contra todos, incluido él mismo. O te quitas de en medio o te arrolla.

—Y a Melania la ha arrollado.

—Eso parece, pero nunca se sabe. Las mujeres son distintas. Está agraviada y siente lástima por él, pero se morderá la lengua antes que decir una palabra.

Honorato la emprendió con el segundo pastel de verduras y, cuando se lo hubo comido, pidió un poco de vino. La expresión de Alipio le dejó de una pieza.

—No me digas que…

—Lo siento. Prohibido. Es algo sucio, veneno puro…

Honorato se echó hacia atrás con energía y su hermoso rostro adquirió una expresión de ira.

—¿Pero es que os habéis vuelto locos? —gritó descompuesto—. ¿A qué viene tanta estupidez? ¿De verdad creéis que podéis alcanzar no sé qué clase de ideal por este camino? No lo entiendo. He estado en Hipona, en casa de mis padres, durante unos meses, y ahora vuelvo y os encuentro bajo una especie de conjuro. Me encontré a

Agustín en la escuela y me dijo que Bahram, el elegido, iba a venir a su casa. He venido, y ahora resulta que no puedo ver a ninguno de los dos y que ni siquiera puedo tomar una copa de vino ni comer un miserable higo. Si este es el mundo nuevo del que me ha hablado Agustín, estamos listos.

—Y no tardarás en compartirlo con nosotros, Honorato —dijo Alipio—. Sé lo que me digo. No podrás evitarlo. Yo me explico muy mal, pero cuando oigas a Agustín… La comida, la bebida y todas esas cosas es lo de menos. Como si un soldado se quejara de que tuviera que llevar espinilleras… La doctrina maniquea[*] es grandiosa, lo comprobarás cuando Agustín te la explique.

—Tal vez lo sea —repuso Honorato, hoscamente—, pero para mí lo que cuenta es la práctica. Comprendo que a Agustín no le guste la idea de tener un hijo a su edad, y menos de Melania. Pero, si se avergüenza, que se avergüence de sí mismo, y que no eche la culpa a Eva, o al Reino de las Tinieblas, o lo que sea.

—No puede sentirse culpable de la guerra entre los dos Reinos que tiene lugar en él —repuso Alipio, convencido—. Es como si el campo de batalla se sintiera culpable por las atrocidades que cometen en él dos ejércitos enemigos.

—Eso es de Agustín —dijo Honorato, irónico—. Es capaz de convencer a cualquiera. Como le dejen, pondrá el Imperio Romano patas arriba… ¡A la mierda con este flan de verduras! Me voy a comer a un sitio decente.

Se puso en pie e hizo ademán de irse, pero se quedó quito. Luego, con un tono de voz distinto, dijo:

—¿Cómo has podido caer en esto, Alipio? Un hombre como tú, con tanto sentido común…

—Ya ves —repuso Alipio, encogiéndose de hombros—. Como en todo: del brazo de Agustín. Cuando teníamos quince años, me dijo: «Vamos a soltar el ganado del viejo Rufus». Y allá fuimos. Luego se vino a estudiar a Cartago, y yo le seguí. Supongo que, si se hubiera unido a los Destructores, yo le habría seguido. Pero no lo hizo. Me

alegro de que haya superado la fase del *Hortensio* enseguida, porque toda esa morralla filosófica era demasiado para mí… En cierta manera, seguirle es fácil, porque así uno no tiene que preocuparse… Tal vez te parezca estúpido este ir siempre a remolque, o tal vez debilidad, pero no creo que lo sea. Somos amigos desde hace tanto tiempo… Él tiene cabeza y yo, no. Él es mi cerebro. Confío en él… Y ya he hablado demasiado. Anda, toma otro pastel de verduras…

—No, gracias —dijo Honorato sin acritud, sonriendo—. Ha sido una buena perorata, Alipio. Creo que eres el más honesto de todos nosotros. Pensamos como tú, pero no nos atrevemos a manifestarlo…

—Hace tanto tiempo que somos amigos… —repitió Alipio—. He tenido mucha suerte: la semana pasada recibí una carta de mi padre en la que me decía que quería que permaneciese en Cartago hasta que concluya mis estudios. Estaba preocupado, ¿sabes?, porque han subido las tasas académicas y mi padre tiene que hacer un gran sacrificio… No puedo seguir vagueando, porque ha tenido que vender unos terrenos. Dice que sabe que no aprovecho bien el tiempo, así que tendré que arrimarme a él y hacer un esfuerzo. Quizá sea un estúpido, pero…

—No tienes nada de estúpido, Alipio —dijo Honorato, risueño—. Lo que no entiendo es por qué tienes que imitarlo en todo, incluso en esta insensatez. Y tampoco comprendo cómo ha arrastrado a Harmodio, que parecía tan firme en sus ideas. Solo he hablado con él dos o tres veces —me fui a poco de llegar él, como sabes—, pero me dio la impresión de tener un carácter fuerte, aunque parezca tan frágil, tan…

—Sé lo que estás pensando, Honorato. No, no es un afeminado… aunque a mí me desagrade.

—Eres asombrosamente intuitivo, Alipio. En fin, no me explico cómo Agustín ha podido convertirlo en adepto de esta secta, o lo que sea.

—No la llames así. Además, Harmodio no es uno de los nuestros. Todavía…

—¡Ah, eso es otra cosa! Pero dijiste que todos en esta casa habíais sido admitidos en la… bueno, en lo que sea, excepto Melania.

—¿He dicho eso?… Bueno, no puedes imaginarte lo que ha sido esta casa en las últimas semanas. Agustín y Harmodio se han pasado días y días disputando, y, cuando parecía que Agustín le había convencido, Harmodio aceptó ser uno de los nuestros, pero luego se volvió atrás, adujo nuevos argumentos y todo empezó de nuevo. Y así no sé cuántas veces…

—Y ahora los dos están encerrados ahí, con el elegido… Al parecer, Agustín ha tenido que pedir refuerzos…

—No conoces a Agustín —repuso Alipio, resoplando—. Es incapaz de pedir ayuda a nadie. No, no es eso. Aunque no estoy seguro, creo que están celebrando la ceremonia. Tiene que hacerse en presencia de un elegido; Agustín solo puede ser testigo.

—O sea, que al final le envolvió…

Alipio lanzó un hondo suspiro.

—Sí, anoche. Quiere tanto a Harmodio que no podía soportar que quedara fuera…

Se abrió la puerta y Agustín y Harmodio aparecieron en el umbral, cogidos del brazo. Alipio dio un respingo, pero Honorato no se dio cuenta; estaba mirando a Agustín, fascinado; su gesto era solemne, tenso, y al mismo tiempo triunfante; una serena ferocidad, pensó, si es que existía una cosa así. Harmodio, por su parte, estaba muy pálido.

—Por fin estamos unidos, también en esto —dijo Agustín, emocionado—. Lo más importante. Pronto te tocará a ti, Honorato.

Honorato hubiese querido decir que no le gustaban las verduras, pero se tragó esas palabras. Solo dijo, haciendo un esfuerzo:

—Si te preguntara por qué haces esto, Agustín, ¿qué responderías?

—Diría que por fin he encontrado unos hombres que pueden librarme de todo error y llevarme a Dios solo por la razón.

—¿Por la razón?

—Amigo mío, en nuestra niñez nos hicieron creer en ciertas cosas, aterrándonos con groseras supersticiones. Impusieron a nuestra mente infantil cosas irracionales, haciéndose valer del principio de autoridad. Me ha costado mucho aprender a no creer en algo hasta que, tras discutirlo, sea capaz de aceptarlo. Y eso es lo que enseñaré a los demás, desde ahora.

Honorato no supo qué decirle. Vio que Alipio le miraba, como diciendo: «¿Qué te había dicho?», y desvió su mirada.

—Suena muy bien —repuso por fin, débilmente—, pero en la práctica…

—Teoría y práctica son la misma cosa. Si la teoría es verdadera, debes aceptarla y obrar en consecuencia. Yo no obligué a Alipio a hacerse maniqueo. Yo no coaccioné a Harmodio amenazándole con el fuego del infierno. Los convencí por la lógica de mis argumentos.

—Me han dicho que el Emperador detesta a los maniqueos —insinuó Honorato—. Va a promulgar un edicto contra ellos.

—Al Emperador le gusta mucho la carne —observó Alipio.

—Está muy lejos —dijo Agustín, sonriendo—. Y rodeado de hombres como los que he mencionado antes, que imponen a los demás las leyes de la superstición, blandiendo la espada de la autoridad divina. Espiritualmente, es un esclavo, como éramos nosotros. Además, recuerda: hubo un tiempo en que los emperadores detestaban a los cristianos, lo cual no impidió que siguieran multiplicándose y llegaran a vencer a la Roma de los Césares. Honorato se rascó la cabeza.

—Pero, hasta que llegó ese momento, lo pasaron muy mal…

—¡Bah! Se acabaron los tiempos de las persecuciones. Vivimos en una época más civilizada. Y, ya que has hablado de inconvenientes, mencionemos también las ventajas: no constituimos todavía un movimiento de masas y en cierta manera no lo seremos

nunca, a menos que el nivel medio de la inteligencia humana se multiplique por diez. Somos un grupo de selectos. Muchos de los nuestros gozan de buena e incluso excelente posición, y, como es natural, nos ayudamos mutuamente. Si digo esto, es porque mencionaste los inconvenientes, pero no pienso que por ello cambies de opinión.

—¿Cambiar de opinión yo?

—Desde luego. Llegarás a ser uno de los nuestros. Tienes una mente demasiado despejada para consentir que te impongan supersticiones.

Astuto, pensó Alipio. Se lo ha ganado. Hueco como un pavo. A mí no tuvo necesidad de adularme, pero sabía que lo haría con Harmodio… Y ahora le dirá que la única doctrina que explica el Universo y el problema de la existencia del mal es la de los maniqueos… Estupendo: la «culpa» es un sentimiento que te han inculcado quienes quieren dominarte o engañarte… ¿El bien y el mal? Puedes verlos luchando, dos ejércitos enfrentados dentro de ti, a los que tú eres ajeno… Sí, puedes *verlos*, si eres un observador inteligente. No tienes por qué contemplarte y escupirte a la cara. No tienes por qué acudir a un confesor y acusarte de tus pecados, como hacen los cristianos, para que les perdone y les imponga una penitencia… (¿No sería eso lo que había persuadido a Agustín?…) Pero, en fin, lo que importa es que es verdad. Y es verdad porque explica la existencia del mal. Ninguna otra doctrina lo hace. Y eso, naturalmente, estaba haciendo mella en Honorato. ¿No tenía acaso ya una expresión de embrujado? Y es que Agustín estaba hablando con el encanto y la fuerza de Demóstenes después de sacarse las piedrecitas de la boca…

¡Pobre Melania! Tenía razón: podía uno estar oyéndole hablar todo el santo día sin cansarse y sin dejar de mirarle. No debía haberse enfadado con ella por eso. Se había limitado a constatar un hecho.

El único que no parecía escucharle era Harmodio, tan pálido, sentado allí en un rincón, con los ojos entornados… Era como si la ceremonia le hubiera dejado exhausto. Parecía que le hubieran sacado un par de muelas, pero sanas. Porque es muy distinto cuando un hombre tiene unas creencias bien arraigadas. Si se las sacan, le hacen mucho daño.

Agustín pareció darse cuenta de la actitud de Harmodio, porque se acercó a él y puso una mano en su hombro, aunque sin dejar de mirar a Honorato.

—Lo que acabo de explicarte —continuó diciendo— no es más que un conjunto de tesis fundamentales, las imprescindibles para mostrarte que existe una vida nueva para el hombre. Pero, si se profundiza más, se abarca un amplio panorama con los ojos del alma, un vasto terreno de conocimiento que une el pedacito más ínfimo de materia con la percepción del universo como un todo… Y se penetra en el dominio del mundo del espíritu tal como realmente es, no algo fantasmal, incorpóreo, y por eso impensable, sino una realidad corpórea, solo que diferente… Materia ligera, luminosa, no como la de nuestros cuerpos, que es densa y opaca… Una materia que constituye un mundo distinto del nuestro. Y entonces empiezas a tomar conciencia de ti mismo y de tus potencialidades. Te despiertas. *Vives*… Pero son cosas que te tendrá que explicar uno de los elegidos. Ve a ver a Bahram. Ahora mismo… Si hubiese sabido que estabas aquí, le habría dicho que se quedara. Ve a verle, Honorato.

Honorato suspiró.

—Sí, no tendré más remedio que ir… Quiero saber más.

—No dejes de hacerlo —repuso Agustín, sonriendo—. Bahram dice que al que busca honestamente se le debe ofrecer la verdad.

Asió con más fuerza el hombro de Harmodio y lo atrajo hacia sí.

—Estaba sumamente preocupado por *este* —dijo, dirigiendo a Harmodio una mirada protectora—. Sabía que pensaba regresar enseguida a Tagaste…

—¿Cuándo? —preguntó Alipio, rápido como un rayo.

—Mañana.

Alipio cogió un higo y se lo comió de un bocado, pero se olvidó de rezar, así que no desprendería partículas para incorporarse al Cristo cósmico. En realidad, lo que le preocupaba era que su rostro no reflejara el gozo que le embargaba.

—Lo malo —prosiguió diciendo Agustín— es que el conocimiento cósmico es todavía muy frágil en él y no hay, que yo sepa, ningún elegido en Tagaste. Estaría sometido a una atmósfera opresiva de superstición. Sus padres son unos «buenos cristianos», como dicen. Pero olvidaba que estamos bajo la protección de la Luz… Esta mañana he recibido una carta de Romaniano, ya sabéis, el viejo amigo de mis padres. Quiere que vaya y que me haga cargo de la tutoría de su hijo, Licencio.

Alipio dio un salto, como si le hubiese picado un escorpión.

—No pensarás aceptar, Agustín…

—Claro que sí. Es una espléndida solución. Podré enseñar a Licencio… y estar cerca de Harmodio.

—Pero tu carrera… tu porvenir… ¿Vas a echar todo por la borda solo para desasnar a ese chico y para… para estar con *él*? —balbució congestionado, dirigiendo a Harmodio una mirada de odio.

—No voy a echar nada por la borda, Alipio. Prácticamente no tengo nada más que aprender en la escuela. Ahora me dedicaré a enseñar, sin dejar de estudiar, claro. Eso me abrirá camino. Y, si un día vuelvo a Cartago, podré decir que he sido profesor en otro sitio, que no soy un principiante.

—Si vuelves… —repitió Alipio, hundido en la miseria—. Ni siquiera estás seguro de ello. No debes hacer eso, Agustín. No *puedes*…

—No te comprendo, Alipio. Incluso si me apeteciera quedarme, sería una imprudencia hacerlo. Es Romaniano el que paga mis estudios. Siempre pensé que un día se resarciría de los gastos haciéndome preceptor de su hijo. No hubiese podido negarme. Pero, como *quiero* ir, no hay problema alguno.

—No, no lo hay —dijo Alipio con amargura—. Pero mi padre ha vendido unas tierras para que pueda seguir estudiando aquí… No puedo decirle ahora que quiero regresar a Tagaste. Tendré que quedarme aquí.

—Claro que te quedarás. Es tu deber. Todos tenemos deberes en la vida.

Alipio vio el cielo abierto.

—¿Ah, sí? —dijo con ironía—. ¿Y qué será de Melania? ¿No has contraído con ella una obligación?…

Agustín se demudó. Su rostro se ensombreció.

—Eso no es cosa tuya, Alipio —dijo con frialdad.

—¡Deberes! —exclamó este, con desprecio—. Solo lo que te apetece lo consideras un deber… Te gustó mientras no te comprometía, pero ahora ni siquiera la quieres ver. Te molesta hasta que abra la boca. ¿Por qué? Porque no es filosofía barata lo que dice, sino puro sentido común. Porque te pone enfermo verla embarazada. Y mientras tanto, tú, tan tranquilo en Tagaste con tu Harmodio. Conmovedor. Pero no lo llames deber, por favor.

Agustín palideció. Sus ojos se hicieron diminutos.

—Después de esto, será mejor que me vaya. Ahora mismo. No me echarás de menos. Vamos, Harmodio. Detesto la vulgaridad.

Harmodio, obediente, se levantó, pero se desembarazó de la mano de Agustín.

—No podemos marcharnos así… —suplicó.

—La cosa no va contigo —dijo Alipio, con desprecio—. Es algo personal entre Agustín y yo, así que no te metas…

—No habrá lugar —le cortó Agustín—. Vamos, Harmodio.

Ya en la puerta, Agustín se volvió:

—Adiós, Honorato —dijo—. Ve a ver a Bahram. No dejes de ir.

Y se fueron, sin decir más.

Se produjo un silencio tenso, que Honorato no tardó en romper.

—Has sido muy rudo con él, Alipio —dijo con amabilidad—. No hubieses debido…

—Si lo crees así —le interrumpió airado—, será mejor que no hablemos de ello.

—Está bien… Será mejor que me vaya.

—¿Adónde?

—A ver a Bahram. ¿Me acompañas?

—Ni hablar.

Honorato se fue y, enseguida, Alipio salió también. Enfiló la Calle de los Banqueros y luego torció a la izquierda. Pasó ante el templo de Juno y desembocó en una estrecha callejuela en la que Girgides, el Griego, acababa de abrir una casa de comidas. Irrumpió en ella, se sentó y llamó a un mozo.

—Tráeme —le dijo— una ración doble de cordero asado. Sin verduras. Y vino. Del mejor. Una jarra; la más grande que tengas.

Le trajo primero el vino y Alipio se bebió tres copas casi sin respirar.

Cuando el mozo volvió con la doble ración de cordero, ya se había bebido la jarra entera; pidió otra y, cuando terminó el cordero, una ración más.

—¿Has oído hablar del Reino de las Tinieblas? —preguntó al mozo cuando le trajo la segunda ración.

Le respondió que no. Él era un esclavo sirio y solo había oído hablar de la gran Diana de los efesios. Como se parecía mucho a Tanit, le había sacrificado una paloma para que la diosa hiciera que una moza que conocía —una fregona— le ofreciese sus encantos. Pero en cuanto al Reino de las Tinieblas…

—Está dentro de mí —le interrumpió Alipio—. Me rebosa por todas partes.

Y apuró la última copa de vino.

—Maravilloso veneno —musitó—. Alguien o algo se está apoderando de mí. Pronto emanaré pequeños diablillos. Es estupendo emanar diablillos, ¿sabes? Te los quitas de encima. ¿Te he dicho que me traigas otra jarra y otra ración?

El esclavo fue corriendo a buscarlas.

# LIBRO TERCERO
# Años 373-374 d. C.

## 1.

—Ha progresado mucho —dijo Quinto Aurelio Romaniano, satisfecho—. Estoy contento, Agustín, muy contento. Un año o dos más y habrás convertido a este mono en un sabio.

—Y entonces podré educarte a ti, padre —dijo Licencio, orgulloso.

Con su chata nariz y su boca enorme parecía efectivamente un simio.

—Lo que no podrás corregir es su descaro, me temo —dijo Romaniano, sin enfado alguno—. Pero no me importa. No me gusta la gente que se doblega fácilmente. Eso es lo que me agrada de ti, Agustín: sabes estar en tu sitio.

—Gracias. Eres muy amable.

—Me gusta serlo. Hace la vida más agradable a los demás y a uno mismo. Los dioses no me hicieron un tirano…

—Eso es verdad, padre.

—Gracias, hijo.

Si Licencio parecía un pequeño simio, Romaniano, no. Era un hombre rollizo, de pelo gris y rasgos acusados, siempre jovial, sonriente, bien visto por superiores e inferiores, hábil en los negocios, pero justo y generoso.

—Has hecho maravillas, Agustín. Y no me importa que Licencio hable ahora como uno de esos sacerdotes maniqueos…

—Elegidos, padre. No hay sacerdotes entre nosotros, a Dios gracias.

—Ahí lo tienes, corrigiéndome ya. En fin, no me importa, porque lo que dice suele ser bastante sensato, mucho más sensato que lo que comentan los muchachos de su edad.

—Tenemos que hablar de estas cosas, a solas —dijo Agustín muy serio, dirigiéndose a Romaniano.

—Claro, Agustín, claro. Cuando quieras. Me gusta aprender cosas nuevas. He de admitir que me preocupó al principio, cuando insististe tanto en tener otros alumnos, además de Licencio. Quería que le dedicases toda tu atención, todo tu tiempo. Pero creo que tenías razón…

—La competencia es buena. Estimula la mente…

—Y llena tus bolsillos —dijo Romaniano, medio en broma, medio en serio—. En fin, he hecho una buena inversión contigo. Si tu padre pudiera verlo… Por cierto, ¿cómo está tu madre?

—Muy bien, gracias.

Un par de esclavas, con túnicas amarillas, trajeron unos refrescos a la terraza.

—¿Vino, Agustín?… Oh, perdona; lo había olvidado… Pero ¿qué estás mirando? ¿El recinto que hay al fondo del jardín?… Es para las gacelas. Unos animalitos preciosos… ¡Cómo juguetean! Y también tengo osos, traídos del otro lado del Rin. Han vuelto a nombrarme jefe de los decuriones y tengo que preocuparme de que los juegos próximos en el circo sean atractivos. Para ti, que vienes de Cartago, será poca cosa, pero aquí causarán sensación.

Tendió su copa para que una esclava la llenara de vino y exclamó:

—Al fin y al cabo, no se vive tan mal en Tagaste, ¿verdad, Agustín?

—Ha cambiado. Ahora es una monarquía regida por un gobernante generoso y benévolo.

Romaniano sonrió, complacido.

—Enseñan bien a adular en Cartago… No, no me interrumpas. Me gusta que me adulen. Además, es cierto. He hecho todo lo que he podido para mejorar la ciudad. Se pueden hacer muchas cosas con dinero…

—Y con inteligencia, buen gusto y dotes de organización.

—Hemos de hacer buen uso de los dones que nos han otorgado los dioses… o Dios, si es que solo hay uno.

—Solo hay dos Principios, padre —dijo Licencio, presuroso—. El de la Luz, que…

—Vale, vale, Licencio —le cortó Agustín.

El rey sin corona de Tagaste movió la cabeza, dubitativo.

—Es curioso cómo se está extendiendo esa creencia. Bueno, quizá no tan curioso, si cuenta con tan buenos propagadores como tú, Agustín. Me han dicho que hasta tu amigo Harmodio, que era un buen cristiano, se ha hecho también maniqueo. Me imagino el disgusto que tendrá tu madre…

—Ella no lo sabe —repuso Agustín.

—¿Que no lo sabe? ¿Y cómo has podido evitar que se enterara? Llevas aquí más de dos meses…

—Bueno, no ha sido fácil…

—Es una mujer extraordinaria, Agustín. Lo ha sido siempre, pero ahora lo es más. Lo primero que supe de ella, hace ya muchos años, es lo que les dijo a unas mujeres que se habían reunido en un cementerio para celebrar una de esas extrañas ceremonias cristianas. Habían ido a rezar junto a las tumbas de sus seres queridos y a almorzar allí. Curiosa costumbre, ¿no? Creo que solo la siguen las mujeres, pero, siendo así, es natural que, después de rezar y de comer, charlen y murmuren…

—No después —observó Agustín—. Nada más empezar a comer.

—Bueno, es igual. El caso es que aquellas mujeres se pusieron a hablar de sus maridos y todas se quejaron de que eran muy severos y les pegaban, a veces sin motivo. Ya sabes, las mujeres se lo cuentan todo entre ellas… El caso es que, para probar lo que decían, empezaron a mostrarse los cardenales y verdugones que tenían en su cuerpo… Pero tu madre no tenía ninguno. Se extrañaron muchísimo, porque tu padre —¡pobre Patricio!— tenía un carácter… Entonces tu madre se limitó a sonreír y, con la mayor naturalidad del mundo, dijo: «Es que me callo cuando él grita…».

Agustín permaneció unos instantes en silencio, arreglándose cuidadosamente los pliegues de su túnica; luego dijo:

—Los silencios de mi madre son temibles.

La intervención de Licencio no pudo ser menos oportuna.

—El matrimonio es algo horrible —dijo—. Procede directamente del Reino de las Tinieblas.

—Debe de serlo —admitió su padre—. Sobre todo teniendo en cuenta que tú eres su consecuencia… ¿Es esa una de las creencias maniqueas, Agustín?

—Bueno, Licencio no ha enfocado bien el problema —repuso Agustín, tratando de quitar hierro al asunto—. Como te he dicho antes, hablaremos de ello con calma.

—De acuerdo. Me cuesta mucho creer que sostengas posturas tan poco razonables. Porque, ¿sabes?… Lo que más me impresiona de tus alumnos es que se muestren tan comedidos, tan formales. Hablan como tú, te imitan en todo. Estás haciendo una colección de agustinitos… Si pudieras pasar aquí las veladas, hablaríamos largo y tendido y me explicarías cómo lo haces. Pero no quiero que luego tu madre se queje de que le robo a su hijo. Ella también tiene derecho a verte.

Agustín miró hacia el jardín, teñido de rojo por los últimos rayos del sol poniente. Los paseos se alineaban rectos, flanqueados por árboles simétricos y setos cuidadosamente recortados. Todos confluían en la plazoleta con la estatua de Eros, empuñando su arco.

Más allá estaba «el rincón de la filosofía», donde había adoctrinado a Licencio y donde pensaba adoctrinar a Romaniano. No se le resistiría mucho: tres semanas o, a lo más, cuatro… Pero ya era hora de irse, así que se puso en pie y dijo unas palabras de despedida, rematadas con la guinda de una cita de Catulo. No es que necesitara quedar bien con Romaniano, pero sí consigo mismo.

¿Sospechaba que no pensaba ir ahora a su casa? ¿Sabía que rara vez regresaba antes de medianoche, cuando su madre ya solía estar acostada?…

¿Por qué lo hacía?

Bueno, eso era lo de menos. Lo que importaba era Harmodio. ¡Qué difícil era extirpar en él las profundas raíces de la superstición cristiana! Le probabas algo, haciendo uso de todos los recursos de la inteligencia, y al día siguiente volvía a la carga con sus «sí, pero…».

Y vuelta a empezar.

«Buenas noches, Minucio». «Buenas noches, Sporo». ¡Qué gratificante era que le respetaran a uno! El maestro de Cartago. El estudiante distinguido de la mejor academia de la capital. A la cabeza de la intelectualidad de Tagaste…

«Adiós, Marco, buenas noches…».

Una colección de agustinitos. Te imitan en todo… ¿No era eso una forma de adulación?

El regreso a la ciudad desde la villa de Romaniano siempre era agradable. Y también lo era reunirse con Harmodio envuelto en esa aura de respeto y admiración.

## 2.

Mónica estaba todavía despierta cuando llegó Agustín. Hubiese querido levantarse, salir a su encuentro y preguntarle si era cierto. No mentiría. Y no porque pensara que mentir era un pecado, sino una cobardía.

¡Qué extraños eran los hombres! El orgullo les hacía ser sinceros. Podían mostrarse virtuosos a causa de sus vicios.

No, no mentiría. Diría la verdad. Por eso precisamente sus miembros no la obedecían. Se decía que tenía que levantarse, pero seguía inmóvil, con una horrible opresión en el pecho.

Le diría la verdad, y esa verdad, Señor Jesús, no le haría libre…

Le oyó dirigirse a su cuarto, de puntillas, para no despertarla. En eso, por lo menos, era considerado… Pero no, no lo era, ni siquiera en eso; lo hacía porque tenía miedo. No quería hablar con ella, no quería que sus ojos se encontrasen.

Mónica lanzó un gemido.

Sesenta y dos días… Y desde el primer momento había sabido que algo iba mal, y no había osado preguntarle qué era. En lugar de hacerlo, había tratado de encontrar explicaciones a su aspecto taciturno y esquivo, al hecho de que casi nunca comiera en casa, a que no abordase temas serios… Pero él no se apeaba de ese odioso tono condescendiente que a ella le hacía sentirse estúpida e inútil.

Decían que había hecho carrera en Cartago, que era un gran intelectual y que llegaría a ser famoso, pero ella ya lo sabía. Decían que no importaba demasiado que no cumpliera sus deberes religiosos, pues al fin y al cabo era solo un catecúmeno. Decían que la juventud era tan variable como la primavera, un día nublado y al siguiente luminoso. Decían tantas cosas… Pero no eran sinceros; solo se mostraban comprensivos.

Y hoy, inesperadamente, se había presentado la madre de Harmodio y le había dicho que su hijo no se separaba de Agustín y que tenía miedo… ¡Miedo! ¿Cómo era posible? La influencia de Agustín no podía ser nociva, pues era un estudiante distinguido… Pero la señora empezó a hacer veladas insinuaciones, para terminar diciendo que Harmodio siempre había sido un catecúmeno modelo, pero que no pisaba un templo desde su regreso de Cartago. Y se había ido llorando. ¡La pobre! Tan frágil, tan pálida, tan preocupada, copando a Agustín y pidiéndole a ella que le ayudase. Pero ¿cómo

podía ayudarle? Ni siquiera podía ayudar a Agustín… «Dios mío, Dios mío: tú me lo confiaste y yo he fracasado».

Se incorporó en la cama, de un salto. El corazón le golpeó en el pecho, como si fuera a romperse, y supo por qué había fracasado: había fracasado porque había tenido miedo de perder a Agustín. Porque había deseado que no se separase de su lado, porque quería verle y oírle y acariciarle… Porque le amaba con amor celoso, de madre, olvidando que no le pertenecía a ella, sino a Dios.

He sido una hipócrita, pensó, una miserable hipócrita, cuando al rezar el Padrenuestro decía «hágase tu voluntad», porque en lo hondo de mi corazón pensaba: «pero no me quites a Agustín»… No me daba cuenta de lo que me susurrabas al oído —porque eras Tú—, porque temía perder a mi hijo. Y hoy, cuando me has enviado a esa pobre mujer, para que me recordara mis deberes, he dejado que se fuera llorando…

Saltó de la cama y se dirigió a un rincón de la alcoba en el que, colgado de la pared, había un crucifijo. Se hincó de rodillas ante él y pidió a Jesús que le diera la fuerza que necesitaba. Y, como el óbolo de la viuda, le ofreció su sueño: «He pecado, pero no cerraré mis ojos hasta cumplir con mi deber».

Enseguida, empezó a fluir dentro de ella una corriente de vida que le dio fuerza, y el tiempo se desvaneció. La noche echó a volar, como un inmenso pájaro de negras alas, dando paso a la aurora.

Brillaba ya el sol cuando se incorporó. No tardó en oír los pasos de su hijo, en el piso de arriba. Esperó, tranquila y serena, hasta que oyó sus pisadas, cada vez más cerca, y salió a su encuentro, al pie de la escalera.

***

Al principio no vio su alta y delgada silueta, pero sintió su presencia y se detuvo. No le extrañó en absoluto que se hubiera levantado tan temprano: le dio los buenos días y le sonrió, pero el

saludo y la sonrisa se desvanecieron cuando la miró a los ojos. ¡Cómo se parecía a ella! No se había dado cuenta hasta ahora, aunque la gente se lo decía. Él tenía la frente más ancha y las cejas más espesas, pero la nariz era la misma, y los labios, tan finos, y la barbilla… Pero sobre todo los ojos, tan negros, ligeramente hundidos y un poco juntos. Por muchos agustinitos que forjase su imagen, solo él, Agustín, estaba hecho a imagen de su madre. Y ahora, al ver cómo le miraba, supo que no podía seguir esquivándola y, aunque se sintió incómodo por un instante, se alegró.

—Hijo —dijo Mónica sosegadamente—, ayer vino a verme la madre de tu amigo Harmodio.

Ya está, pensó Agustín. Lo inevitable…

—Apenas la conozco —dijo—. ¿Qué quería?

—Ella y su marido han educado a su hijo en la Fe. Han sabido actuar mejor que yo.

—No estoy tan seguro de eso, madre —repuso Agustín, sonriendo.

Pero su sonrisa se desvaneció al ver su expresión.

—Vino a quejárseme… de ti.

—¿Y cuáles son sus quejas? —preguntó desabrido.

—Las peores. Dice que has apartado a su hijo de su don más preciado: la fe.

Agustín negó con la cabeza.

—Se equivoca. Harmodio posee una fe mayor y más auténtica que nunca. No la he destruido. Y, si lo he hecho, ha sido para reconstruirla… Pero no lo entenderías, madre.

—Me temo que lo entiendo demasiado bien. No sé nada de dialéctica y de retórica, como tú. No soy experta en sutilezas y frases de doble sentido; quiero la verdad. ¿Es cierto que estás instruyendo a Harmodio en la doctrina de los maniqueos?

—¿Qué sabes de esa doctrina, madre?

—Sé que contradice nuestra Fe y que es abominable a los ojos de Dios Nuestro Señor.

—Te equivocas, madre. El hecho de que te hayan inculcado ciertas creencias no las hace verdaderas. Si lo fueran, resistirían a la crítica. No he querido criticarlas delante de ti, porque eres feliz con ellas. Pero no debes juzgar y condenar a quienes no las comparten.

Mónica entornó los ojos y sus manos se crisparon.

—Te eduqué como cristiano, hijo —dijo con voz temblorosa—. ¿Qué te ha pasado?

—Era un niño, madre. Pero he crecido. Sé que no es tan fácil aceptarlo…

—Tu padre quiso bautizarse antes de morir…

—Era un anciano, madre, y los ancianos se parecen a los niños. Además, al hombre le aterra la muerte y se agarra a un clavo ardiendo cuando siente que se acerca…

Hizo una pausa y, con aire indulgente, añadió:

—Pero ¿por qué mencionar estas cosas? Sé que te contrarían, y yo quiero evitarte…

—Basta ya —dijo retorciéndose las manos convulsivamente—. Has apostatado, ¿no? Te has hecho maniqueo…

—He abandonado las creencias de mi niñez, eso es todo. Me he convencido de que las enseñanzas de Manes son verdaderas. Y no soy un apóstata. Desechar el error y abrazar la verdad no es apostasía… Ya te lo explicaré todo con calma, cualquier día. Ahora no puedo. Me esperan en casa de Romaniano.

—Agustín, te suplico…

—Por favor, madre. No me hagas una escena.

Pero ella se puso de rodillas.

—En nombre de Cristo, Agustín —susurró roncamente—, te suplico que vuelvas a la Fe. Te lo pido en nombre del Señor, que murió por nosotros.

Él trató de levantarla, pero ella se resistió.

—Levántate, madre. Es absurdo lo que haces. No puedo…

Se puso en pie, casi de un salto.

—¡No puedes! —exclamó—. Pero sí podrás seguir corrompiendo a otros… Conduciéndoles al abismo…

—No corrompo a nadie ni caeré en ningún abismo. Al contrario. Camino por el sendero de la verdad y se lo muestro a otros… Y perdona: tengo que irme.

—Vete, pues —dijo ella con voz opaca—. Pero no vuelvas.

—¡Madre!

—No me llames madre. Ya no eres mi hijo.

Durante una fracción de segundo, estuvo a punto de arrojarse en sus brazos y suplicarle que no hiciera, que no dijera eso, pero dominó el impulso y se irguió altivo, sereno.

—Está bien —dijo secamente—. Recogeré mis cosas y me iré. Adiós, madre.

Ella dio media vuelta, sin decir palabra, y se refugió en su alcoba. De rodillas ante el crucifijo, le oyó subir las escaleras y trajinar en el piso de arriba, recogiendo sus pertenencias. Luego le oyó bajar de nuevo y, por un instante, alumbró la esperanza de que entrara a verla, pero no lo hizo. Los pasos se alejaron y un portazo atroz retumbó en su cabeza. Cuando el eco cesó, solo quedó el silencio.

## 3.

Pasaron varios meses antes de que Agustín volviera a ver a su madre. La mañana en que abandonó su hogar fue derecho a casa de Romaniano, le contó lo sucedido y le preguntó si podía quedarse a vivir allí. Romaniano se mostró encantado.

—Los días transcurren lentamente para un hombre viudo, Agustín. Y si encima ya es anciano, como yo, se le hacen eternos. Tal vez puedas ayudarme a reanimar mi cerebro, que está bastante herrumbroso. Hasta estoy dispuesto a estudiar los escritos de ese Manes, si eso me permite discutir contigo. Hasta ahora, el único

Reino de las Tinieblas que conozco es el del aburrimiento. Derrotémoslo juntos.

Agustín se instaló en la villa-palacio del anciano como en una ciudadela: torreones de lujo, murallas de epicureísmo, fosos de sensualidad, pronto le hicieron olvidar la escena con su madre. Había sido una prueba terrible para él —mucho más dura de lo que se confesaba a sí mismo—, pero el arte soberano de estar sumamente ocupado sin hacer nada le mantenía distraído. Y Romaniano le tenía absorbido, con la tiránica amistad de los ricos. Iban a cazar juntos, banqueteaban de lo lindo, leían poesía y discutían temas metafísicos en «el rincón de los filósofos», a la sombra de un gran toldo de seda. Seguía instruyendo a Licencio y a los demás alumnos, pero lo hacía a salto de mata, cuando sus demás «obligaciones» se lo permitían. Una cosa, sin embargo, no olvidaba nunca: reunirse con Harmodio todos los días. Cuando Romaniano intentó burlarse de aquella amistad incomprensible, Agustín cortó por lo sano: «Harmodio está tan unido a mí como mi propia alma —dijo, muy serio—. El Principio de la Luz me lo ha confiado. También él se ha convertido en un extraño para sus padres al dar de lado a las supersticiosas creencias de su niñez. Ahora yo tengo que ser su padre y su madre, para ayudarle a creer en su nueva fe».

Romaniano, intrigado, envió al joven a su casa, y Agustín mostró su agradecimiento implicando a Harmodio en una disputa dialéctica tan brillante, ingeniosa y amena que Romaniano quedó encantado.

Había algo sorprendente en la amistad entre Harmodio y Agustín. Aunque los dos eran sumamente inteligentes, no podían ser más distintos. Agustín era la vehemencia misma: agresivo, implacable, parecía un águila volando en círculos sobre su oponente. Harmodio, por su parte, ingenioso y ligero, se defendía maravillosamente.

Romaniano, cuando discutían, rompía a aplaudir a menudo, como si estuviese en un teatro.

—No creas que nos peleamos en serio —se sintió obligado a aclarar Agustín una vez que las cosas llegaron un poco lejos—. En realidad lo hacemos para mantenernos en forma y aclarar nuestras propias ideas. Harmodio es tan buen maniqueo como yo. ¿Verdad, Harmodio?

El joven asintió, sonriendo débilmente.

—Tengo mucho que agradecer a Agustín —dijo—. Antes, adoraba y rezaba a la Divinidad de rodillas, pero ahora me remonto, a través del universo, a esas alturas inaccesibles que antes contemplaba desde el suelo… Y eso me hace sentir vértigo a veces —añadió, mirando a Agustín.

—Sé lo que sientes —asintió Romaniano—. Cuando Agustín habla de la incesante actividad de los Espíritus de la Luz en la tierra, todo cobra relieve y valor por sí mismo. Miro a las hojas de un árbol y me encuentro más cerca de lo divino que en las frías losas de un templo.

—¡Ya eres de los nuestros! —exclamó Agustín triunfalmente—. Se lo diré a Bahram para que celebre la ceremonia de aceptación.

—Tal vez sea así —murmuró Romaniano, meditabundo—. Y lo siento por mi bodega. Acabo de recibir doce ánforas de excelente vino de Italia…

—Bueno, el Reino de las Tinieblas no va a ser vencido dentro de ti en un día —repuso Agustín—. Ni siquiera en semanas, o meses, o incluso años. A menos que seas un elegido, el proceso puede durar toda la vida. Y a lo mejor ni te das cuenta de lo que está sucediendo…

Repetía palabras de Bahram con la misma convicción con que este le había hablado a él, en su casa, el día de la fiesta de la Diosa de Cartago.

Romaniano reflexionó unos instantes. Luego se volvió hacia Harmodio y preguntó:

—Dime: ¿qué es, a tu juicio, lo mejor que la nueva religión ha aportado a tu vida?

—Ya te lo he dicho —repuso el joven—. Una nueva luz y ligereza de espíritu… La posibilidad de alcanzar sin esfuerzo altas cimas… Y también, claro, la certeza de que lo que yo consideraba que era culpa mía, no es más que consecuencia de la guerra que libran dentro de mí los dos Principios. Me odiaba a mí mismo cuando hacía algo malo y me sentía despreciable porque me habían dicho que el pecado nos aleja de Dios. Ahora sé que no soy yo el que peca, y observo la lucha que se desarrolla dentro de mí con objetividad, como algo ajeno a mí mismo…

Licencio entró en la habitación, como un torbellino.

—Lamento interrumpir tan luminosa charla —dijo—, pero acaba de presentarse un mensajero celestial, que espera a la puerta, y…

—¡Deja de decir sandeces! —le interrumpió su padre—. ¿De qué se trata?

—No lo sé —repuso Licencio—. Pero es tu madre, Agustín, y quiere hablar contigo.

Se produjo una pausa.

—Como sea una de tus bromas, Licencio… —insinuó Romaniano.

—No es broma, padre. Le he dicho que pasara, pero no ha querido. Espera en el atrio.

Agustín se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Dispensa, Romaniano —musitó.

El anciano le miró. El rostro de Agustín era una máscara impenetrable.

—La compasión es hija de los dioses, Agustín —dijo.

Mónica, en efecto, aguardaba en el atrio. Parecía un fantasma, erguida y solitaria en medio de un mundo que le era ajeno. Agustín había tratado en vano de imaginar el significado de la visita, pero no había hallado respuesta, y ahora, al verla, tampoco. Parecía, en efecto, una mensajera de otro mundo, con su rostro sereno y su mirada limpia. Licencio era un observador agudo…

—Aquí me tienes, madre.

Agustín observó que tenía los párpados enrojecidos; estaba más pálida que nunca y parecía haber envejecido. Ella no dijo nada y él hizo un esfuerzo para protegerse de «la hija de los dioses», como Romaniano había dicho.

—¿Por qué no pasas, madre? Romaniano se alegrará de verte…

—No he venido a verle a él, Agustín, sino a ti. He sido dura e impulsiva contigo y he sufrido mucho por ello. Quería que lo supieras…

Se le quebró la voz y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir hablando.

—Quiero que sepas que mi casa es la tuya, y lo será siempre, mientras viva. Me equivoqué y dije palabras necias… Sigo siendo tu madre y tú siempre serás mi hijo. No puedo ofrecerte un palacio como este, pero me haría muy feliz que vinieras a cobijarte bajo mi mismo techo…

Su voz se fue apagando, hasta que se hizo el silencio.

¿Por qué?, pensó Agustín. ¿Por qué?… Si hubiese sido una mujer menos entera, sería cosa de pensar que se debía a las murmuraciones de los vecinos, al escándalo provocado por una madre, que expulsa de su casa a su único hijo. Pero ella… ¿Por qué?

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de parecer, madre?

—Un sueño.

Agustín no pudo contener una sonrisa irónica. Luego frunció el ceño.

—¿Un sueño? —exclamó—. No sabía que dieras importancia a los sueños. Es poco cristiano, ¿no?

Ella no hizo caso de su tono burlón.

—José supo en sueños que su esposa estaba encinta, que había concebido un hijo por obra y gracia del Espíritu Santo. Y un ángel le ordenó en sueños que huyera a Egipto, con María y el Niño… No todos los sueños son cosa de Dios. Pero el que yo he tenido lo era.

—¿Cómo lo sabes?… Bah, no tiene importancia.

Hizo un gesto displicente y añadió:

—¿Y qué es lo que has soñado?

—Es el primer sueño que he tenido desde el día que te fuiste —repuso ella, como si no le hubiera oído—. No suelo soñar con frecuencia, pero durante estos meses no había soñado ni una sola vez… hasta esta noche. Estaba en medio de un mar embravecido, pero yo me encontraba a salvo, subida en una especie de balsa… A salvo, sí, pero llena de tristeza. Entonces se me acercó un joven que yo no conocía, un joven radiante, luminoso. En cuanto le vi, supe que era bueno y que podía confiar en él. Hablaba con voz suave, pero yo le oía claramente, a pesar de la furia del mar. Me preguntó por qué estaba tan triste y lloraba sin descanso…

Agustín se mordió los labios.

—Entonces, no lo sabía… —dijo en un tono que quería ser burlón, sin conseguirlo.

—Claro que lo sabía —repuso Mónica, convencida—. Como lo sabía el Señor, cuando preguntó a los discípulos de Emaús lo mismo… Le dije que estaba triste porque un alma corría peligro de perderse: la de mi hijo. Entonces, el joven me tranquilizó: «Mira con calma —dijo— y le verás: está donde estás tú». Yo miré, y entonces…

—Entonces, ¿qué?

—Allí estabas tú, a mi lado, en la misma balsa…

Agustín vio que se le saltaban las lágrimas y sintió ganas de echarse en sus brazos y besarla, pero su mente ordenó a su voluntad que no lo hiciera. Las mujeres lloran tan fácilmente… ¿Para qué hacerla abrigar falsas esperanzas…? Se limitó, pues, a sonreír con indulgencia.

—Bueno, madre, a lo mejor eso quiere decir que un día tú estarás donde yo estoy —dijo.

—¡No! —exclamó ella sin vacilar—. No dijo que yo estaba donde estás tú, sino al revés: que tú estabas donde estaba yo.

No había respuesta a eso. Pensó decirle, en broma, que eso era una astuta argucia, pero rechazó la idea. Por equivocada que

estuviese, era sincera, salvajemente sincera. La victoria era suya, aunque el sueño no fuese más que una materialización de sus más hondos anhelos.

—Eres un cielo, madre —dijo él, conmovido—. Siento mucho haberte causado tanta pena…

—Entonces, ¿volverás a casa? —preguntó ella, sonriendo, con los ojos cuajados de lágrimas.

—Sí —repuso él—. Esta misma noche.

—Y tal vez…

Agustín la tomó entre sus brazos.

—Ya veremos. Tienes que darme tiempo, madre. Tengo que resolver muchos problemas… Dame tiempo.

Él empezó a acariciar su pelo, pero ella dio un paso atrás lentamente.

—Tengo que irme —susurró, mirando al suelo—. Preséntale mis excusas a Romaniano y dale las gracias. Es un buen hombre. Lo comprenderá.

—Claro que sí, madre.

Aguardó a que ella desapareciera entre las columnas del atrio y luego fue en busca de su anfitrión.

Se lo contó todo. Romaniano le escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando, y al final hizo un breve comentario.

—Es una mujer extraordinaria. Siempre te lo he dicho.

—Lo es —reconoció Agustín.

Había en su voz un punto de rudeza y una mezcla de orgullo y vanidad.

## 4.

No se arrepintió de haber vuelto. Al fin y al cabo, había sido ella la que le había pedido que volviera, no él. Cosa que, por supuesto, él nunca hubiera hecho. Pero había accedido a los ruegos de su

madre, y no se arrepentía… Y, cuando le había preguntado si no echaba de menos los lujos de Romaniano, se echó a reír y citó unos versos de Horacio:

Ni oro ni marfiles
adornan mi morada.
Ni arquitrabes de mármol
sobre columnas talladas…

¡Cuántos deseos vanos!
La tierra acoge igual
al pobre campesino
y al hijo de sangre real.

La astucia de Prometeo
no sedujo a Caronte,
satélite del infierno…

—Como ves, madre, también se alababa la vida sencilla antes de la era cristiana. Fíjate:

En un breve precepto
se encierra, buen Numidio,
el arte de ser feliz:
No asombrarse de nada
ni inclinar la cerviz.

—El poeta está de vuelta de todo, como el filósofo. No me convence Horacio, en conjunto, pero a Harmodio le entusiasma. He leído todas sus obras para complacerle.

—Está enfermo, Agustín.

—¿Enfermo?… ¿Harmodio? ¿Cómo lo sabes? Ayer estaba bien. ¿Quién te lo ha dicho? No será nada grave, ¿verdad?

—No creo. Un poco de fiebre. Me lo ha dicho su madre. No quiere que vayas esta noche. Debe estar en reposo; el médico ha dicho que pronto se pondrá bien.

—Bueno, qué se le va a hacer. Teníamos que… No importa.

Mónica sabía lo mucho que eso le contrariaba, pero que no lo manifestaría por nada del mundo. No paraba de revolver distraídamente entre los rollos de pergamino desparramados sobre su mesa de trabajo, la mesa de Patricio… Pero su esposo nunca se había tomado la molestia de ocultar sus sentimientos. Sin embargo, Agustín, desde pequeño…

—¿Algo más, madre?

—No. Nada.

Mónica salió de la habitación, deslizándose, casi de puntillas.

Un poco de fiebre… Reposo… No querían que le viera, eso era todo… Pronto estaría bueno… Mucha gente se pone mala con el viento del desierto… Un pretexto. Solo un pretexto. Tratan de que me aleje de él…

Pero no cuadraba. Últimamente parecían resignados. Hasta la madre de Harmodio se mostraba amistosa con él… En fin, no quedaba sino ir a casa de Romaniano y cumplir con su deber. Licencio estaba progresando mucho, y también los otros alumnos.

Se irguió mecánicamente, se metió bajo el brazo un rollo de pergamino con las odas de Horacio y salió.

Al atravesar el parque municipal, la gente le saludó con la deferencia de siempre, pero él ni siquiera correspondió a su saludo. Al llegar frente a la casa de Harmodio, se detuvo. Vaciló unos instantes y luego llamó a la puerta. Le abrió Davo, uno de los esclavos.

—¿Cómo se encuentra tu amo, Davo?

—Regular… Muy colorado… Rojo. No para de moverse. Curandero con él.

Detestable latín.

—Me gustaría verle. Solo un momento.

Davo alzó las dos manos.

—No, no —dijo—. Orden de no ver a nadie. Descansar… Vete.

No quiso insistir. Dio media vuelta y se alejó. Media hora más tarde, estaba leyendo y comentando a Horacio con Licencio y los

demás alumnos, pero aquello no le decía nada. Y, cuando el hijo de Romaniano quiso hacer uno de sus estúpidos chistes, le cortó por lo sano. Absurdo… Absurdo: un poco de fiebre…

***

Tuvo que llamar cuatro veces a la puerta para que Davo le abriera. No sabía si su amo estaba mejor o no. Había pasado todo el día durmiendo y todavía no se había despertado.

Agustín dio un empujón al esclavo, para apartarle a un lado, y entró. Se cruzó con alguien que llevaba una jofaina llena de agua y unas compresas y topó con el padre de Harmodio, que sonrió vagamente y dijo algo que Agustín no comprendió. Siguió avanzando decidido hacia la alcoba del enfermo y, al entrar, supo lo que el anciano había dicho: «Está inconsciente… Que Dios se apiade de nosotros».

A la cabecera del lecho, con los ojos clavados en el rostro de su hijo, estaba Prisca, la madre de Harmodio, más diminuta que nunca, como encogida. Inclinándose por encima de ella, Agustín contempló a su amigo. Estaba casi amoratado, con los ojos cerrados y la boca abierta. De vez en cuando, sus labios se crispaban y la boca se torcía. Esa crispación y la irregular agitación de su pecho eran las únicas señales de vida.

Sin saber cómo, se encontró sentado sobre algo. Era un arcón, un baúl de viaje. Recordaba haberlo visto en la habitación de Harmodio, en Cartago, y le pareció que habían pasado siglos…

Permaneció allí quieto, contemplando a su amigo. Una vez, Prisca le miró. Estaba muy pálida, pero sumamente serena, casi relajada.

Pasaron varias horas y ella no se movió más que para cambiar las compresas en la frente de su hijo. De vez en cuando, el padre de Harmodio entraba en la habitación, de puntillas, contemplaba a su hijo unos instantes y se retiraba en silencio.

A medianoche, vino el físico. Se llamaba Paulino, y Agustín le conocía: un hombre macizo, de unos cincuenta años, calvo, con unos ojos pequeños y expresivos. Tuvieron que salir de la habitación, mientras examinaba al enfermo, y, cuando al cabo de un buen rato vino a su encuentro, dijo lo que suelen decir los médicos cuando no saben qué decir: palabrería hueca envuelta en las vaguedades de Galeno. La única frase que a Agustín se le quedó grabada fue: «Siempre hay esperanza…». Pero la forma de decirla la disipaba.

No se produjo ningún cambio en las horas que siguieron, a no ser el sudor del enfermo. Y, cuando entró su marido, Prisca le dijo algo al oído que provocó su asentimiento. El anciano salió y volvió a reinar el silencio.

Nadie hacía caso de Agustín. Nadie le habló. Era como si no existiera… o como si formara parte de la casa. Nadie le dijo que saliera cuando el sacerdote entró.

Agustín dedujo que el padre de Harmodio había ido a buscarle para que bautizara a su hijo. Era algo absurdo, por supuesto. Su amigo estaba inconsciente, no podía enterarse de nada. Una ceremonia sin sentido en un ser privado de voluntad. Algo tan estúpido que ni siquiera merecía la pena protestar. Lo único que le abrumaba era que eso probaba que temían por su vida.

Agustín permaneció sentado sobre el arcón, mirando al vacío, incapaz de pensar, incluso de llorar. Era como si él también hubiese perdido la conciencia.

Prisca y su esposo se pusieron de rodillas mientras el sacerdote pronunciaba las palabras rituales y derramaba agua sobre la cabeza del enfermo. El murmullo de los rezos era como el fluir de un lejano manantial, como agua derramada inútilmente.

No se fijó en si el sacerdote era joven o viejo, si estuvo mucho o poco tiempo. Solo recordaría luego que ya no estaba allí cuando Prisca se puso en pie y dio un grito, cuando su marido irrumpió en la alcoba y ambos miraron a Harmodio…

Agustín cerró los ojos. Ha muerto, pensó. Ha muerto. Pero entonces oyó hablar a Prisca, que decía con voz ahogada:

—Hijo mío, hijo mío… ¿Me oyes? ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias!

Miró a Harmodio y pudo ver cómo abría los ojos, cómo movía los labios. Y le oyó decir, con voz débil: «Agua…».

Su padre acercó un vaso a sus labios. Le temblaba tanto la mano que derramó la mitad del agua. Pero Harmodio se bebió el resto, de un trago, y luego suspiró, aliviado. Su rostro ya no estaba amoratado.

Prisca puso una mano en su frente. «Ya no tiene fiebre», musitó. Y enseguida añadió, con la voz quebrada y un tono solemne:

—Has pedido agua y tu padre te la ha dado —dijo—. Pero antes has recibido el agua del bautismo y, con ella, al Espíritu Santo. Has renacido, hijo…

Harmodio la miró. No dijo nada, pero asintió, complacido, y volvió a dormirse de nuevo.

Por un momento, se sintieron inquietos, pero pronto comprendieron que era un sueño distinto. Harmodio ya no estaba rígido, y respiraba regularmente. Era sueño reparador y no pérdida del conocimiento.

Al cabo de un rato, Prisca salió de la habitación, apoyada en el brazo de su marido. Su agotamiento era extremo.

Agustín quedó solo en la alcoba del enfermo. Y solo estaba cuando Harmodio se despertó, le miró, y dijo sonriendo:

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Bastante. ¿Quieres un poco de agua? Nos has dado un buen susto…

—Lo siento… Sí, dame un poco de agua.

Agustín acercó el vaso a su boca.

—Toma —dijo—. Te hará bien. Mucho más que la que han derramado sobre tu cabeza cuando estabas inconsciente. Si no hubiese estado tan preocupado, habría llorado de risa. ¡Qué pena que no pudieras verlo! Y lo más divertido de todo es que ahora

creen que ya eres cristiano por eso… ¡Menuda manera de reclutar adeptos! Esperan a que estén inconscientes para que no se enteren de nada y derraman agua…

Harmodio alzó una mano temblorosa y dio un manotazo. El vaso se escapó de entre los dedos de Agustín y rodó por el suelo.

—¿Qué sucede, Harmodio? ¿Por qué me miras así, como… como a un enemigo…?

—Mi peor enemigo… —musitó Harmodio.

—Pero ¿por qué?… ¿Qué es lo que he dicho?

Harmodio le miró fijamente a los ojos y, resueltamente, dijo:

—Si valoras en algo nuestra amistad, no vuelvas a hablarme así. Jamás…

Agustín se quedó estupefacto, pero no tardó en reaccionar. Si quería guerra, la tendría. Pero no ahora. Vencerle, ahora, no le haría feliz…

Hizo un esfuerzo para dominarse y sonrió:

—Está bien —dijo despreocupadamente—. Ya discutiremos eso en su momento. No corre prisa…

Harmodio no dijo nada. Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado, como si quisiera dormir. Todavía sonriendo, Agustín salió de la habitación, al tiempo que entraba el médico para comprobar la mejoría del enfermo. Agustín se despidió de los padres, precipitadamente, y se fue.

Se dirigió a casa de su madre, sin vacilar. Era ya pleno día. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Un día entero, o dos… Y, de pronto, se sintió agotado.

Dormir. Lo único que le apetecía era dormir. Si al menos no le asediase a preguntas… Ya tenía bastantes con las que se hacía él.

Pero Mónica solo le preguntó una cosa:

—¿Cómo se encuentra Harmodio?

—Mucho mejor, madre.

—Dicen que estaba muy grave.

—Lo estaba, sí. Pero se ha recobrado.

Sonrió irónicamente y añadió:

—Supongo que te alegrará saber que sus padres le han hecho bautizar…

Mónica no dijo nada. Él no pudo resistir la tentación.

—Estaba inconsciente cuando lo bautizaron —añadió—. Era su única oportunidad, y no la desperdiciaron. Una vergüenza, madre… Es sumamente inteligente. Tiene una cabeza privilegiada. Había seguido y aceptado lúcidamente todos mis razonamientos… Han tenido que esperar a que estuviera inconsciente para bautizarlo. ¡Qué triunfo! Anda, ve a la basílica a dar gracias a tu Dios por esta victoria. Yo me voy a dormir.

Y, dejándola plantada, se refugió en su alcoba.

Mónica se echó un velo por la cabeza y, sin hacer ruido, salió.

La basílica estaba vacía. Se puso a rezar de rodillas, no en el banco reservado a las viudas, sino en un rincón oscuro, lejos de la cortina que velaba el altar, pero solo unos instantes. Enseguida se incorporó y se fue. Minutos más tarde, llamaba a la puerta de la mansión del Obispo.

Fulgencio de Tagaste estaba siempre muy ocupado; en este y en otros aspectos era el reverso de Romaniano. El rey sin corona de Tagaste pasaba la vida haciendo lo que quería, sin preocuparse apenas de sus asuntos; el obispo había pasado la mayor parte de su vida haciendo lo que debía, porque eso era lo que tenía que hacer. Habían pasado unos doce años desde que el Emperador Juliano había puesto todo patas arriba en su insensato y febril deseo de acabar con el cristianismo y de reinstaurar un paganismo de su propio cuño, impregnado de pseudo-misticismo oriental. Una de las consecuencias prácticas de ese pseudo-misticismo había sido que la mayoría de las comunidades cristianas se habían visto privadas no solo de sus templos, sino también de sus propiedades, en especial de las tierras. Cuando Juliano murió, luchando contra los persas, el Imperio volvió a ser oficialmente cristiano; se revocaron las leyes anticristianas y se inició un proceso sumamente complicado de

devolución de bienes, procurando no dañar intereses creados. Los tribunales rebosaban de demandantes y hubo que hacer colectas para reconstruir los templos destruidos. Pero lo peor era el estado de las comunidades cristianas; era difícil determinar qué parroquias pertenecían a tal o a cual diócesis, quiénes se habían mantenido fieles y quiénes eran aptos para el sacerdocio. Además, los tiempos eran duros, política y económicamente. En tales circunstancias, un obispo tenía que pedir perdón al Señor todos los días por no ser capaz de pasar las noches en vela.

Con todo, recibió a Mónica. Las viudas ocupaban un lugar privilegiado en el corazón de la Iglesia, y esta era una cristiana ejemplar. Todos los días, Fulgencio la veía en la basílica un par de veces; y no era de las que iban allí a murmurar con las comadres ni de esas otras que movían mucho los labios y ponían los ojos en blanco. Siempre discreta, no le gustaba que la vieran. Ella iba a la iglesia a rezar y a escuchar la palabra de Dios.

Fulgencio, sin embargo, pensó que la visita sería breve, que podría despacharla enseguida, pero pronto comprendió que no sería así.

Mónica nunca se había quejado de Agustín, y ahora tampoco lo hizo. Se limitó a contar al obispo el drama de sus esperanzas y de sus desencantos.

—No puedo con él —concluyó diciendo—. No sé cómo refutar esa horrible doctrina… Él siempre ha sabido retorcer los argumentos para salirse con la suya, y en Cartago ha aprendido mucho… Convence a todo el mundo y está apartando a sus amigos de la fe… He estado rezando en la basílica, y, de pronto, me vino una idea…

—¿Qué idea?

—Que habléis con él —dijo Mónica llorando—. Sois el único que puede salvarle… el único capaz de refutar sus errores, de desvelar lo malo que hay en él y plantar en su alma la buena semilla. Sé que lo habéis hecho con otros…

—No —respondió el obispo.

Lo tajante de la negativa la dejó helada.

—No —repitió Fulgencio—. No tendría sentido. Es demasiado pronto, todavía no está maduro… No, no me interrumpas. Sé lo que es ser joven. No es que sea demasiado inteligente, no. Dios ha alabado a los sencillos, pero no a los zoquetes. Lo malo de tu hijo es que se ha indigestado con la novedad de esa herejía. Le gusta confundir a quienes son menos inteligentes que él y ponerlos en un aprieto, como has dicho. Disfruta haciéndoles preguntas que no pueden contestar. No se ha dado cuenta de que hacer eso es sencillísimo.

—Entonces… ¿qué puedo hacer?

—Nada. Dejarle solo y rezar por él. Un día descubrirá lo equivocado que estaba y cuánta era su impiedad.

—Dejarle solo… —repitió Mónica, como ausente—. Entonces, nadie puede ayudarle…

—Tú no puedes, pero Dios, sí. Y pienso que, en este caso, Dios quiere actuar Él solo.

Fulgencio comprendió cuán grande era su desolación y se conmovió.

—Mira —dijo dulcemente—, hace treinta años, o más, yo era como él.

—No es posible…

—Lo es. Mi pobre madre, a diferencia de la suya, se dejó seducir por los maniqueos, y yo fui educado en sus creencias. No solo leí todos sus libros —que no son pocos—, sino que los copié, cuando tenía la edad de tu hijo. Eso me hizo pensar. Advertí sus fallos, sus contradicciones, y empecé a dudar. Al final, terminé abandonando la secta. Y aquí estoy… Dale tiempo. Verás…

Fulgencio se levantó, pero Mónica, en vez de hacer lo mismo, se postró a sus pies.

—Señor, señor —suplicó—, si conocéis todos los fallos y contradicciones de su odiosa doctrina, podéis refutarla… Hacedlo, os lo ruego… ¡Salvad a mi hijo!

Fulgencio, conmovido por sus lágrimas, pero impaciente, no se ablandó.

—Es demasiado pronto, ya te lo he dicho.

—Os lo ruego, os lo imploro…

—Vamos, vamos, sé razonable.

—Solo vos podéis conseguirlo…

—¡Levántate, mujer! —tronó Fulgencio, descompuesto—. Me estás haciendo perder la paciencia…

Ella se incorporó, temblando, inclinó la cabeza, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Fulgencio no fue capaz de dejar que se fuera así. Con fingida aspereza, gritó:

—Vete en paz, mujer… Es imposible que un hijo de tantas lágrimas perezca.

Ella se volvió. Sus ojos brillaban con extraño fulgor.

—Gracias, señor —dijo—. El cielo acaba de hablar por tu boca.

Fulgencio la vio salir. ¿Qué había dicho? No recordaba haber pronunciado esa frase. Mejor dicho: no la había pensado previamente. Había brotado de su boca, sin más. Aquellos ojos… En fin, tal vez Dios hubiese querido hacer uso de la impaciencia de un anciano…

Instantes después, ya estaba estudiando el expediente del nuevo párroco de Madaura. Parecía ser un hombre bueno, pero con pocas dotes de organización…

## 5.

Agustín supo que Harmodio había muerto poco después de que sucediera. Le tocó a Mónica darle la noticia. Se lo había dicho Baddu, su viejo siervo, quien, a su vez, lo supo por Davo. No osó decírselo a su hijo sin asegurarse de que era cierto —los esclavos, a

veces, dicen tonterías—, así que corrió a casa de Harmodio y habló con Prisca.

Sí, era cierto. Una súbita recaída. Cosa de horas…

—Dios nos lo dio, Dios no lo quitó. Alabado sea su Santo Nombre —dijo Prisca, con entereza.

Pero le temblaban los labios, y estaba rígida.

Mónica la abrazó y la besó en la mejilla.

—¿Dijo algo referente a mi hijo? —preguntó.

—No. Nada.

Mónica regresó temblando a su casa, sin saber cómo decírselo a su hijo. Lo encontró sentado a su mesa de trabajo.

—¿Muerto? —aulló Agustín—. ¿Muerto?…

Ella le tendió los brazos, pero él ni siquiera se dio cuenta.

—Y yo no estaba allí —sollozó—. Ha muerto y yo no estaba allí…

Quiso levantarse, pero trastabilló y tuvo que volverse a sentar. Entonces, su pena se desbordó y empezó a llorar a gritos, salvajemente, sin rubor, como si un puño gigantesco le golpease por dentro.

Mónica trató de calmarle, pero no la escuchó; incluso la rechazó, furioso. Ella, entonces, se refugió en su habitación, como hacía a menudo, y se postró ante el crucifijo para buscar un consuelo que él no podía compartir.

De rodillas ante el Crucificado, asumió el dolor de su hijo y se lo ofreció a Él. «No sabe lo que significa, Señor», murmuró. «No puede comprenderlo, porque no te comprende a Ti… Déjame que comparta su cruz, como Tú dejaste que Simón de Cirene compartiera la tuya…».

Del cuarto de Agustín llegaban sus sollozos. Y, de repente, un grito: «¿Por qué?… ¿por qué, por qué, por qué?…».

***

Tagaste se había convertido en una cárcel para él. Su casa, en una celda. Todo, alrededor, olía a muerte. Las flores se ajaban. Los animales se corrompían. El mundo entero apestaba a cadáver. La tierra parecía jugosa y fértil, pero, si se ahondaba un poco, estaba llena de huesos y detritos.

Era odioso vagar por las calles, pues ya no le encontraría. Enseñar a sus alumnos, en casa de Romaniano, una tortura.

¿Estudiar?… ¿Para qué?… Mañana la muerte acabaría con todo.

¿Buscar una mujer? Esos miembros tan suaves, tan hermosos, se retorcerían en horrible agonía, se pondrían rígidos y luego se pudrirían.

Los cristianos se llenaban la boca hablando del infierno. ¡Esta vida era un infierno! Y, sin embargo, nos aferramos a ella. ¿No era estúpido aferrarse al infierno?… Absurdo. Todo era absurdo.

Él mismo era un ser incomprensible. Misterios… Él mismo era un misterio. No quería morir y, sin embargo, algo, mucho de él, había muerto con Harmodio. Tal vez lo que hiciera la vida tan odiosa fuera que estaba dividida, cortada en dos… Estar hartos de la vida y sin embargo temer a la muerte: ese era el destino del hombre. ¿Dónde, dónde estaban esos Espíritus de Luz? Hasta la misma luz era dolorosa, hacía daño…

¿Rezar?… La divinidad que regía el Reino de la Luz estaba lejos y era tan tenue como una tela de araña. Su alma, tratando de aligerarse del peso de las Tinieblas, se enredaba en ellas y se debatía torpemente, rota, sangrante, hastiada.

El único consuelo eran las lágrimas. Porque ni siquiera la divinidad era tan amable, tan noble y tan buena como el amigo desaparecido… y mucho menos real.

¿Cómo los demás podían seguir viviendo? ¿Por qué él, Agustín, estaba vivo y Harmodio muerto?… ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Harmodio era su otra mitad y había muerto. ¿Acaso él no quería morir porque entonces la otra mitad de su amigo moriría también?

El enemigo era la muerte, el peor, el más despiadado de todos. Y siempre ganaba, el asesino. No se le podía matar. Siempre se ponía a salvo, el cobarde…

Transcurrieron los días, las semanas, los meses, y, con ellos, se calmó su rabia, pero no el obsesivo recuerdo, aunque trataba de apartarlo de su mente por todos los medios.

Volvió a frecuentar la casa de Romaniano. Iban de caza juntos, banqueteaban, leían poesía…

Horacio. A Harmodio le entusiasmaba Horacio, y Licencio estaba leyendo a Horacio. Una oda a Lálage, la hermosa Lálage, «de dulce risa, de dulce voz…».

—Lee otra, Licencio, la que te guste más…

«Adorador de filosóficas locuras
yacía extraviado en ignotas alturas.
En nada ya creía, en nada ya esperaba;
los dioses olvidados, pacientes me acechaban,
y soplando en la vela de mi nave sin rumbo
me impulsaron de nuevo a las playas del mundo…».

—¡Basta! —gritó Agustín.

Los contertulios se le quedaron mirando, perplejos. Él se puso en pie, demudado.

—No sabía que hasta Horacio podía ser veneno —barbotó.

Y, haciendo un gesto desmayado, añadió:

—Perdón, amigos. Me largo…

—¿Adónde? —preguntó Licencio.

—A buscar a Lálage —repuso Agustín—. Tiene que haber una Lálage en alguna parte, ¿no?

La había, pero no estuvo mucho con ella. La dejó enseguida, haciéndola dudar seriamente de sus encantos y de su belleza.

Pasó varios días releyendo las obras de Manes, pero se hartó. No podría comentar con Harmodio lo que estaba pensando…

Y el aire de Tagaste seguía oliendo a cadáver.

Un día, Mónica lo encontró empaquetando sus pertenencias. Enseguida supo de qué se trataba y palideció.

—¿Te vas, hijo?

—Sí, madre. Tagaste es un cementerio. Y, como todavía no podéis enterrarme, me voy.

—Comprendo…

—Vaya por donde vaya, le veo: en las calles, en las plazas, en el parque… Estoy loco, ¿verdad? Por eso me voy, aunque sé que su recuerdo me seguirá a donde vaya…

—¿Y adónde piensas ir, hijo?

—A Cartago.

# LIBRO CUARTO
# Años 374-382 d. C.

## 1.

Cuando el *secutor* Tercio hundió la espada en la garganta del *retiarius*[*] Himilco, la multitud rugió. No es nada fácil no rugir cuando veinte mil personas lo hacen al mismo tiempo, pero Alipio ni siquiera se lo planteó. Rugió porque le apasionaban las luchas de gladiadores y porque el *secutor* Tercio había dado un golpe maestro. No hay nada más excitante que el ataque desesperado de un hombre cuando se ve perdido; Himilco se había jugado la vida cuando se lanzó sobe su oponente, y este contraatacó. Todo el mundo sabe que un buen *retiarius* tiene una cierta ventaja sobre un buen *secutor*; y los aficionados masculinos suelen apostar por él, en principio, por no decir nada de las féminas, a las que les apasiona que no lleve armadura ni escudo, para admirar sus músculos y la belleza de su cuerpo semidesnudo. Sin embargo, para sopesar las posibilidades de uno y de otro, hay que ser un experto…

Alipio le estaba explicando esto a un hombre menudo que tenía a su izquierda. Era el Senador Máximo y había visto luchas de gladiadores desde hacía más años que los que tenía Alipio. Los combates en el circo ya no eran lo que habían sido, pero no dejaba de ser divertido que los jóvenes aficionados siguieran entusiasmándose.

—La belleza del espectáculo —sentenció Alipio mientras sacaban el cadáver ensangrentado de Himilco fuera de la arena— está en las diferentes técnicas. A primera vista parece que una red y un tridente son poca cosa frente a una espada, un escudo, un yelmo y una armadura, pero de hecho estas cosas son más bien un impedimento. La relación de velocidad entre *retiarius* y *secutor* es de diez a seis a favor del *retiarius*, y la red es mortal, cuando se lanza científicamente.

—Así es —repuso el Senador Máximo.

—Menudo rastro de sangre, ¿verdad? —comentó Alipio—. Gracias a que ya se lo han llevado…

—Menos que en los combates entre hombres y animales —dijo Máximo—. No todos, claro. Los leones muerden limpiamente y matan limpiamente, hasta cierto punto… Los leopardos son bastante sucios y los lobos y los perros salvajes, sencillamente repugnantes…

—Estoy de acuerdo —afirmó Alipio—. Me gustan más las luchas entre gladiadores. Es un placer estudiar el historial de los luchadores y formarse una opinión antes de la pelea. Cosa que no es posible hacer con los animales…

—El asiento que hay al otro lado del tuyo está vacío —observó el Senador—. Supongo que no será que tu amiguita te ha dado plantón…

—¡Bah! —exclamó Alipio, despectivo—. Nada de eso. Las mujeres son un incordio, en los juegos y en todas partes. Al menos, esa es mi opinión…

Entonces recordó que el Senador Máximo se había casado tres veces, pero ya era tarde… En cualquier caso, eso corroboraba su opinión, aunque el Senador debía de tener otra.

—Espero a un amigo mío, que nunca ha estado en los juegos —añadió—. ¡Ah! Ahí viene…

—Perdona que llegue tarde —dijo Honorato, agitado—. Pero tengo grandes noticias. ¿A que no sabes quién está aquí?

—Permíteme que te presente a mi amigo Honorato, Senador —dijo Alipio, sin hacerle caso—. Honorato, tengo el honor de presentarte al Senador Máximo…

Hizo una pausa y añadió:

—No sabes lo que te has perdido. Una lucha colosal. Tercio ha ganado a Himilco, ¿te das cuenta? Un golpe limpio en la garganta, con la espada, y ¡zas!

—Ahora me explico los rugidos —dijo Honorato—. Los oí al entrar. Oye, tengo grandes noticias…

—Ya salen. Ahora le toca a Burro y su equipo contra Asdrúbal y sus jinetes a pelo. Apuesto por el edil, él sabe lo que hace. Los idiotas de los soldados creen que es una especie de combate entre la infantería y la caballería, pero eso es una estupidez. Estos son gente entrenada, no soldadesca…

Doce gladiadores a pie, armados hasta los dientes, estaban formando un círculo en medio de la arena; su entrenador y jefe, el famoso Burro, se había colocado en el centro.

Doce jinetes bronceados, por su parte, encabezados por Asdrúbal, se alineaban frente a la puerta del Sur; llevaban lanzas, escudos pequeños y yelmos ligeros, y, a la cintura, dagas curvas.

—Está claro —comentó Alipio, excitado—. Atacarán en cuña y tratarán de romper el círculo. Burro lo sabe y… ¿no te lo decía? ¡Bravo, Burro!

Los jinetes habían atacado furiosamente, en efecto, pero, a un grito ronco de Burro, los doce gladiadores habían abierto el círculo para dejarlos pasar, hostigándolos ferozmente e hiriendo a algunos. Dos caballos cayeron derribados y solo uno de los jinetes pudo montar de nuevo. El otro estaba malherido, en medio de un gran charco de sangre.

—Una puñalada en los riñones —dijo Alipio—. Y Burro no ha perdido un solo hombre… Mira, se ha apoderado del caballo y lo usa como escudo, el muy zorro… ¡Atacan de nuevo!

—Agustín está aquí —dijo Honorato.

—¡Toma! —gritó Alipio—. Esta vez los machacan… Uno… Dos… Tres… ¿Qué decías?

—Que Agustín está aquí, en Cartago —repitió Honorato.

La multitud era un solo rugido; las palabras de Honorato se perdieron entre los gritos, pero el de Alipio se quedó en su garganta. Se volvió hacia Honorato, como si no creyera lo que acababa de oír, como si estuviera viendo una aparición.

—Llegó ayer —dijo Honorato cuando el clamor hubo amainado un poco.

—Me importa un pito —gritó Alipio—. Puede ir a donde le plazca. ¿Dónde está?

—No ha querido volver a la Calle de los Banqueros. Se aloja en esa casa grande, medio en ruinas, que está en la esquina del Foro viejo, la que tiene dos puertas.

Alipio contempló la batalla que se desarrollaba en la arena. Burro había perdido ya cinco hombres, y con los siete que le quedaban se defendía desesperadamente de los asaltos de los jinetes de Asdrúbal. Era un espectáculo impresionante, pero Alipio tenía una nube ante los ojos.

—¿Por qué ha vuelto? —masculló.

—Porque Harmodio ha muerto.

Alipio frunció el ceño. El pobre chico, tan frágil… Era imposible detestarle. Y para Agustín debía de haber sido un golpe muy amargo.

—Y ahora, claro, ya volvemos a ser buenos para él.

Honorato sonrió, pero no hizo ningún comentario.

—No ha escrito a Melania ni una sola vez —musitó Alipio—. No hubiese podido leer las cartas, claro, pero de todas formas… Le traen sin cuidado ella y el niño.

—Le dejó algún dinero…

—Las mujeres son un incordio, pero, cuando uno se compromete, hay que apechar con las consecuencias… ¿Y qué piensa hacer en Cartago?

—Enseñar. En su propia escuela.

—Pues que le aproveche. No me verá a mí en ella. ¿Dónde piensa instalarla?

—En su propia casa.

—¿Y piensas ir a ella?

—Sí. Y Nebridio también. Y Marciano… Se puede aprender mucho con Agustín.

—Sí. Sobre todo lo que no hay que hacer.

—Bueno, a ti no te fue tan mal. Te enseñó la verdad de Manes…

—Y se lo agradezco. Sobre todo lo relativo a la continencia. Ojalá él también…

—Todavía no es uno de los elegidos.

—No me importa lo que sea. Y quiero que le digas una cosa.

—¿El qué?

—Que no se preocupe por Melania y por el niño. Yo…

—Lo siento, Alipio —repuso Honorato, con calma—, pero ya ha ido a verla…

—¿Ah, sí?… ¡Por el poder de las Tinieblas! ¡Han herido a Burro! ¿Cómo es posible?

—Ni idea. No me he fijado.

—¿Y para eso has venido?

Alipio se volvió hacia el Senador Máximo, que estaba gritando con entusiasmo porque un gladiador había herido y desmontado a uno de los jinetes y lo estaba rematando en el suelo con científica soltura. Quiso decirle algo, pero el Senador no le hizo el menor caso.

—Le he dicho a Agustín que te has convertido en un experto en los juegos del circo… ¿Sabes lo que me ha contestado?

—Burro va a perder el combate. Cuatro contra siete es demasiado… ¿Qué te dijo?

—Dijo que es una pena que una mente tan aguda como la tuya pierda el tiempo de esa manera.

Alipio enrojeció. Lleno de ira, dijo:

—Yo hago con mi tiempo lo que me da la gana. Y me importa un rábano lo que diga, lo que piense o lo que haga. Anda, ve y póstrate a sus pies, Honorato… Y diles a Nebridio y a Marciano que hagan lo mismo. Yo prefiero esto. ¿Te imaginas al inteligente y orgulloso Agustín en la arena, enfrentado a uno de esos?… Terminarían con él en un momento… Pero… ¿qué veo? ¡Por todas las Tinieblas! ¡Le han herido! Sangra como un cerdo, pero no se rinde… ¡Bravo, Burro! ¡Acaba con ellos!

## 2.

Repollo, pensó Agustín al entrar en la casa. Y mal rehogado en un aceite detestable. ¿Por qué? No hacía falta. Le había dejado dinero suficiente para llevar otra clase de vida, no unas habitaciones interiores en la calle de Ceres, suciedad, telarañas y olor a berza. En cuanto se había ido, ella había vuelto a su ambiente. Las mujeres eran lo que los hombres hacían de ellas.

Una mujer gorda, al verle tan bien vestido, se acercó melosa y le preguntó: «¿Quiere alquilar habitaciones?…». No. Quería ver a Melania. ¿No estaba?… ¿Sí?… ¿Podía indicarle el camino?…

La gorda sonrió con aire de complicidad. «Qué joven tan bonita, señor… ¡Y qué criatura! Su padre debe de ser también muy apuesto, y de buena posición… No abundan los niños como ese…».

—¿Quiere decirme dónde vive?

Un estrecho pasillo, que las caderas de la mujer tapaban por completo, menos olor a repollo y… una habitación. Su corazón se aceleró de manera insensata. Apretó los labios y se lamentó de que esto hubiese ocurrido, pero comprendió que sería una señal de inmadurez no cargar con las consecuencias.

La mujer indicó la puerta. Agustín entró, cerrándola tras de sí. Seguramente se quedaría allí, escuchando, pero si creía que iba a oír explosiones de gozo…

Enseguida vio a Melania. Era la Melania que había encontrado en la calle, una criatura frágil y menuda, no la desmayada muchachita que él había hecho de ella. Le miró con sus ojos de gacela, como si acabara de ver un milagro; y lo era, pero no podía creerlo… estaba allí, pero no podía creerlo. Luego, sus ojos chispearon de alegría, y se echó a reír —una risa gutural— y se puso en pie, y avanzó hacia él.

Salió a su encuentro y cogió entre sus brazos su cuerpecillo menudo y la besó; olía a las yerbas que solía mascar, y le miraba con la ternura de siempre…

Quiso pronunciar los nombres con que solía llamarla —palomita, gacela mía, tesoro—, pero ninguna palabra salió de su boca. Era absurdo, pero tenía un nudo en la garganta. Haciendo un esfuerzo, musitó:

—¿Dónde está?

Ella le indicó una cuna tosca, en un rincón oscuro, y él se acercó, tirando de ella.

Diminuto. Arrugado, como un mono. Bueno, no tanto…

Esa frente despejada, esas manos sensitivas, esos dedos largos… ¡Y uñas! Y pelo. Pelo negro, suave…

Todo increíble, extraño. Quiso preguntárselo y no pudo. No es que temiera la respuesta, no. No le importaba nada que fuera niña, pero quería saberlo sin preguntárselo.

—¿Cómo se llama? —dijo sin proponérselo.

—No tiene nombre todavía, mi amo. Estaba esperando a que vinieras…

Carraspeó, dispuesto a preguntárselo de otra manera, pero ella se le anticipó.

—Es un niño muy rico, ¿verdad?

—¿Niño? ¿Has dicho niño? —exclamó él, abriendo mucho los ojos.

—Claro —repuso ella—. ¿Qué iba a ser?… Un niño, tu hijo…

Él rió tontamente. Y enseguida se dio cuenta de que se sentía orgulloso… Orgulloso de algo que era lo más corriente del mundo: tener un hijo.

Pero ¿qué eran todos sus conocimientos comparados con este pequeño milagro? «Solo sé que no sé nada», había dicho Sócrates… Ciertamente, confesarlo era el principio de toda sabiduría. Pero, si ese era el principio, ¿cuál era el fin?… ¿No sería también ese?

Orgullo. Rebosante de gozo… La vida estaba aquí, en esta habitación humilde, al fondo de una casa sucia y miserable. Lejos quedaba el olor a cadáver…

Harmodio estaba muerto, pero él tenía un hijo. ¿No era absurdo?… Aquella mente brillante, aquel amigo inteligente y bueno, ya no existía. Y esta criatura —apenas un montoncito de carne y huesos incapaz de pensar todavía— estaba llena de vida, y era su propio hijo.

Se inclinó sobre la cuna una vez más y contempló aquel prodigio.

Manes condenaba la concupiscencia legalizada. Pero esa concupiscencia había originado un milagro… Incomprensible, pero cierto. Había sido preciso que naciera este hijo suyo para que se diese cuenta.

—¿Qué te parece, mi amo?

—Que es un don de Dios. Se llamará Adeodato, «el que Dios nos ha dado» —repuso Agustín.

Ella palmeó, entusiasmada. Su cara se iluminó.

—Me hubiese gustado que me avisaras que venías —dijo—. Me hubiese puesto los zarcillos de jade.

—La madre de mi hijo es una coqueta —sonrió él, haciendo un mohín y tomándola entre sus brazos.

Rebosaba de satisfacción. El observador inevitable que llevaba dentro se preguntaba si tanto el gozo como la pena no eran más que ilusión, un sueño, pero no permitió que el observador se apoderara de él.

La vida era una tremenda aventura. Apartó de su mente ideas mezquinas, como la de que ahora tuviera que hacerse cargo de la madre y del hijo. Al fin y al cabo, ya no era un estudiante, sino un profesor, el más joven de Cartago. Y ya tenía alumnos: catorce se habían apuntado a sus clases, y vendrían más.

—Empaqueta tus cosas, Melania —dijo—. Nos vamos.

—¿Adónde, mi amo?

—No pensarías que íbamos a vivir los tres aquí… He alquilado unas habitaciones en el Foro viejo. Voy a abrir una academia. Vamos, date prisa.

Ella obedeció, como sonámbula.

Mientras se afanaba, Agustín encargó una litera para los tres, la cuna y el equipaje. La gorda patrona fue a buscarla. Siempre había literas de alquiler en la plaza de Gargilio, que estaba muy cerca.

Una hora más tarde estaban en camino. Abría la marcha la litera, seguida de Agustín, a pie, avanzando con grave dignidad como un cónsul precedido por los lictores, camino del Senado.

## 3.

Los alumnos de Agustín eran ya veintidós, pero Alipio no estaba entre ellos.

—No lo comprendo —comentó Honorato—; cuando estuvimos en aquellos horribles juegos, hubiese jurado que no fallaría… No lo dijo, claro. Al contrario, juró y perjuró que no asistiría a tus clases, pero ya sabes cómo es.

—Cuando se enfada, es como una mula —observó Agustín—. Una pena. Pero no te preocupes, Honorato. Nos hemos equivocado con él.

—¿Y tú, Agustín? ¿Acaso no eres también terco como una mula? Eres capaz de dejar que se pudra antes que ir a verle y decirle lo que acabas de decirme a mí…

—Yo soy como soy.

—Sí, claro. Pero no trates de probármelo mediante las reglas de la dialéctica. El caso es que, como los dos sois como sois, todo seguirá lo mismo.

—Bueno, nos hemos encontrado en la calle un par de veces y nos hemos saludado cortésmente.

—Las mulas también se saludan…

—Aguda observación.

—Tengo un buen maestro.

—Otra observación aguda. Veo que mis alumnos aprovechan mis lecciones.

—¿De elocuencia?

—¿Y por qué no? Ayuda mucho, sobre todo cuando hay que defender a alguien en los tribunales. Yo no formo fiscales. Lo que yo enseño no será empleado contra la vida de un inocente…

—Pero puede ser usado para salvar a un culpable.

—Vamos, Honorato. Los dos sabemos perfectamente que la noción de culpa es un invento cristiano. Un juez no puede meter en la cárcel al Reino de las Tinieblas; por eso descarga su ira sobre quienes han sido víctimas de las fuerzas del mal… Venga, vamos… Ya están ahí mis alumnos. Menudo ruido hacen…

El aula era una habitación grande y destartalada. Unas banquetas, en semicírculo, rodeaban el sillón del profesor. A través de dos ventanucos, el ruido de la calle llegaba en oleadas.

Cuando entró Agustín, los alumnos se pusieron en pie. Había muchas academias, más grandes y prestigiosas, en las que los alumnos jamás hacían eso. Tampoco en la de Agustín, pero hacía unas semanas se había encarado con los alumnos y había empezado a hablarles sobre educación, cortesía y buenas maneras. Cuando se dieron cuenta de que era una alusión directa a su comportamiento, se fueron poniendo en pie, uno tras otro; Agustín, entonces, les dijo que se sentaran y empezó a hablarles de otra cosa. Desde ese día, todos se ponían en pie al entrar él en el aula.

Honorato se sentó a la derecha de Agustín, como solía.

—En la *República* —empezó diciendo Agustín—, Platón nos cuenta cómo Sócrates discutía el tema de la justicia con sus amigos, en especial con Polemarco, y menciona la definición del poeta Simónides: dar a cada uno lo suyo…

Plumas y pergaminos, tablillas de cera y estilos se pusieron en movimiento. Algunos estudiantes tomaban apuntes en taquigrafía, un invento reciente que algunos atribuían al emperador Juliano, que solía dictar a tal velocidad que sus secretarios tuvieron que ingeniárselas para seguirlo.

Agustín hablaba sin consultar ningún libro. A veces consultaba unas breves notas manuscritas, pero otras improvisaba sobre la marcha. No daba clases de filosofía, sino que tomaba como pretexto un tema filosófico para abordar los temas que le interesaban.

Al cabo de un rato, vio que Honorato le hacía una seña.

—Está aquí —susurró—. Acaba de entrar…

Con el rabillo del ojo, Agustín miró hacia la puerta y vio a Alipio, que se dirigía a una banqueta vacía, situada en la última fila, y se sentaba en ella, haciéndose el distraído.

—¿Por qué no le das la bienvenida? —musitó Honorato—. Acaba de dar el primer paso… Es lo menos que puedes hacer.

Pero Agustín siguió hablando como si tal cosa.

—Hay un pasaje, divertidísimo, en el que Sócrates…

—¡A la mierda con Sócrates! —silbó Honorato entre dientes—. Dile algo amable…

—… en el que Sócrates deja perplejos a sus amigos, preguntándoles si creen que un luchador que sabe dar puñetazos como nadie es capaz o no de encajar los golpes del contrario. Polemarco opina que sí, y entonces Sócrates les demuestra que, según esa teoría, el que es un celoso guardián de sus bienes tiene que ser necesariamente un buen ladrón. Es decir, que quien es bueno para una cosa también lo es para la opuesta. Ahora bien, ¿qué decir de quien no hace nada y se limita a contemplar lo que

otros hacen? Considerad, por ejemplo, el caso de la lucha a puñetazos que pone Sócrates. ¿Qué decir de los espectadores? ¿Qué mérito tiene un hombre que se limita a contemplar esa clase de espectáculos?

—Agustín, te estás pasando… —susurró Honorato, roncamente.

—¿Cuál puede ser el motivo? —prosiguió diciendo Agustín, impertérrito—. Si se trata de un hombre inmoral, puede ser el placer morboso que se deriva de ver a dos seres humanos golpeándose hasta la muerte. Disfruta con los gritos desgarradores que lanzan los gladiadores cuando la espada se hunde en su cuerpo. Y su gozo llega al colmo cuando ve que se le salen las tripas o que le saltan un ojo…

—Ya está bien, Agustín… No volverá a hablarte en su vida, ni a…

—Pero también puede identificarse con uno de los combatientes. Puede tratarse de un débil, mental o físico, y convencerse de que es él el que vence. Y regocijarse con la muerte del otro como si fuera él quien lo hubiera matado, cuando en realidad lo único que ha hecho es estar sentado en una de las gradas masticando golosinas y gritando como los demás. Sí, amigos míos, son los perpetuos espectadores de la vida. No viven, observan la vida de los demás. Muchos de ellos son mujeres, pero generalmente se trata de mujeres incapaces de entregarse a un hombre. Se contentan con observar los amores de los demás y criticarles. Y suelen hacerlo minuciosamente, investigándolos con una exactitud casi científica, lo mismo que los espectadores de esos juegos inhumanos y crueles. Porque también ellos os dirán que disfrutan con la sangre y la muerte no por sí mismas, sino porque conocen la técnica y el arte de un deporte viril y saben distinguir perfectamente entre un ataque con escudo y espada y otro con red y tridente. Lo mismo que una vieja os diría que disfruta espiando a una pareja en un lance amoroso no porque le guste mirar algo ilícito y prohibido, o porque goza viendo cómo otros hacen lo que ella no se atreve a hacer o no

tiene la ocasión de hacer a causa de su propia fealdad… sino porque sabe captar femeninamente lo que es el amor.

¿Cómo era posible que Alipio no reaccionase?… Seguía allí, sentado, impertérrito, mirando al techo.

—Ahora bien, si se trata de un hombre necio, privado de talento e incapaz de interesarse por cosas más nobles y bellas, se le puede perdonar. Pero ¿qué decir si es un hombre culto, educado, un hombre capaz de pensar y de asimilar lo que grandes pensadores han dicho? Solo cabe pensar de una persona así que está enferma y que recobrará el conocimiento y el buen sentido cuando se ponga buena.

Agustín lanzó una última flecha, esta vez envenenada:

—Es indudable, amigos míos, que hasta el gladiador más torpe y más débil hubiese podido aplastar la cabeza de Sócrates. Hasta una mula lo haría de una simple coz. Ahora bien, nadie que esté en sus cabales preferiría honrarse con la amistad de esa mula o de ese gladiador.

Siguió hablando de la concepción socrática de la justicia y, cuando hubo terminado, Alipio dejó de mirar al techo, se levantó y se dirigió hacia Agustín.

—Viene —susurró Honorato—. Ojalá no trate de probar lo fácil que es aplastarte el cráneo…

Agustín se limitó a sonreír, primero a Honorato y luego a Alipio.

—Enhorabuena, Sócrates —dijo Alipio más bien secamente—. Supongo que debo estarte agradecido por poner de relieve mis limitaciones con tanta claridad y tanta brillantez.

—¿Tus limitaciones? —exclamó Agustín haciendo un gesto de sorpresa—. ¿Cómo puedes pensar que me refería a ti?

—Nunca, hasta hoy, había sido objeto de estudio en una academia —continuó diciendo Alipio, tranquilo—. Lo que se siente no deja de ser divertido, aunque no placentero. Tengo una especie de picazón por todo el cuerpo…

—Te aseguro, Alipio, que en ningún momento pensé en ti. Me asombra lo que dices…

Alipio hizo un guiño con los ojos.

—Siento un hormigueo… —insistió—. Y lo malo es que no sé cómo se quita… Fue una lección magistral, desde luego, pero no creo que vuelva, maestro.

Saludó con una leve inclinación de cabeza, dio media vuelta y se fue.

Honorato resopló.

—Te dije que no insistieras, Agustín —dijo—. Pero tú, dale que dale… Me temo que no volveremos a verle el pelo.

Agustín sonrió de manera enigmática.

—Si es el Alipio que me interesa, volverá. Si no lo es, mejor que no vuelva.

***

Alipio atravesó el foro sumido en profundas reflexiones. Al pasar por delante del lugar en que se administraba justicia —vacío a esas horas del día, porque jueces, acusados y defensores preferían las horas frescas de la mañana para los juicios—, vio algo que le dejó desconcertado: un joven, situado junto a una tienda, dejó caer algo brillante y echó a correr. Alipio se aproximó y vio que el objeto que brillaba era un hacha. La recogió y trató de alcanzar al joven que la había dejado caer, pero había desaparecido. Un niño de unos seis años de edad se le quedó mirando, pero no dijo nada. Luego, Alipio vio que la verja del escaparate de la tienda —una platería— estaba rota.

—¡Por todas las Tinieblas! —exclamó. Y, como respondiendo a tal invocación, oyó voces confusas de gente que gritaba, y carreras. Al punto, sintió que le agarraban por la espalda y le sujetaban los brazos.

—¡No te escaparás! —dijo alguien triunfalmente—. ¡Te hemos pescado, basura!

—¡Pagarás por esto! —gritó otro—. Mira mi verja: me costó sesenta *solidi* ponerla, hace solo tres meses.

—Un momento, por favor —dijo Alipio tratando de librarse de las manos que le sujetaban—. Estáis equivocados, yo…

—¡Sujetadle fuerte y quitadle el hacha!

La gente se arremolinaba alrededor.

—Pero esto es absurdo —protestó Alipio—. Yo vi a quien dejó caer el hacha… ¡Ay! Tomadla… No la quiero para nada…

—¡Que te lo has creído! ¿Piensas que somos idiotas?

—Y parece un estudiante —comentó un anciano—. ¿No te da vergüenza? Un estudiante ladrón…

—Pero cómo voy a deciros que…

—Con las manos en la masa. Y se creería que podía escapar con eso, en pleno día…

—¿Qué es?

—Un hacha. Quiso violentar la tienda de Tubal.

—¡Ya está bien de ladrones! Hay que acabar con ellos… Y claro, como siempre cuando pasan estas cosas, ni un guardia a la vista. Pero tengo un hermano que trabaja en el Ayuntamiento y se va a enterar…

—¡Al prefecto de policía con él! Y como no nos haga caso…

Empezaron a llevárselo, medio a rastras.

—¡Os digo que no he hecho nada! ¡Soy inocente! —gritaba el pobre Alipio.

—¡Cierra la boca! Ya la abrirás luego, cuando cantes de plano… Tienen medios para hacerlo: potros y poleas, y…

—Y los usarán contigo, a fe mía. ¿Sabes lo que me dijeron cuando fui a denunciar un robo en mi tienda? Que a lo mejor era yo mismo el que lo había hecho. ¡El colmo! Pero ahora no: ahora sabemos quién es el culpable…

—No me extrañaría que fuese el mismo rufián que limpió la tienda de Iskander la semana pasada.

—¿Y por qué llevarlo a la prefectura? ¡Colguémosle nosotros mismos!

—¡Una soga! ¿Quién tiene una soga?

—¿Se puede saber qué pasa?

—Un ladrón, señor. Cogido con las manos en la masa.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Quiso robar en la tienda de Tubal.

—¿Tubal? Yo fui el arquitecto que construyó su casa. ¿Y quién es el ladrón? ¿Ese?… Pero no es posible… ¡Alipio!

—Les he dicho mil veces que no he sido yo, pero no me creen —sollozó Alipio—. Si al menos dejaran que les explicase…

—¡Un momento! —gritó el arquitecto—. Conozco a este joven. Cené con él la semana pasada en casa del Senador Máximo. Creo que estáis equivocados…

—No, señor. Le hemos visto…

—Llevaba el hacha en la mano…

—¡Calma, calma! Dejadme que hable con él.

El arquitecto le cogió del brazo y le apartó un poco de la muchedumbre, unas doscientas personas amenazantes, hostiles.

—¿Qué ha pasado, Alipio?

El joven le contó todo, entre hipidos.

—Hiciste una estupidez recogiendo el hacha. Esta gente no está para bromas. Si hubiese un testigo…

Alipio se acordó del niño que se le había quedado mirando y vio el cielo abierto.

—Había uno —dijo—. Un niño de unos seis años, con una túnica amarilla.

—Cientos de niños la llevan. Vete a saber dónde andará… Y esta gente cada vez está más furiosa…

—¡Allí está! —exclamó Alipio—. Al lado de aquel individuo con el ceñidor verde.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que sí!

—Bien, lo intentaremos —dijo el arquitecto, hablando entre dientes—. A lo mejor trata de huir. Mantente alerta…

Sin dejar de sujetar a Alipio por el brazo, el arquitecto se dirigió al que sostenía el *corpus delicti* como un trofeo.

—Déjame el hacha un momento, amigo —le dijo.

Pero enseguida le reconoció:

—¡Ah, eres tú, Tubal! Déjamela, te lo ruego.

El platero se la dejó, a regañadientes, y la multitud se encrespó todavía más, pero el arquitecto se dirigió resueltamente hacia el niño, que contemplaba todo con los ojos muy abiertos.

—Mira qué hacha más bonita tengo, chaval —dijo con aire desenvuelto—. ¿A que no has visto otra igual?

—Sí la he visto —repuso el chaval, desafiante—. Es mía.

—¿Tuya? ¿Estás seguro? Yo creía que era de este joven que está conmigo…

—No —insistió el crío—. Es mía… Bueno, de mi hermano.

—No te creo —dijo el arquitecto—. Tú y tu hermano sois demasiado pequeños para tener un hacha tan grande y tan buena…

—Mi hermano no es pequeño —aseguró el chaval—. Tiene ya dieciocho años.

—Bueno, si tú lo dices… ¿Y cómo se llama tu hermano?

—Gayo.

—Bonito nombre. ¿Y dónde vivís?

—Allí. En la casa pintada de colorado.

—De acuerdo —dijo el arquitecto—. Se la devolveremos.

Dio media vuelta, se irguió y, dirigiéndose a la muchedumbre que había ido formando círculo alrededor y lo había oído todo, dijo:

—¿Veis qué fácil es equivocarse, amigos? Vamos a buscar a Gayo, a ver qué nos dice. Pero nada de violencia, ¿eh?…

La muchedumbre, en confuso montón, siguió al arquitecto, a Alipio y al chiquillo.

***

Al salir de la casa, Alipio se despidió del arquitecto.

—Gracias. Me has salvado la vida.

—No tiene importancia. Tú hubieras hecho lo mismo, ¿no es cierto?

—Tal vez, pero no sé si se me hubiera ocurrido un truco como ese, digno de un descendiente de Sócrates —dijo Alipio.

—Mi árbol genealógico no llega tan lejos —repuso el arquitecto, sonriendo—. Además, hemos tenido suerte. Si el niño llega a estar un poco más maleado, no hubiera dado resultado…

—Qué cosa más horrible es una muchedumbre enfurecida —comentó Alipio.

—Sí. Siempre ansiosa de encontrar un chivo expiatorio. En fin, ve a casa y descansa un poco. Espero volverte a ver cualquier día de estos, en casa del Senador. Adiós, Alipio.

El arquitecto se alejó, silbando entre dientes, contento de haber colaborado en la causa de la justicia.

Alipio suspiró hondo. Tenía la túnica desgarrada y magulladuras en el cuello y en los brazos. Fue a su casa y se dio un baño. Luego durmió un buen rato. Acto seguido, se puso una túnica nueva y un manto, para ocultar los cardenales, y se dirigió a casa de Agustín.

Le encontró discutiendo con Honorato el plan de estudios del trimestre siguiente.

—Lo he pensado mejor —dijo, con aire un tanto borreguil—. Quiero inscribirme en tus cursos…

—¡Cómo me alegro! —exclamó Agustín, sonriente—. Bienvenido, Alipio. Te he echado mucho de menos.

Honorato se quedó pasmado.

—Creo que nunca os entenderé —dijo—. Solo falta que, ahora, Alipio renuncie a presenciar los juegos del circo…

—He renunciado —repuso este con calma—. No quiero volver a ver jamás una multitud enfurecida.

—¡Por Demóstenes y Cicerón! —exclamó Honorato—. Deben de haberse estremecido en sus tumbas.

Agustín no hizo ningún comentario; se limitó a mirar a Alipio, complacido.

—El alegato que hiciste en clase —dijo este— me ha hecho pensar… Tal vez tengas razón, Agustín, y Sócrates sea mejor compañía que un gladiador. Hay algo que me lo ha demostrado. Tal vez os lo cuente algún día…

## 4.

A los cinco años, Adeodato parecía un Agustín en miniatura. No se podía negar que era su hijo: los mismos ojos profundos y negros, la misma curiosidad insaciable, la misma frente abombada…

—Mamá es bastante tonta, ¿verdad, padre?

—Eso no es forma de hablar de tu madre, hijo. ¿Qué te hace pensar eso?

—No sabe leer ni escribir y cuenta con los dedos. Mi maestro dice que el que no aprende a leer y a escribir es tonto. Y contar con los dedos… Tú y yo no tenemos necesidad de hacerlo.

—Tu madre es una mujer, Adeodato, y las mujeres no necesitan saber esas cosas. Sin embargo, saben otras que los hombres ignoran.

—¿Cuáles?

—¿Y yo qué sé? Ya te he dicho que los hombres no saben esas cosas. Yo soy un hombre. Luego no las conozco.

A Adeodato no pareció impresionarle especialmente este primer silogismo con que se enfrentaba en su vida. Reflexionó unos instantes y volvió a preguntar:

—¿Y cómo sabes entonces que mamá las conoce?

Alipio dejó caer el manuscrito que estaba leyendo.

—Este hijo tuyo te da sopas con honda —musitó.

—Dime, padre —insistió el niño—. ¿Cómo lo sabes?

—Por la experiencia, hijo —repuso Agustín—. Un día tú también lo sabrás por experiencia… Pero ¿qué es eso que llevas al cuello?

—Un amuleto de coral. Madre dice que es muy bueno contra el mal de ojo. ¿Qué es el mal de ojo, padre?

—¿Lo ves? Eso es algo que solo saben las mujeres. Anda, ve y pregúntaselo. Corre…

Adeodato se fue a toda velocidad y Agustín suspiró, aliviado.

—Me gustaría que Melania le hablase así de vez en cuando. Le dice tantas tonterías…

—Esa no es forma de hablar de la madre de tu hijo —dijo Alipio, con mirada pícara—. Además, ¿quién mandó llamar a Albericio, el adivino, cuando se perdió el cucharón de plata?

—Yo —repuso Agustín, molesto—. Era un regalo de mi madre… Y Albericio lo encontró. Pero me arrepiento de haberle llamado. No me gusta tener tratos con esa gente, sean hechiceros o hechiceras… ¿Recuerdas lo que dice Virgilio de una de ellas?

> Cura a quien le place con sus conjuros
> roba los corazones cuando son puros…
> Las aguas de los ríos cambian de curso
> y a las estrellas hace perder el pulso.
> Cuando en la noche a los espíritus evoca,
> la tierra tiembla y se abre bajo los pies,
> las montañas se quiebran, y, puestas del revés,
> vuelan por los aires y sus cimas se tocan…

—Cuarto libro de la *Eneida* —dijo su aventajado alumno, satisfecho—. Sí, ya sé que tuviste problemas con ese Albericio… ¿Cuándo fue eso? ¿Hace tres años?…

—Más o menos. Fue cuando me presenté al premio al mejor poema dedicado a Cartago. ¡Imagínate! Pensar que he cantado las alabanzas de esta ciudad. Albericio vino a verme y me ofreció sus servicios. Dijo que ganaría, si los aceptaba. Se trataba de hacer no sé qué conjuro, invocando a ciertos espíritus. Él tendría que

sacrificar tres gallos negros. Le dije que no quería que se matara ni una mosca, aunque el premio fuese una corona de oro, y le hice salir de mi casa.

—¿Y cómo reaccionó?

—Lanzando negras amenazas. Entonces fui a ver a Senofis, el astrólogo, y le pregunté si tendría oportunidad de ganar el premio. Me hizo un horóscopo y me dijo que lo ganaría, pero que tenía un enemigo que me haría mucho daño. Entonces yo no sabía cómo se hacía un horóscopo. Le pagué sus servicios con creces, pues hacer un horóscopo es la cosa más fácil del mundo.

—¿No es ese Senofis el que profetizó que Adeodato…?

—Calla, Alipio.

—Bueno, ya sabes que se equivocan a veces…

—¿Y quién no? Los médicos también se equivocan. Lo cierto es que yo también he hecho su horóscopo varias veces y creo que Senofis acertó. No vivirá mucho… En fin, gané el premio. Y sin matar ningún gallo.

—Apuesto lo que quieras que Senofis los mató, a pesar de todo. Él y otros los matan todos los días. En Cartago no solo hay maniqueos…

—Pero no pierden la vida por mi culpa —replicó Agustín—. Además, la astrología no tiene nada que ver con la magia… El caso es que Albericio se vengó, como Senofis había predicho.

—¿De verdad?

—Tres días después de celebrarse el concurso, los Destructores irrumpieron en la academia y no dejaron títere con cabeza. Presenté mi denuncia en la prefectura de policía, pero como si nada. Fue Albericio quien los instigó, estoy seguro, aunque no pude probarlo.

—No creo que haya nada de magia en eso. Esas fieras no necesitan que nadie les eche un conjuro… Lo raro es que no lo hicieran antes. ¡Menuda plaga!

—Sí. La han tomado con las academias. Odian a los estudiantes… Cuyo comportamiento es atroz, por cierto. No sé lo que será en

otros sitios, pero aquí… En fin, lo cierto es que fue una venganza de Albericio.

—Por ganar el concurso, claro. ¡Qué contento me puse cuando el procónsul puso la corona de laurel en tu cabeza!

Agustín se encogió de hombros.

—¡Bah! He escrito cosas mucho mejores luego. Mi disertación sobre lo bello y lo conveniente, por ejemplo… Se la he enviado a Hiereo, a Roma.

—¡El retor! No me lo habías dicho…

—Sí, el mejor orador de todos los tiempos. Tiene que haberla recibido ya, se la envié hace más de seis meses, pero no me ha contestado. A lo mejor, ni siquiera la ha leído… ¿Y sabes por qué? —dijo Agustín, poniéndose de pie, airado—. Porque soy un provinciano. Cuando me vine de Tagaste, creía que Cartago era el ombligo del mundo, pero no es más que una ciudad provinciana…

—Pero Hiereo tampoco es romano. Es sirio, de no sé qué pueblo…

—Razón de más. Pero hizo lo que debía: instalarse en Roma, la capital del mundo, el corazón del mundo…

—Bueno, hasta cierto punto. El Emperador reside en Milán, con la corte, y…

—Pero Roma sigue siendo Roma.

Alipio lanzó un silbido e hizo un gesto de cansancio.

—¿Ya empezamos, Agustín? ¿Otra vez inquieto?

—Sí. A veces. Pero qué se le va a hacer…

—Siempre el maldito dinero.

—No, no es eso. Me iría mañana mismo, si solo fuera eso. Se trata de Fausto.

—¿Fausto? ¿Quién es ese?

—¡Alipio! ¿Es posible que no sepas quién es? ¿En qué mundo vives?

—Bueno, ya sabes… Todavía no he terminado de leer los libros que me has dejado. Estoy con Aristóteles…

—De los setenta y dos obispos maniqueos que tenemos, Alipio, es el más grande, el que tiene la clave de todos los secretos, el único que puede responder a mis preguntas. Va a venir a Cartago y le estoy esperando con impaciencia.

Alipio se rascó la cabeza.

—Lo malo de ti, Agustín —dijo—, es que eres inquieto por naturaleza. No paras un momento. Haces preguntas que nadie puede contestar, lo mismo que tu hijo. «¿Cómo lo sabes, padre?». «¿Por qué es malo, padre?». Tienes un corazón inquieto y un alma inquieta. Nunca serás feliz.

—He consultado a cuatro elegidos y nunca me han dado una respuesta satisfactoria. Pero *tiene* que haberla… Todos han dicho lo mismo: «Habla con Fausto. Va a venir a Cartago. Espera…».

Empezó a pasear, como león enjaulado.

—Estoy desilusionado —continuó diciendo—, y no querría estarlo. Ya sabes cuánto me afectó descubrir que Bahram bebe vino a hurtadillas… Y sé que otros elegidos hacen cosas peores… Visitan a mujeres… de lo más tiradas. Sé que la verdad puede tener servidores indignos, pero de todas formas… Si por lo menos sus enseñanzas fueran claras, convincentes… Dicen que todo es razonable, pero terminan por agarrarse a la fe. Parecen cristianos…

—Siéntate, Agustín, por favor —suplicó Alipio—. Me estás poniendo nervioso. Me pregunto cuáles son esas preguntas que te haces. No es justo que entres a saco en la verdad, hasta alcanzar los límites del conocimiento, y luego acuses a los demás de que no te responden…

Agustín se sentó y pareció calmarse un poco.

—Está bien. Te diré cuáles son algunas de esas preguntas… Nos han dicho que todo cuanto existe, es *hyle*, materia burda, o *luz*, es decir, materia sutil, etérea. Todo es, de alguna forma, material, incluso Dios. No se puede pensar en el alma sin acudir a alguna imagen corpórea, y lo mismo sucede con Dios, que es un cuerpo luminoso, inconmensurable; nosotros no somos más que ínfimas

partículas, desprendidas del mismo… Entendiendo por Dios, claro, no un ser personal, sino el principio Supremo del Reino de la Luz, coeterno con el Principio del Reino de las Tinieblas.

—Así es.

—Pues bien, a mí me parece que hay una diferencia fundamental entre uno y otro Reino, pues en el de la Luz —del cual procede cuanto hay de bueno y virtuoso— todo es paz y concordia, mientras que en el de las Tinieblas todo es discordia y división.

—Sí, claro.

—Por eso, a mi juicio, todo lo bueno tiene que ser sustancia racional, unificada, lo que yo llamo Mónada. Y lo malo, sustancia irracional, llena de división y de duplicidad: Diada. Pero ambas sustancias tienen que ser vivientes. Así pues: ¿es el Principio del Reino de la Luz una Mónada y el de las Tinieblas una Diada?

Alipio volvió a rascarse la cabeza y emitió un sordo gruñido.

—Otra cuestión —prosiguió diciendo Agustín—: he estudiado bastante astronomía y sé en qué consisten los eclipses y cómo se mueven los cuerpos celestes… Conocimiento bastante más exacto que el de la astrología. Ahora bien, ¿de dónde procede? ¿Cómo puede la mente humana obtener una certeza absoluta si se tiene en cuenta que *todo* es materia?…

—No tengo ni la más remota idea.

—Tercera pregunta: según Manes, Dios no puede experimentar ningún daño, ni por la violencia ni por la corrupción. Si es así, ¿cómo es que está en perpetua lucha con el Reino de las Tinieblas? Si se basta a sí mismo, ¿por qué lucha? Y no lo digo yo. Lo dice Nebridio, y no he sido capaz de responderle, ni tampoco los elegidos.

—Pues imagínate yo… —repuso Alipio.

—Y lo peor de todo —prosiguió Agustín, inexorablemente—: ya sabes cómo criticamos ciertas afirmaciones de los cristianos, sobre todo las cosas que se dicen en el Antiguo Testamento, y cómo nos burlamos cuando consideran santos a esos Patriarcas, o como se llamen, que en el fondo fueron de lo más inmorales, como ese

David, que mandó matar a uno de sus generales para quedarse con su esposa… Pues bien, el otro día oí hablar a un tal Elpidio, un cristiano que es un orador habilísimo, y, según él, David fue en efecto un gran pecador, pero se arrepintió, y su arrepentimiento fue tan sincero, que se convirtió en un santo digno de veneración. Porque, según él, la santidad consiste en vencer los instintos más bajos de la naturaleza, con la ayuda de Dios, dejándose guiar por Él. Y eso es lo que hizo David, como lo testifican los salmos que compuso después… Dos de los elegidos estaban oyéndole, pero no quisieron disputar con él en público, así que luego les abordé, a solas, y ¿sabes lo que me dijeron?… Que los escritos del Antiguo Testamento han sido modificados por los judíos convertidos al cristianismo, para imponer a los cristianos procedentes del paganismo su antigua ley…

—¿Pero eso qué tiene que ver con David? —preguntó Alipio.

—Bastante, porque ese Jesús a quien ellos consideran el Cristo, el Ungido, era un descendiente de David, y uno de los argumentos maniqueos es que tener un antepasado como él no es para enorgullecerse.

—¿Y es verdad que han falsificado esos escritos?

—Esa es la cuestión, Alipio, que no pueden probarlo… Me han dicho que Fausto sí, y por eso espero impacientemente que llegue.

—Pues te veo dando vueltas y vueltas, como un tigre de Hircania en su jaula, hasta que venga.

—Como él no sea capaz de responder a mis preguntas…

Alipio se le quedó mirando fijamente. Luego dijo:

—No quieres a Melania, Agustín. No quieres a Adeodato. Ni aprecias a tus amigos. Ni siquiera te amas a ti mismo… Solo aspiras a conocer la verdad, esa diosa ingrata…

—Puede ser que tengas razón, en parte… Pero no es solo eso. Quiero honores, riquezas… incluso tal vez casarme. Y nada de eso lo encontraré aquí. Me ahogo en Cartago…

# 5.

La noche era bochornosa, sofocante. No podía dejar de dar vueltas a lo mismo, y el sueño no llegaba…

Cerca, en la oscuridad, dormía Melania. La oía respirar y hasta él llegaba el olor de las yerbas aromáticas que solía masticar.

La echaré de menos. Será como si parte de mí mismo se quedara aquí… Y también a Adeodato… Ocho años y parece que tiene doce… En cuanto pueda, les diré que se vengan…

Alipio ya estaría en Roma. «Me dejaste atrás una vez —había dicho cuando se fue— y te juro que no volverá a sucederme lo mismo… Además, ahora eres un hombre importante y necesitas un heraldo que te preceda».

Tenía un encanto irresistible cuando decía esas cosas. El único que había sido capaz de reaccionar cuando los Destructores habían vuelto a arrasar la academia. Algunos alumnos habían tratado de oponer resistencia, y Alipio se había unido a ellos. Fuerte como un toro, había embestido contra el cabecilla de la banda y lo había dejado fuera de combate. No logró evitar que lo destrozaran todo, pero había sido un gesto muy noble…

Agustín, sin embargo, se lo había reprochado luego.

—No has podido resistir la tentación, ¿verdad? Ahora que ya no vas a ver cómo luchan los gladiadores, has querido hacer de gladiador tú mismo… Se ve que todavía no sabes usar la cabeza…

—Al contrario —replicó Alipio—. ¿No ves cómo embestía con ella?…

La había «usado» con tanta fuerza que se había hecho una brecha.

Pero en la academia no quedaba títere con cabeza, y Agustín ya estaba harto. ¡Al infierno con ella, con Cartago y con todo! La ciudad estaba podrida. Bajo tanto esplendor, tanto brillo, no había más que ruinas…

Debía haberse ido hace mucho tiempo… Y pensar que había esperado tanto solo para hablar con Fausto y que este no había tardado meses en llegar, sino años… Tres años de espera para *eso*…

Melania se movía, inquieta. No, se estaba despertando…

—¿Qué hora es?

—Poco más de medianoche, Melania. Sigue durmiendo.

—¡Aaaah! —bostezó.

—Anda, duerme.

—¿Y por qué no duermes tú?

—Estoy pensando.

—Siempre lo mismo. ¿Y en qué estás pensando?

—En Fausto, el obispo.

—¿Quién es?

—Eso me pregunto yo, Melania. ¿Quién es exactamente?… Pero quizá le recuerdes… Vino a casa hace unos meses…

—¿Cuándo hice la macedonia de frutas?

—Exactamente.

—Le gustó mucho. Se lo comió todo… Un señor muy amable.

—En efecto, Melania. Muy amable. Encantador. Pero nada más.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que no lo era?

—Claro que sí. Ya te lo he dicho. ¿Por qué me lo preguntas de nuevo?

—Porque… bueno, siempre estás pensando cosas desagradables que te hacen enfadar y te ponen nervioso. Cosas raras… con dos cabezas.

—Sí, Melania, tienes razón. Problemas… Aunque Fausto no es ningún problema, desgraciadamente. Creía que iba a responder a todas mis preguntas, pero me dijo lo que todos, aunque con más encanto. Con mucho más encanto, sí. Si los estetas tuvieran razón, Fausto sería el más grande de todos. No he conocido a nadie que hable con más locuacidad, con más elegancia… ¡Qué maravilla! Ahora bien, Melania: ¿era verdad lo que decía? Con la sabiduría y con la insensatez ocurre como con la buena y con la mala comida:

las dos pueden presentarse en bandeja de plata o en una escudilla… Su bandeja es de plata, desde luego, pero dudo mucho de que sea buena la comida…

—Aaaah…

Se estaba quedando dormida.

—Al principio me deslumbró, pero no duró mucho. Además, no había forma de hablar con él más que a salto de mata… Hasta que logré que viniera a casa. Alipio estaba también, y Honorato, y Nebridio, y Marciano. Le expuse mis dudas, mis problemas, le hice una serie de preguntas… No contestó a ninguna. Sonreía, daba rodeos, hacía poesía, pero no respondía a mis preguntas, sencillamente porque no tenía respuesta. Y luego… le sometí a prueba y descubrí que tampoco era demasiado culto. Ni siquiera había estudiado ciencias liberales a fondo, solo un poco de literatura… Unos cuantos discursos de Cicerón, algunas obras de Séneca, algo de poesía y, por supuesto, los escritos de los maniqueos, en su traducción latina… Poca cosa, Melania, puedes creerme.

Pero Melania no estaba ya para creer en nada. Había vuelto a caer en un profundo sueño. Hubo un tiempo en que esto le enojaba.

Agustín sonrió en la oscuridad. Era inútil enfadarse con Melania; tan tonto como enfadarse con un gato o con una gacela. Además no estaba enfadado con ella, como tampoco lo estaba con Fausto, a pesar de lo mucho que le había desilusionado. «No estoy capacitado para resolver tus problemas, Agustín», había terminado por reconocer, sin avergonzarse por ello. Al fin y al cabo, no era del todo ignorante de su ignorancia.

Al final, todo había resultado bastante divertido. Alipio había propuesto que el famoso Fausto se inscribiera en la academia y Agustín le ayudara a conocer obras de las que hablaba, pero sin duda nunca había leído.

—¿Qué libros escogerías para él, Agustín?

—Sencillitos. Adaptados a su inteligencia.

Alipio había estallado en carcajadas.

Pero era una triste historia, a pesar de todo. El mundo seguía siendo un enigma y no había nadie capaz de resolverlo. Por lo menos, en África…

Por eso era esta su última noche en Cartago. El *Pons Milvius* levaría anclas al día siguiente, por la tarde… mejor dicho, esta misma tarde, pues ya había quedado muy atrás la medianoche.

No había sido capaz de decírselo a Melania y al chico. Solo Honorato y Marciano lo sabían. A Honorato le había entregado una carta en la que les aseguraba que no les olvidaría, y todo el dinero que había podido ahorrar para que no careciesen de nada. Nadie más lo sabía, ni siquiera Romaniano. Y menos que nadie Licencio, tan imprudente como siempre, aunque ahora sabía mucho de literatura y otras artes liberales, y escribía poesías bastante originales, pero descuidadas y ligeras… Parecían escritas por una mariposa, si eso fuera posible.

Pero ya estaba harto; harto de él, harto de todos… Un día más y todo ese mundo quedaría atrás; ante él, el futuro…

El día llegó y, con él, un montón de cosas que hacer.

Había dicho a sus alumnos que no vinieran, que no se encontraba bien, y lo primero que hizo fue ir al banquero y retirar todo el dinero que le quedaba; luego se compró un manto de lana —los inviernos en Roma eran muy fríos, según sus noticias— y alguna ropa. Finalmente, fue al rincón del puerto en que estaba anclado el *Pons Milvius*, para pagar su pasaje, y se quedó un tanto perplejo al ver el navío, porque no era grande ni parecía confortable. Había otros más grandes y lujosos fondeados más lejos, pero el pasaje era carísimo, según le dijeron:

—¿A qué hora partirá? —preguntó al capitán.

—A los barcos los mueve el viento, cuando hincha las velas —repuso de mala gana—. Zarparemos cuando haya viento. A menos que seas un mago capaz de hacerlo soplar a tu antojo…

Agustín enrojeció. Pero no tenía intención de verse derrotado por la lógica del marinero, así que insistió.

—No, no soy ningún mago —dijo—, pero he pagado mi pasaje y no me gustaría quedarme en tierra.

—No zarparemos antes de la puesta del sol, aunque haya viento —gruñó el capitán—. Y lo más probable es que la brisa no se levante hasta pasada la medianoche.

Agustín dio media vuelta y se alejó. El día era tan sofocante y bochornoso como el anterior. La gente caminaba como sonámbula por las calles, y los olores y los ruidos eran opresivos, espesos… ¡Qué ganas tenía de dejar todo esto!

Adeodato salió corriendo a recibirlo cuando llegó a su casa.

—¡Padre, padre!…

—¿Pasa algo? —dijo Agustín acariciándole distraídamente la cabeza.

—Ha llegado una señora *muy* vieja. Pero parece una reina. Es como la reina Dido, solo que más anciana… Y ha preguntado por ti.

Agustín palideció.

—Soy vieja, hijo mío, tienes razón —dijo Mónica saliendo a su encuentro—, pero no soy una reina. Solo la madre de tu padre.

—Ni tampoco tan vieja —dijo Agustín abrazándola.

Su mente entró en ebullición. Su madre nunca había venido a Cartago. ¿Por qué esta visita repentina? ¿Habría visto ya a Melania? Seguramente, sí. Sabía de su existencia y de la del chico; hacía mucho tiempo que se lo había hecho saber, por carta… Pero ella, en las suyas, nunca los había mencionado… Y ahora, hoy precisamente, se presentaba…

—Tienes que ser una reina —insistió Adeodato—. Solo las reinas llevan esos mantos.

Está desconcertado, pensó Mónica. Es natural. Ella también se ha quedado boquiabierta, la pobre… Supo en el acto quién era yo. Aquella reverencia, casi de esclava… Y luego esa súbita retirada… No parecía dispuesta a molestar con su presencia ni a poner

obstáculos… Y el chico, ¡qué majo era! Verdaderamente, los caminos de Dios son sumamente extraños.

Agustín no paraba de hablar. ¿Cómo no le había anunciado su visita? Habría arreglado las cosas para disponer de más tiempo y dedicárselo a ella. Además, era tan mala época… Calor, humedad, bochorno… ¿Qué tal el viaje? ¿Estaba muy cansada? Tenía que estarlo…

No, no lo estaba. Solo un poco… ¡Qué hermoso estaba el chico! Y ya había leído a Virgilio, o, por lo menos, había oído hablar de la protagonista de la *Eneida*… No, que no se molestara por ella. Se arreglaría sola.

Agustín rompió a sudar. Era como para volverse loco. Había sido tan cauto en todo… No había querido herir a nadie, y ahora ella se presentaba en el último momento. Ni preparado por el autor de una mala comedia…

Adeodato salvó la situación, de momento, hablando de Virgilio, de la academia y de un gatito que su madre le había regalado. No parecía que la «reina» le intimidase. Y no era una mala comparación: había algo regio en sus maneras, en su comportamiento… Agustín sabía perfectamente que no aprobaba su género de vida, pero no lo manifestaba… Y Melania había desparecido, como si se la hubiese tragado la tierra. Bueno, ya volvería. A lo mejor había ido a comprar algo para comer…

Se equivocaba. Melania no apareció, y el viejo Baddu, que había venido con Mónica, sirvió la comida. Melania permaneció en la cocina, firmemente resuelta, al parecer, a no mezclarse en los asuntos entre la madre y el hijo. Eso lo hacía todo más fácil, sí, pero a él le molestaba. Además, habría sido su último almuerzo con Melania, al menos por bastante tiempo…

Desmayó la conversación, animada tan solo por Adeodato. Al final de la comida, el chico se deslizó de su asiento, corrió hacia Mónica y le echó los brazos al cuello; ella le dio un beso.

—Te lo has ganado, madre —dijo Agustín—. No le he visto hacer eso con nadie…

Se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que carraspear.

—Tiene tus mismos ojos —dijo Mónica.

Después de almorzar se fue a descansar un poco, y descansando estaba todavía cuando llegaron Honorato y Marciano. Agustín los recibió en la puerta y les informó precipitadamente de la complicación que había surgido y del plan que había forjado.

—Ya tengo hecho el equipaje, así que recógelo, Honorato, y hazlo llegar al barco. Tú, Marciano, entretén un poco a Melania —la encontrarás en la cocina— para que no vea a Honorato salir con los bultos. Cuando se haya ido, ven. Le dirás a mi madre que eres tú quien se va a Roma; yo le diré que tengo que acompañarte al puerto…

La idea les satisfizo.

¡Qué buena cosa era tener buenos amigos!

Todo fue bien hasta que Marciano se reunió con Mónica y con él, en el estudio.

—Madre, este es mi amigo Marciano… Se va esta noche a Roma, en el *Pons Milvius*.

Mónica se estremeció. Saludó a Marciano cortésmente, pero sus ojos iban sin parar de Agustín a su amigo.

—Iré a despedirle, claro… No le volveré a ver en mucho tiempo.

Mónica cerró los ojos. Agustín le había mentido por primera vez a los cinco años. Él no se había tomado la confitura de albaricoques, le había dicho… Había sido Baddu. O el ama de cría, pero no él… Luego, ¡cuántas otras mentiras! Y ahora era aquel joven cetrino, con una negra mata de pelo, que se retorcía las manos nerviosamente. Marciano, su amigo, no él…

—Me parece muy bien —dijo con fingida naturalidad—. No tendréis inconveniente en que os acompañe, ¿verdad? La brisa del mar me vendrá bien.

Agustín notó su ansiedad.

—Mejor que no vengas, madre —dijo—. Hace todavía mucho calor, y el puerto está lejos…

Ella sonrió, resignada, y no dijo nada. Luego, cuando Marciano salió de la habitación con un pretexto tonto, miró a su hijo con ojos que taladraban y susurró:

—No tiene sentido que quieras engañarme, hijo: eres tú el que se va.

—Madre, te juro que…

—No jures, Agustín. Lo sabía. Lo supe en Tagaste. Por eso he venido… para rogarte, para implorarte que no te vayas.

—Pero, madre…

—No pude hacer nada cuando abandonaste nuestra Fe. Ahora sé que solo tú, con la ayuda del Señor, podrás recuperarla. Estamos muy lejos, espiritualmente. Pero ahora quieres poner tierra por medio. Te perderé… y tú eres todo lo que tengo.

—No llores, madre, te lo ruego. ¿Qué puedo hacer para convencerte de que no me voy?

—¡Roma! Cartago no es el paraíso, pero al menos yo sabía que estabas en África… y si algo sucedía yo podía ir a donde tú estabas y tú podías acudir a mi lado…

Él trató de sonreír.

—¿Qué tienes contra Roma, madre? Es la capital de tu fe, donde reside el que manda en tu Iglesia… ¿No es el Obispo de Roma el padre de todos los cristianos?

—¿Entonces, te vas?

—No me voy. Estoy preguntándote tu opinión.

—No quiero discutir contigo, te estoy rogando que no te vayas.

—Entonces, sé buena y deja de llorar. No me voy a ir. El que se va es Marciano. ¿Por qué demonios tienes que pensar que me voy yo?

—Lo supe mucho antes de ponerme en camino. Hace semanas que lo presentía, aunque no estaba segura. No lo estuve hasta

anteanoche. Por eso he venido. Agustín, hijo mío, corazón mío… ¡no te vayas!

—¿Pero cómo quieres que te diga que no soy yo el que se va?

No logró convencerla. Y no la convencería. Pero no estaba dispuesto a decirle la verdad. Se lo dijo a Marciano, en un momento que se quedaron solos.

—¿Pero por qué, Agustín? ¿Por qué no se lo dices? Ahora ya no será tan duro para ella… ¿Qué objeto tiene seguir mintiendo? Descubrirá enseguida que te has ido…

—No la conoces, Marciano.

—Una mujer extraordinaria, Agustín. Una mujer de una pieza…

—Hablas como Adeodato. Él cree que es una reina, la reina Dido…

—Es listo, el chico… Y ahora vas a abandonarla, como Eneas. Ojalá no se cumpla su destino…

—No digas tonterías. Mi madre es una cristiana ejemplar y los cristianos no hacen eso… No me mires así, Marciano. Tampoco yo me suicidaría. Es una mujer estupenda y es mi madre… Pero yo tengo que ir a Roma.

—Bueno, esperemos que no se empeñe en acompañarnos al puerto…

—Me temo que lo hará.

Estaba en lo cierto. Media hora antes de la puesta del sol, se encontraban los tres camino del puerto. Mónica iba cogida del brazo de Agustín, blanca como la cera, temblorosa.

Agustín no se apeó del burro. Recomendó a Marciano que fuese a ver a Alipio en cuanto llegase, que se asegurase de que su equipaje estaba ya en el barco, y que escribiera pronto.

No corría el menor soplo de viento. El aire, espeso, caía a plomo sobre la ciudad, irisado por los rayos del sol poniente.

Cuando llegaron junto al barco, Agustín vio que tenía las velas recogidas y seguía amarrado al muelle. No se veían apenas

marineros y ninguno de ellos se afanaba en nada. El barco no zarparía pronto.

—Si estás resuelto a irte, llévame contigo —dijo de pronto Mónica.

—¡Madre! No digas tonterías.

Se puso a llorar de nuevo. Agustín no se atrevía a acercarse más al barco, para que el capitán no le viera, porque, si le veía y le hablaba, su madre se daría cuenta enseguida de que era él quien se iba. Así pues, se pusieron a pasear por el muelle, Marciano cada vez más nervioso y Agustín tratando de consolar a Mónica.

Era imposible continuar así…

—Madre, voy a buscar una litera para que te lleve a casa…

Ella negó violentamente con la cabeza.

—Como quieras —añadió él, con enfado—, pero el barco no zarpará hasta que se levante un poco de brisa, así que será mejor que subas a bordo, Marciano. Yo cuidaré de mi madre. Hay una capilla ahí, detrás de ese bosquecillo de cipreses. Esperaremos allí. Podremos sentarnos y descansar un rato. ¿De acuerdo?

Marciano comprendió y se dirigió hacia la nave.

—Vamos, madre…

Pasó un brazo por el hombro de Mónica, que se dejó conducir hacia la capillita. Estaba dedicada a San Cipriano, mártir, obispo de Cartago, y, como la mayoría de ellas en África, tenía un pórtico con columnas y bancos, para que los visitantes y peregrinos descansaran. Mónica se sentó en uno de ellos y se envolvió en su velo. Estaba exhausta.

Agustín se sentó a su lado y enseguida observó que ella tenía los ojos clavados en la puerta abierta, de tal forma que se podía ver el altar al fondo, débilmente iluminado, y que movía los labios. Su madre estaba rezando… ¡Si él fuese capaz de hacerlo! Le pediría al Dios de los cristianos que no se levantara la brisa hasta que se quedara dormida, allí mismo…

No fue necesario. Al cabo de media hora, Mónica empezó a dar cabezadas y, minutos más tarde, se quedaba profundamente dormida, reclinada en el banco.

Agustín esperó un poco. No tenía prisa. Luego, se fue alejando, despacio.

Al llegar al camino, echó a correr, aunque era una tontería, pues el barco seguía en el mismo sitio, esperando…

Marciano le recibió con un suspiro de alivio.

—¿Cómo lo has logrado?…

—Se quedó dormida. Subamos a bordo.

A la luz de uno de los fanales del barco, Marciano vio el rostro de Agustín, pálido, fantasmal, demudado…

Subieron a bordo, en tenso silencio, y se sentaron en el puente, contemplando las luces de la ciudad.

—Si no fuera por Manes —dijo Marciano al cabo de un rato—, nos podríamos tomar una jarra de vino… Nos reconfortaría a los dos.

—Es un mal comienzo —musitó Agustín, con voz ronca—. Cuando se emprende una gran aventura, no debe uno odiarse a sí mismo…

—Si no hubiese venido…

—Lo sé, lo sé. Me lo he repetido lo menos cien veces. Pero ha venido…

Los dos guardaron silencio.

Alguien lanzó un grito en alguna parte. Otros siguieron. En la proa de la nave se agitaban los marineros…

—¿Qué sucede? —preguntó Agustín.

—El viento —repuso Marciano, que se había puesto de pie—. ¿No lo notas? Se ha levantado el viento… Me voy, Agustín, o tendré que acompañarte a Roma.

Agustín se puso también en pie. Marciano le miró, sonriendo.

—Me despediré de ti con unos versos de Terencio —dijo—: «Si el destino te otorga una nueva vida, procura ser tú mismo un hombre nuevo…». ¡Suerte, amigo!

Se abrazaron. No podían hablar…

El capitán empezó a dar órdenes, a gritos, y todo el mundo se puso en movimiento.

Marciano dio media vuelta y se alejó. Agustín le siguió con los ojos, hasta que se perdió entre la multitud del muelle.

Izaron las velas y el barco empezó a moverse.

Roma. El éxito. Adeodato. Melania…

Madre… ¡pobre madre!

Roma y el triunfo.

Lentamente, las luces de Cartago fueron alejándose, confundiéndose, hasta ser solo una estrella más, parpadeante, en el lejano horizonte.

# LIBRO QUINTO
# Años 383-385 d. C.

## 1.

—¿Cómo se encuentra hoy el paciente? —preguntó Alipio nada más entrar—. Ya veo: un poco amarillo todavía, y ojeroso, pero mejor. En tres o cuatro días, como nuevo.

—Aunque me estuviera muriendo, me dirías lo mismo —repuso Agustín—. Pero no pienso morirme, al menos de momento. He decidido ponerme bueno… Pero ¿a qué viene esa sombrilla y ese abanico, Alipio? Pareces una damisela…

—Es el último grito de la moda, que, como siempre, viene de Constantinopla. Todos los jóvenes bien los llevan…

—En ese caso, no pienso levantarme. ¿Y qué es eso que traes?

—Un poco de fruta.

—¿Para mí?

Alipio asintió con la cabeza y Agustín se incorporó en el lecho.

—Gracias —musitó—. Empiezo a recuperar algo que creía haber perdido para siempre: el apetito.

—Has estado fatal durante tres semanas —dijo Alipio, hundiéndose en un sillón desvencijado—. Me han dicho que muchos africanos contraen esa clase de fiebres al llegar a Roma. Tercianas las llaman…

—Hubo momentos en los que creía que me moría —musitó Agustín—. Me pregunto qué…

—¿Qué?

—Qué habría sido de mí.

—Te habrían enterrado, supongo.

—No seas necio, Alipio… Anda, esconde esa horrible sombrilla… Es algo muy extraño, muy angustioso… No saber lo que va a ser de uno… Envidié por un momento a los cristianos, que tienen una fe tan sencilla y tan firme… Pero no me rendí. No quería que me sucediese lo de Harmodio.

—El posadero es muy amable —dijo Alipio, para desviar la conversación—, pero hubiese preferido que no te alojase en la sexta planta… Todavía no he recuperado el aliento… Anda, prueba esos higos. Son riquísimos.

Agustín sonrió con ironía.

—De acuerdo. Fabriquemos unos cuantos espíritus luminosos en el taller del estómago —comentó alargando un brazo escuálido y cogiendo uno—. Pero ya sabes que, cuando los comamos —sí, son riquísimos—, el árbol en el que crecían prorrumpirá en llanto… ¿Crees tú eso?

—No. ¿Y tú?

—Cada vez creo en menos cosas —repuso Agustín—. Tuve que alquilar esta habitación porque era la más barata. Yo no soy un brillante asesor del Canciller del Tesoro, como alguien que yo sé… No soy más que un pobre maestro de elocuencia, un maestro sin alumnos. No he podido pagar todavía el alquiler de esta habitación, aunque la verdad es que el dueño no me lo ha reclamado…

—Es un buen maniqueo —repuso Alipio, que ya lo había pagado— y sin duda no quiere reclamártelo hasta que te pongas bueno.

—Sí, será eso… ¡Menudos comienzos, Alipio! He entrado en Roma con el pie izquierdo. Tres días de aquí para allá, buscando un empleo, y luego tres largas semanas en cama… Aunque la verdad es que lo que vi durante los tres primeros días me defraudó bastante…

—Bueno, este no es precisamente un barrio distinguido. La Vía Greca…

—No, desde luego. Egipcios, sirios, armenios… Todavía no he visto un romano auténtico. Pero ya sé lo que me espera cuando me ponga bueno. Jamás había visto tanta porquería. Las calles…

—Y la gente —le interrumpió Alipio—. No se lavan en la vida, ni siquiera las manos. Y comen sin parar, con las manos sucias… A veces pienso que Roma no es más que una boca gigantesca.

—Pero no dejan de hablar del hambre, de la carestía…

—Sí, y nos echan la culpa. En cuanto surge un problema, la culpa es de los que venimos de fuera. ¿Sabes lo que oí gritar el otro día en el circo? «¡Forasteros fuera!».

—¿Has dicho el circo? ¿Es que has vuelto a las andadas?

Alipio bajó los ojos y agachó la cabeza.

—No quería ir. Te lo juro… Me forzaron. Bueno, no exactamente, pero mis amigos se burlaron de mí cuando les dije que no quería ir y, de hecho, me obligaron a acompañarles. Protesté enérgicamente y les dije que cerraría los ojos para no presenciar el sangriento espectáculo, pero…

—¡Pobre Alipio! —exclamó Agustín—. Muchas mujeres, cuando las seducen, hacen lo mismo. Protestan, pero en el fondo, lo están deseando…

—Te equivocas, Agustín. Llegamos tarde, por mi culpa, y nos dieron unas entradas malísimas. La muchedumbre ya estaba enardecida, pero cumplí mi palabra: cerré los ojos y traté de pensar en otra cosa. Pero no me tapé los oídos y eso me perdió. Al oír los rugidos del público, la curiosidad me pudo y miré. En cuanto lo hice, se acabó.

Agustín asintió, displicente.

—Y volviste a convertirte en un energúmeno, como los demás. Enloquecido por el espectáculo que se desarrollaba en la arena, borracho de violencia… Y gritaste, enardecido, convertido en un salvaje…

—Aquí es todo mucho más grandioso, más bárbaro… Peor, vamos… Es un vicio, Agustín, lo sé. Me domina.

—Mi madre diría: «El que esté sin pecado, que tire la primera piedra». Y hubiera añadido: «No solo debemos evitar el pecado, sino la ocasión de pecar…». Tiene respuesta para todo. ¡Qué pena que su Fe sea tan irracional, tan absurda!… Como si pudiéramos convertirnos en «espíritus puros»… En fin, qué más da. Lo único cierto es que presiento que Roma no me va a gustar.

—A mí tampoco me gusta. Ni la gente, ni esas estatuas horribles que han colocado por todas partes.

—¿Y qué me dices de los edificios? Son horrorosos. Y las calles, estrechísimas…

—Un infierno. Todos los días muere alguien, aplastado por las ruedas de una cuadriga…

—Pues el clima… ¡Qué humedad! ¡Y qué frío!

—Me quedo con Cartago, Agustín, digas lo que digas. Será una ciudad provinciana, pero hay fuentes y jardines… Y brilla el sol, y no hace frío…

—Pero nos hemos librado de los Destructores.

—Espera, espera un poco. Todavía no has visto a los estudiantes… No sé lo que les pasa, pero son todos iguales… Ya lo verás.

—Pero tú no puedes quejarte, Alipio —repuso Agustín—. Eres todo un distinguido asesor del Canciller del Tesoro…

—¿Por qué me lo recuerdas todo el tiempo?… No es ninguna bicoca, aunque tú creas otra cosa… ¡Ahí es nada! Juzgar como si uno fuera infalible… Absolver a uno y enviar al otro a la trena… Y no es solo eso. Hay también gente como Castelino…

—¿Quién es ese?

—Un bicho. Me ha enviado a uno de sus secretarios con una fuerte suma de dinero para *ordenarme* —así, como suena— que le concediera una licencia para exportar trigo. Como sabes, está rigurosamente prohibido. Si se concedieran licencias, unos cuantos

especuladores almacenarían todo el trigo y volverían a venderlo dentro de unos meses, cuando escaseara, a un precio mucho más elevado. Y los pobres tendrían que pagarlo, para no morirse de hambre…

—Pero eso… eso es una temeridad… Habrías estado en sus manos, si hubieses accedido. La licencia…

—No lo creas: no se trataba de una licencia en regla, sino de un acuerdo verbal. Lo que quería era que yo ordenase a mis subordinados que hiciesen la vista gorda cuando llegasen de África los barcos cargados de trigo… Él compraría parte del trigo, con la complicidad de mis subordinados… ¿Comprendes?

—¿Y qué hiciste?

—Me negué en redondo, naturalmente. ¡Si hubieses visto la cara del secretario! No podía creerlo… «Nadie se ha negado nunca a cumplir una orden del Senador Castelino», me dijo. Porque es Senador, ¿sabes?… Me hubiese gustado darle un puñetazo y saltarle los dientes. No lo hice, pero le dije que se largara si no quería perder su dentadura. Se largó, pero aquella misma tarde se presentó un individuo, amenazándome. Se lo dije al Canciller, que torció el gesto. Me dijo que no quería tener enemigos y que el Senador Castelino era un enemigo muy malo. Ningún asesor le había expuesto nunca un asunto tan desagradable, lo cual era tanto como decir que habían consentido que los sobornaran. Me advirtió que el Senador podía hacerme mucho daño y yo le pregunté si creía que debía plegarme a sus demandas. Me dijo que no, sin demasiada convicción… Luego supe que Castelino se había dirigido a él personalmente. ¿Sabes lo que le dijo? Que no podía acceder a sus demandas, porque yo me oponía…

Agustín se quedó pensativo unos instantes. Luego dijo:

—Creo que no me lo has contado todo, Alipio. ¿Me equivoco?

—Bueno, no… Le dije que, si se dejaba sobornar por Castelino, apelaría al Emperador… Debió de creer que yo era una especie de salvaje africano capaz de trasladarse a Milán para denunciarle…

—Sí, Alipio, eres un salvaje, pero con principios. No me extraña que detesten a los forasteros.

—No tan firmes como tú crees… La semana pasada me tentaron y estuve a punto de sucumbir.

—Pero no sucumbiste…

—No del todo.

—¿Qué pasó?

—Quiero proseguir mis estudios, como sabes. Es lo que más deseo en el mundo. Pero necesitaba libros, y es muy difícil encontrarlos. Conseguí que me prestaran unos cuantos, pero tenía que devolverlos… Pero como los necesitaba, como quería tenerlos, decidí copiarlos… En las oficinas del Pretorio, los funcionarios tenemos derecho a obtener copias de documentos por muy poco dinero, así que pensé en utilizar mis prerrogativas para hacer que copiaran los libros… Lo cual suponía un abuso, pues un libro no es un documento… Pero, como quería tener una copia de los libros, y acudir a un copista privado hubiera sido carísimo, la tentación era muy fuerte…

—¿Y…?

—Me quedé sin la copia y sin los libros. Una pena, porque eran buenísimos.

—Una pena, sí —comentó Agustín—. Pero un gesto que te honra, mi querido salvaje. Si todos fueran como tú…

Alipio se sonrojó.

—Eso me dijo Melania, hace ya muchos años… No creo haber cambiado.

—No me la recuerdes, Alipio… Y no cambies. Eres el mejor remedio contra el desencanto, y mucho me temo que en esta horrible ciudad vamos a sufrir más de uno.

# 2.

Fue como una premonición.

¡Qué humillantes eran, para un letrado de prestigio en su propio país, los métodos romanos de hacerse con alumnos! Había que darse a conocer, sobornando a los esclavos de confianza de las familias pudientes; había que hacerse popular con gente despreciable, como los nuevos ricos, maleducados y toscos… El dinero era lo único que apreciaba la sociedad romana, y a un profesor de retórica sin recursos, como él, se le miraba con desprecio y, a lo sumo, se le toleraba.

Los únicos que le ayudaban eran los maniqueos, pero el emperador había promulgado un edicto contra ellos, y, aunque no se les perseguía abiertamente, no podían reunirse públicamente ni admitir que pertenecían a la secta. Obligados a la clandestinidad, se ayudaban mutuamente con el celo propio de una sociedad secreta.

Agustín, a pesar de todo, pudo reunir hasta diecisiete o dieciocho alumnos para un curso de seis meses. Lo malo era que, en Roma, pagaban al profesor al final, y no cabía que los alumnos hiciesen una excepción con él. Así pues, tuvo que malvivir con el poco dinero que le quedaba y con algunas clases particulares.

Por fin, pasaron los seis meses. El dinero que recibiría le permitiría aguantar otros seis…

El día que abrió el plazo de inscripción de nuevos alumnos se apuntaron dos, pero no apareció ninguno de los antiguos.

Agustín empezó a sospechar lo peor y fue a visitar a tres de ellos; en casa de uno le dijeron que acababa de irse a Nápoles; en la de otro, que estaba enfermo, y en la tercera le dieron con la puerta en las narices.

Un amigo maniqueo al que le contó lo sucedido no se extrañó. Hizo un gesto de impotencia y dijo:

—Un desastre, sí, pero algo habitual. Suelen ponerse de acuerdo para no pagar al profesor… Se puede acudir a los tribunales, pero el

juicio suele ser interminable y caro. Te costaría más de lo que te deben e, incluso si lo ganaras, no te sería fácil obtener el dinero.

Regresó a su destartalada morada de la Vía Greca temblando de rabia. ¡Seis meses perdidos! Seis meses de trabajo, de esfuerzo sostenido para meter un poco de conocimiento en aquellos cerebros de chorlito, y ellos le habían estado tomando el pelo… Y la mayoría, maniqueos. Y todos, conocedores de lo difícil de su situación… Se habían aprovechado de sus conocimientos y se habían evaporado, como simios, haciendo muecas y piruetas… ¡Cómo les odiaba!

Al día siguiente fue a visitar al obispo maniqueo, Rufino. Su desconfianza era tal, que hasta se extrañó de que lo recibiera. Sin embargo, enseguida comprobó que no lo había hecho por cortesía ni por deseo de ayudarle. Lo primero que dijo fue: «¿Cómo? ¿Vienes con las manos vacías?». Agustín, en efecto, había olvidado llevarle un cesto de fruta, como hacía en Cartago cuando iba a ver al obispo o a alguno de los elegidos. Ni siquiera había ido a ver a Rufino una sola vez, fuera de la acostumbrada visita protocolaria que le había hecho al llegar a Roma.

Alicaído, contó al obispo la felonía de sus alumnos, once de los cuales pertenecían a la secta. Sin duda, él querría, podría…

Rufino no quería ni podía hacer nada. Si los alumnos no le habían pagado sus honorarios, sería porque el profesor les había defraudado. Al fin y al cabo, también en Roma —el obispo recalcó la palabra «también»— se conoce lo que es la gratitud… Además, se trataba de un asunto propio de los tribunales ordinarios, no de los maniqueos… Incluso le molestaba que le hubiese hablado de ello, pues esas cosas dañaban a la fe. ¡Menudo escándalo si un profesor maniqueo demandaba a sus alumnos maniqueos! Los tiempos que corrían eran malos, muy malos, no solo para los profesores de retórica… Y cuando Agustín hizo una amarga observación sobre el frío recibimiento que había tenido en Roma, el obispo replicó: «No recuerdo que nadie te dijese que vinieras…». Tras lo cual hizo una leve inclinación de cabeza y se fue.

Buscó a Alipio para contarle sus cuitas, pero no le encontró. Regresó a su casa, hambriento y desesperado. Solo le quedaban cuatro *solidi* de oro.

Al día siguiente trató de ponerse en contacto con uno de los elegidos. Había salido, pero su esclavo, que conocía a Agustín, le dijo dónde le podría encontrar. «Buen sitio, mucho placer… Mi amo nunca dormir en casa cuando ir a ese lugar…».

Agustín palideció. Había oído hablar de ese lugar en casa de unos maniqueos y se habían referido a él como un sitio abominable, así que dejó al esclavo, que no cesaba de hacer muecas y guiños, y volvió a su casa.

Alipio fue a verle aquella misma tarde y Agustín volcó en él todas sus desilusiones.

—Estudiantes que me estafan, elegidos que frecuentan casas de mala nota, un obispo que ansía regalos y se niega a ayudarme…

—Pues hay todavía algo peor —le interrumpió Alipio.

—¿Peor?…

—El obispo Rufino se ha fugado, llevándose los fondos de la comunidad… Y no se le puede perseguir, pues, a causa del edicto, los maniqueos no existimos oficialmente.

Agustín estalló en carcajadas, tan estentóreas, tan prolongadas, que Alipio pensó que había perdido el juicio.

—¿De qué te ríes, Agustín? —dijo por fin Alipio—. No tiene ninguna gracia… Al fin y al cabo, siempre hay algún fruto podrido en el árbol…

—Sí, Alipio. Pero este pretendía ser un fruto sagrado —repuso Agustín.

Hizo una pausa y, cambiando de tono, añadió:

—Estoy harto de esta gente… Muchos, a escondidas, beben vino, que es el producto típico del Reino de las Tinieblas… Dicen que lo hierven antes, para arrojar los malos espíritus… ¡Hipócritas! No comen carne, pero se atiborran de manjares exquisitos, para unirse a la divinidad a través del olfato y del gusto… Ya sabes lo que dicen:

todo lo que es aromático, apetitoso, bello, pertenece al Reino de la Luz… Por eso, la fruta es divina… Pero, según ese criterio, tan aromático, apetitoso y bello es un huevo frito…

—O un lechoncito asado, bien doradito —repuso Alipio.

—Que sin duda estará lleno de partículas divinas —bromeó Agustín—. Por ese camino, no me extraña que algunos elegidos, como Fabio, se entreguen a placeres prohibidos, sin duda para contrarrestar los efectos del Reino de las Tinieblas…

—Agustín, te estás pasando —dijo Alipio—. De seguir así, pueden acabar haciéndonos elegidos…

—No a mí —repuso Agustín—. Estoy harto de Manes y de sus discípulos. Lo único que me interesa ahora es ganar algún dinero.

—Bueno, ya hablaremos de eso. No, ahora no. Espera un poco. Tal vez mañana pueda darte una buena noticia.

***

Alipio regresó al día siguiente, radiante de alegría.

—Acompáñame, Agustín —dijo—. Tenemos que hacer algo…

—¿De qué se trata?

—¿Conoces a Símaco?

—¿El Prefecto de Roma?

—Exactamente. Me han dicho que las autoridades de Milán le han escrito pidiéndole un profesor de retórica.

—¡No me digas!

—Al parecer, pagan muy bien. Un sueldo fijo y gratificaciones… Urge presentar tu candidatura, Agustín… Presiento que esta es tu oportunidad.

—Pero Símaco no es maniqueo…

—No, es un pagano convencido, pero no importa…

—Por supuesto —repuso Agustín—. Yo no tengo prejuicios.

—Pero él sí —dijo Alipio sonriendo maliciosamente—. Es violentamente anticristiano, y los dos candidatos que se han

presentado hasta ahora son cristianos.

Agustín torció el gesto.

—No me parece la manera de ganar un concurso, pero en fin… No estoy en condiciones de hacer distingos.

—Se presentarán más candidatos, no te preocupes. Lo que importa es que presentes cuanto antes tu candidatura. Yo iré a ver a algunos amigos maniqueos y personas que conozco relacionadas con mi cargo. Espero que te apoyen… Habrá alguna clase de prueba, supongo… Pero Símaco te lo explicará. He concertado una cita con él. Nos recibirá a mediodía.

El Prefecto de Roma era un hombre macizo, de cuello de toro, que tenía una expresión irónica y una mirada inteligente e inquisitiva. No anduvo con rodeos:

—Se rumorea que eres maniqueo —le dijo—… No, no me interrumpas. Hay un edicto contra los maniqueos y yo soy un fiel servidor de Su Majestad Imperial, pero no tengo por qué hacer caso de lo que se rumorea… Y no me importa decirte que me alegro de que lo que se rumorea no sea que eres cristiano. Es preferible que no aumente la influencia cristiana en Milán. El Obispo Ambrosio[*] se cree que es él quien gobierna en la ciudad… ¿Comprendes?

—Creo que sí, señor —repuso Agustín, sonriendo.

El Prefecto hizo un expresivo gesto.

—Me alegro —dijo—. La prueba será pasado mañana, aquí, en la sala de audiencias. Si haces un buen papel, el puesto es tuyo. He recibido plenos poderes de Milán y ya me han hablado de tu prestigio en Cartago. Por cierto, el viaje a Milán será pagado con fondos públicos.

Símaco los despidió y regresaron a casa de Agustín, felices.

Al tercer día, habló, ante cerca de doscientos funcionarios, de Séneca y Cicerón. Esperaban oír un discurso largo y aburrido, pero pronto quedaron prendados de la brillantez y elocuencia del orador.

El Prefecto presidía, atento, con sus ojos brillantes, oyéndole ensalzar a los dos grandes antepasados romanos, cuyas creencias

compartía.

Cuando Agustín concluyó su discurso, Símaco se puso en pie, extrajo un rollo de pergamino de su cintura, sellado con el sello imperial, y se lo dio, diciendo: «Enhorabuena; el cargo es tuyo».

—¡Lo sabía! —exclamó Alipio en cuanto Agustín se lo dijo—. Solo hay una cosa que me preocupa…

—¿El qué?

—Que tendré que buscarme algún empleo en Milán… Aunque no creo que sea muy difícil… El Canciller respirará más tranquilo cuando me vaya. El africanito le resulta molesto. Y el Senador Castelino se sentirá feliz, cosa que siento, pero qué le vamos a hacer.

—De acuerdo, Alipio. Ven a Milán, cuanto antes…

—¡Por los poderes de las Tinieblas! Eso suena como si me necesitaras…

—Te necesito, hermano salvaje.

Trató de decirlo con desenvoltura, pero no lo consiguió. Alipio tragó saliva.

—Estoy hambriento —dijo—. Me comería un cochinillo entero. Es tan apetitoso de color y sabor…

—Y beberte una jarra de vino, ¿no?

—Sí, aunque sea hervido…

Se echaron a reír. Luego, Agustín se puso serio.

—Tengo que ordenar mis ideas, hermano salvaje —musitó—. No puedo olvidar que algunos de nuestros amigos maniqueos me han apoyado… El mal ejemplo de ciertos elegidos no tiene por qué hacer de mí otro hipócrita…

Alipio se le quedó mirando a los ojos.

—Dime, Agustín: ¿te sigues sintiendo maniqueo?

—No lo sé, Alipio.

Se produjo un largo silencio.

—Pero… ¿sigues creyendo? —dijo Alipio, por fin.

—Tampoco lo sé, Alipio, ni quiero saberlo. Ahora lo que me interesa es triunfar en Milán. Lo demás puede esperar.

# 3.

Cuando Agustín llegó a Milán, estaba nerviosísimo. Sabía lo que le esperaba, porque, antes de partir, había vuelto a entrevistarse con Símaco.

—Vas a llegar a Milán en un momento decisivo —le había dicho—. Hemos reiterado nuestra protesta contra el edicto del difunto emperador Graciano[*], y el asunto va a ser discutido en el Senado.

Graciano había ordenado que la estatua y el altar de la diosa Victoria fuesen retirados de la Curia, pues aquellos símbolos paganos ya no tenían sentido, dado que la mayoría de los miembros del Senado eran cristianos. También había suprimido todas las subvenciones estatales a los colegios sacerdotales paganos, las asignaciones para el culto y otras gabelas. Las comunidades paganas, entonces, habían enviado una delegación a Milán para protestar por el edicto, pero el emperador se había negado a recibirla. Símaco había ido al frente de la delegación.

Hacía dos años que Graciano había sido asesinado. Le había sucedido Valentiniano II[*], un niño de once años, bajo la férrea tutela de su madre, la emperatriz Justina. Valentiniano era católico, pero su madre sentía predilección por los arrianos. Ambos estaban más o menos mediatizados por el emperador Teodosio[*], que gobernaba con mano de hierro el Imperio Romano de Oriente.

—Un tanto complicado, como ves —prosiguió diciendo Símaco—, pero espero que salga bien. Cuando se lucha unidos, se acaba por triunfar. En cualquier caso, lo intentaremos. Otra delegación está ya en camino, con una petición por escrito que quizá te interese como gramático y retor. Aquí tienes una copia. Léela.

Agustín la leyó.

—Brillante —dijo—, muy brillante: concisa, bien fundada, con una excelente exposición filosófica del significado universal del concepto de Victoria y un final conmovedor… Surtirá efecto.

—Me alegra lo que dices —repuso Símaco—, pero olvidas que Ambrosio es un peligroso opositor.

—Sí, ya lo mencionaste antes… ¿Qué tiene de peligroso el Obispo de Milán?

—Tiene una gran influencia. Conoce los entresijos de la política mejor que nadie… Antes de ser obispo fue gobernador imperial de Liguria, provincia que incluye Milán. Cuando murió el anterior obispo, los milaneses, casi por unanimidad, pensaron en él para que le sucediera. Y cuando se presentó en la ciudad, como gobernador, la multitud empezó a gritar: «¡Ambrosio obispo! ¡Ambrosio obispo!».

—Pero ni siquiera sería sacerdote…

—No, claro. Ni siquiera había estudiado teología… Pero confiaban en él, creían en él. Y le obligaron a aceptar… hasta cierto punto, por supuesto, pues nadie es capaz de forzar a Ambrosio a hacer algo que no desea.

—Lo cual le honra.

—Sí. Hay que dar a cada uno lo suyo, como dicen los cristianos. El hecho es que acabó por aceptar, aunque en la práctica no dejó de ser gobernador de Liguria, con lo que reforzó su poder… Es curioso: se diría que ambiciona el poder, pero no es así; más bien lo trata como un perrillo faldero… Tampoco es que lo desprecie; simplemente lo utiliza, aunque lo que le gusta es escribir tratados e himnos religiosos… Todo lo hace bien.

—Un hombre interesante…

—Graciano lo quería y veneraba como a un padre. Cuando fue asesinado, enviaron a Ambrosio a Tréveris para que negociara con su mayor enemigo, el anciano y brutal Máximo. Tras largas negociaciones, logró una paz honrosa, dadas las circunstancias, y redimió a todos los cautivos que pudo pagando el rescate con el dinero que llevaba… Luego, cuando fue nombrado obispo, renunció a todo su patrimonio, pignoró sus rentas e incluso mandó fundir los vasos sagrados de su basílica para liberar al resto. Es natural que en Milán le adoren.

—Es una pena que tengamos en contra a un hombre de esa categoría —musitó Agustín, meditabundo—. Si fuera posible…

—No lo es —le interrumpió Símaco—, a causa de la religión que profesa. No dará su brazo a torcer, en ese terreno, aunque a veces se muestra compasivo, como en el caso del pobre Prisciliano…

—¿El mártir del maniqueísmo?

—Bueno, no exactamente. Prisciliano no era un auténtico maniqueo, aunque estos lo utilizaran para su causa. Era más bien un obispo cristiano, con tendencias maniqueas. El caso es que algunos obispos y sacerdotes fanáticos le acusaron de herejía y le mandaron ejecutar. Cuando se enteraron, otros dos obispos, Martín de Tours y Ambrosio de Milán, protestaron airadamente y se negaron a tener ningún trato con los responsables de la ejecución; incluso pidieron su excomunión… Como ves, Ambrosio puede mostrarse compasivo con alguien que tenga sus fallos doctrinales; pero eso no quiere decir que esté dispuesto a renunciar a sus propios puntos de vista. Y lo tendremos contra nosotros en Milán, tan seguro como que estás aquí. Ya lo verás. Estoy de acuerdo contigo en que nuestra petición es brillante y está bien fundada. Pero, con Ambrosio enfrente, no está asegurada la victoria de la diosa Victoria…

Agustín guardó silencio, meditabundo. Luego, como pensando en voz alta, preguntó:

—¿Cómo es posible que un hombre de esa talla crea a pies juntillas en las supersticiones cristianas?

—No lo sé —repuso Símaco—. Para mí, es una cuestión de poder… Un poder que es preciso minar. Tú no puedes hacerlo solo, pero puedes colaborar. Tenía tres buenas razones para favorecer tu nombramiento. La primera, que eres africano; yo he sido procónsul en Cartago, y tengo muy buen recuerdo… La segunda es que no eres cristiano. La tercera, que eres un buen orador… En fin, tú verás lo que puedes hacer.

Al día siguiente de la llegada de Agustín a Milán, salió a relucir el tema de la delegación senatorial y de su petición. Ambrosio aludió a

ella en la basílica, abarrotada de fieles. Luego fue al palacio imperial para entrevistarse con la emperatriz-madre.

Resultado: la estatua y el altar de la diosa Victoria no volverían a presidir la Curia. Tampoco el culto pagano gozaría de subvenciones, «pues no sería justo que las comunidades paganas gozasen de más beneficios que los demás ciudadanos».

En menos de tres horas, Ambrosio había deshecho una operación que la minoría pagana venía preparando desde hacía años.

«Tengo que ver a ese hombre», pensó Agustín. «Tengo que oírle…».

## 4.

Le vio cinco días después de su llegada. El cuarto, había preguntado qué gestiones tenía que hacer para obtener una audiencia, y la respuesta le dejó desconcertado: «Ninguna. El obispo recibe a todo el mundo. Basta con ir a verle».

Era un alivio que no hubiera que utilizar intermediarios, sobornar esclavos o buscar un motivo oficial para visitar a Ambrosio, pero al mismo tiempo le molestaba que recibiese «a todo el mundo», porque él, un retor elegido por las autoridades municipales de Milán, no era un cualquiera. No obstante, fue a ver al obispo.

Llevaba preparadas un sinfín de preguntas, pero, sobre todo, quería comprobar personalmente si este obispo-gobernador, amigo de emperadores, autor de tratados piadosos y redentor de cautivos, era un hombre tan grande como pensaba Símaco o, por el contrario, una especie de Fausto, puro artificio.

Tuvo que esperar un poco. El obispo estaba despidiendo a un hombre rudo que parecía ser un jornalero y que había ido a verle acompañado de su familia. Eso le proporcionó la oportunidad de observarle a gusto. No tendría más de cincuenta años, pero tenía el pelo casi blanco; alto, delgado, de ojos claros… Un hombre

distinguido y bien educado. El jornalero y los miembros de su familia estaban radiantes, y su emoción se hizo patente cuando todos se arrodillaron para recibir la bendición del obispo.

Cuando se fueron, Ambrosio fue al encuentro de Agustín. Este saludó cortésmente al obispo y se presentó como el nuevo profesor de retórica del municipio.

—¡Ah! —exclamó Ambrosio.

Agustín le dijo que había ejercido como profesor de retórica en Cartago, desde los veinte años.

—¡Oh! —exclamó Ambrosio.

Pero se había dado cuenta de que allí no tenía futuro y se había trasladado a Roma, hacía cosa de un año… Ahora estaba muy contento de encontrarse en Milán, ciudad cuya fama tanto había hecho aumentar su actual obispo.

—¿Eres católico? —le preguntó Ambrosio.

—Fui educado como tal —repuso Agustín—, pero ahora realmente no sé lo que soy.

—En cualquier caso, espero que te sientas a gusto en Milán y que tengas mucho éxito en tu trabajo. Puedes venir a verme cuando quieras o necesites algo…

Ambrosio sonrió afablemente e inclinó la cabeza. No tendió la mano para que Agustín besara su anillo episcopal, pero, en cualquier caso, estaba claro que había dado la audiencia por terminada.

Agustín correspondió al saludo de Ambrosio y se retiró. Una especie de rabia sorda le crecía por dentro, pero procuró dominarse. Analicemos los hechos, se dijo. Es un hombre sumamente ocupado, que ha considerado mi visita como de mera cortesía. ¿Acaso no lo era?… Además, no debe de sentir mucha simpatía por los africanos… Demasiados herejes: maniqueos, donatistas… ¿Qué importancia puede tener para él un simple profesor de retórica? En cuanto a mis dudas espirituales, pensará que debo resolverlas por mí mismo, aunque supongo que estaría dispuesto a ayudarme… A eso debía referirse cuando me dijo que fuera a verle si necesitaba algo. No

mordió el anzuelo, cuando le dije que no sabía lo que era. No trató de investigar… Es de esa clase de hombres a los que no les gusta andarse por las ramas… Sí, todo correcto, todo como debe ser. Y, sin embargo, no sé… Tal vez sea absurdo, pero estoy rabioso…

## 5.

Y lo seguía estando cuando, unos días más tarde, fue a la basílica para oírle predicar. Allí, al menos, no sería tan lacónico…

La basílica estaba llena a rebosar. El negocio debía de ser floreciente, pensó Agustín, malintencionado. Pero Ambrosio hablaba bien: no tan bien como Fausto, sin embargo… No tenía una voz melosa e insinuante, como este, ni sus encantadores quiebros y estupendos símiles. No, en cuanto a estilo no se le podía comparar. Pero, con todo, hablaba bien, y el auditorio le seguía, prendido de sus palabras; sería capaz de hacerles llorar, reír, suspirar o exaltarse si se lo proponía…

Un hombre afortunado que había conseguido todo lo que merece la pena desear. Hasta los emperadores le escuchaban y le hacían caso… Claro que había tenido que pagar un alto precio: renunciar a las mujeres… porque no debía de ser de esos que las frecuentan de noche y a hurtadillas… De todas maneras, aquello tenía que ser una carga muy pesada…

Pero, si no lo llevara bien, no podría sacar adelante su misión con tanto aplomo. Además, seguro que le vigilaban; tanto Símaco como sus demás enemigos se habrían enterado y no dejarían de utilizar sus dardos contra un enemigo tan poderoso.

Todos estos razonamientos no llevaban a ninguna parte. Había que dar a cada uno lo suyo, como había dicho Símaco. Ambrosio no era de esa clase de hombres.

Sí, el estilo era bueno. No demasiado brillante ni divertido… ni siquiera ingenioso, pero bueno.

¿Cómo lucharía contra las tentaciones? ¿Cómo conseguiría dominarlas? ¿Acaso esta gente del norte son más fríos, están hechos de otra manera? Y, cuando el cielo se le entenebreciera, ¿en qué encontraría consuelo, sin una filosofía en la que apoyarse?

Y ahora hablaba del Antiguo Testamento, nada menos. Y era interesante lo que estaba diciendo. Mucho. No tomaba sus pasajes en sentido literal; incluso advertía que, a veces, el hacerlo así podía inducir a error, porque había muchas alegorías llenas de un significado más profundo. «La letra mata, el espíritu vivifica», decía una y otra vez.

Alegorías… Tendría que investigarlo cuidadosamente, porque los ataques maniqueos se dirigían literalmente a los textos, escogiendo los que les convenían. Pero, si se trataba de alegorías, la cosa cambiaba. ¿Lo sabían los cristianos o era una opinión particular de Ambrosio?… Poco probable. ¿No se reprochaba a los cristianos precisamente lo contrario, que todos opinaban lo mismo? La misma Fe, impuesta desde arriba…

¿Había sido Cristo quien había dicho aquello de que la letra mata y el espíritu vivifica? Creía que sí, pero tendría que comprobarlo.

Pero tenía que hacer otras muchas cosas antes. Ahora que estaba saliendo de la densa niebla de la doctrina maniquea, sería mejor no complicarse la vida. Lo que necesitaba eran certezas: cuatro y tres, siete. Con eso se puede construir algo. ¿Para qué enredarse en nuevas dudas filosóficas?

Ahora hablaba de Dios y decía que era espíritu, puro espíritu. ¡Como si eso fuera posible! En esto, al menos, los maniqueos eran más realistas. Lo mismo que en su idea de la coexistencia de los dos Reinos…

«Y el Verbo se hizo carne…». ¡Qué estupidez! El Cristo cósmico era sustancia luminosa procedente de la misma sustancia de Dios. ¿Cómo una sustancia así podría mezclarse con la carne y nacer de una mujer, aunque fuera virgen, sin contaminarse y degradarse? ¿Y cómo podría redimir algo tan sucio y tan bajo?

Sin embargo, lo que Ambrosio decía no parecía tan absurdo. En sus labios, todo aquello resultaba convincente. No para él, claro… Pero ayudaba a descubrir ciertas falacias maniqueas.

Un hombre impresionante, contundente. Merecía la pena oírle… Volvería.

## 6.

Estaba contento. Un simple profesor de retórica no significaba demasiado para el gran Ambrosio, pero contaba mucho en la vida intelectual y social de Milán. Gente importante le invitaba. Amplios círculos se le abrían. Y lo mejor de todo: Nebridio, su otro yo de la juventud, acababa de llegar procedente de Cartago, frío y distante, pero implacable en los debates e incansable cuando se trataba de combatir el error; un discípulo magistral. Que, además, había venido —como él mismo había declarado— porque quería estar cerca de Agustín.

Pero eso no era todo. Alipio había renunciado a su cargo en Roma y se había presentado en Milán un buen día, feliz y contento.

—He tenido que convencer a mi noble padre —dijo—. No quería que me fuera de Roma. Solo después de decirle que debía perfeccionar mis conocimientos de Derecho y que solo en Milán podía hacerlo, ha accedido… Y aquí estoy. Pero te agradecería, Agustín, que te quedaras algún tiempo. ¿Qué le iba a decir a mi padre si ahora decides irte a Constantinopla o a Atenas?

Y lo mejor de todo: había escrito a Honorato para decirle que le enviara a Melania y al chico en cuanto pudiera. Esperaba que llegaran dentro de dos o tres semanas. ¡Cuánto había echado de menos al muchacho! En cuanto a Melania…

—En Milán hay mujeres mucho más guapas que ella, lo sé —le había dicho a Alipio—. Incluso puede que sea un error hacerla venir… Me justifico diciendo que no puedo dejar que Adeodato haga

tan largo viaje solo, a los nueve años, pero sé que hay otros motivos. La quiero aquí. La necesito…

—Claro —repuso Alipio con ironía—. Es la única que te soporta. Eres un tirano, y tú lo sabes…

—Te equivocas —repuso Agustín—. ¡Yo, un tirano! Precisamente es al contrario, sobre todo con ella…

—Porque hace todo lo que tú quieres, cuando quieres y como quieres… Te gusta que venga en cuanto la llamas y, cuando te molesta su presencia, te gusta que se desvanezca como uno de esos espíritus puros que tanto te preocupan ahora.

—Eres odioso, Alipio…

Cuando se dieron cuenta de que estaban discutiendo a gritos se echaron a reír.

—¡Cómo me alegro de que hayas venido! —exclamó Agustín—. La gente, aquí, carece de temperamento. No tiene sangre en las venas. Con excepciones, claro. No conoces a Verecundo, ¿verdad? Es un colega mío, profesor de gramática y música. Muy listo. Tiene una casa encantadora y la gente que la frecuenta no es muy distinguida, ni tampoco de la clase baja, pero sí alegre, mucho más alegre que los que frecuentan la corte imperial.

—Parece ser que la etiqueta es de lo más rígida, ¿no?

—No te haces idea. Pero ¿qué se puede esperar de una vieja emperatriz madre y de un niño de trece años? No tienen más remedio que guardar las distancias para hacerse respetar. El caso es que en casa de Verecundo he conocido una mujer…

—¡No me digas! ¿Y…?

—No, Alipio. Nada serio. Pero tendrías que conocer a Dione. Alta, señorial, con una piel de melocotón sedosa y suave…

—Las mujeres son un incordio. Y compararlas con melocotones no me parece un elogio: amarillitos por un lado, colorados por otro, como las mejillas de los borrachos… Pero, en fin, ¿qué tienes que ver con esa Dione?

—Nada serio, ya te lo he dicho. Pero, en cualquier caso, me alegro de haber llamado a Melania.

Alipio cambió de tema.

—¿Has estado ya en el palacio imperial? —preguntó.

—Claro. Me han invitado a dos recepciones. Por cierto, tengo que ir a ver a Bauto esta tarde… Flavio Bauto, el jefe de la guardia imperial. Me ha mandado llamar.

—¡Por los poderes de las Tinieblas! ¿Te va a detener?

—No digas tonterías. Bauto, además de un gran general, es un buen literato y, sobre todo, amigo íntimo de Símaco.

Alipio lanzó un silbido.

—Con la política hemos topado —dijo.

—Tal vez. Ya veremos. No me importaría llegar a gobernador…

—Me veo en Atenas o en Constantinopla… Pero espera un poco, por favor —ironizó Alipio.

—Claro —sonrió Agustín—. Habrá que esperar. Ni siquiera Ambrosio era tan joven como yo cuando le hicieron gobernador.

—Maldita ambición —murmuró Alipio—. Has cambiado mucho, Agustín, desde aquellos tiempos de Cartago. Incluso desde Roma.

—¿Tú crees?

—¿Eres feliz, Agustín?

—¿Qué es la felicidad?

—Tú dirás…

—No sé qué decirte. Tengo multitud de anhelos, de deseos, ¿pero seré feliz cuando los satisfaga? Quiero seguir buscando la sabiduría, pero estoy harto de doblar el espinazo y de arañar aquí y allá para obtener dinero… Tiene que haber otra manera de asegurarse el porvenir…

—Tan inquieto como siempre. Tal vez no hayas cambiado tanto como yo pensaba.

# 7.

El jefe de la guardia imperial recibió a Agustín a la hora señalada.

El gran general era un hombre alto, delgado y huesudo, de ojos azul claro. Agustín ya le había visto antes y sabía que era un franco de nacimiento, procedente del otro lado del Rin. También sabía por qué no se quitaba nunca el yelmo: tenía un pelo tan rojizo que los cortesanos se burlaban de él, a sus espaldas.

Como otros muchos bárbaros romanizados, Bauto detestaba que se le notara. Escribía versos en latín, pero Verecundo decía —en privado, claro— que un hombre que medía siete pies era imposible que hiciese versos de pie quebrado.

—¡Oh, nuestro profesor de retórica! —exclamó Bauto al verle—. Me alegra poder confiarte una tarea sumamente importante. Como sabes, nuestro querido emperador celebrará su cumpleaños dentro de una semana. He hablado con la emperatriz madre y ha resuelto encargarte que escribas y pronuncies el panegírico en la Curia. Deberás hablar durante hora y media. No tengo que decirte nada más. Confío en ti.

Agustín murmuró unas confusas palabras de agradecimiento, hizo una reverencia y se retiró, pasando por un antedespacho, una pequeña sala de audiencias, un segundo antedespacho, unas largas escaleras, un patio y un zaguán antes de llegar a la calle.

Estaba exultante. Hubiesen podido escoger muchos otros retores de reputación en el ámbito literario, pero le habían escogido a él. ¡El panegírico de un emperador pronunciado ante la Curia! Podría enumerar al menos veinte personas que se morderían los puños de envidia… Gente importante. ¿Cómo no sentirte feliz?

***

Un muchachito de trece años. Agradable, sin duda, con su hermosa carita… El Obispo Ambrosio le quería mucho, decían, y el

chico a su vez le adoraba.

«… y es bien sabido en Milán, en Italia, en todo el Imperio, el más grande que el mundo ha conocido, que Vuestra Imperial Majestad es de una piedad ejemplar…».

Bien. Pero el chico era católico, y su madre, arriana[*], estaba haciendo todo lo posible para convertirle al arrianismo. Alabar su piedad podía ser interpretado como una crítica velada a la emperatriz, que era la que de verdad mandaba; el niño no era más que una marioneta, que ella manejaba a su antojo. Verdad era que el gran Teodosio, católico como él, le respaldaba, pero estaba muy lejos y poco podía hacer para reprimir las iras de la emperatriz madre… ¿Tendría que evitar el referirse a la piedad del muchacho?

«… devoto de su augusta madre, cuyo incansable celo y fidelidad le han elevado…».

¿Elevado adónde? ¿Qué era él, al fin y al cabo? Un chiquillo que se metía el dedo en la nariz a escondidas. ¿Qué había hecho en esos preciosos trece años de su corta vida? Lo que todos los chicos. Ni más ni menos… Y tengo que cantar sus alabanzas durante hora y media. Palabras, palabras, palabras…

Ni a Bauto ni a Símaco les gustaría que le alabase por ser un buen católico. A nadie le gustaría que le ensalzase por lo que se ensalzaría a cualquier otro, porque nada había hecho.

Ingenio. Inventiva. Sutileza. Esos eran los demonios que tendría que invocar…

«El destino ha querido llamar al trono a nuestro augusto emperador a una edad en la que otros niños pueden entretener sus tiernas mentes en cosas placenteras…».

Tenía cuatro años cuando le hicieron coemperador. ¿Qué habría entonces en su cabecita? ¡Maldito encargo! ¡Qué absurdo ensalzar la estupidez! Presentarse ante la curia y pronunciar palabras vacías, verborrea inútil, y ser aplaudido por una asamblea ilustre que sabe…

Una tarea sumamente importante. Y tenía que llevarla a cabo. En eso consistía servir a los grandes de la tierra.

Borró todo lo que había escrito. Se maldijo, entre gruñidos. Luego tomó otra pieza de pergamino y empezó de nuevo. Quien busca incansablemente la verdad tiene que saber mucho de la mentira, y un buen estilista debe saber ensalzar hasta lo que sea absurdo, lo mismo que un buen actor debe ser capaz de representar una convincente escena de amor dialogando hasta con una silla… Pero, incluso así, había que andarse con ojo. Tendría que prescindir de los diablillos del sarcasmo y la ironía, hasta en sus más sutiles formas…

***

Terminar su panegírico le llevó toda la semana. Sus amigos sabían lo que estaba haciendo, pero ignoraban lo mucho que le estaba costando. La víspera del día en que el emperador cumplía trece años, vinieron a invitarle a dar un paseo y le encontraron deprimido y malhumorado.

Les acompañó y, ya en la calle, Alipio dijo de repente:

—Miradle: parece tener la clave de la felicidad.

Se trataba de un mendigo cubierto con un manto andrajoso que no paraba de bailar, ante el asombro de los transeúntes.

—Está borracho —observó Nebridio.

—Puede ser —repuso Alipio—, pero el vino no le ha avinagrado; al contrario, le ha dado alas para alzarse, como el Ave Fénix, con los vapores que emana.

—¡Bienvenidos, caballeros! —gritaba el mendigo—. Entrad en mi palacio, poneos cómodos. Todo lo mío es vuestro. Todo… ¡hip!… Todo.

—Espero —dijo Alipio educadamente— que no nos pedirás que nosotros te imitemos.

El mendigo se le quedó mirando, benevolente, y su sonrisa, de oreja a oreja, dejó al descubierto los cinco dientes que le quedaban.

—Eres un buen chico —dijo—. Todos sois buenos chicos. ¿Sabes caminar sobre las nubes? Mira: se hace así…

Y empezó a balancearse, con los brazos abiertos y la nariz hacia el cielo.

—Increíble —dijo Alipio, entre las risas de todos, deseoso de que aquello hubiese aplacado el mal humor de Agustín—. Veo las nubes y la puesta del sol.

El mendigo se detuvo y lanzó una risita ahogada.

—Lo he logrado yo solito —dijo—. ¡Soy milagroso! Un… ¡hip!… un milagro pequeñito, pero suficiente… ¡Suerte!

Y, sin más ni más, se alejó zigzagueando, rebotando en las fachadas hasta que, al llegar a una esquina, lanzó un sonoro eructo y desapareció.

—Volvamos a casa —dijo Agustín, taciturno.

Todos se dieron cuenta de que no compartía su hilaridad, y procuraron reprimir sus carcajadas.

—¿Os habéis dado cuenta —observó— de que a ese hombre no le preocupaba en absoluto que le admirásemos o le despreciásemos? Ni siquiera nos ha pedido una limosna, a pesar de sus harapos… Él es feliz, pero ¿lo somos nosotros?

Nebridio frunció el ceño.

—Todo depende de aquello en lo que el hombre ponga su felicidad —dijo con su usual gravedad—. Ese hombre la ha encontrado emborrachándose. Nosotros la buscamos…

—… en la gloria —le cortó Agustín—. Pero ¿en qué gloria? ¿En una gloria más auténtica que la que él ha encontrado eructando y balanceándose? ¿Acaso no estoy yo tan ebrio como él, eructando estúpidas alabanzas de un fantoche coronado? La gloria que yo busco puede hacer que pierda la cabeza tanto como el vino que ha bebido ese… Pero, al menos, él es feliz y camina sobre las nubes. Yo, no.

—Mañana se despertará con un horrible dolor de cabeza —observó Alipio.

—Y a mí me duele todos los días, sin que previamente haya sido feliz. Mis deseos me espolean y sigo arrastrando la carga de mi insatisfacción, que se hace más pesada cuanto más la arrastro. ¿Y adónde me conduce todo eso? A esperar en vano una inasequible felicidad. Ese mendigo ha conseguido lo que quizá ninguno de nosotros alcanzaremos jamás…

—Todo eso está muy bien, Agustín —dijo Nebridio—. Pero ¿te cambiarías por él?

—No —repuso Agustín—. Y eso es lo que me preocupa. Según todas las reglas de la lógica, debería hacerlo. ¿De qué me sirve decirme a mí mismo que yo soy más culto, si mi cultura solo sirve para que me aplaudan gentes tan poco sinceras como yo?

Se separaron hundidos en la miseria.

Al día siguiente, vestido con una túnica impoluta, peinado por el mejor peluquero de Milán, Agustín pronunció su panegírico en la Curia. Su triunfo fue rotundo. Todos le aplaudieron largo rato, entusiasmados. Luego, en la cámara del tesoro, le entregaron una bolsa llena de monedas que tintineaban; contenía cincuenta *solidi* de oro.

Treinta y siete personas desfilaron por su casa aquel día, para felicitarle. Le comunicaron lo que había comentado Bauto, y el presidente del Senado, y le dijeron que hasta la emperatriz madre había expresado su satisfacción.

A última hora de la tarde, un carromato se detuvo a la puerta de su casa. Primero descendió de él un chiquillo de unos diez años de edad; luego, una mujer joven, esbelta, menuda, envuelta en una capa. Agustín salió a su encuentro y el chiquillo corrió hacia él y le abrazó. La mujer permaneció quieta, detrás. No dijo nada, pero su cara estaba radiante.

Agustín besó al chiquillo y sonrió a la mujer.

—Ven a mis brazos, gacela mía —murmuró—. ¡Te he echado tanto de menos!

# 8.

No podía quejarse. Se había hecho famoso en Milán en muy poco tiempo. También se había hecho con buenos amigos. Estaba Firmino, y Trigecio… y Verecundo, claro. Y ya se había olvidado de la bella Dione. Su gacela, su palomita, estaba ya donde debía estar: a su lado. Y no había cambiado. Ni siquiera le había preguntado si, durante su ausencia, otra mujer la había sustituido. Esas cosas no se preguntan. Lo que hiciera el amo bien hecho estaba. Porque le seguía llamando así, cuando menos se lo esperaba.

Llevaría ella unos dos meses en Milán cuando se presentó un esclavo con una nota que decía: «Acabamos de llegar. ¿Querrías venir a vernos? El mensajero te conducirá».

Era de Romaniano.

Agustín se puso muy contento. Recordaba que alguien le había dicho que seguramente tendría que venir a Milán por culpa de un pleito que solo podría ser resuelto en última instancia, pero todo había quedado en el aire… Y ahora estaba aquí, con Licencio, sin duda, como el plural de la nota indicaba. Lo cual significaba un alumno más y, sobre todo, la presencia de otros dos amigos…

Se olvidó del libro que estaba leyendo —un tratado de Varrón— y siguió al esclavo.

Primera sorpresa: Romaniano había adquirido una espléndida mansión en el mejor barrio. Una nube de esclavos estaba deshaciendo bultos y abriendo cofres, pues el rey sin corona de Tagaste se había traído con él la mitad de sus pertenencias. La casa tenía un jardín muy grande, y allí encontró Agustín a Romaniano, paseando con Licencio y dando instrucciones a unos esclavos sobre las plantas que quería que se plantasen y la pérgola que quería que se construyese cerca de una fuente.

—¡Hola, ilustre retor! —gritó al verle llegar—. No hace ni dos horas que hemos llegado y ya me han hablado elogiosamente de ti.

—Y tú ya estás poniendo todo patas arriba nada más llegar —respondió Agustín, risueño, abrazando cariñosamente al anciano.

—En este país, olvidado por el sol, no saben lo que es un jardín —comentó Romaniano—. Por cierto, ¿cómo la has encontrado?

—¿Cómo he encontrado a quién?

—A tu madre, naturalmente.

—¿A… mi madre?

—¿Es que no has ido a verla?

—Pero… ¿está aquí, en Milán?

—Claro. Ha venido conmigo. Te escribí desde Ostia, diciéndotelo. ¿No has recibido mi carta?

—No. El correo funciona muy mal… Madre aquí… en Milán… ¡Es como un sueño!

Romaniano se le quedó mirando fijamente.

—En Tagaste te dije que era una mujer extraordinaria, pero no sabía hasta qué punto. Ahora lo sé.

—No hará ni dos semanas que le escribí —murmuró Agustín, conmovido—. A Tagaste, claro…

—Dos semanas… —musitó Licencio—. ¿Te das cuenta, padre? Cuando la tempestad…

—Sí, en eso estaba pensando.

—No entiendo nada —dijo Agustín, molesto.

—Perdona, Agustín… ¿Sabes? Nos preocupaba un poco la dureza del viaje, pero ella se comportó espléndidamente. Mucho mejor que Licencio, que no fue capaz de conservar una sola comida en su cuerpo… Y, luego, la tempestad fue terrible. Perdimos un mástil y casi todas las velas. No soy marinero, pero conozco a los hombres… Créeme, Agustín: los marineros creían que había llegado el fin, pero tu madre seguía erguida en el puente como si tal cosa, a pesar de aquella zarabanda infernal, que lo trastocaba todo. Y no solo eso: no paraba de decir a todo el que quería escucharla que no se preocupara, que sabía con certeza que nos salvaríamos… Y lo más curioso era que su convicción era tal que todo el mundo la creía…

Sabía que llegaríamos sanos y salvos. Dios se lo había dicho: volvería a ver a su hijo. Ella misma me lo dijo. Yo estaba convencido de que naufragaríamos sin remedio, pero ella insistió: había tenido una visión antes de zarpar, según me explicó, y sabía que volvería a reunirse contigo… Unas horas más tarde, la tempestad se calmó de repente. Todos, menos ella, quedamos estupefactos. No cesaba de repetir: «Voy a ver a mi hijo, voy a ver a mi hijo»…

Agustín echó a correr en dirección a la casa. Subió las escaleras de cuatro en cuatro, preguntó varias veces dónde estaba su madre e irrumpió en la habitación como un vendaval.

—¡Madre!

Mónica dio media vuelta y le vio. Él se quedó paralizado. El recuerdo de su incalificable comportamiento cuando partió de Cartago le asaltó. Le había escrito —no una, varias veces— tratando de excusarse, de justificarse, pero ahora todo eso no contaba. Había vuelto a ser aquel niño difícil que se enfadaba consigo mismo cuando comprendía que había hecho algo malo y se negaba a admitirlo ante su madre.

Hundió la cabeza en el pecho e hizo un esfuerzo para vencerse a sí mismo.

—Madre —dijo por fin—… He dejado de ser maniqueo.

Ella no contestó. ¿Es que no le importaba? ¿O acaso se habría vuelto un poco dura de oído?

La miró y vio que había cambiado. No es que hubiese envejecido mucho —solo el pelo, un poco más blanco—; se trataba de un cambio indefinible, distinto, que tenía algo que ver con sus ojos…

—No, ya no eres lo que eras —dijo Mónica por fin, serenamente—. Pero todavía estás muerto.

—¡Madre! ¿Por qué dices eso?

—Tan muerto como aquel joven que llevaban a enterrar por las calles. El hijo de una viuda. Pero Él se acercó y dijo: «Joven, a ti te hablo, levántate»… Entonces, tú te levantarás y empezarás a hablar, y Él te entregará a tu madre.

Agustín se quedó mirándola, asombrado.

—Conocías el relato, ¿verdad?… Eres un hombre erudito, profesor de retórica, dialéctica y gramática… La historia del hijo de la viuda de Naím… Sucederá, hijo mío. No sé cuándo, pero sucederá. Antes de que yo muera, estoy segura.

—¿Cómo lo sabes, madre?

—Lo sé porque Él me lo ha prometido.

Había en su seguridad algo que cortaba el aliento. No era la certeza de una operación aritmética, era más bien la confianza en la palabra dada… No, tampoco era eso: era más bien como un compromiso de amor… ¿En qué consistía la fe que ellos profesaban? ¿Cómo sabían que no era una ilusión, un capricho de la voluntad?…

Procuró desechar tan inquietantes pensamientos, pero no recobró la paz.

Lentamente, se fue acercando a ella.

—¿Sigues enojada conmigo, madre? —murmuró.

Hay algo que desarma en la insólita sonrisa de una persona habitualmente seria y grave. Mónica abrió sus brazos y Agustín se refugió en ellos.

Ambos se echaron a llorar.

## 9.

—Falerno —dijo Romaniano, paladeando el vino y chasqueando la lengua—. Espléndida cosecha. ¡Qué alivio que Agustín se haya alejado del maniqueísmo!

Alipio hizo una expresiva mueca.

—Este es tu vino, Romaniano. Deberías agradecerte a ti mismo el haber dejado de ser maniqueo… Ponme otra copa, por favor.

—¿Y tú, Alipio? ¿A quién deberías dar las gracias?

—Bueno, yo siempre he ido detrás de él. Es mi cerebro, siempre lo he dicho. No tengo otro…

—Eso es una exageración, Alipio, pero tienes razón. Cuando explica algo, cuando llega a una conclusión, es imposible disentir…

—Sí, sí… Así ha sido siempre. Pero ahora…

—¿Qué quieres decir?

—Que por primera vez no está seguro de sí mismo. Deben de ser esos condenados filósofos…

—Quienesquiera que sean, sacará de ellos el mayor partido posible.

—Lo dudo. Antes puede ser que no estuviera seguro de lo que creía, pero sí de lo que no creía. Pero ahora…

—¿Y cuál es la diferencia?

—Toda. No puede soportar el vivir en un mundo que no comprende. Anteayer me dijo: «Lo único de lo que estoy seguro es de que no estoy seguro de nada».

—¡Maldita filosofía! Anda, ponme un poco más de vino.

Alipio se echó a reír.

—Eso que acabas de decir es *también* filosofía, Romaniano. Puro epicureísmo. No hay forma de quitárselo de encima. Hace un par de semanas, Agustín me dijo que estaría dispuesto a admitir que Epicuro estaba en lo cierto si no fuera porque ese filósofo no creía en la inmortalidad del alma.

—Y Agustín sigue creyendo…

—Sí, en cierta manera, sí. Lo considera como un problema de aritmética, una simple sustracción. «Resta a tu yo tu propio cuerpo y lo que queda es el alma», dice. Ahora todo lo ve numéricamente, ¿sabes? En términos pitagóricos… Sin embargo, ha dado de lado a la astrología.

—¿Que la ha dado de lado? Antes solía hacer sus propios horóscopos… ¿Quién le ha inducido a ello?

—Firmino, con algo que le dijo.

—Pero Firmino cree en la astrología, ¿no?

—Sí. Fue a ver a Agustín para que le hiciera un horóscopo sobre algo que había planeado. Se lo hizo, pero le advirtió que tenía serias

dudas sobre la validez de la astrología. Y, cuando Firmino le dijo que había nacido al mismo tiempo que uno de los hijos de un esclavo de su padre, Agustín se echó a reír, triunfante.

—No comprendo…

—Está claro. Firmino había crecido en medio de riquezas, había sido estupendamente criado y tiene una excelente posición, mientras que el hijo del esclavo sigue siendo esclavo. Sin embargo, los dos tienen el mismo horóscopo.

—O sea, que no valen para nada.

—Eso piensa ahora Agustín. Y lo proclama a los cuatro vientos…

Romaniano notó el tono de reticencia de Alipio.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Qué opinas?

Alipio se encogió de hombros.

—No sé qué decirte —repuso—. Quizá antes creía demasiado en los horóscopos y ahora, demasiado poco. Ya sabes cómo es: todo o nada.

—Pero lo que me has dicho del esclavo prueba que todo es una pura patraña…

—No estoy tan seguro. Tal vez existan otras cosas que condicionan los horóscopos. Puede ser que, si Firmino y el hijo del esclavo hubiesen tenido las mismas oportunidades, el horóscopo fuera válido…

—¿Cómo puedes pensar que una institución humana como la esclavitud sea capaz de influir en el curso de las estrellas? —repuso Romaniano, escandalizado.

—En su curso, no —dijo Alipio—, pero sí en los efectos.

—¡Tonterías!

—El Sol es una estrella, que da calor. Pero, si abro una sombrilla, ya no me quema.

Romaniano se echó a reír.

—Se nota que tienes un buen maestro de dialéctica —dijo—. ¡Cuánto siento no poder participar en vuestros debates! Pero ese maldito pleito me tiene absorbido… Os envidio: sois felices, buscáis

la sabiduría y no tenéis que preocuparos, como yo, de que os arrebaten vuestras riquezas…

Alipio le miró e hizo un guiño picaresco.

—Puedes hacernos partícipes de algunas de ellas —dijo—. Hace algún tiempo estabas dispuesto a hacerlo…

—¿Te refieres al proyecto de fundar una «república»? —preguntó el anciano.

Haría unos cuatro meses que estaban madurando la idea, aunque no sabían de quién había partido. ¡Se sentían tan a gusto juntos! «La pequeña África», llamaban a las reuniones que celebraban en casa de Romaniano. ¡Qué estupendo sería quedarse allí y llevar una vida pacífica, lejos del mundanal ruido, sin preocuparse de los asuntos que inquietan a tantos!… Pondrían en común lo que poseían y construirían una especie de «república» en casa de Romaniano. ¿Por qué no iba a funcionar? Al fin y al cabo, tanto Romaniano como Verecundo y Trigecio eran lo suficientemente ricos como para afrontar cualquier dificultad… Elegirían dos «administradores» que, durante un «mandato» de un año, cuidarían de los asuntos materiales, para que los demás pudiesen cultivar el espíritu.

Era un proyecto estupendo, y trataron de ponerlo en práctica; pero algunos de los miembros de la «pequeña África» estaban casados y, cuando Fulvia, la mujer de Trigecio, se empeñó en ponerse un vestido verde de la mujer de Verecundo, alegando que «todo era de todos», se produjo un tumulto inédito en toda la historia de la filosofía: volaron las copas por los aires, se volcaron las mesas y la «república» se escindió en dos y luego en tres, con lo que el proyecto quedó abandonado y los «filósofos» volvieron a los trillados y ruidosos caminos del mundo.

—¿Crees que era una tontería? —preguntó Romaniano tímidamente—. A mí me parecía una idea estupenda, pero Mónica me dijo, muy convencida, que ya se había ensayado antes y había fracasado.

—¡No! ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hace tres siglos y medio, por los primeros cristianos. Me resistía a creerlo, así que me enseñó una de sus Escrituras, «Las Actas de los Apóstoles», creo que la llaman: una especie de resumen de lo que hicieron. La idea es buena, sí, pero solo funcionaría si la naturaleza humana fuera diferente.

—Siempre he dicho que las mujeres son un incordio —sentenció Alipio, sin que pudiera saberse si se refería a Fulvia o a Mónica.

—Y hablando de mujeres —dijo Romaniano, incisivo—: ¿cómo le va a nuestro gran amigo con esa gatita?

—¿Te refieres a Melania?… De todas las mujeres que conozco, es sin duda la mejor. Les va bien, como siempre, supongo. Les he visto peleándose como el perro y el gato (porque cuando él se ensombrece se vuelve celoso), pero no sucede a menudo.

Se produjo un largo silencio.

—Una mujer puede ayudar mucho a un hombre a colocarse en la vida —sentenció Romaniano por fin—, pero también puede provocar su ruina. Y Melania…

—No creo que Melania sea de esa clase de mujeres. Como te he dicho, es una de las mejores.

—Las mujeres no lo hacen aposta, Alipio. Debería haber sido más explícito.

—Pues adelante. No sé mucho de las mujeres.

—Eso está mejor. Lo que quería decir es que sabemos muy poco de los efectos que provocan, de las consecuencias de la existencia de esas extrañas criaturas.

—Yo soy una de esas consecuencias —dijo Alipio—, lo mismo que tú, así que estoy de acuerdo.

—Agustín tiene un porvenir espléndido. Puede llegar muy lejos. Lo único que le falta es una esposa rica, de buena familia, relacionada con personas en las altas esferas que le faciliten el camino…

Alipio suspiró, vencido. Agustín se había referido a ello hacía poco, pero solo incidentalmente.

—Otra Fulvia, vamos —dijo tristemente.

—No debemos ser egoístas, Alipio. Está ganando algún dinero, pero no es rico, y para hacer carrera se necesita dinero, mucho dinero. He hablado de ello con Mónica y opina lo mismo. Hay familias distinguidas en Milán que le recibirían con los brazos abiertos…

—¡Qué desastre! Mujeres… —refunfuñó Alipio.

—Son un incordio, ya lo has dicho… En fin, lo siento; esperaba que nos ayudases…

Alipio apartó su copa, airado.

—¿Ayudaros? —exclamó—. ¿Ayudar a quién? ¿Qué te hace pensar que tú, Romaniano, y Mónica, y quien pueda formar parte de esta… de esta conspiración ayudáis a Agustín? No es él quien necesita ayuda. Somos nosotros, todos nosotros. No somos nosotros los que estamos haciendo subir a Agustín, sino él a nosotros. ¿Por qué crees que corro tras él como un perro faldero? Porque, así, puedo llegar a donde nunca llegaría solo. Porque compartir su vida significa remontarse por encima de la mediocridad de mi propia vida. Porque Agustín es un fuera de serie… Sí, todos nosotros deberíamos ser capaces de corresponder, con nuestras modestas posibilidades, a lo mucho que hace por nosotros… ¿Cómo? No sé: con nuestra fidelidad, con nuestra ayuda material, cuando la necesite, con nuestra mera presencia cuando su búsqueda incesante de la verdad le agota y le deprime. Pero no nos engañemos: no somos más que soldados rasos en su ejército, porque él es al mismo tiempo el general y el ejército. ¿Qué es lo que queréis de él, Romaniano? Un alto funcionario más, con una mujer y una villa… con un manto espléndido y algún sonoro título… ¡Hacer carrera! ¿Sabéis lo que eso significa? Cortarle las alas. Hacer de un águila un ave de corral… Incluso tenéis un esquema personal —cada uno el vuestro— de cómo debe ser el pájaro y cómo debe actuar. Queréis que sea

gobernador o magistrado… y Mónica, además, que sea cristiano. Todos tenéis un ponedero donde colocarle. Pero no os dais cuenta de que el sitio que le corresponde ha de crearlo él… ¡Por los poderes de las Tinieblas! No creo haber hablado tanto rato seguido en toda mi vida… Soy un necio. Lo único que debería haberte dicho era: «No. No pienso ayudaros».

—¿Estás seguro, Alipio, de que son esos tus únicos motivos? —dijo Romaniano sin acritud—. ¿Que no son una tapadera y que en realidad quieres que se quede como está, para seguir disfrutando de su compañía?

—Puede ser —reconoció Alipio—. No lo creo, pero pudiera ser… Tendré que pensar en ello cuando tenga menos vino en el cuerpo…

—Bonita disculpa —dijo Romaniano, sonriendo.

Pero sabía que no podía contar con Alipio. Por eso no tenía objeto decirle que habían dado con una joven de excelente familia y que tanto él como Mónica habían hablado con sus padres, los cuales habían acogido muy bien la posibilidad de casar a su joven hija con un joven y prometedor profesor de retórica. La joven aportaría una buena dote y su familia estaba relacionada con personas muy bien situadas en la corte imperial. Pero, claro, lo primero que había que conseguir era que despidiese a la insignificante concubina…

## 10.

—No me atormentes, Agustín —dijo Alipio—. No me digas que piensas cometer esa estupidez.

—¿Tú crees que lo es?

—Tú dirás: renunciar a las aventuras de la carne, llevar una vida vulgar, con una mujer y media docena de mocosos, darles de comer, educarlos, comprar a tu esposa alhajas y vestidos, escuchar su charla insulsa y, tal vez, dejarse dominar por ella, como tantos otros. Y, mientras tanto, gastar tu inteligencia en ver la forma de que la

consideren en la corte, y tu ingenio en enseñar juegos a tus hijos. Y, naturalmente, tendrás que dar de lado a tus amigos y renunciar a seguir buscando la sabiduría, lo cual será el fin de nuestros debates y discusiones, de nuestra libertad… ¿No es eso una estupidez?

—No, no lo es —repuso Agustín, sonriendo—. Porque no será así. ¿Qué te hace pensar que esa concepción tuya del matrimonio es la justa? A Sócrates le fue mal con Xantipa, sí, pero es más bien una excepción que la regla.

—Más bien la regla que la excepción.

—¿En qué te basas para hacer un juicio tan injusto?

—En una experiencia que tuve, hace mucho tiempo. Ya te lo conté, en su día.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que es absurdo que apliques tu experiencia a toda relación entre hombre y mujer? Una furtiva aventura sexual de juventud con una mujer cualquiera que no amabas ni te amaba…

—¡Amor, amor! —exclamó Alipio—. Os llenáis la boca con eso. Pero ¿qué hay detrás? Una cara bonita, una buena figura, y ya creéis que estáis enamorados. Pero pasan los años, crecemos en conocimiento y en sabiduría y ellas, en peso y en arrugas. Si se necesita experiencia en esto, mejor es que sea pasajera, porque, si no, será tan insoportable como una rueda de molino colgada del cuello.

Agustín negó con la cabeza.

—No, Alipio. Melania sigue siendo una mujer bella. Sí, tiene algunas arrugas en los ojos, pero la hermosean más, porque hablan de risas y lágrimas compartidas. También los amigos comparten muchas cosas, sobre todo amigos íntimos como tú y yo. Porque tú, para mí, eres más un hermano que un amigo, y eso no puede cambiarlo ninguna mujer.

—Me complace oírtelo decir —repuso Alipio, molesto—. Y te creo, aunque no sé por qué.

—Los hombres y las mujeres comparten otras cosas… Supongo que es porque al hombre le falta algo. Mi madre nos recordaría que la mujer fue hecha del hombre. Así lo dice uno de sus libros sagrados, según creo. Desde que he oído predicar a Ambrosio, pienso con más frecuencia en esas cosas… Tal vez tratamos de descubrir en la mujer algo que alguna vez nos perteneció… Tal vez se le dio para que lo recuperáramos y formáramos con ella una sola cosa, de otra manera. Un hombre solo es un ser tristemente incompleto, Alipio. Y creo que lo que le completa es la mujer.

—Pues yo no las echo de menos —repuso Alipio, displicente.

—Lo sé. Tal vez sea bueno, aunque lo dudo. Al menos no te atormenta, como a mí, la urgente necesidad de tener una mujer entre los brazos, y someterla, y emborracharse de gozo al verla rendida… No puedes imaginarte lo que es tenerla a tu lado tras la plenitud de la posesión. Es una felicidad pasajera, sí, pero ¿cuál no? Lo cierto es que, sin ese gozo, la vida es insoportable, las ideas se hacen confusas y todo adquiere formas femeninas que se burlan de uno.

—Es curioso. Yo jamás he experimentado nada de eso. Tal vez me ocurriría lo mismo si viviera con una mujer.

—Pudiera ser. Y no sabes lo que te pierdes… ¿Sabes lo que pienso? Que, si pudiera casarme con Melania, mi problema quedaría resuelto… Pero, claro, sé que no puede ser… Algo se opone dentro de mí. Y, en cuanto a mi madre y a mis amigos, imagínate…

—¿Piensas… piensas despedirla? —dijo Alipio, bajando los ojos.

—Tendré que hacerlo, más pronto o más tarde. No puedo casarme con una liberta. Se me cerrarían las puertas. Y ahora, precisamente ahora… no puedo dejar a mi madre y al chico al cuidado de Romaniano. He de asumir mis propias responsabilidades.

—¿Te lo ha dicho él?

—No. Me lo digo a mí mismo. El salario de un profesor de retórica es escaso. Si me caso, tendrá que ser con una mujer que aporte algo, que se haga cargo de lo que para mí es ahora una

carga… Y que no me aparte de mis amigos y, menos que de nadie, de ti, Alipio, que, si no me equivoco, te casarás y serás feliz con tu esposa.

Alipio se echó a reír.

—Lo dudo, pero, en fin, ya veremos. Lo que más pena me da es Melania…

—Me olvidará. Y volverá a ser feliz… con otro.

Agustín apretó los puños y sus nudillos se pusieron blancos.

—En cualquier caso —añadió—, hablar de todo esto me parece prematuro. Todavía no conozco a mi futura esposa.

Alipio miró a Agustín y observó, desconcertado, que tenía los ojos cuajados de lágrimas.

## 11.

Una semana más tarde, Romaniano, acompañado del joven profesor de retórica de quien tanto se hablaba, fue a visitar a Drusila, la esposa del Senador Vatinio. Aquel joven era un provinciano, sí, y no de muy buena familia, pero, aunque un poco moreno, era apuesto, varonil… algo que se agradecía viendo a los vástagos de las rancias familias milanesas, que parecían damiselas, pintarrajeados y perfumados como iban, con trajes de seda y abanicos de plumas… Sí, un joven serio, inteligente, al que Vatinio haría ascender rápidamente si se casaba con la pequeña Marcia…

Esa era la favorable impresión que había obtenido Drusila, en unos cuantos minutos de conversación. Sabía que vivía con una joven liberta o esclava africana, pero Romaniano le había dicho, en una anterior visita, que se iría de Milán muy pronto. Además, ¿qué iba a hacer un hombre soltero de treinta años? ¿Vivir como un ermitaño?

Sus modales eran correctos y, si no tenía dinero, no importaba demasiado… Dos o tres años como gobernador de una provincia y

todo cambiaría, sin necesidad de hacer lo que habían hecho Licinio y Tulio, que habían esquilmado a sus súbditos y al final habían sido acusados de prevaricación. Y es que algunos hombres son insaciables… Si se hubiesen conformado con la mitad, nadie los habría acusado… En fin, ya le hablaría su marido al joven de todo ello cuando llegara el momento. No había prisa.

Naturalmente, no dijo nada de esto a sus visitantes. Habló del tiempo y de sus compromisos sociales, de la última recepción en palacio —«una lata, pero no hay más remedio que asistir»—… Luego, muy educadamente, se interesó por las actividades del joven profesor en Milán, tras lo cual hizo sonar un pequeño gong exquisitamente cincelado y encargó al mayordomo que hiciese venir a Marcia.

Un instante más tarde apareció la joven, acompañada de su sirvienta.

Agustín se quedó helado. Era una niña que no tendría más de doce años. Bueno, a lo mejor no tan niña, pues ya tenía formas de mujer, y unos ojos negros muy bonitos, y una boca de piñón. El labio superior le sobresalía un poco, como a su madre, pero, si a esta le prestaba arrogancia, a la hija la hacía insinuante. Iba bien vestida y mejor peinada, con un aderezo complicado de lazos y flores entremezcladas con el pelo, cubierto de polvo de oro.

La joven saludó a Agustín con el aplomo de una chica bien educada, aunque buscando ávidamente la mirada aprobadora de su madre. Él hizo algunas observaciones intrascendentes, a las que ella replicó sin vacilación. Guiñaba un poco los ojos cuando sonreía, y eso le recordó a Melania, que apenas era un poco más alta.

Sin dejar de mirar de reojo a su madre, Marcia hizo una graciosa inclinación de cabeza y se retiró, seguida por su sirvienta, que había permanecido impasible todo el tiempo.

—Será una mujer espléndida dentro de dos años —comentó Romaniano—. Merece la pena esperar…

Tras unos cuantos saludos y frases convencionales de cortesía, los visitantes se fueron.

—Muy agradable —dijo Agustín, ya en la calle—. Tenías razón, Romaniano.

—Te lo dije, muchacho, te lo dije. Pero no olvides lo que te he dicho esta misma mañana. Tienes que decidirte pronto, no puedes comprometerte con la hija del Senador Vatinio y seguir teniendo…

—Basta, Romaniano. Marcia es una niña. Todavía no tiene la edad legal para casarse. Dos años es mucho tiempo…

—Lo sé, lo sé. No espero de ti lo imposible, pero hay una pequeña diferencia entre un instrumento ocasional de placer y… pero no hablemos de eso ahora. Lo importante es que Marcia te haya gustado. Conviene, pues, formalizar alguna clase de compromiso, tranquilizar a la familia…

Agustín asintió.

## 12.

—¿Duermes, Melania?

—No.

Estaba acurrucada en un extremo del lecho, podía ver su sombra irregular y la negrura de su pelo.

—¿Y el niño?

—Está dormido.

Se estiró y colocó los brazos bajo la cabeza. La necesitaba. La necesitaba y la quería. Mucho. Aquello le parecía una traición. No a Marcia: a ella.

—Amo…

Seguía llamándole así.

—¿Qué, Melania?

—Quieres mucho al niño, ¿verdad?

Extrañas criaturas, las mujeres.

—Naturalmente. Es mi hijo. Nuestro hijo. Sabes que le quiero. Con toda mi alma. ¿Por qué me lo preguntas?

—No siempre le has querido…

—Era muy joven, Melania, y no sabía nada de la vida. Y antes de que naciera no le quería.

—¿Le querrás siempre?

—Sin duda, Melania.

—Él quiere mucho a tu madre.

—Sí. Se entendieron muy bien desde que se conocieron. Le riñó el otro día porque volvió a llamarla «reina». ¿Sabes lo que le contestó? «Si me lo mandas, no volveré a llamarte así, pero *eres* una reina…». Le quiere mucho.

Sí, así es, pensó él. La reina adora al chico. Se lo había dicho a Melania, hoy mismo. «Puedes estar tranquila. Te prometo que cuidaré de él, hasta que me muera». No mentía. No había crueldad en sus palabras. Había dicho cosas muy desagradables en otras ocasiones, aunque odiaba decirlas. No, no era despiadada. Si a veces decía cosas muy duras, era porque amaba apasionadamente a su hijo…

Ella también había sufrido mucho. «Yo sé que tú también le quieres, Melania. El chico nos une, es un lazo entre nosotros. Le queremos, y por eso anhelamos que sea feliz». «¿Y qué más puedo hacer para hacerle feliz, señora?». «Una cosa más: irte».

No le había cogido de sorpresa del todo. Lo había presentido precisamente porque él había tratado de que ella no se diera cuenta… Lo cual no le había servido de alivio. Se sentía enfermo, como si estuviera agonizando… Ella no había preguntado nada, pero su madre había seguido hablando. Todo lo que le decía era cierto, tan cierto como que nos hacemos viejos, tan cierto como que moriremos… Ella lo sabía, lo había sabido siempre, pero había tratado de no pensar en ello… Había tratado de odiar a «la señora», pero no lo había conseguido. No podía odiarla, porque Mónica la quería y porque también sufría. Tal vez fuera porque él no se

portaba bien… Era un hombre maravilloso, el mejor del mundo, pero no se portaba bien, y, tal vez por eso, era desgraciado.

No debo llorar, pensó ella, no debo…

Debería decírselo, pensó él. Es una cobardía no hacerlo… Pero han de pasar dos años todavía, antes de… Dos años son mucho tiempo… Tal vez sea posible arreglar las cosas de otra manera. Lo único que ellos me reprochan es que viva aquí, bajo mi mismo techo. Podría encontrar un lugar adecuado para ella, no demasiado lejos… Podrían averiguarlo, claro; es una poderosa familia. Muchos me envidiarán y se convertirán en enemigos míos, y tratarán de encontrar algo que me perjudique… Tendré que ser sumamente cauto, y aun así…

—Amo… mi amo…

—¿Qué, Melania?

—Quiero decirte algo… Un secreto.

Él frunció el ceño.

—¿Un secreto? ¿Qué secreto?

—Un secreto femenino. Una estupidez…

—No me irás a decir que… que vas a tener otro hijo.

Se produjo una breve pausa, casi imperceptible. Cuando ella volvió a hablar, su voz era firme.

—No. No voy a tener otro hijo.

Esperó un poco antes de responder, para que no se notara un tono de alivio en su voz.

—¿De qué se trata, pues?

—Te quiero… te amo.

—Y yo a ti, gacela mía.

—Eso solo son palabras… dulces, sí, pero solo palabras. No hables a mis oídos. Habla a mis labios…

Era algo nuevo. Ella siempre esperaba que él se entregase, pero nunca se lo pedía…

Apretó sus labios y, entre sus besos, ella no cesaba de susurrar: «Este es el secreto. Te amo, y nunca amaré a otro hombre…».

Durante lo que dura un suspiro, se preguntó si ella sospecharía algo. Luego, no. Porque el flujo del amor fue creciendo, creciendo, y todo lo demás se desvaneció.

## 13.

Reinaba una extraña calma en la habitación cuando se despertó. Estaba vacía; y desolada.

—¡Melania!

No hubo respuesta.

Habría vuelto a su cuarto, pensó, y, aunque no solía entrar en él, fue.

Tampoco estaba allí. En la habitación de al lado, Adeodato dormía.

Habría ido a comprar algo… Las tiendas ya estarían abiertas.

Volvió a su habitación, donde, débilmente, se percibía todavía el olor de las yerbas aromáticas que ella solía masticar.

Sonrió. Su pequeña gacela… No le diría nada. Al menos de momento. La hija de Vatinio era una niña. Que creciera. Si se empeñaban, buscaría un lugar adecuado para Melania e iría a verla de tapadillo. Pero, de momento, nada. No tenía prisa.

Una hora más tarde, empezó a sentirse inquieto, y sus sospechas fueron en aumento. Adeodato se había despertado y preguntaba por ella.

A mediodía, lo llevó a casa de Romaniano, donde Mónica podría cuidar de él. No se detuvo a hablar con ninguno de los dos; regresó a su casa, para ver si había vuelto, pero no estaba allí.

Solo entonces se rindió a la evidencia. «Mi pequeña gacela», musitó. «¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho?…».

Lo sabía. Le había abandonado para no malograr su preciosa carrera… *Ellos* la habían convencido, a sus espaldas.

Volvió corriendo a casa de Romaniano. Su madre admitió haber hablado con ella. Romaniano admitió que le había ofrecido dinero para que regresara a África, pero ella no lo había aceptado… Ninguno de los dos sospechaba que le abandonaría así, por la noche, sin decir una palabra.

Con una furia atroz, rechazó los intentos que hicieron para consolarle.

Durante varias semanas, no quiso verlos. Lo único que sabían de él era que frecuentaba la casa de Verecundo, acompañado por una mujer muy atractiva, de extraordinaria belleza, que se llamaba Dione.

# LIBRO SEXTO
# Años 385-387 d. C.

## 1.

—¡Agustín! ¡Agustín!

—¿Quieres dejarme en paz, Alipio?

—Te hemos dejado en paz durante demasiado tiempo. Llevas semanas y semanas en ese agujero. Ya está bien. Ahora tienes que dejar de una vez esos rollos y pergaminos.

—Has escogido el peor momento, Alipio. El cielo está aquí dentro…

—Y fuera, el infierno, Agustín. ¡Van a encarcelar a Ambrosio!

—¿Cómo? ¡No puedo creerlo! ¿Quién piensa hacerlo?

—Sabía que eso te haría reaccionar. ¿Quién? La emperatriz Justina, naturalmente.

—¿Por qué?

—Por lo de la basílica.

—¿Qué basílica?

—¡Agustín! Todo Milán habla de ello…

—Llevo varias semanas sin ver a nadie —repuso Agustín, apaciblemente.

Alipio murmuró algo ininteligible. Era un alivio comprobar que Agustín parecía estar mejor, mucho más tranquilo. Nadie sabía lo que había experimentado tras la súbita desaparición de Melania. Se le había visto con esa joven, Dione, en casa de Verecundo, pero para

sus amigos estaba como muerto. Ni siquiera había visto a Alipio más que un par de veces…

Luego, de repente, había desaparecido por completo. Dejó de frecuentar incluso a esa Dione, según aseguraba Verecundo.

Pero estaba mejor.

—Cuéntamelo todo, Alipio —dijo Agustín, interesadísimo.

—Verás: hace dos semanas, la emperatriz madre escribió a Ambrosio pidiéndole que cediese una de sus iglesias de Milán para que la pudiesen utilizar los arrianos. Ella es una arriana convencida, como sabes, aunque la secta esté prohibida desde hace años. Al parecer, excepto algunos altos funcionarios que le hacen la rosca, pocos son los que comparten sus convicciones. Lo cual la incita todavía más a pedir una iglesia que pueda servir como centro de propaganda…

—¿Y por qué no manda construir una nueva?

Alipio sonrió con complicidad.

—Cuando la emperatriz madre se empeña en algo, no hay quien la apee del burro. Ten en cuenta, además, que pasarían años antes de que estuviese terminada… El caso es que Ambrosio se negó. Dijo que sus iglesias eran casas de Dios y que no entregaría ninguna a una secta condenada, que prefería morir como mártir antes que ceder. Esta mañana, Romaniano me ha dicho que la emperatriz Justina está hecha una furia y que le ha mandado presentarse ante su Consejo…

—Pero eso no quiere decir que le vayan a encarcelar…

—No, de momento. Pero ya veremos. Ambrosio no cederá y Justina, tampoco. A estas horas ya debe de estar camino de palacio. Todo Milán está revuelto…

Agustín hundió la cabeza en el pecho.

—¿Recuerdas —dijo— que Símaco me dijo una vez que Ambrosio era demasiado grande para mí? No me lo creí entonces, pero ahora… No solo es demasiado grande para mí, sino para la emperatriz y toda su corte. Si alguien va a salir malparado de esto,

no será precisamente Ambrosio. No le conoces, ¿verdad? Te llevaré un día a verle. No creo que sea un hombre erudito, pero…

—¡Agustín! ¿Dices que le has visto y no sabes si es erudito o no? Entonces, ¿de qué hablasteis?

—De nada. Estaba leyendo no sé qué. No me atreví a interrumpirle, así que me senté en un rincón de la sala, a la espera de que terminase de leer y me dijera algo. Estuve más de una hora esperando, pero nada. Me cansé y me fui.

Alipio le miró, asombrado.

—¿Cuándo hiciste eso? —preguntó.

—Hace unos días. Quería verle. Me preocupaba algo que había descubierto, y quería comentarlo con él. Pero, en fin, no me importa. Supongo que podré seguir adelante por mi cuenta.

Alipio suspiró hondo. Luego dijo:

—Aunque no fuera curioso por naturaleza, que lo soy, no tendría más remedio que preguntarte: ¿qué es lo que has descubierto, Agustín?

—El comienzo, Alipio. El principio. No me explico cómo no lo he visto antes. Estaba ciego, con la peor de las cegueras…

—No creo que haya ninguna que sea buena…

—Sí las hay, Alipio. Tiresias, el adivino, era ciego y veía lo que los demás no ven con los ojos. Y Homero también lo era. Y el hombre que escribió *esto* era casi ciego…

Agustín mostró a Alipio el rollo que estaba leyendo.

—¿Quién era? —preguntó este.

—Plotino. Estas son sus *Ennéadas*.

—El platónico…

—Sí. Como Platón, distingue dos mundos: el de los sentidos y el del intelecto.

—En Cartago ya enseñaste eso…

—Sí, pero era un ciego enseñando a otros ciegos. Plotino *pensó* antes de enseñar. Para él, estaba claro que el segundo mundo, el del intelecto, era más elevado… ¿Sabes por qué? ¡Porque es más real!

Más real, es decir, más próximo a la realidad. Más real que oler o tocar… Ahora bien, el pensamiento carece de extensión, y de peso… ¿no?

—Supongo que sí.

—Por lo tanto, puede existir algo que no sea extenso, que no ocupe un lugar en el espacio. Y, si no pesa ni ocupa lugar, no puede ser *corpóreo*. ¿Te das cuenta, Alipio?

—Empiezo a adivinarlo.

—Eso me pasó a mí. Empecé a ver que podía existir lo que pensábamos que era imposible que existiera: un espíritu puro. Entonces recordé lo que Ambrosio repite constantemente a sus fieles: la letra mata, pero el espíritu vivifica. No creo que haya leído a Plotino; ha debido de llegar por otro camino. Luego leí a Porfirio, que dice que el espíritu es ese aspecto de la naturaleza humana que hace que el hombre piense en las imágenes de los cuerpos, pero me pareció inexacto; tiene que ser la parte más alta del alma, la racional, la que hace que el hombre sea tan superior a los animales. Y no tiene extensión, Alipio, no ocupa espacio… Por eso, si Dios es espíritu puro, no ocupa un lugar determinado, lo que quiere decir que puede estar en todas partes al mismo tiempo, que es omnipresente.

—Y Manes, con toda su pompa, se va a la m… —repuso Alipio—. Te lo has cargado.

—Manes no pudo leer a Plotino. No le conoció. Por eso, para él existían sustancias corporales, más o menos densas, pero cuerpos… ¿Cómo es posible que no reparara en ello antes? Buscaba la verdad y no me daba cuenta de que la verdad tampoco tiene extensión, no ocupa espacio. ¿Quiere decir eso que no existe, que es *nada*? Evidentemente, no. Pero, si existe y no ocupa espacio, es que es espiritual… Para mí ha sido como ver la aurora, Alipio. Creo que he empezado a encontrar el camino, tras doce años de búsqueda. ¡El comienzo, Alipio, el comienzo!

Se pasó la mano por la frente. Le temblaba la voz.

—Y he encontrado otra cosa —añadió—. El Logos, el Verbo, la Palabra. Es el verdadero principio en Platón. El Logos es Dios, Dios de Dios… Y aquí me encuentro con un asombroso paralelismo: el comienzo del cuarto Evangelio, el de san Juan; lo he leído una docena de veces esta misma noche. Me lo he aprendido de memoria: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no lo acogieron…».

—Quieres abarcar demasiado —le interrumpió Alipio—. Ni siquiera Hércules se enfrentó con más de un titán al mismo tiempo.

—El Verbo ha existido siempre —prosiguió Agustín, impertérrito—, desde toda la eternidad. Y Ambrosio, el otro día, citó a uno de los profetas judíos del Antiguo Testamento que dijo que el Mesías vendría de la eternidad. No sé exactamente lo que quería decir, no puedo establecer un puente entre todas estas cosas, mi cerebro es como una devanadera… Estoy hecho un lío, Alipio. Te ruego que me dejes solo.

Hay algo sagrado en el alumbramiento del pensamiento, como en el de una criatura. Alipio salió de puntillas.

La calle tenía un aspecto extraño, siniestro. Por todas partes se veían grupos de personas hablando nerviosamente. Algo sucedía. ¿Habría ido Ambrosio a palacio? ¿Estaría todavía allí?…

Alipio decidió echar un vistazo y se dirigió hacia la gran avenida que se acababa de abrir, la cual conducía a los barrios residenciales y al palacio imperial. No le fue fácil abrirse paso, porque la multitud era cada vez más densa. A codazos, se acercó todo lo que pudo al palacio y, de pronto, vio algo que no se le olvidaría jamás: el Obispo Ambrosio avanzaba por la avenida, seguido por Paulino, su secretario, y otros tres clérigos. Detrás, todo un ejército. Un ejército sin armas, pero un ejército: hombres, mujeres y niños, pobres y

ricos, jóvenes y viejos, todos con un gesto de fría determinación en sus rostros.

Y es que, cuando el Obispo había salido de su propio palacio, unas mil personas que estaban esperándole le habían seguido, en silencio. Él se había vuelto y les había suplicado que no le siguieran. Le habían escuchado respetuosamente y no habían respondido nada, pero, en cuanto Ambrosio había vuelto a caminar de nuevo, ellos habían continuado avanzando, y el número de los que le seguían, engrosando. Ahora, la multitud llenaba toda la avenida y la columna se perdía de vista. Era como si todo Milán se hubiese lanzado a la calle y se hubiese puesto en movimiento.

Desde las ventanas del palacio imperial, vieron aquello. En la sala de audiencias, donde los altos dignatarios se habían reunido para presenciar la humillación del prelado que había osado oponerse a los deseos de Su Imperial Majestad, se percibió un soplo de consternación. Algunos cortesanos llegaron a pensar que lo más prudente sería desaparecer y encerrarse en sus habitaciones con sus joyas y demás objetos de valor.

La emperatriz madre miró a su alrededor y vio un rosario de lívidas caras. No podía creerlo. Pero todavía era relativamente joven y no estaba acostumbrada a que nadie se opusiera a sus deseos. Y, cuando el pequeño Valentiniano la miró con una expresión de ansiedad en su hermoso rostro, ella le sonrió y puso una mano en su hombro, para tranquilizarle. Acto seguido, ordenó a Flavio Bauto que mantuviera las puertas de palacio cerradas y bien protegidas.

Unos instantes más tarde, se oyó chirriar de cerrojos, estruendo de barras y tintineo de cadenas, y varios centenares de miembros de la guardia imperial —todos ellos godos arrianos— tomaron posiciones en el patio y en otros puntos estratégicos.

Todos, incluso la misma Justina, se dieron cuenta de la abrumadora superioridad numérica del «ejército» que avanzaba hacia palacio. A su alrededor, los consejeros áulicos empezaron a

murmurar entre ellos. Poco a poco, comprendió que aquello podía ser el comienzo de una sublevación y el final de su mando.

Pero Justina era sumamente obstinada.

—Que solo entre Ambrosio —ordenó—. Nadie más.

Se dirigió a uno de los ventanales y vio cómo Ambrosio se volvía hacia la multitud y ordenaba que se detuviera; luego dio media vuelta y siguió avanzando solo. Se había anticipado a las órdenes de Justina.

La emperatriz miró a Bauto, que acababa de regresar, y dijo:

—Si esa chusma comete cualquier desafuero, que tus hombres le den su merecido.

—Harán lo que puedan —repuso Bauto—, pero son cerca de quinientos mil y yo solo dispongo de treinta mil hombres.

Justina se tragó la advertencia. El murmullo de los cortesanos aumentó. El ministro Paronio la miró y asintió con la cabeza. Ella apretó los labios.

Cuando Ambrosio hizo acto de presencia, se produjo un ominoso silencio. Avanzó erguido hasta los escalones que había al pie del trono e hizo una reverencia.

—Os habíamos convocado ante el Consejo a vos solo, Obispo, pero os habéis traído media ciudad —dijo, altiva, la emperatriz—. ¿Acaso los clérigos necesitan un ejército?

—Toda esa buena gente me ha seguido sin mi consentimiento —repuso Ambrosio—. Son súbditos leales de Vuestra Imperial Majestad, como yo mismo.

—En ese caso —intervino el ministro Paronio—, no dudaréis en hacer uso de vuestra autoridad si…

Un formidable estruendo la obligó a interrumpirse. Casi todos los presentes corrieron a asomarse a las ventanas.

—¡Están intentando asaltar el palacio!

—¡Entregadle, Majestad! —exclamó Paronio—. Entregad al Obispo si queréis salvaros.

—Pero las puertas están cerradas…

—No tardarán en forzarlas…

Se oyó un tremendo crujido, procedente de fuera.

—Han derribado una de ellas —dijo uno de los cortesanos.

Ambrosio se dirigió a una de las ventanas, se asomó y alzó las dos manos.

El rugido de la multitud fue apagándose, hasta cesar por completo.

Ambrosio se encaró con Justina.

—¿Qué quiere de mí Vuestra Majestad? —preguntó.

—Dejadme hablar —susurró Paronio al oído de Justina—. Por Dios, dejadme hablar.

Justina asintió.

—Reverendísimo Obispo —dijo Paronio—, Su Majestad os agradecería mucho que tuvieseis la amabilidad de ordenar a toda… esa buena gente que se disperse y se vaya en paz… Todo lo que queremos es paz.

Se produjo un general murmullo de aprobación.

Ambrosio miró a Justina.

—¿Y podré asegurarles, de parte de Vuestra Majestad, que no volveréis a pedir a vuestro siervo que entregue un templo católico a los fieles de otra religión que no sea aquella a la que fue dedicado y consagrado?

—Podéis hacerlo —se apresuró a responder Paronio—. De acuerdo, de acuerdo.

Justina asintió con la cabeza.

—Tenéis nuestra palabra —gritó Paronio—. Pero daos prisa… Vuelven a gritar de nuevo.

Ambrosio hizo una cortés reverencia y abandonó la sala.

—Se arrepentirá de lo que ha hecho —rugió Justina en cuanto se hubo ido—. ¡Lo juro por Dios!

Cuando el Obispo apareció en el patio, la multitud le aclamó triunfalmente. Los asombrados godos vieron cómo el pueblo se arrodillaba a su paso, mientras bendecía a todos.

Luego, todos le siguieron, en manifestación de júbilo, por las calles de la ciudad.

## 2.

La filosofía de Plotino tenía más contenido que cualquier otra. No se conformaba con un conocimiento puramente hipotético. Afirmaba que se podía alcanzar a Dios, que el alma humana podía llegar a conocerle. Su propia mente era el objeto central de su estudio. Elevarse por encima de la propia alma para encontrar al Único, la Realidad Absoluta…

Agustín había leído los pasajes relacionados con esta arriesgada aventura prometeica antes de que Alipio le interrumpiera, pero no había querido decírselo. No, todavía no. Antes tendría que convencerse por sí mismo, experimentarlo personalmente… si es que era posible vivir esa experiencia.

Se reclinó en su asiento y se relajó un poco. Y así inició su viaje, un viaje más largo y fatigoso que el de Tagaste a Milán.

Cuerpos. Bellos cuerpos, terrestres y celestes… Son dignos de admiración. Cambian, son perecederos, pero admirables. Ahora bien, ¿por qué son admirables?… Porque participan de la verdad, de una verdad inmutable, eterna, que está por encima de las cosas cambiantes, de mi mente mudable… Ese es el camino de lo corporal al alma que extrae sus experiencias del cuerpo, que conduce a ese poder interno al que los sentidos corporales suministran información de las cosas materiales. Algo que también los animales pueden hacer.

Un paso más conduce a ese poder de raciocinio que hace que todo lo que le ofrecen los sentidos corporales sea objeto de un juicio.

Pero este poder también es mudable.

De ahí a la propia comprensión del alma.

Apartémonos, poco a poco, de los caminos trillados. Desprendámonos de las imágenes inconsistentes. Encontremos la luz que nos ilumina…

Y, de pronto, llegó. La inalterable luz que brilla e ilumina el alma, y la mente… Y algo dentro de él le dijo que lo que permanece es superior a lo que cambia, y supo que lo sabía porque eso ES. Lo supo en un instante, en un tembloroso golpe de vista, pero no pudo mantener la visión. Tuvo que retroceder, confuso y sin aliento, como una polilla que se ha acercado demasiado a la llama.

Quedó como arrebatado, lloroso, exhausto.

Nunca supo cuánto tiempo quedó así, hasta que pudo coger una pluma e hilvanar unas cuantas palabras. Le temblaban los dedos, pero pudo escribir:

«Entré. Con los ojos del alma, así fue, vi la luz que no cambia… No era la luz de cada día, la que se ve con los ojos de la carne, ni ninguna otra luz de la misma clase… Era otra luz, completamente distinta…».

«No flotaba sobre mí como flota el aceite sobre al agua, o el firmamento sobre la tierra».

«Estaba sobre mí porque me ha hecho.

Debajo, porque fui hecho por ella.

El que conoce la verdad conoce esa luz.

El que conoce esa luz conoce la eternidad».

Leyó lo que había escrito. Apuntes que tal vez pudiera utilizar el día de mañana. Sus ojos brillaban intensamente cuando añadió tres palabras más:

«El amor sabe».

## 3.

Dos días después, todavía reinaba la intranquilidad en la calle.

—¿Te has enterado? La corporación de mercaderes y artesanos ha sido multada con trescientos *solidi* de oro como castigo por los disturbios frente al palacio imperial.

—Sí, lo sabía. Y lo que es peor: a nosotros también nos van a volver a multar.

—¿Por qué?

—Han dictado otra orden en palacio esta mañana: todos los funcionarios y servidores de los tribunales de justicia deberán permanecer en sus casas mientras continúen los desórdenes públicos. ¿Y dónde estamos nosotros?…

—Menuda estupidez. Así la chusma se apoderará de la calle.

—Claro.

—¿Queréis que os diga otra cosa? La emperatriz madre ha ordenado que la decimoquinta Legión marche sobre Milán.

—¡Santo Dios!, ¿por qué?

—Porque quiere arrebatar a los cristianos una de sus iglesias.

—Pero el Obispo dice que la emperatriz le prometió…

—¿Y a quién no le ha prometido algo?

—¿Le has oído predicar esta mañana? Nos ha pedido que recemos por él para que no pierda la calma y no se originen disturbios.

—¿Dónde ha predicado?

—En la nueva basílica.

—¡Noticias! ¡Noticias!

—¿Qué pasa, Tulio?

—Dejadme respirar. ¡Ufff! Lo peor: ha roto su palabra; ha enviado algunos de sus falsos sacerdotes a la nueva basílica, con un destacamento de tropas.

—¡Vamos!

—¿Vienes?

—No me lo perdería por nada del mundo. Los sacaremos de allí como sea. Si no lo hacemos, nos arrebatarán las demás iglesias. Todas.

—¿Habéis oído? ¡Quieren quitarnos todas las iglesias!

—Sí, y encarcelar al Obispo.

—¡Todos a la nueva basílica!

Echaron a correr. En la plaza donde se alzaba la nueva basílica se habían concentrado varios miles de personas.

Ante la puerta principal, brillaban al sol las lanzas de los godos.

—¡Ya la han profanado!

—No, todavía no. Solo hay un puñado de soldados y oficiales dentro. Están colocando el dosel y los estandartes de la emperatriz.

—¡Fuera con ellos!

—¡Mirad! Sacerdotes arrianos. Quieren entrar… ¡Detenedlos!

La muchedumbre se abalanzó sobre ellos. Eran cuatro. Entre la multitud no faltaban los pescadores en río revuelto, siempre dispuestos a sacar tajada.

—¡Matadlos!

—¡No, no! Conducidlos de nuevo al palacio, de donde han salido.

—¡Acabad con ellos!

—¡Deteneos!

—¿Quién es ese?

—El Obispo. ¡Gracias a Dios! A uno de ellos ya le han abierto la cabeza.

—¡Ambrosio! ¡Viva nuestro Padre Ambrosio!

La multitud le dejó pasar y el Obispo logró llegar hasta los sacerdotes arrianos y conducirlos a su casa. Luego, les dejó salir por la puerta de atrás.

A mediodía, Ambrosio recibió una carta, firmada por Paronio. En ella se ordenaba al Obispo que cumpliera sin demora las órdenes de la emperatriz, dadas en nombre de Su Imperial Majestad, Valentiniano II, y evacuase inmediatamente la nueva basílica, pues en ella se iba a celebrar el servicio religioso de la Pascua arriana en presencia de Sus Majestades. Al mismo tiempo, se le urgía a que restableciese el orden.

—No ha cumplido su palabra —dijo Ambrosio.

—Y, al parecer, la decimoquinta Legión ya está en Milán —comentó su secretario.

Ambrosio, sin inmutarse, se sentó ante su escritorio y empezó a escribir:

«Mi vida y mi suerte están en manos del Emperador, pero jamás traicionaré a la Iglesia de Cristo ni rebajaré la dignidad del ministerio episcopal. Así pues, estoy dispuesto a sufrir cuantos agravios la malicia del diablo pueda infligirme. Lo único que deseo es morir en presencia de mi fiel rebaño, al pie del altar. No he sido yo quien ha contribuido a excitarlo. Solo Dios será capaz de aplacar su ira.

»Lamento la sangre y la confusión que puedan producirse y rezo fervientemente para no ver la ruina de esta floreciente ciudad y tal vez de toda Italia».

Envió la carta mediante un mensajero y regresó a la nueva basílica.

Dos horas más tarde, un fuerte destacamento llegó a la plaza: media cohorte de la decimoquinta Legión, compuesta enteramente por soldados godos. Se abrieron paso entre la enfurecida multitud, con las lanzas enhiestas y protegiéndose con los escudos. Todos eran arrianos.

Algunos les lanzaron piedras y otros proyectiles, pero nadie se abalanzó sobre ellos, y su jefe, el Centurión Liutari, se limitó a sonreír con desprecio. Todo había salido a pedir de boca. No podía comprender por qué en palacio estaban tan preocupados.

Mandó a sus hombres que se abriesen en semicírculo alrededor de la basílica y, al frente de cincuenta hombres, empezó a subir por la escalinata.

Al llegar al quinto escalón se detuvo. El Obispo Ambrosio estaba en el umbral, cubierto con la mitra y el báculo en la mano, rodeado del clero, aunque él solo parecía cubrir la brecha de la fortaleza.

—Apártate, anciano —dijo Liutari, vacilante—. Tengo orden de ocupar este edificio.

Como respuesta, el Obispo, en tono solemne, pronunció las palabras de la excomunión.

Liutari retrocedió. No era un obispo arriano, pero una maldición es una maldición, y esta era tajante. Además, el pueblo podía reaccionar, cosa que no tardó en comprobar mirando hacia atrás de reojo. En efecto: la multitud se agitaba, sedienta de sangre. Muchos se inclinaban ya para armarse de piedras y aquí y allá brillaban cuchillos y puñales. Él y sus hombres estaban rodeados, aislados. Como soldado experimentado que era, sabía que un cuerpo de hombres entrenados podía dominar a una muchedumbre, por numerosa que fuera, siempre que no estuviera resuelta a jugarse el todo por el todo. En ese caso, más pronto o más tarde acabaría venciendo y ellos serían aniquilados.

Así pues, se dirigió al obispo y dijo:

—Acabemos de una vez, viejo. Tengo orden de…

—Si quieres entrar, tendrás que pasar sobre mi cadáver.

Todos le oyeron y la multitud estalló en aclamaciones. Una voz estentórea gritó: «Si tocas a nuestro Padre Ambrosio, moriréis todos».

Liutari volvió a mirar hacia atrás. Quizá, si se apoderaban de ese energúmeno y le imponían un castigo ejemplar, los demás se acobardasen… Pero muchos de sus hombres ya vacilaban y empezaban a retroceder, así que alzó una mano y gritó:

—¡Calma! Esperaré a recibir nuevas órdenes.

La multitud empezó a abuchearle, y los abucheos se hicieron clamorosos cuando cincuenta hombres, al mando de un oficial, abandonaron la plaza.

Una hora más tarde apareció Paronio, que se dirigió a la muchedumbre y aseguró que todo aquello había sido un lamentable malentendido; luego ordenó a Liutari y sus hombres que le escoltaran hasta palacio y abandonó la plaza entre indescriptibles abucheos.

Ambrosio permaneció a la puerta de la basílica hasta que el último godo hubo desaparecido; la muchedumbre tampoco se movió. Luego, todos se arrodillaron para que su obispo les bendijese.

## 4.

No puedo soportarlo, pensó Agustín. Es demasiado fuerte, demasiado claro. Me ciega…

Cada vez que intentaba alcanzar ese fogonazo interior, ese estado de increíble felicidad, las cosas corporales se interponían como un muro impenetrable… Se rebelaba, y entonces le parecía que se burlaban de él, y se sentía sucio, impotente y absurdamente insignificante.

Nunca, en su vida, se había sentido tan desgraciado. Y, sin embargo, Plotino le había dado la solución de otro problema, tan grande casi como el de la esencia de la Divinidad: el mal, para él, había dejado de ser una sustancia. La teoría maniquea de las dos sustancias, último residuo de las enseñanzas de Manes en la mente de Agustín, había dejado de ser válida para él.

No existía el mal absoluto. El mal era una simple imperfección, la carencia de algo. A veces era una falta de armonía lo que hacía que las cosas parecieran malas, aunque fueran buenas en su propio ámbito. Y, como había adquirido el hábito de anotar sus pensamientos, escribió:

«He comprendido claramente que las cosas corruptibles son buenas. Si fueran absolutamente buenas, no podrían corromperse, pero, si no tuvieran nada bueno, tampoco».

Y luego:

«Las cosas que se corrompen carecen de *algo bueno*, pero, si estuvieran privadas de *toda bondad*, no existirían. Porque, si pudieran ser y no pudieran corromperse, serían mejores que en su

primer estado, pues en adelante serían incorruptibles. ¿Y no es monstruoso imaginar que las cosas pueden mejorar perdiendo su bondad?

»Privadas de toda bondad, quedarían reducidas a la nada. Por eso, en la medida en que existen, son buenas.

»Así, cuanto existe es bueno. Y… el mal… no es una sustancia, porque, si fuera una sustancia, sería bueno. Pues una de dos: o bien sería una sustancia incorruptible, es decir, de bondad absoluta, o bien corruptible, es decir, con algo de bondad, pues en caso contrario no podría corromperse».

Con un estremecimiento, recordó una frase del *Génesis* (el libro que había considerado absurdo y ridículo durante tanto tiempo) referida a la obra de la Creación: «Y Dios vio que era bueno».

Tampoco la iniquidad, el mal que el hombre comete, era una sustancia; no era más que un extravío de la voluntad, un rechazo de lo mejor para quedarse con lo peor.

Debería estar exultante, tener un gozo superior a cualquier otro que hubiese experimentado antes; sin embargo, ahora que palpaba algo de la verdadera naturaleza de Dios, se sentía más lejos de Él que nunca. Había entrevisto la cima de la montaña, pero se consideraba incapaz de iniciar el ascenso. El Dios Supremo estaba allí, pero fuera de su alcance.

¿Dónde estaba el puente para salvar el abismo? ¿Dónde el guía…? Pero ¿había un puente y un guía?

Como un eco lejano, le parecía oír el sonido de una voz olvidada: «No puedes prescindir de Cristo».

Harmodio había dicho eso. Harmodio… Cristo.

Un gran hombre. El mejor de todos, tal vez. Si un hombre fuera digno de ser Dios, nadie como él. Pero eso era todo.

Era lógico que ahora pensase en Harmodio. Se había sentido desgraciadísimo cuando murió, y ahora también se sentía…

Llevaba demasiado tiempo solo, sin ver a nadie, pensó.

Dione… Pero no estaría en casa a estas horas. Además no estaba de humor para compartir su soledad con una mujer. Lo malo era que sus amigos parecían haberse evaporado…

De pronto, recordó que, por lo poco que había oído, todo Milán debía de estar agitado con el duelo ese que enfrentaba al obispo Ambrosio y a la emperatriz madre. Había estado tan embebido en sus propios problemas que ni siquiera se había preocupado de recabar detalles. Decidió, pues, llegarse hasta la residencia del obispo, a ver lo que pasaba.

Nada más salir a la calle, se encontró con una ciudad en estado de sitio. La gente volvía la espalda a los soldados que patrullaban por las calles y por todas partes se veían piedras arrancadas del empedrado y vehículos volcados.

Ha debido de haber una revolución, pensó.

Estaba a punto de desembocar en la plaza donde se alzaba la nueva basílica, cuando se encontró con Alipio y Nebridio, acompañados del joven Licencio.

—¡Vaya! Por fin te has decidido a salir de tu madriguera —exclamó Alipio—. Más vale tarde que nunca… ¡Qué espectáculo, Agustín, qué espectáculo! ¿Has estado ya en casa del obispo?

—No. No sé nada y no he visto nada. ¿Qué ha sucedido?

Le contaron la marcha sobre el palacio imperial, el intento de ocupación de la nueva basílica y otros incidentes menores.

—Por cierto, tu madre ha estado en medio de todo —dijo Licencio.

—¿Mi madre?

—Sí. La vi junto al obispo, en la basílica, y luego en la manifestación ante el palacio, y luego otra vez en la basílica cuando los godos intentaron apoderarse de ella.

—Pero lo sucedido después es lo peor de todo —dijo Alipio—. ¡Han condenado a Ambrosio al exilio!

—¡No!

—Sí. Muy educadamente, pero lo han hecho. Todo por decreto, en ausencia del acusado. Podrá escoger el lugar de su retiro y llevar con él cuantos clérigos desee.

—¿Y cómo ha reaccionado él?

—Se ha negado a irse.

—Pues está listo. Le detendrán y se lo llevarán por la fuerza.

—Ya lo han intentado…

—¿Y…?

—Mira.

Estaban ya ante la residencia del obispo. Unos trescientos godos vigilaban la entrada, con gesto torvo, pero eso era todo. Porque la puerta estaba cerrada y, ante ella, se veía lo que parecía ser un conjunto de montículos formados por cuerpos humanos. No estaban heridos ni muertos. Se movían, tumbados en el suelo, de pie, sentados, de rodillas, llenando de bote en bote una docena de carromatos. Muchos rezaban. Algunos dirigían los ojos al cielo o miraban a los soldados.

—Son los pobres de Milán —explicó Nebridio—. Hace diez años que el obispo los protege y ampara. Ahora protegen ellos al obispo.

—Los godos han intentado entrar —comentó Alipio—, pero esa gente formó una muralla humana. No opusieron resistencia, pues no llevan armas. Simplemente, no se apartaron. Para entrar los godos hubiesen tenido que matarlos a todos.

—Ahora ya no está allí —aclaró Licencio—. Está en la basílica. Lleva allí todo el día.

—¿Por qué?

—Porque lo que la emperatriz realmente quiere es quedarse con la basílica. Si la atacan, quiere estar allí. Vamos. Es todavía más impresionante que esto.

Lo era. Dos cohortes de la decimoquinta Legión ocupaban la plaza, pero entre ellas y la basílica se interponía un muro formado por más de diez mil personas. Y aquí también los cuerpos de los pobres bloqueaban las puertas.

—Impresionante —musitó Agustín, conmovido.

Luego, de pronto, alzó la cabeza.

—Escuchad: ¿qué es eso?

Los demás tendieron la oreja.

—Vuelven a cantar —dijo Licencio.

—¿Dónde? ¿En la basílica?

—Sí.

—Pero ¿cuándo la gente ha cantado en los templos? —exclamó Agustín, incrédulo.

—Nunca. Es algo nuevo —dijo Nebridio—. Pero me han dicho que en las iglesias orientales lo hacen. Extraña costumbre…

—Espléndida —afirmó Alipio.

—Pero ¿qué es lo que cantan?

—Salmos. Himnos. Se los ha enseñado Ambrosio. De vez en cuando, uno de los sacerdotes se adelanta, entona uno y anima a la muchedumbre a unírsele… Es increíble: esas tropas pueden recibir la orden de atacar en cualquier momento, pero *ellos* cantan. Al parecer, los himnos los ha compuesto el mismo Ambrosio; algunos, sobre la marcha.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Agustín.

Nebridio cambió su habitual gravedad por una sonrisa.

—Nunca he oído contar tantas cosas como hoy —dijo—. Todo el mundo se cuenta lo que sabe.

Al fondo, ante la fachada de la basílica, un hombrecillo revestido con alba y casulla alzó ambos brazos y la multitud guardó silencio.

—*Consors paterni luminis* —gritó el sacerdote.

Al parecer, conocían el himno en cuestión, y primero un centenar, y luego varios millares de voces, rompieron a cantar:

¡Oh, luz radiante del Padre!
Tú, nuestra aurora y nuestro día.
De noche, nos levantamos para alabarte.
Ayúdanos, Jesucristo, te imploramos.
Aparta toda oscuridad de nuestras almas.

Todo sueño, todo pensamiento malo.
Sé nuestro maestro y nuestro guía.
Sé la ley de nuestra voluntad.
Fortalece nuestra Fe,
Tú, que conoces nuestra debilidad.
Señor, escucha con benevolencia
los salmos que te cantamos:
Gloria al Padre,
al Hijo Unigénito
y al Espíritu Santo
por los siglos de los siglos.

—Este es uno de los que ha compuesto él —susurró Nebridio—. Ya lo han cantado antes.

—Debería oírlo mi madre —dijo Agustín.

—Lo está oyendo —aseguró Alipio—. Mejor dicho: cantando… Está en la basílica.

—¿Cómo? ¿Todavía? Estará rendida. Estará…

—No se puede salir. Ni entrar. No te dejarán. Además, la basílica está tan abarrotada que no cabe ni una aguja.

—*Rex gloriose martyrum* —tronó el presbítero.

Todos volvieron a cantar.

Se hizo de noche. Agustín y sus amigos se retiraron y se fueron a dormir, pero la multitud no se fue, ni las tropas tampoco.

El desenlace se produjo con el alba, cuando llegó un mensajero al palacio imperial para informar de que los soldados empezaban a desmoralizarse y ya no se podía confiar en ellos. El mensajero se llamaba Aulo Faber y era un agente de confianza, muy experimentado. Había sondeado a las tropas y había permanecido dentro de la basílica durante varias horas.

Hubo que despertar al emperador y a la emperatriz madre para informarles, y lo que oyeron fue demasiado fuerte incluso para una mujer tan terca como Justina.

A las cuatro de la madrugada, el inquebrantable Ambrosio comprendió que, a pesar de los himnos, los fieles ya no podían

aguantar más. Algunos empezaban a desmayarse, otros a quedarse dormidos. Así pues, se retiró a la cripta para rezar a solas y pedir a Dios que le iluminara. Al cabo de un rato, llamó a los que esperaban a la puerta, y, cuando dos clérigos acudieron a su llamada, señaló con el dedo un rincón de la cripta y dijo:

—Traed picos y palas y cavad ahí.

Quedaron tan asombrados que no le hicieron caso, pues pensaron que desvariaba a causa de la tensión y el cansancio. Tuvo que repetir la orden, esta vez haciendo valer su autoridad episcopal. No fue fácil encontrar esas herramientas, pero, cuando regresaron con ellas, encontraron al obispo arañando el suelo con los dedos.

—¡Aprisa! —musitó nerviosamente—. Pero tened cuidado: no les hagáis daño.

Volvieron a pensar que había perdido el juicio, pero se pusieron a cavar.

Una media hora más tarde, quedaba al descubierto la entrada a una estancia de reducidas dimensiones, una especie de cripta debajo de la cripta.

—Entrad y sacadles —dijo Ambrosio—. Con la mayor reverencia, hijos míos, porque se trata de sagradas reliquias.

Se introdujeron por el orificio y sacaron dos cuerpos. No fue fácil, porque las cabezas estaban separadas del tronco.

—Son los cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio —dijo Ambrosio—. Llevadlos a la basílica, para que los fieles puedan venerarlos.

Antes de que el mensajero pudiera proseguir su relato, el ministro Paronio gritó indignado:

—¡Fraude! ¡Fraude! Ha utilizado los cuerpos de Dios sabe quién para engañar al pueblo y reforzar su autoridad. ¿Cómo iba a saber así, de repente, que los encontraría precisamente allí?

—Dijo que había tenido una visión mientras rezaba en la cripta —respondió el mensajero.

—Muy astuto…

La emperatriz madre intervino.

—Tus juicios son muy tajantes, Paronio, cuando no corres ningún riesgo al hacerlos —dijo.

Varios cortesanos habían hecho acto de presencia, entre ellos, el General Flavio Bauto, el ministro Domnino y el erudito Ponticiano, mano derecha de Bauto en temas culturales y literarios.

—Odio a ese clérigo —vociferó Justina—. Es un insolente y está borracho de poder. Lo cual no quiere decir que sea un mentiroso o un farsante.

—Le conozco desde hace diez años, Majestad, y jamás le he oído decir una mentira —sentenció Ponticiano en medio de un tenso silencio.

—Me temo que tu juicio no sea del todo objetivo, Ponticiano —dijo la emperatriz madre con una débil sonrisa—. Eres católico…

Miró al mensajero, que aguardaba aturdido, nervioso.

—Eres un agente político, y muy bueno —aseguró Justina—. ¿Cuál es tu opinión?

Faber carraspeó, inquieto.

—No he dicho todavía todo, Majestad.

—¿Y qué esperas para decir lo que falta?

—Bueno… Cuando mostraron a los fieles los cuerpos de los dos mártires, todos cayeron de rodillas, enfervorizados. Nadie dudó de las palabras del Obispo, entre otras cosas, porque tanto los cuerpos como las cabezas estaban incorruptos.

—Cuidadosamente embalsamados, sin duda —intervino Paronio.

—Bueno, de ser así —observó Ponticiano—, no tendremos más remedio que pensar que el Obispo lo planeó todo hace meses, quizá años, cuando no sabía lo que iba a ocurrir. ¿O es que vamos a aceptar un milagro de presciencia para rechazar otro de preservación?

—¡Silencio! ¡Ya está bien! —gritó Justina—. Dejad que Faber termine de hablar.

—Condujeron las reliquias en procesión por el interior de la basílica —prosiguió diciendo el mensajero—, las sacaron fuera y las mostraron al pueblo. Ya había salido el sol y la plaza seguía estando abarrotada de gente. Uno de los presentes, al parecer endemoniado, quedó curado y en su sano juicio al tocar las reliquias…

Justina y Paronio sonrieron irónicamente. Luego, la emperatriz hizo un ademán con la mano para que Faber prosiguiera.

—Los soldados quedaron muy impresionados… —dijo un tanto indeciso—. Luego ocurrió lo de Plauto, el ciego… Recobró la vista.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Paronio, ásperamente.

—Porque lo vi, señor —repuso el mensajero.

—¿Cómo fue? —preguntó Justina con voz temblorosa.

—Estaba allí, acompañado de unos familiares. No sabía lo que estaba pasando y preguntó por qué la gente gritaba tanto. Cuando se lo dijeron, les suplicó que le acercaran a las reliquias. Lo hicieron y, cuando estuvo cerca, pidió a uno de los sacerdotes que las sostenían que le dejara tocarlas con un pañuelo que llevaba. Se lo permitió y el ciego tocó uno de los cuerpos, se llevó el pañuelo a los ojos y al punto recobró la vista.

—¿Cómo lo sabes? ¿Porque lo viste? —preguntó agriamente Paronio.

—No, señor. Porque empezó a caminar él solo, sin ayuda de nadie, sin tropezar ni nada de eso.

—A lo mejor no era ciego.

—Sí lo era, señor. Le conoce mucha gente. Yo mismo le conocía.

Paronio no replicó y se produjo un ominoso silencio. Luego, por fin, Justina preguntó:

—¿Qué opinas de todo esto, Faber?

—He sido agente político toda mi vida, Majestad —repuso con gesto humilde—. Estoy acostumbrado a no opinar. Lo mío es relatar los hechos. Y un hecho es que Plauto recobró la vista; otro, que a las tropas les ha impresionado tanto que no creo que sean capaces de atacar si se les ordena que lo hagan.

—¿Te ha dicho mi comandante en jefe que me lo dijeras? —preguntó Justina, pálida como una muerta.

—No, Majestad. No desea poner fin a su carrera. Solo me lo insinuó. Pero he hablado con varios soldados y sé lo que piensan…

—No puedo creerlo —murmuró Paronio—. No, no puedo creerlo… Ni aunque lo hubiera visto, lo creería.

Ponticiano se encogió de hombros.

—Conozco gente —dijo— que no creería en el Señor aunque le hubiese visto bajar de la Cruz o salir de la tumba…

—¡Basta! —rugió Justina—. Soy capaz de enfrentarme a ese Ambrosio y a toda la ciudad de Milán, si se tercia. Pero no puedo luchar contra el Cielo… Bauto, ordena que se retiren las tropas. Todas. Gracias por tu informe, Faber. No revocaremos la sentencia de destierro contra el Obispo, pero no forzaremos su ejecución… Nuestro servicio religioso de Pascua se celebrará en palacio. Paronio, dispón todo al efecto.

Abandonó la sala como una exhalación, seguida a trompicones por el emperador niño, que durante la reunión se había limitado a bostezar.

Era casi mediodía cuando se abrieron las puertas de la basílica y empezaron a salir los que estaban dentro.

Mónica parpadeó y se tambaleó un poco cuando la luz del sol le dio de golpe en la cara, tras treinta y seis horas de encierro.

—Madre…

—¡Agustín! ¿Qué haces aquí?

—Apóyate en mi brazo, madre. Tengo una litera ahí, esperando desde esta mañana. Tienes que estar extenuada.

—Sí, ha sido un poco largo —admitió ella, sonriendo débilmente—. Y también para los de palacio…

—Has sabido defender tu fortaleza. Ahora tienes que descansar.

—Espera: ahí vienen Macello y su mujer… Tienen casi setenta años. ¡Macello! Tengo una litera. Cabéis los dos… ¡No! Nada de

discusiones. No estoy cansada, de verdad. Además, nuestra casa no está tan lejos como la vuestra.

Agustín se la quedó mirando, asombrado. Luego, cuando los otros se hubieron ido, dijo:

—Eres incorregible, madre. Vendrás a casa. Está mucho más cerca que la de Romaniano. Tengo sitio de sobra. Además, tiene un bonito jardín, aunque no tan grande como el de nuestro amigo… No, nada de «peros». Ahora soy yo el que insiste…

## 5.

—¿A quién te enfrentas ahora? —preguntó Alipio, al tiempo que se sentaba en un rincón del estudio de Agustín—. ¿A otro titán?

—Sí: Pablo.

—¡Ah! —exclamó Alipio.

—Te pareces al Obispo, cuando no quiere comprometerse —dijo jovialmente Agustín.

—Sí —repuso Alipio con tono incisivo—. Pero me parece que hay alguien aquí que tampoco quiere comprometerse…

—Las sutilezas no te van, Alipio…

—Hablando del Obispo: ¿sabes que tu madre y él parecen estar a partir un piñón?

—Sí, lo sé. En realidad, lo único que me ha dicho es que tengo una madre admirable.

—Ha estado ocupadísimo últimamente…

—Es un genio. No me extraña que mi madre le considere un santo.

—No solo ella. Es la opinión general.

—Mi madre es un testigo severo.

—Me alegra que hayáis hecho las paces y que ahora viva aquí. Y que se haya traído a Adeodato… Que, por cierto, me hace recordar a…

Se paró en seco.

—Y a mí también —repuso Agustín.

—¿No te ha ayudado Dione a olvidar…?

—No. Dione es encantadora, pero Melania era quince años de mi vida. Y luego está el chico…

—Que ya es casi un hombre…

—Sí. Casi.

Se quedaron callados, hasta que Agustín dijo:

—Sé lo que estás pensando, Alipio…

—Agustín: ¿lo sabe tu madre?

—¿Lo de Dione? Sí. No se lo he dicho, pero lo sabe. Y le hace sufrir. La he hecho sufrir tan a menudo… ¿Qué puedo hacer, Alipio? No puedo vivir sin las mujeres. No, no puedo…

Lo dijo casi a gritos, congestionado. Cuando volvió a calmarse, añadió:

—Mi madre esperaba que estuviera dispuesto a bautizarme cuando Melania se fuese. Pero ¿cómo iba a bautizarme? Aunque hubiese estado dispuesto a aceptar la doctrina cristiana —que no lo estaba—, no habría podido…

—Puedes casarte.

—Sí, podría casarme. Pero Marcia es todavía una niña. ¿Te la imaginas como madre de Adeodato?

Se puso de pie y empezó a pasear por la habitación, como siempre que le inquietaba algo.

—Lo malo de esos cristianos es que su fe no es fe a secas; ni su conocimiento, puro conocimiento. Su religión es más bien una forma de vida. Uno se convierte en cristiano cuando inicia una vida nueva. Y yo no soy capaz de cambiar de vida.

—¿Es ese el único impedimento? —preguntó Alipio.

—No lo sé. Lo único que sé es que me impide dar un paso adelante… Hay un asombroso parentesco entre Platón, Plotino y ese Pablo, pero Pablo va mucho más lejos. Y, en su sencilla elocuencia, he visto un Rostro…

Alipio negó enérgicamente con la cabeza.

—No puedo aceptar ciertas creencias cristianas —dijo—. Eso de que Cristo es Dios revestido de carne mortal… una naturaleza divina encerrada en un cuerpo humano… He leído las Escrituras, y mucho de lo que hizo y dijo es tan humano… tan…

—Te equivocas, Alipio —le interrumpió Agustín—. Eso no es lo que creen los católicos. Lo considerarían herético. Lo que creen es que Cristo era Dios y hombre al mismo tiempo. Dos naturalezas y una sola persona…

—Aguarda, aguarda… Déjame pensar. Eso es otra cosa… Una especie de mediador entre Dios y los hombres, algo que solo puede hacer una persona que sea Dios y hombre. Atrevido, pero lógico… Si tal mediador hubiese existido, habría tenido que ser así.

—Pero ha sido así, al parecer. Pablo lo dice. ¿Tú crees que será cierto?

—Cristo lo afirmó de sí mismo, ¿no? —repuso Alipio.

Agustín se le quedó mirando, sin responder.

—No me explico cómo un hombre como Ambrosio llegó a creer… —musitó Alipio como hablando consigo mismo—. ¿Quién le instruiría en la fe…?

—Mi madre se refirió a ello una vez… Fue un sacerdote de aquí, de Milán. Un tal Simpliciano. Si vive, debe de ser muy anciano.

—Quizá merezca la pena ir a verle —dijo Alipio, resignado.

—Sí. Tal vez —repuso Agustín en voz baja.

## 6.

Otra desilusión, pensó Agustín, cuando Simpliciano le invitó a que se sentara. Un anciano sonrosadito, amable, de pelo blanco, con ojillos traviesos, como de niño; un viejecito simpático, pero no un pensador ni un sabio… Tal era el maestro del gran Ambrosio.

Decidió que conversaría con él de cosas triviales durante unos minutos y se iría.

—Creo que a los veinte años ya eras profesor de retórica, ¿verdad? —dijo jovialmente—. A esa edad yo no había empezado a pensar.

—He sido un charlatán toda mi vida —repuso Agustín.

—No infravalores tu profesión, hijo… Cuéntame: no sé qué te ha traído a mí.

—Sería largo contar toda la historia de mi vida… Me llevaría mucho tiempo.

—Soy viejo —repuso Simpliciano—, pero no me quedaré dormido, y, aunque tengo muchas cosas que hacer, no soy obispo…

La expresión de sus ojos era irresistible.

—Toda vida —añadió— es el relato de un viaje. ¿Cuándo te pusiste en camino?

—En Tagaste, en África.

Tagaste: Patricio y Mónica. Madaura: Apuleyo y Homero, Virgilio y los poetas de moda. Cartago: Cicerón, Séneca, Aristóteles y Manes… Años y años con Manes. Roma: los filósofos académicos, Varrón, Epicuro… y Platón, y Porfirio, y Plotino. Y Pablo.

—Un hermoso y largo viaje —dijo Simpliciano, como soñando—. Te felicito. Platón y Plotino… ¿Los has leído en el original?

Le había tocado en la herida.

—No. Mi griego siempre ha sido malo… He leído una traducción, muy buena. La de Victorino.

Simpliciano asintió. Parecía encantado.

—Un compatriota tuyo. Otro africano muy bien dotado. ¿Sabes algo más de él?

—Muy poco. Sé que era muy erudito, muy versado en artes liberales, maestro de muchos senadores distinguidos. Creo que incluso hay una estatua suya en el Foro…

—Sí, sí. ¿Y es eso todo lo que sabes de él?

—Bueno… Dicen que se hizo cristiano poco antes de morir, pero no sé si será cierto…

—Lo es, te lo aseguro. Murió en mis brazos.

Agustín se quedó de piedra.

—Entonces… le conocías bien.

Simpliciano rió como un niño.

—Éramos muy amigos… grandes amigos. Estuvimos enfrentados durante años… ¡Cómo me burlaba de él cuando hacía sacrificios a esa monstruosidad egipcia! Anubis, la llamaban, el dios con cabeza de chacal… Pero era la moda entonces, y la gente la seguía. El Monte Olimpo ya no atraía, y para ciertas mentes es más fácil creer en algo cuando viene de lejos…

—¿Eso le dijiste? —preguntó Agustín, divertido.

—Sí. Y también que era muy curioso que los romanos nos postráramos ante dioses de países conquistados, los cuales no habían sido capaces de defender a sus adoradores.

Agustín pensó que ese argumento era muy peligroso en boca de un cristiano, pero Simpliciano prosiguió:

—Entonces, él me replicó que era absurdo que yo usase ese argumento, adorando a un dios judío, es decir, de un país conquistado y vencido por los romanos. Que era precisamente lo que yo esperaba que dijese, porque así pude hacerle ver que Nuestro Señor había muerto por todos los hombres y había mandado a los apóstoles que fueran por todo el mundo y enseñaran a todas las gentes…

Miró a Agustín con sus ojillos alegres y añadió:

—¡Como si pudiera haber dioses nacionales! El dios de los circasianos, el dios de los mauritanos… ¡Qué tontería! Son como niños… Pero ya aprenderán. Victorino aprendió deprisa… Y fue precisamente traduciendo a Platón y a Plotino como inició el camino. Topó con el Logos, el Verbo. Topó con Dios… Algo inevitable.

—Sí, lo sé —musitó Agustín.

—Entonces, alguien le hizo ver que también las Escrituras cristianas hablaban del Logos, y Victorino tuvo que leerlas, para poder rebatirlas. Se debatió con saña, con la misma saña con que Jacob luchó con el ángel… Las estudió a fondo, con detalle, y, al final, me dijo muy serio: «Creo que ya soy cristiano». Me eché a reír y dije que no me lo creía, que solo le consideraría cristiano cuando le viera en la Iglesia de Cristo. Hizo una mueca y comentó: «Así, según tú, son unos muros lo que le hacen cristiano a uno…». A partir de ese día, no cesaba de decirme que era cristiano, y yo de decirle a él que me lo creería cuando estuviese dentro de la Iglesia…

—¿Qué era lo que le detenía? —preguntó Agustín.

—Imagínate: Victorino cristiano… El grande, el magnífico Victorino, el sublime filósofo, el oráculo de los paganos… cuando el emperador Juliano acababa de rehabilitar el paganismo… No le avergonzaba adorar una imagen con cabeza de chacal, pero se avergonzaba de la Cruz de Cristo…

—Comprendo —musitó Agustín—. Pero… ¿cómo?… ¿por qué?…

—Pero era un pensador, el viejo Victorino, Dios bendiga su alma. No tardó mucho en descubrir —releyendo las Escrituras— que la verdadera causa del miedo debía ser una especie de autodefensa. Que Cristo podría negarle ante sus ángeles si él se avergonzaba de confesar a Cristo entre los hombres. Y así dio de lado a la vanidad y aceptó humildemente la verdad. Y una hermosa tarde, de repente y sin previo aviso, me dijo: «Simpliciano, vamos a la iglesia. Quiero hacerme cristiano». ¡Qué alegría! Fuimos corriendo, recibió instrucción en los principales misterios de la fe y poco después se bautizaba. Como no queríamos causarle ningún perjuicio, le dijimos que hiciese su profesión de fe en privado, pero no quiso. Deseaba hacerla ante toda la asamblea de los fieles. «La retórica que he enseñado no valía para nada —dijo—, pero la he profesado públicamente. ¿Cómo no voy a profesar públicamente que he encontrado el camino de salvación?». Los fieles estaban conmovidos. Su nombre corría de boca en boca, porque todo el mundo le

conocía. Estaban exultantes. Ese día se ganó miles de amigos. Le habrían llevado a hombros, si no hubiesen estado en la iglesia. Pero también se hizo muchos enemigos, y tuvo que renunciar a su cátedra de retórica, ya que ningún cristiano podía enseñar públicamente bajo el Emperador Juliano. Se despidió sonriendo. «Prefiero abandonar la escuela que traicionar al Verbo», dijo.

Simpliciano guardó silencio.

—Te lo agradezco mucho —dijo Agustín.

—¿El qué? Me contaste tu historia y yo te he contado otra. Las dos son verdaderas. Fue un gran día, sin embargo, cuando Victorino encontró el camino de su verdadero hogar. Había sido un instrumento del diablo tanto tiempo y había engañado a tanta gente…

—Sí. Fue valiente. Y afortunado —dijo Agustín—. Estaba encadenado y rompió sus cadenas. Yo también estoy encadenado. Tal vez…

Se calló, dejando la frase en suspenso.

—Tal vez nos volvamos a ver pronto —añadió—. Una vez más, gracias.

Llegó a casa en ascuas.

Un segundo Victorino… haciendo su profesión de fe ante toda la asamblea, en la nueva basílica. Ambrosio tendría que hacerle caso después, no solo considerarle el hijo de Mónica… ¡Qué alegre se pondría su madre! Y sus amigos… podría llevarles a Cristo, como los había llevado a Manes… Podría…

Había una carta sobre la mesa. El sello de cera —una cara de Afrodita— le hizo saber de quién era antes de abrirla.

Solo una línea y la firma.

«Ven esta noche. Dione».

No, no…

Una lectura detallada, minuciosa, de las Escrituras.

Convicción absoluta. Sí, convicción absoluta. Era la consecuencia inevitable para un hombre que había leído los mejores libros escritos

antes de Cristo. El Logos de Platón era el precursor, Cristo, la plenitud. Ahora solo necesitaba un acto de la voluntad… Pero ¿podría uno tener dos voluntades, una que dijera que sí y otra que no? Era como saber que hay que levantarse, como querer levantarse, y sin embargo seguir en la cama, como paralizado… No, todavía no… Un poco más… Más tarde.

Desde hacía algún tiempo, rezaba, aunque nadie lo sabía. Había pedido incluso la castidad. Pero esa segunda voluntad le había hecho decir, sin palabras: «Pero no todavía… no todavía…».

Hábito. No, el pecado no era el verdadero enemigo. Era el hábito; una fuerza irresistible, que enfrentaba la inteligencia a la voluntad… Pero eso era una excusa. ¿Cómo se adquiría un hábito?…

Victorino había ganado la batalla. Pero era mayor, casi un anciano, no aguijoneado ya por los deseos…

No, no iré. Me quedaré aquí, leyendo. Hoy, al menos, defenderé la fortaleza. Mañana, ya veremos.

El pomo con esencia de verbena… ¡Cómo le gustaba a ella! ¡Y qué bien olía! Un poco en las sienes, frotarse las manos… Ella también la usa… Pero no, no iré…

Fue.

## 7.

—Mira —dijo Alipio—. Ahí viene Ponticiano, atravesando el jardín.

—Y parece muy contento… —añadió Agustín.

—Es natural. Por una vez, este país helador goza de buena temperatura. Como en África en primavera.

—Sí, pero aquí hay que esperar hasta el mes de julio.

Ponticiano entró sin que nadie lo anunciara; solo había un esclavo en la casa y debía de estar ocupado.

Se saludaron cordialmente. Ponticiano también era africano y, como mano derecha de Bauto, se relacionaba con frecuencia con los

distintos profesores de la academia municipal.

—¿Dónde está el tercer triunviro? —preguntó.

—¿Nebridio? En la academia, ayudando a Verecundo.

—Tengo que hablar con él —dijo Ponticiano—. Bauto tiene algunas dificultades presupuestarias y…

—No te preocupes —dijo Agustín—. Nebridio trabaja gratis, por amor al arte… Y no se queja, porque quiere aprender de Verecundo.

—Bauto se alegrará —repuso Ponticiano—. ¿Y tú, Alipio? ¿Qué haces aquí? Te creía en los tribunales…

—He terminado mi tercer año como ayudante. Ahora me convertiré en araña…

—¿En araña?

—Sí. Tenderé mis redes para que caigan clientes.

—Vendedor de palabras y vendedor de leyes —dijo Agustín—. ¿Qué es lo que vendes tú, Ponticiano?

—En palacio vendemos todo, hasta nuestra alma.

Se echó a reír, destempladamente. Era un hombre de pelo gris y espesas cejas, que casi le ocultaban los ojos.

—Tanto es así —añadió— que casi caigo en desgracia por no querer vender la mía.

—¿Cómo ha sido eso?

Les contó lo sucedido en la corte, cuando Faber informó de lo de la basílica y de la reacción de las tropas.

—La emperatriz madre odia al obispo. Pero no puedo soportar que lo llame farsante.

—El caso es que han cesado las hostilidades —dijo Alipio.

—Bueno, con ella nunca se sabe. Esperemos que el asunto no traiga cola.

—¿Qué quieres decir?

—Que pueden surgir complicaciones. No se trata de una persecución en regla, pero no faltará quien lo diga. Sobre todo, fuera de Milán.

—El viejo Máximo en la Galia, por ejemplo —observó Alipio.

—Exacto —asintió Ponticiano.

—Un curioso defensor de los derechos de los perseguidos, el asesino del emperador Graciano…

—Él no lo llamaría asesinato —dijo Ponticiano—, aunque lo fue. Mucha gente no olvida el mal que ha hecho a otros…

—Si mató a Graciano, ¿por qué no va a intentar matar a su hermano menor, Valentiniano?

—Sobre todo teniendo en cuenta que ese hermano gobierna en regiones fértiles y ricas —observó Agustín—. Alarmantes noticias, Ponticiano.

—No son noticias, Agustín. Solo especulaciones… Y más bien confidenciales.

Cambió de conversación.

—Hermosa mesa de juego, Agustín —dijo Ponticiano—. No sabía que te gustara…

—No, no —repuso Agustín—. El juego es del dominio de Alipio.

—¡Qué descaro! —exclamó el acusado—. No he pisado el circo desde que estoy en Milán.

—¿Quién ha hablado del circo?

—Te han cogido, Alipio —dijo riendo Ponticiano—. En fin, ya veo que utilizáis la mesa más como librería que como mesa de juego. ¿Sigues todavía enfrascado en tus especulaciones? ¿Qué estás leyendo ahora?… ¡Cómo! ¿A san Pablo?

—Sí —repuso Agustín—. Lo he leído despacio…

—Estupendo guía —dijo Ponticiano—. ¡Cuánto bien han hecho sus escritos! Unas cuantas cartas nada más, sí, pero una sola frase bastó para convertir a un hombre en un gran santo.

—¿De verdad?

—Sí. Antonio. El anacoreta de Egipto.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Agustín.

—¿Es posible? ¡Pero si es conocidísimo!

—Yo tampoco sé quién es —aseguró Alipio.

—Increíble… En fin, eso me da la oportunidad de hablaros de él… ¿Cuántos años tienes, Agustín?

—Treinta y dos.

—Lo cual quiere decir que Antonio murió dos años antes de que nacieras tú. Y, al año siguiente, el gran Atanasio escribió el relato de su vida. Procedía de una rica familia, pero no le gustaba estudiar. Cuando tenía veinte años murieron sus padres, que le dejaron una fortuna. Fue entonces cuando recibió la llamada de Dios. Quería saber lo que Dios le pedía, así que abrió las Sagradas Escrituras al azar y sus ojos cayeron en una frase que decía: «Ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme».

—Evangelio de san Mateo. Capítulo décimo —dijo Agustín sin poderlo remediar.

—¿Sí?… Bueno, no creo que Antonio lo supiera. El caso es que hizo lo que allí se decía. Dio todo lo que había heredado a los pobres, confió a su hermana —el único pariente que le quedaba— a una comunidad de vírgenes y se retiró al desierto, en los alrededores de Coma, su ciudad natal.

—Y tenía veinte años… —musitó Agustín, pensativo.

—Sí. Y, cuando comprobó que aquel lugar no era lo bastante solitario, se fue más lejos… Su peor enemigo era la lujuria. Durante más de diez años, tuvo que luchar sin tregua contra las tentaciones de la carne. El demonio no le dejaba en paz, ni de día ni de noche. Rezaba, ayunaba varios días por semana a pan y agua…

—¡Vaya vida desgraciada! —exclamó Alipio—. Se moriría pronto…

—Bueno, depende de lo que llames pronto —repuso Ponticiano con sonrisa burlona—. Tenía ciento cinco años… Y su gran amigo Pablo —no este Pablo, otro, el fundador de la vida eremítica— vivió ciento quince.

—Cuéntame más de Antonio —le urgió Agustín, interesado.

—Venció a los demonios que le acosaban; no lograron vencerlo ni una sola vez. Y él terminó por burlarse de ellos… Cuando bajo

Diocleciano se desencadenó una persecución contra los cristianos, no dudó en ir a Alejandría para estar al lado de los perseguidos y confortarlos. No pudieron detenerlo y, cuando la persecución concluyó, regresó al desierto, a la Tebaida. Otros le siguieron, para imitar su género de vida. Solo una vez más volvió, hará ahora unos cincuenta años, para ponerse al lado de Atanasio contra la herejía amana. Y luego, de nuevo en la Tebaida, los peregrinos no cesaban de acudir a la cueva en que habitaba… Y es que no hay nada más admirable que una vida totalmente dedicada a Dios. El hombre sabe que Dios es exigente, pero pocos tienen el valor de entregarle la vida…

Nadie osó decir nada.

—No me explico cómo no habíais oído hablar de él —añadió Ponticiano—. Es, con Pablo el Ermitaño, el fundador del movimiento monástico. Hay ya muchísimos monasterios y cenobios en todo el Imperio. Incluso aquí, en Milán, hay uno.

—¿De verdad? —exclamó Agustín.

—Sí, fuera de las murallas. Está bajo el patrocinio del obispo Ambrosio. Hay algo misterioso en esos lugares…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alipio.

—No sé, solo puedo explicároslo contándoos lo que me sucedió a mí, algo que me impresionó muchísimo. Fue en Tréveris, hace pocos años. Toda la corte estaba allí y muchos cortesanos habían ido con el emperador a ver las carreras de cuadrigas en el estadio. Otros tres y yo, sin embargo, preferimos dar un paseo por los jardines, fuera de las murallas, íbamos de dos en dos, y nos separamos un poco. Según nos contaron luego los otros dos, de repente toparon con una casita medio escondida entre un bosquecillo de nogales. En ella vivía media docena de hombres solos. Les preguntaron qué hacían y por qué se habían refugiado allí, y, por toda respuesta, uno de ellos les dio un librito: era la vida de Antonio de Egipto, escrita por Atanasio. Entonces, mis dos amigos se separaron; uno de ellos se quedó en una habitación, leyendo el libro, y el otro fue a visitar el

resto de la casa. Habló con aquellos hombres durante un rato y cuando regresó a la habitación, conmovido por lo que había visto, su amigo dejó de leer y alzó la vista; era otro hombre. «Dime —dijo a su amigo—, ¿por qué nos afanamos tanto? ¿A quién servimos?… Nuestro mayor anhelo es alcanzar la amistad del emperador, pero todo lo que hacemos es incierto y arriesgado; en cualquier momento podemos perder su favor… Pero, si nos empeñamos en ser amigos de Dios, no tardamos en lograrlo, porque Él nunca traiciona». Volvió los ojos al libro y siguió leyendo, pero por poco tiempo, porque se echó a llorar. «Estoy decidido —dijo entre sollozos—. En adelante solo serviré a Dios. Me quedo aquí. Y, si tú no quieres imitarme, te ruego que al menos no trates de disuadirme». El otro no había leído el libro, pero había hablado con los monjes, así que decidió quedarse también. Mi amigo y yo seguíamos paseando por el jardín, y, como habíamos perdido de vista a los otros, pensamos que tal vez estuvieran en la casita, la única que había por allí. Se estaba haciendo de noche, así que fuimos a buscarlos y, en vez de dos altos funcionarios de la corte, nos encontramos con dos nuevos monjes, que nos contaron lo sucedido y nos rogaron que, si no queríamos imitarlos, al menos no tratáramos de disuadirlos…

Ponticiano hizo una pausa. Estaba emocionado y un tanto tembloroso.

—No me avergüenza deciros que lloré —añadió—. No por ellos, sino por nosotros… Porque ellos habían tenido el valor de dejarlo todo y nosotros no lo tuvimos. Regresamos al palacio imperial como sonámbulos. Y allí se quedaron, más felices que cualquier emperador, rezando por nosotros…

Se puso de pie.

—He de marcharme —dijo—. Por cierto: nuestros dos amigos estaban ya comprometidos e iban a casarse… Pues bien, cuando sus prometidas supieron lo sucedido, decidieron consagrarse también a Dios… Y lo más curioso es que cosas así están sucediendo en todas

las provincias del Imperio. Todo porque un joven de veinte años topó un día con una frase de las Escrituras…

Hizo ademán de irse, dio unos pasos y, de pronto, se volvió, risueño:

—¡Qué idiota soy! —exclamó—. Me iba sin decirte lo que me había traído a tu casa, Agustín: le hablé ayer a Bauto del curso de literatura que estás impartiendo y me sugirió que incluyeras algo de poesía… Me temo que lo que quería es que incluyeras alguno de sus poemas… ¿Lo harás? Para ser militar, no está mal lo que escribe…

Agustín nunca llegó a saber lo que le dijo. Acompañó a Ponticiano hasta la puerta, regresó, se asomó a la ventana y allí permaneció, como ausente, largo rato.

Cuando finalmente dio media vuelta, Alipio se quedó helado: estaba pálido como un muerto y tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Con voz ronca, musitó:

—¿Qué nos pasa, Alipio, qué nos pasa?… Ya lo has oído: funcionarios, gente mediocre, sin demasiada formación, es capaz de arrebatar el Cielo por la fuerza… Y aquí estamos nosotros, con todos nuestros estudios, hundidos en el cieno…

Había empezado a elevar el tono de la voz, a gritar casi.

—No somos capaces de imitarles… ¡Qué vergüenza, dejarles tomar la delantera!… Sí, mírame, mírame… Yo me contemplaba a mí mismo mientras hablaba y me vi como cubierto de lepra… ¿Cómo limpiarse, Alipio? Mis úlceras me acompañan por todas partes… He tratado de olvidarlas, de vivir de espaldas a ellas, pero no puedo… Parece como si caminara por una galería de espejos, y, por mucho que trato de ocultarme, reflejan mi imagen constantemente… Están aquí, en mi propia mente, y lo que me muestran es vil, sucio, repugnante…

Tomó el libro de la mesa.

—Una sola frase hizo cambiar a Antonio, pero yo he leído miles y miles y no he sido capaz de cambiar ni siquiera un poco… Creía que los diecinueve primeros años de mi vida eran tiempo perdido,

porque hasta entonces no había descubierto la sabiduría, pero han transcurrido catorce años más y sigo lo mismo, sin lograr alcanzarla… He perdido el tiempo, he arruinado mi vida.

Se cubrió el rostro con las manos y salió precipitadamente del estudio, en dirección al jardín. Alipio le siguió, demudado, tembloroso. No creía que Agustín fuera a infligirse algún castigo, pero sabía que no debía dejarle solo, porque sus reacciones eran imprevisibles.

No le fue fácil seguirle, porque corría como una exhalación, hacia un rincón del jardín. Al llegar allí, se arrojó sobre el húmedo césped y Alipio se sentó cerca, a prudencial distancia, suspirando aliviado. Sin embargo, no tardó en comprender que no se había calmado.

Horrorizado, vio cómo Agustín se tiraba del pelo, se golpeaba la frente, se mecía como un demente, enlazando con las manos sus rodillas…

¿Por qué no puedo hacerlo?, pensaba. Mando a mi voluntad y obedece, pero, cuando le mando eso, no me obedece… ¿Es que soy el campo de batalla en que luchan las fuerzas de la luz contra las de las tinieblas?… ¡Tonterías! Soy yo, yo, yo, el que quiere o no quiere… El que no quiere del todo. Es mi alma, enferma con la maldición de Adán.

Nunca lo quise de veras. No quise romper…, no quiero. Me disculpaba diciéndome que no podía renunciar a los goces de la carne mientras no descubriera la verdad, pero ahora… La verdad está ahí y yo no me decido… ¿Acaso tienen alas esos que nunca se han dejado la piel buscando la sabiduría? Quisiera volar y me hundo… Reflexiono, discuto conmigo mismo y, al final, temor y vergüenza, temor y rabia…

Ahora. Ahora… He comprendido. He avanzado un poco… Ahora… Que sea ahora…

Casi está a mi alcance, casi lo toco… Cede la vergüenza, pero aumenta el miedo… Estoy colgado entre dos mundos, pendiente de un hilo, pero debajo se abre un abismo… Y oigo esas voces dulces,

huelo la fragancia del perfume, veo abrirse esos labios que murmuran: «¿Es que vas a dejarnos… para siempre?». Acariciar formas tan bellas, abrasarse en carnales delicias…

Allí estaban, cerca, muy cerca, susurrando, anhelantes, secretos conocidos, ofreciendo goces inenarrables… «¿Nos vas a dejar?… ¡No lo hagas! Sabes que no podrás vivir sin ellos, que volverás… Te esperamos…».

«Ven… ven…».

—¡Dios! —rugió—. ¡Dios, Dios, Dios!

Las voces no cesaron. Más apagadas, pero prosiguieron. Los labios, pálidos, estaban ahora tras él, podía sentir la suave presión en su cuello, y cuando hizo intención de levantarse, se pegaron a su piel, y, una voz murmuró, insinuante: «¿Podrás vivir sin nosotros?».

Ahora era un rostro de serena belleza —serena y gozosa—, una mujer joven, que le abría los brazos en gesto de bienvenida. Y, con ella, una legión de jóvenes de todas las edades, varones y hembras, célibes, casados y viudos. Y la Castidad sonrió, y en su sonrisa había valor, gozo y sabiduría…

¿Por qué no vas a poder hacer lo que todos estos han hecho? ¿Acaso crees que fueron capaces de lograrlo con sus propias fuerzas? No vencerás, mientras luches tú solo… Deja que Dios sea tu fundamento, arrójate en sus brazos y no tengas miedo. No te dejará caer. Te acogerá y te curará…

Pero las otras voces, melosas y suaves, seguían susurrándole al oído: «Ven… ven…».

La Pureza no podía oírlas, pero sabía que estaban allí. Por eso dijo: «No les hagas caso… Tratan de engañarte con sus falsas delicias…».

Alipio seguía sentado sobre el césped, quieto. Sabía que no podía hacer nada, que no debía decir nada. Pero sabía también que no debía irse. Cuando Agustín se puso en pie, murmurando palabras ininteligibles mezcladas con sollozos, sospechó lo que esperaba de él y permaneció sentado. Le vio alejarse, tambaleándose, y

desaparecer tras un grupo de árboles. Trató de rezar, pero no fue capaz. No encontraba palabras. El mundo entero había perdido el habla.

Bajo una higuera, Agustín se desmoronó. Estaba maldito, condenado, olvidado. ¿Para siempre? ¿Permanecería siempre encadenado?… Él mismo se había encadenado, al aplazar la decisión una y otra vez. ¡Qué debilidad la suya! Objeto de abominación para su propia alma… Ningún compromiso era posible. O todo o nada. Así tenía que ser… ¡Cuánto tiempo, Dios, cuánto tiempo! ¿Por qué no ahora mismo?… Débil. Débil como un niño…

Un niño. La voz de un niño, en la casa de al lado. ¿O era fruto de su imaginación? No, no… canturreaba otra vez, con un extraño soniquete: «Toma y lee… toma y lee…».

¿Era un niño o una niña?… Había que aclararlo, que no cupiera duda… ¿Se trataba de algún juego infantil? Si así era, nunca lo había oído. Extraño. Muy extraño.

Se puso de puntillas, pero no vio nada. Dio media vuelta y se dirigió hacia Alipio, que seguía sentado en el césped; a su lado, un libro: las Cartas de san Pablo… Lo había llevado él mismo al jardín y lo había dejado allí. Se inclinó, lo recogió, lo abrió al azar y leyó en voz baja la primera frase con que toparon sus ojos: «No andéis ya en comilonas y borracheras; ni en amancebamiento impúdico; dejad ya las contiendas y peleas, y revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no os ocupéis de la carne y de sus deseos».

No quiso leer más. No lo necesitaba. Nada más terminar de leer esas palabras, una luz que le llenó de confianza iluminó su corazón. Las sombras de la incertidumbre se desvanecieron.

Miró a Alipio, radiante.

—Estoy liberado —dijo con sosiego—. Por fin puedo hablar con Dios como con un amigo.

Y le contó lo sucedido.

—Muéstrame esas frases… —murmuró Alipio.

Se las mostró y Alipio las leyó.

—Y la frase que sigue es para mí —dijo—. Mira: «Recibid al débil en la fe…». Ese soy yo.

Agustín se le quedó mirando, sorprendido.

—¿Quieres decir que…?

—¡Naturalmente! —explotó Alipio—. Te he seguido a trompicones por todos los caminos equivocados. ¿Crees que ahora que estás en el camino recto me voy a quedar parado?

Rompieron a reír. Se abrazaron. Luego, Agustín se apartó bruscamente de Alipio y echó a correr hacia la casa.

—¿Dónde vas? —exclamó Alipio.

—¡A decírselo a mi madre! —gritó Agustín, sin pararse.

# LIBRO SÉPTIMO
# Año 387 d. C.

## 1.

Durante la noche del Sábado Santo, cuatro personas se introdujeron sigilosamente en la basílica de Milán: dos hombres, una mujer y un adolescente.

La noche era muy oscura y hacía frío. Agustín tosía de vez en cuando. No lograba acostumbrarse al clima de Italia; tal vez por eso había decidido regresar a África; por eso y por su madre. Nunca se refería a ello, pero sabía que echaba de menos el sol africano, las colinas rojizas sembradas de olivos plateados y el leonado desierto, profundo y vasto como el cielo estrellado. Sus ojos se habían iluminado cuando él le había hablado de volver a casa. Eso colmaba su felicidad. Porque era feliz, inmensamente feliz, desde aquel día en que él le había dicho que acababa de regresar al hogar, espiritualmente hablando…

Seis meses habían transcurrido desde entonces; los seis meses más felices de su vida.

Los bancos de la basílica eran muy duros, y duro iba a ser permanecer toda la noche sentado en ellos… Tanto mejor; era una noche de treinta años largos, que terminaría con el alba; la noche de la muerte del viejo Adán. Ojalá no fuese demasiado duro para su madre…

Miró hacia atrás, pero no pudo ver más que una sombra informe, arrodillada en la oscuridad.

Adeodato estaba junto a él, arrodillado también; tenía alzado su rostro juvenil hacia el altar, a cuyos pies reposaban ahora las reliquias de Gervasio y Protasio.

Alipio, sentado junto a él, al otro lado, se cubría la cara con las manos. No le importaba el frío. Había venido haciendo una serie de ejercicios ascéticos, día tras día, que incluían, entre otras cosas, caminar descalzo sobre el hielo. Eso le había endurecido, desde luego. Sin embargo, en el monasterio no se permitiría hacer ejercicios ascéticos sin autorización del superior, para evitar los excesos… ¡Qué pena que su madre no pudiera administrar la casa! Pero no puede haber mujeres en los monasterios. La iría a visitar a diario…

Se alegraba de no haber seguido el ejemplo de Victorino, aunque había estado tentado de hacerlo. Pero se había dado cuenta a tiempo de que sus motivos no eran del todo limpios: asombrar a la gente, brillar, despertar admiración como «guerrero de Cristo»… Buscar, en suma, su propia gloria, no la del Señor. Era mucho mejor seguir dando clases unas semanas más, hasta las vacaciones, y luego, en otoño, retirarse…

¡Qué buenos amigos tenía! Verecundo había puesto a su disposición su finca de Casiciaco, cuyo recuerdo nunca se borraría de su memoria: las viñas, las huertas, las moreras, las montañas nevadas al fondo, el lago… Y la casa, un islote de paz. Romaniano le había pedido que se llevara a Licencio con él, para seguir instruyéndolo, y Alipio iba y venía para subvenir a las necesidades materiales. Y su madre cuidaba de todos, como una madre.

Bendito Verecundo… Señor: recompensa como merece todo el bien que nos ha hecho y haz que nos siga pronto, lo mismo que Romaniano y Nebridio… Todos, Señor, todos… Permíteme que ponga sus corazones ante tu altar.

¡Pobre Verecundo! Qué miedo tenía de que nuestra conversión rompiera nuestra amistad, como si no fuera al contrario…

Si Verecundo se preocupaba demasiado, a Licencio no le importó nada. Travieso muchacho, listo y lleno de resabios como un mono, al que se parecía tanto… Comiendo y bebiendo a dos carrillos y hablando por los codos. Y haciendo discursos, y recitando versos, suyos a menudo… que, por cierto, no eran demasiado malos. ¡Qué ocurrencia! Poner en verso la historia de Píramo y Tisbe… Y recitar a Sófocles y a Eurípides… Nada se le resistía. Ni siquiera los Salmos.

Los habían leído juntos, todas las mañanas. Y los habían cantado, con la melodía que había compuesto Ambrosio. Era tan pegadiza, que Licencio se pasaba el día entero canturreándolos… Hasta que su madre, la pobre, le oyó cantarlos en un lugar muy poco adecuado, y se lo reprochó severamente en cuanto salió del excusado. «Pero Dios sabía que estaba allí, madre —repuso, porque la llamaba madre—, y me escuchaba lo mismo, porque está en todas partes…».

¡Qué muchacho! Había estado seis días discutiendo, incansable, sobre la posibilidad de alcanzar la felicidad sin ser sabio…

¡Qué contraste con la seriedad —casi gravedad— de Adeodato! Y eso que era mucho más joven… Un discípulo ejemplar, capaz de elevarse muy alto y de dar respuestas memorables… Las había recogido por escrito, muchas de ellas. Tal vez un día podría hacerse un libro…

Pero el principal motivo de haberse retirado a Casiciaco había sido hacer un profundo examen de todo lo que sabía a la luz de la fe recibida. Se lo había dicho a todos sus amigos y, sobre todo, a sí mismo. Los «Soliloquios» eran el resultado: un montón de notas que también podrían convertirse en un libro. Platón y Plotino habían sido puntos de referencia, no guías. Era preciso dejar bien claro, primero a sí mismo y luego a los demás, en qué puntos se equivocaban y en cuáles no. Y, sobre todo, tenía que tratar de comprender en qué creía ahora. La Fe sería la plataforma desde la cual se lanzaría a esta

nueva aventura, ese punto que Arquímedes necesitaba para mover el mundo.

La Fe era una condición necesaria. Solo quien cree que hay un fin es capaz de alcanzarlo. En otro tiempo, se había burlado de la fe, pensando que era ciega. Ignoraba lo que era y por eso era imposible que creyera, tan imposible como explicar a un ciego los colores. Sí, los ciegos son los que no tienen fe.

Quien tratara de comprender de alguna manera la inmutable esencia de Dios tendría que purificarse antes. Hasta que esa purificación sea total, la mente debe guiarse por la fe. Creer para comprender.

Y si me preguntaran qué es lo que más necesita quien quiera descubrir un mundo nuevo, ya sea la misteriosa Atlántida o cualquier otro, yo diría que fe. No dinero, o poder, o barcos, o valor, o sabiduría, sino fe.

La fe precede a la razón en el tiempo, no en orden o en nobleza; además no son dos medios tan distintos de alcanzar la verdad, pues la razón ha de utilizarse para establecer la validez de la autoridad, para decidir en quién se puede confiar y por qué.

Él era ese tipo de hombre que no es capaz de comer sin saber lo que come y de dónde procede, cuánto pesa y qué precio tiene, quién lo ha vendido y en qué condiciones está… Su madre, sin embargo, no se hacía nunca estas preguntas, porque confiaba plenamente en el Donante de los alimentos. Dos posturas distintas, pero un mismo efecto: nutrir el cuerpo…

El invierno había transcurrido deprisa en Casiciaco.

Hacía ya unas semanas que habían vuelto a Milán, y él había comunicado a las autoridades académicas que tendrían que reemplazarle. Sabían que no se encontraba bien, que tenía asma y frecuentes bronquitis.

También había escrito al Obispo Ambrosio, hablándole de su conversión y de sus pasados errores, y pidiéndole consejo sobre lo que debería leer como preparación al bautismo, que esperaba recibir

en Pascua de Resurrección, junto con Adeodato y Alipio. Ambrosio le había contestado diciéndole que leyese al profeta Isaías, pero lo había encontrado pesado y farragoso. Se había concentrado, por eso, en los Evangelios y en los Salmos.

No existía una auténtica relación espiritual entre él y el Obispo, al menos directa. Era como si Ambrosio hubiese estado aguijoneándole desde lejos, con su conducta y su ejemplo, sin querer establecer un contacto directo…

Y aquí estaba ahora —aquí estaban—, a la espera de dar por terminado el largo viaje e iniciar una nueva ida.

Era ya medianoche y aumentaban la oscuridad y el frío, pero la basílica ya no estaba vacía. Otros habían ido llegando: ocho, diez, doce, veinte… Veinte almas ansiosas de verse liberadas. Y, a su alrededor, los fantasmas de sus errores y pecados, mudos y temblorosos, esperando la sentencia; los suyos también, visibles solo para él…

También estaba allí Harmodio, sonriéndole, más cerca que nunca, ahora que su amigo estaba muerto y él a punto de recobrar la vida, porque ahora ambos estaban unidos en el amor de Dios… ¡Cuánto he tardado en reconocerle! Llego tarde, Harmodio, muy tarde… Pero no demasiado tarde, ¿verdad?

No se puede prescindir de Cristo…

¡Cómo me aguijoneabas, Señor, y cómo me hacías inclinar la cerviz, allanando las montañas de mi soberbia y haciendo derecho lo que yo me empeñaba en torcer y llano lo que yo quebraba!

Señor: «Soy tu siervo y el hijo de tu sierva. Tú has roto mis ataduras. Elevaré hacia Ti un sacrificio de alabanza…».

«Que todos mis huesos proclamen: ¿Quién como Tú, Señor?».

Contéstame y dile a mi alma: «Yo soy tu salvación».

¿Quién soy yo? ¿Qué clase de hombre soy? ¡Cuánto mal en mis actos, en mis palabras, en mis deseos! Pero Tú, Señor, eres bueno y misericordioso, y te has apiadado de mí y me has sacado del abismo de corrupción en que estaba hundido. Gracias a Ti, he llegado a

querer lo que Tú quieres, no lo que yo quiero… ¿Dónde estaba mi libre albedrío cuando me sacaste del abismo y me hiciste inclinar la cabeza y pusiste sobre mis hombros tu suave yugo, Jesús, Señor mío y Redentor mío? ¡Qué alegría, Señor, sentirse libre de tantas vanidades! ¡Qué gozo renunciar a lo que tanto temía perder! Porque Tú arrojaste de mí todo eso, Señor, y ocupaste su lugar… Tú, más brillante que cualquier luz, más íntimo que cualquier secreto, más valioso que cualquier honor… Has librado mi mente de los fantasmas que la acosaban, mi voluntad de los apetitos de la carne y de las tentaciones del orgullo… Y ahora puedo hablar contigo como con un amigo. Porque Tú, Señor, mi Dios, mi gloria, mi salvación, mi riqueza, quieres ser mi Amigo… Empezaron a llegar, antes del alba, hombres, mujeres y niños, dispuestos a morir para iniciar una nueva vida. En la indecisa luz de esas primeras horas de la mañana, comenzaron a cantar los himnos que habían aprendido de quienes los habían entonado en horas de peligro.

Ya se eleva sobre el mar
la estrella de la mañana.
Sobre las olas brillan
los primeros rayos del sol,
mensajeros de su retorno.
Que tu Santa Luz, Señor,
ilumine nuestras almas…

Ya lo había oído antes, en la basílica… Había asistido a los oficios todos los días, la última semana. Era uno de los Himnos Ambrosianos. Así los llamaban…

A veces, las voces de los hombres y de las mujeres se alternaban; otras cantaban todos juntos.

*Iam lucis orto sidere*. El Himno de la vigilia pascual.

No era capaz de unir su voz a las de los demás. Estaba ronco y le dolía el pecho, pero cantaba con el corazón. Ambrosio, el presbítero, se había transformado en Ambrosio el poeta. Dios podía fecundar la poesía, como había fecundado el vientre de María.

De pronto, alguien ordenó que los catecúmenos se dirigieran al baptisterio, y él se puso en pie, entumecido tras la larga vigilia; los demás hicieron lo mismo.

Su hijo estaba a su lado, y su mejor amigo. Sin embargo, estaba solo. Formaban todos un semicírculo, frente a los presbíteros y el Obispo, pero estaba solo; un alma solitaria en la presencia de Dios.

Ambrosio entonó las palabras rituales, para que las repitieran (la renuncia a Satanás, a sus pompas y a sus obras) y luego todos se despojaron de sus vestiduras, y él hizo lo mismo. Y el Obispo les ungió con el óleo, como los atletas antes de la prueba y los reyes al iniciar su reinado. Y se sumergieron en el estanque, para quedar limpios…

Ambrosio le hizo tres preguntas: «¿Crees en Dios Padre, Todopoderoso?». «¿Y en Su Hijo Jesucristo?». «¿Y en el Espíritu Santo?». Y se oyó a sí mismo responder, como desde muy lejos: «Creo… creo… creo…». Y Ambrosio le bautizó en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y salió del estanque y volvió a ungirle con aceite y con bálsamo; y luego le confirmó, haciendo la señal de la cruz sobre su frente. Y alguien le puso una túnica blanca y colocó en su mano un cirio encendido.

Los rayos del sol naciente inundaron el baptisterio circular y todo se tornó blanco y dorado.

Y la voz de Ambrosio refulgía también:

«A Ti, oh Dios, te alabamos.

Te reconocemos como nuestro Señor…».

Las palabras manaban de la mente de Agustín. ¿Era su propia voz la que resonaba o era la de Ambrosio? No lo sabía, nadie lo sabía.

«Toda la tierra te adora, Padre Eterno; todos los ángeles; todos los cielos y todas las potestades; los querubines y los serafines, que no cesan de cantar: Santo, Santo, Santo…».

«Santo, Santo, Santo», cantó con voz ronca Agustín.

«Santo Dios, Señor de los ejércitos», dijo Ambrosio. «Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de tu gloria…».

«A ti te alaba el glorioso coro de los Apóstoles».

«A ti, el blanco ejército de los mártires».

«De un extremo al otro de la tierra, te confiesa la Santa Iglesia,

Padre de infinita majestad,

y a tu Hijo Unigénito y al Espíritu Santo, el Paráclito».

«Tú eres el Rey de la Gloria, Jesucristo,

Hijo Eterno del Eterno Padre». «Tú, que quisiste liberar al hombre

encarnándote en el vientre de María Virgen».

«Tú, que venciendo el aguijón de la muerte con tu infinito poder,

abriste a los creyentes el Reino de los Cielos».

«Tú, que estás sentado a la derecha del Padre

y vendrás a juzgarnos al final de los tiempos…».

Todo el mundo se había arrodillado. Solo rezaba Ambrosio, pero rezaban todos: «por eso te rogamos que protejas a tus siervos, a quienes redimiste con tu preciosa Sangre. Que se cuenten entre tus elegidos y alcancen la gloria eterna. Salva a tu pueblo, Señor, y bendice a tu rebaño. Gobiérnalo y ayúdalo siempre. Te alabamos, de noche y de día. Ensalzaremos tu nombre por los siglos de los siglos. Líbranos, Señor, de todo pecado. Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros…».

El regreso a la nave central de la basílica fue como flotar en un éxtasis. Los fieles que la llenaban rompieron a cantar: «*Gloria in excelsis Deo*…».

Acto seguido comenzó la Misa de Pascua, y Agustín, Adeodato y Alipio, recién nacidos a una nueva vida, permanecieron en el templo cuando los catecúmenos se retiraron, y recibieron juntos, por primera vez, el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Cuando, terminada la ceremonia, el Obispo Ambrosio se retiró a su morada, puso por escrito el nuevo himno que había alumbrado aquella misma mañana: el que comenzaba con estas palabras:

«A Ti, oh Dios, Te alabamos…».
*Te Deum laudamus*.

## 2.

De Milán a Ostia había poco más de trescientas cincuenta millas, pasando por Pavía y Génova y siguiendo la *Via Emilia* y la *Via Aurelia*, interminables y polvorientas.

El viaje se les hizo largo y fatigoso. Eran cinco: Agustín, Mónica, Adeodato, Alipio y Evodio, un joven que Agustín había conocido en los últimos días de su estancia en Milán; cristiano desde hacía tiempo, había servido en el ejército y, luego, como funcionario en la corte imperial. Cuando Agustín le había dicho que pensaba fundar en África una especie de hermandad de fieles cristianos, se había entusiasmado con la idea y le había dicho que deseaba formar parte de ella. Agustín le habría aceptado aunque no hubiese sido tan versado en filosofía como era, porque le había conmovido la nobleza de aquel joven de ojos azules, robusto, franco y enérgico. Alipio, siempre celoso de las amistades de Agustín, le acogió con simpatía y cariño.

Al llegar a Ostia, preguntaron en el puerto si había alguna nave que se dirigiera a Cartago. El oficial portuario negó con la cabeza.

—Ninguna, de momento —dijo—. Tal vez la semana que viene, pero lo dudo.

—¿Por qué? —preguntó Agustín.

—No lo sé —repuso—. Órdenes…

—¿Qué significa «órdenes»?

—Lo siento. No puedo deciros más. Volved la semana que viene. Si hay un navío, podréis viajar.

Agustín se unió a los demás y les comunicó la mala noticia.

—Dice que tiene órdenes… ¿Recordáis lo que Ponticiano nos dijo antes de partir?

Todos asintieron. No había sido muy explícito, pero les había insinuado que no retrasaran el viaje y regresaran a África cuanto antes. Algo se estaba cociendo… Luego se habían enterado —aunque eran solo rumores— de que habían llamado a Ambrosio del palacio imperial para encomendarle una misión especial. Todo el mundo sospechaba que se trataba de viajar a Tréveris, donde Máximo estaba poniendo un ejército en pie de guerra… Nadie hablaba ya de destierro: le enviaban como embajador especial, con la esperanza de que Máximo le escuchase.

—No podemos hacer más que una cosa —dijo Agustín—. Alquilar una casa y esperar… Temen a los espías de Máximo: por eso se niegan a dar más información.

Encontraron una casa a orillas del Tíber, con un pequeño jardín. Los dueños se habían ido al Sur y su administrador se la cedió por un módico alquiler.

Mónica estaba exhausta y, cuando se bajó de la litera, Agustín se asustó al verla tan pálida y ojerosa. Hasta su sonrisa era la de una persona mayor…

Aquel día se acostó muy temprano.

## 3.

—¿Puedo entrar?

Mónica dijo que sí y Agustín se acercó a ella.

—¿Te encuentras mejor? Tienes mejor aspecto.

Mónica asintió.

—Nada nuevo en el puerto… Ningún barco… —informó Agustín.

—No tardará en llegar. Soñé anoche que venía uno. Un barco grande, precioso… Yo iba en él, pero a ti no te vi. Curioso, ¿no?

Hizo una pausa y añadió:

—¡Bah! Solo era un sueño.

Sonrió, pero con cansancio y tristeza.

—Solo un sueño —repitió—. Sé cuándo es algo más… ¿Recuerdas cuando me empeñé en que te casaras? Pensaba que solo así consentirías en bautizarte. ¡Qué tontería! Le pedía a Dios que te llevara al matrimonio y que me lo hiciera ver como otras veces…

—Lo recuerdo. Incluso te rogué que se lo pidieras.

—Lo hice. Y tuve sueños, pero supe enseguida que solo eran sueños. No como otras veces… Eran diferentes… No sé cómo expresarlo… Como flores sin perfume… No sé…

—Madre…

—Sí, hijo.

—Cuando pienso en tu vida y en la mía, no puedo recordar nada que hicieras mal, nada en lo que te equivocaras…

—¡Oh, sí, sí! Me he equivocado muchas veces. Incluso de pequeña, cuando estaba al cuidado de Dorcas, la anciana nodriza, que me daba tan buen ejemplo… Todo el mundo la respetaba en casa de mis padres. ¡Era tan buena! Recuerdo que nos decía que no bebiéramos nada en las comidas, ni siquiera agua, porque si nos acostumbrábamos, cuando fuéramos mayores y pudiéramos beber vino, despreciaríamos el agua y solo beberíamos vino… Así nos acostumbraba a adquirir autodominio. Yo, sin embargo, empecé a beber vino enseguida. Cuando me enviaba a la bodega, a sacar vino de los barriles, llenaba la jarra y bebía un sorbo; al principio era solo un sorbito, pero luego… Ni siquiera Dorcas fue capaz de evitar que me dejara llevar por esa debilidad. ¡Estaba tan rico!… Hasta que un día una sirvienta que me había visto me llamó borracha. El insulto me hirió en lo más hondo. Me juré que no volvería a hacerlo, a pesar de que la sirvienta no quería que me corrigiera al decirme eso… solo burlarse de mí. Pero Dios se valió de ella para hacerme reaccionar…

—Hay algo malo hasta en los niños.

—Claro. Si no, nuestro Señor no hubiera venido a redimirnos… ¿No has visto lo envidiosos que son los niños? Todavía no saben hablar y ya no soportan que su madre dé el pecho a un hermanito. Y luego…

—No sigas, madre. Rojo de ira porque los mayores no se doblegaban a mis deseos… Mintiendo tan pronto como aprendí a hablar…

—Sí, así somos. Es increíble que, a pesar de todo, Él nos ame. Pero nos ama. Lo sabemos…

Se puso en pie, fue hacia la ventana, la abrió y se apoyó en el alféizar, para contemplar el jardín. Una ligera brisa agitó levemente la plata de su pelo. Él la siguió y se asomó también.

—Me pregunto cómo será… —se interrumpió.

—¿El qué, madre?

—La vida de los santos en el cielo.

—La fuente misma… lo que «el ojo no vio, ni el oído oyó, ni abarca el corazón del hombre…».

—Sí, la fuente de la vida, las aguas vivas…

—David lo sintió… «Como el ciervo anhela la fuente de las aguas, así mi alma te desea a Ti, mi Dios…». Agua. Siempre agua. La fuente de las aguas. «Si no renacéis del agua…».

—… y del Espíritu Santo. No, no solo el agua. Está también el maná de la Eucaristía.

—Y los clavos del sufrimiento… el madero de la Cruz.

—El Cordero pascual… el vino, el aceite, el precioso ungüento de nardo…

—La corona de espinas… el manto púrpura de la burla…

—El agua convertida en vino…

—El vino convertido en su Sangre…

—Y la Sangre y el agua del costado abierto por la lanza.

—Sí. La fuente que sana al mundo. Todo, cosas que entran por los sentidos, pero superan lo sensible.

—Y una vez que dominamos los sentidos…

—Una vez que nuestra voluntad se mueve espoleada por su Gracia…

—Nada de lo que brilla corporalmente merece la pena en comparación con los goces eternos del espíritu…

—Nada. Nada. Ni siquiera las maravillas del firmamento: el sol, las estrellas, la luna…

—¿Y cómo somos capaces de percibir todo esto?…

—Con las potencias del alma, lo más grande de cuanto ha creado Él…

—Pero existe un sendero oculto, un camino secreto…

—Sí, todavía más alto, que conduce a la región de inagotables riquezas en donde alimenta eternamente a su pueblo, Israel, con la Verdad…

—Y, allí, la vida es aquella Sabiduría que hizo todas las cosas, las que han sido, son y serán.

—Pero esa Sabiduría es increada. Siempre permanecerá.

—Por eso, «ha sido» y «será» no tiene sentido en ella. Simplemente «es», porque es eterna. Lo que «ha sido» o «será» no lo es…

—Más alto todavía…

—Sí… Dios, amor mío… Más arriba…

Alguien suspiró. Uno de ellos, pero ¿cuál de los dos? Porque el suspiro pertenecía a ambos, pues ambos volvían de esa Tierra de Promisión que es Dios mismo, patria del alma en gracia.

Se apartaron de la ventana. Ella dijo:

—Hijo, en lo que a mí atañe, ya no encuentro estímulo en nada de este mundo. No sé lo que hago aquí, ahora que no espero nada de la vida. Una cosa había que me hacía desear seguir un poco más de tiempo aquí abajo: tu conversión. Quería verte cristiano antes de morir… Dios me ha otorgado esta gracia, con creces… Me pregunto, pues, qué hago aquí…

## 4.

Empezó a tener fiebre cinco días más tarde. Dos días después perdió el conocimiento y todos corrieron a su alcoba, pero lo recobró

y, mirando a Agustín, dijo, desconcertada:

—¿Dónde he estado?

A Agustín se le hizo un nudo en la garganta. Mónica apretó su mano y murmuró, en voz baja:

—Me enterrarás aquí, hijo mío.

Él no hizo el menor comentario. Alipio balbució algo así como «mejor que sea en África», y ella le miró, compasiva; luego volvió a mirar a Agustín.

—¡Qué tontería! —musitó.

Luego, con voz firme, añadió:

—Hijo, que mi cuerpo se quede aquí. No quiero causarte molestias; solo te pido que me tengas presente ante el altar de Dios allí donde te encuentres.

Había hecho un esfuerzo. Cerró los ojos y ya no dijo nada más ese día.

—Siempre me había dicho que quería que la enterraran junto a su marido —comentó Alipio.

—Ha crecido por dentro —dijo Evodio—. Poco antes de caer enferma, me dijo: «Dios está en todas partes y no creo que se vaya a olvidar de dónde está mi cuerpo el día de la resurrección…».

Alipio se aseguró de que Agustín no lo oía para preguntar:

—¿Crees que se va a morir?

—Sí —repuso Evodio—. Ha pasado la antorcha a su hijo.

—¿Qué antorcha?

—La que ilumina a los demás.

## 5.

Mónica subió al cielo cuatro días más tarde, al noveno de caer enferma. Agustín le cerró los ojos.

No lloró. Es más, hizo callar a Adeodato cuando prorrumpió en sollozos.

—Ha muerto contenta, lo sé —dijo—. Y no ha muerto del todo. Me lo dice la fe.

—¡La reina ha muerto! —sollozó Adeodato.

La había seguido llamando así hasta el último momento. Nunca «abuela»; siempre «reina» o «madre».

Cuando se hubo calmado, Evodio abrió el Salterio y entonó uno de los salmos, el que empieza así: «Cantaré tus misericordias, Señor».

Luego vinieron los vecinos y los sepultureros. La llevaron al cementerio y la enterraron, sin que Agustín derramase una sola lágrima. Y tampoco lloró mientras se celebró el Santo Sacrificio por la redención de su alma.

Más tarde, solo en su alcoba, ya en la cama, repitió en voz alta el himno de Ambrosio que más le gustaba:

¡Oh, Dios, creador de todas las cosas,
que gobiernas el Orbe celeste,
iluminas el día con luces claras
y has hecho la noche para dormir:
Restaura nuestros miembros debilitados
para que podamos volver a trabajar,
y alivia nuestras mentes fatigadas
para que mañana podamos servirte mejor.

Ella lo rezaba todas las noches…

Y ahora, con Dios como único testigo, lloró por fin.

## 6.

—¿Nada nuevo en el puerto?

—Nada.

Agustín sonrió.

—El barco que vio en sueños mi madre era el que tenía que llevársela a ella… —musitó—. Empiezo a comprender. África no es

para nosotros… todavía.

Alipio se le quedó mirando, desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos vamos a Roma.

—¿A Roma?

—Sí.

—¡Pero si la odias!

—El Agustín que odiaba Roma murió esta Pascua. ¿Cómo iba a predicar a Cristo crucificado sin antes visitar la tumba de los Apóstoles?… Tengo que ver al sucesor de Pedro para recibir su consejo y su bendición. Vamos a Roma, Alipio.

# LIBRO OCTAVO
# Años 428-430 d. C.

## 1.

Cinco grandes naves —una trirreme y cuatro birremes— seguían ardiendo muy cerca de los muelles cuando Cartago empezó a celebrar la victoria. Fue algo espontáneo, como si todos los cartagineses hubiesen pensado lo mismo al mismo tiempo…

Los cartagineses eran ciudadanos romanos —casi todos—, pero antes que romanos se sentían cartagineses. Y esta era la primera victoria de Cartago sobre Roma desde hacía seis siglos y medio.

Las iglesias estaban llenas, las tabernas rebosantes y todo el mundo hablaba a gritos o gritaba por las calles. A la caída de la tarde, se formó una manifestación con antorchas y varios edificios ardieron por accidente. Unas seiscientas personas resultaron heridas en el tumulto o a causa de diversas agresiones por motivos políticos, la mayoría de ellas en el alboroto que se produjo junto al Cuerno de la Fortuna, entre el Foro y la Calle de los Zapateros.

—Les hemos dado su merecido —rugía un calderero—. Que se larguen a Roma y cuenten que Cartago ha vuelto a ser Cartago.

—Espero que no vuelvan —dijo un sastre.

—Que vuelvan, que vuelvan… Les daremos otra paliza… ¡Condenados herejes! ¡Rubios malditos!

—Creo que os equivocáis —intervino un leguleyo—. No es que trate de defenderlos, pero a esos godos los envió el emperador, o,

mejor dicho, su madre, Gala Placidia[*], que no suele andarse con chiquitas… Mucho me temo que…

—La guerra siempre acaba mal, para todos —interrumpió el tabernero, poniendo sobre la mesa otra jarra de vino—. Por eso yo no soy soldado, sino tabernero.

—Es sirio, pero tiene razón —dijo el calderero cuando se hubo ido—. Las guerras suelen acabar mal, sobre todo para quien las pierde… Eso le ha pasado a la Emperatriz. Ha perdido una docena de barcos y diez mil soldados.

—Doce mil, me han dicho.

—¡Ni hablar! ¿Y el ataque en masa en los muelles? ¿Y el asalto a las fortificaciones? ¿Y los que han muerto achicharrados en las naves? ¡Por lo menos quince o veinte mil!

—Ha recibido su merecido —sentenció el calderero—. Las mujeres, a lo suyo…

—A pesar de todo, es peligroso —insistió el leguleyo—. Roma sigue siendo fuerte… Recordad lo que le sucedió al Conde Gildo. Fue dueño de África durante doce años e hizo lo que le vino en gana, que, por cierto, no favoreció a nadie, excepto a esos malditos donatistas y otros de su calaña. Tuvimos que aguantarnos, pero, cuando a la emperatriz se le hincharon las narices… ¡plaff!, aplastó de un manotazo al todopoderoso Gildo.

—Antes hubiese debido hacerlo —aseguró el calderero—. Era un cerdo…

—Pero entonces —intervino el sastre— la emperatriz era todavía joven y su hermano Honorio[*], emperador.

—Lo mismo da. Emperadores, emperatrices… emperatriz madre… El caso es que nos brean a impuestos —dijo el calderero.

—Por eso son peligrosos —insistió el leguleyo—. Tienen medios… Acordaos de otro Conde, Heraclio, que intentó resistir… ¿Y dónde está ahora?…

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el calderero, enojado—. Gildo acabó mal, y Heraclio también, pero al Conde Bonifacio no le pasará

lo mismo.

—¡Así se habla! —gritó alguien desde otra mesa—. Bonifacio es un gran hombre, el más valiente que he conocido. ¡Lástima que no sea cartaginés! Merecía serlo.

—¡Claro que sí! —exclamó el calderero, acalorado—. Fui soldado cuando era joven y sé de lo que hablo. El Conde Bonifacio es el mejor general de todo el Imperio. Se han equivocado en Roma, esta vez. No se han enfrentado a un jefe de bandoleros, ni a un militar de pacotilla como Heraclio. Han atacado a su mejor general y ya habéis visto los resultados.

—Exacto —sentenció un zapatero—. ¿Y por qué le han atacado? Porque les dijo a los romanos que no estaba dispuesto a aumentar los impuestos en África, y menos para engordarlos a ellos. Eso es todo.

—Y tenía razón. Y ha cumplido su promesa… ¡Si hasta el Obispo, que es parco en elogios, ha dicho que es un hombre maravilloso!

—Insisto en que es peligroso —dijo el leguleyo, confortado con siete vasos de vino—. Y no soy el único que lo piensa…

—Sí, los cobardes capaces de vender a su propia madre…

—¿Lo dices por mí?…

—¡Calma, calma! —intervino el sastre—. Todos sabemos que el Conde Bonifacio es un valiente, pero no es menos cierto que se ha puesto en una difícil posición. Al oponerse a las tropas de la emperatriz, se ha convertido en un rebelde, y…

—¿Rebelde?… ¿Cómo te atreves a decir eso, costurero de mala suerte?…

—¡Por favor, no os peguéis!… ¡No!

—¡Está sangrando!…

Tuvieron que separarlos.

# 2.

—Ahora que estamos solos —dijo el Conde Bonifacio, con calma—, permitidme que os lo diga: somos todos rebeldes, sediciosos.

Estas palabras cayeron como una losa sobre los reunidos en la pequeña habitación, tapizada con pesados cortinajes color púrpura. De fuera llegaban la música, las risas y las voces de los que celebraban la victoria con loca algarabía.

Bonifacio había participado en el banquete celebrado en la sala contigua, pero se había retirado pronto al «saloncito púrpura», donde solía cenar con la condesa y sus amigos íntimos. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, musculoso, fuerte, de rostro hermoso y abierta sonrisa. Se decía que sus enemigos temían tanto su encanto como su valor. Con este ganaba batallas, pero con aquel, el corazón de sus contrincantes, sobre todo si eran mujeres.

Hacía apenas seis horas que había abordado una trirreme imperial, espada en mano, y había matado al capitán tras un ridículo duelo que apenas había durado unos segundos, pues un marino no era enemigo para uno de los mejores espadachines del Imperio. Con todo, había sido una locura hacer eso, pues era el comandante en jefe y había puesto su vida en peligro estúpidamente. No obstante, ahora que había tomado un baño y se había cambiado de ropa, ya lo había olvidado todo. Parecía un rey, vestido con aquella túnica de color escarlata, ribeteada de oro, y aquellos anillos de rubíes en los dedos…

Miró a sus invitados, uno a uno, para estudiar el efecto que había causado en ellos lo que había dicho.

El Legado Décimo —un soldado profesional, con el instinto de un animal bien entrenado— ni siquiera pestañeó.

El Legado Septimio, de caballería, sonrió tontamente.

Gregorio, su secretario particular, frunció el ceño.

El Prefecto Maro le miró serena, confiadamente.

La Condesa se encogió ligeramente de hombros. Sus ojos grises eran inexpresivos. El Legado Septimio había dedicado un poema a esos ojos sin vida, a esa piel lechosa, a ese pelo rojo y a otras muchas cosas, pero no se lo había enseñado a ella. Las mujeres germanas eran bastante negadas para la poesía y el Legado Septimio lo sabía.

—Rebeldes —repitió Bonifacio casi con complacencia—. Todos; excepto, claro, el venerable Primado de Numidia —añadió, inclinando levemente la cabeza ante un anciano de unos setenta años, de pelo blanco y ojos vivos, vestido con una sencilla túnica negra.

—¿Qué podíamos hacer? —dijo el Legado Décimo—. Estábamos sobre aviso. A no ser que la carta de Aecio[*] no fuera suya…

—Lo era. Su estilo es inconfundible. Lo sabes bien: puede hacer bellos discursos cuando quiere, pero si tiene algo que decir no se anda por las ramas… «A Bonifacio, Conde de África, saludos. Algunos creen que mucho poder es demasiado poder y saben cómo halagar a la emperatriz. Si te hiciera llamar con algún pretexto, peligraría tu vida. No te muevas, y demuestra que eres tan poderoso como dicen. Quema esta carta». Y firmaba Aecio. Claro, ¿no?

—Desde luego —gruñó Décimo—. Se ha portado bien, el viejo Aecio. Gente decente solo queda en el ejército… y en la Iglesia, claro —se apresuró a decir el Legado.

El Primado de Numidia sonrió condescendiente.

—Fue en un militar romano en quien el Señor encontró más fe que en todo Israel —dijo—: el centurión de Cafarnaúm. Y también fue un centurión el primer gentil convertido…

—Le estoy muy agradecido a mi viejo amigo Aecio —dijo Bonifacio—. Él y yo somos los únicos capaces de evitar que este imperio decrépito se desmorone… Si nos dejaran, que no nos dejan. Por eso me he convertido en rebelde.

—Más de un emperador fue rebelde antes de convertirse en emperador…

Todos miraron a Bonifacio, que se revolvió en su asiento. La Condesa sonrió. El rostro arrugado del Primado mostró inquietud.

Bonifacio lo vio.

—Sí, así ha sido —dijo con despreocupación—. Pero ¿qué es lo que no hemos visto en estos tiempos turbulentos? Tengo cuarenta y un años y he presenciado tantas cosas… A poco de nacer yo, Máximo irrumpió en Italia y la emperatriz madre, Justina, y su hijo Valentiniano tuvieron que huir y pedir ayuda al gran Teodosio, que marchó sobre Italia, mató a Máximo y restableció a Valentiniano. Pocos años después, Valentiniano moría asesinado por su primer general, que puso a Eugenio como Emperador de Occidente. Por entonces, los bárbaros todavía no se habían salido de madre, y el general Arbogastes no osó nombrarse él mismo emperador. Pero él y su muñeco duraron poco: cayeron a manos de Teodosio, que se convirtió en dueño de todo el Imperio. También por poco tiempo, porque en cuanto murió volvió a quedar dividido: el Oriente para Arcadio y el Occidente para Honorio… mejor dicho, para Estilicón[*]… Luego vinieron nuestros amigos los godos y Estilicón tuvo que habérselas con ellos. Y los mantuvo a raya mientras vivió, pero, en cuanto le asesinaron, el camino quedó libre para… Alarico. Yo estaba en las Galias por entonces, pero recuerdo lo que sentí —lo que todos sentimos— cuando supe que había entrado en Roma. Parecía imposible: ¡Roma en poder de los bárbaros! Era el fin del mundo, pensamos todos. Pero Alarico murió y siete años después Roma volvía a ser Roma. Murió Honorio y Gala Placidia, todavía muy joven, se trasladó a la urbe desde Constantinopla, con su hijo, Valentiniano III[*]… Y en esas estamos: ¡todo en cuarenta años! Dios sabe lo que veré todavía, si me conserva la vida… Nunca pensé que me convertiría en rebelde, os lo aseguro. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Trasladarme a Roma?… A poco de recibir la carta de Aecio, llegó una «invitación» de la emperatriz ordenándome que fuera. Sabía lo que eso significaba: me cortarían la cabeza. ¿Y qué había hecho yo para merecer eso? Cumplir con mi deber. Pero en la corte eso no

cuenta. Unos cargos inventados, unos testigos falsos, y… ¡se acabó Bonifacio! No me importa morir en combate, porque soy un soldado. Pero eso… Así que decidí quedarme. Y, claro, Placidia me envió otra clase de invitación: cinco mil hombres… Si habían bastado para someter a Gildo, ¿por qué no iban a bastar para hacerme entrar en razón? La mitad de ellos ya estarán de vuelta, para decirle lo que ha pasado. Los demás se han quedado para siempre aquí, y pronto sabrá que serían necesarios por lo menos quince mil hombres para acabar conmigo. ¿Los tiene? Lo dudo. Además, Aecio le hará desistir; al menos, eso espero. Entablará negociaciones, buscará un compromiso… No creo que sigamos siendo rebeldes mucho tiempo. No me gusta el papel de traidor… ¿Y sabéis por qué? Porque la admiro de verdad. Y la quiero.

—No ha dado pruebas de corresponderte —dijo Septimio.

—¿Porque se ha dejado aconsejar mal y se ha equivocado? Eso no quiere decir nada. Es una mujer extraordinaria, Septimio. No sé lo que hubiera sido de Roma si el cuñado de Alarico no se hubiera enamorado de ella y ella no hubiese querido casarse con él. Y no me extraña que lo hiciera, pues no he visto en mi vida un hombre más guapo y más apuesto que Ataúlfo… En fin, ya sabéis lo que pasó luego: Ataúlfo asesinado en Barcelona, Placidia raptada por el asesino y obligada a caminar doce millas a pie tras el caballo de aquel canalla… Luego, el rescate a cambio de seiscientas mil medidas de trigo y la boda con Constancio[*], impuesta por Honorio, con quien tuvo dos hijos… Muere Constancio, muere Honorio y aquí la tenemos, gobernando el Occidente del Imperio en nombre de su hijo. Y nada mal, por cierto. Nada mal, amigos míos…

—Hermosas palabras, llenas de lealtad —dijo el Primado, con énfasis.

Bonifacio no supo si lo decía en serio o con ironía, pero no osó preguntárselo. Se limitó a sonreír y añadió:

—Placidia es, sin duda, la mujer más grande de nuestros tiempos, y más recia que muchos hombres.

—¿Y el hombre más grande? —preguntó Septimio.

—Yo diría que Teodosio —repuso Bonifacio—. Ganó todas las batallas y gobernó con mano de hierro tanto en Oriente como en Occidente. Nadie después ha sido capaz de unir las dos mitades del Imperio.

—Pero más grande se mostró cuando fue capaz de vencerse a sí mismo —dijo el Primado.

—¿Cuándo fue eso? ¿Dónde?…

—En el pórtico de la basílica de Milán. Había cometido un crimen… un delito espantoso… Cuando la ciudad de Tesalónica se sublevó y las turbas asesinaron a los funcionarios imperiales —todo porque habían mandado encarcelar a un auriga muy famoso que había matado brutalmente a un esclavo—, Teodosio rodeó con sus tropas el hipódromo y mandó pasar a cuchillo a todos los espectadores. Si tan amantes eran de las carreras, que murieran allí mismo…

—Sí, lo recuerdo —afirmó Décimo—. Era más bien expeditivo en sus procedimientos.

—Cuando Teodosio regresó a Milán y fue a la basílica a rezar —continuó diciendo el Primado—, se encontró en el pórtico con el Obispo Ambrosio, que le prohibió entrar y le anunció que estaba excomulgado… El homicidio está castigado con veinte años de penitencia y lo de Tesalónica había sido un asesinato en masa, una matanza. Teodosio se sometió humildemente. Vestido con tela de saco, confesó su crimen públicamente, hizo penitencia y pidió perdón a Nuestro Señor. Tan sincero fue su arrepentimiento que a los seis meses Ambrosio levantó la excomunión.

—Otro gran hombre, Ambrosio —afirmó Bonifacio—. Rechazó todos los pactos que le propuso Máximo, y luego Eugenio, y salvó Florencia cuando la invasión de los godos.

—Siempre fue leal —dijo el Primado—. Dio al César lo que es del César. Al legítimo, no al usurpador.

¿Era una manera de censurarle a él?, pensó Bonifacio.

—El hombre más grande de nuestro tiempo será Bonifacio, si se lo propone —dijo el Prefecto Maro, casi a gritos.

Bonifacio se echó a reír, mirando al Primado.

—Eso también es lealtad, señor Obispo —dijo—. La lealtad de un amigo.

—Voy a deciros quién es el hombre más grande de nuestros tiempos —dijo súbitamente Gregorio, el secretario, que hasta entonces había permanecido callado.

Todos se le quedaron mirando, entre desconcertados y sorprendidos.

—Bien, Gregorio, ¿quién es? —preguntó Septimio con sorna.

—Agustín, Obispo de Hipona.

Y, volviendo la cabeza hacia el Primado, añadió:

—Y que perdone Su Señoría por haber dicho eso en su presencia.

—¿Que te perdone, Gregorio? Estoy de acuerdo contigo. Le conozco desde hace sesenta años y le quiero como a un hermano. Ha sido mi cerebro toda la vida.

—Me ha dado muchas pruebas de su grandeza —dijo Bonifacio—, pero de eso a que sea el hombre más grande de la época… ¿Qué te hace pensar eso? Eres un buen conocedor de la historia y siempre que he de tomar una decisión me pones un ejemplo tomado de otros tiempos, bastante desconcertante a veces… Supongo que tendrás tus razones para afirmar tal cosa.

—¿Qué guerras ha ganado? —preguntó el Legado Décimo con ironía.

—No le hagas caso, Gregorio —dijo Bonifacio—. Es un bromista. Pero ahora en serio: ¿crees que Agustín ha cambiado el curso de la historia?

—Me asombra que sepáis tan poco de la historia, vosotros que pensáis hacerla…

—Eso que acabas de decir, Gregorio, es una grosería —dijo Bonifacio, muy serio—. Pero, en fin, siempre es preferible eso a los que empiezan a hablar muy educadamente y terminan insultando.

Adelante, Gregorio. Lo que más me sorprende de tu elección es que no eres un hombre especialmente religioso…

—Juzgo como historiador —aseguró este—. Y, desde el punto de vista de un historiador, la grandeza de un hombre se mide por la huella que deja. Jesús de Nazaret fue un gran hombre, aunque pasó toda su vida en una oscura provincia del Imperio y solo se le conoció públicamente, de forma muy limitada, durante los tres últimos años de su vida. Sin embargo, ha transformado el mundo y lo sigue transformando.

Nadie dijo nada. Empezaban a ver por dónde iba.

—Cuando tú acababas de nacer, Bonifacio —prosiguió diciendo Gregorio—, Agustín enterraba a su madre en Ostia y se trasladaba a Roma, donde el Papa Siricio le sugirió que escribiese un libro refutando la doctrina maniquea. Era la persona adecuada, pues había sido maniqueo durante muchos años. Lo escribió, claro. Yo lo leí, y me curó. Pero, en fin, eso es lo de menos… Por entonces, Agustín no era sacerdote, pero había decidido fundar una especie de monasterio en África. Tras pasar un año en Roma, se trasladó a Cartago, y de allí a Tagaste, su ciudad natal. Con unos amigos, fundó el monasterio, en su propia casa. Allí rezaban, meditaban y estudiaban. Se habían desprendido de todos sus bienes, como los eremitas.

Los militares empezaban a aburrirse. Gregorio se dio cuenta y una sarcástica sonrisa asomó a sus labios.

—En cierta ocasión tuvo que ir a Hippo Regius, sede del Obispo Valerio, un hombre anciano y fatigado que veía cómo la diócesis se venía abajo. Desde el púlpito, no cesaba de pedir que un sacerdote viniera a echarle una mano. Hasta que, un día, alguien gritó: «¡Agustín de Tagaste está en el templo!». Y todos los fieles empezaron a decir: «¡Agustín sacerdote! ¡Agustín sacerdote!». Y es que en Hipona ya sabían quién era, aunque apenas había salido de Tagaste. Porque desde allí aconsejaba a todo el mundo y allí había escrito infinidad de tratados: sobre la vida feliz, sobre la inmortalidad

del alma, sobre la música, sobre el orden, sobre la libertad humana… Y sobre *La verdadera religión*, que deberían leer quienes creen que leer es solo una pérdida de tiempo… El caso es que Agustín se quedó desconcertado por la reacción de los fieles de Hipona, y le dio miedo. Les suplicó, con lágrimas en los ojos, que le dejaran irse, que no hicieran eso. Ellos creyeron que le habían herido en su orgullo y trataron de animarle diciéndole que sería sacerdote por muy poco tiempo, que en cuanto muriera Valerio sería Obispo… ¿Cómo decirles que no era eso, que ni siquiera se consideraba digno de ser sacerdote y que lo único que quería era que le dejaran tranquilo para poder rezar, estudiar, meditar y escribir?… Fue inútil: no le dejaron marchar, y menos que nadie Valerio. Agustín terminó rindiéndose, pero con una condición: que le dieran algún tiempo para prepararse. Se lo dieron, pero con otra condición: que se quedara en Hipona. Así que se quedó y fundó otro monasterio… Cómo sería, que de allí han salido la mayoría de los obispos africanos en los últimos tiempos: Posidio, Obispo de Calama; Severo, de Milevi; Evodio, de Uzala; Fortunato, de Cirta; Urbano, de Sicca; Leporio, de Cartago; Novato, de Stifis… y, naturalmente, el actual Primado de Numidia.

—Sí —dijo Alipio, sonriendo—. Hasta yo mismo…

—Con estos… «agustinos», si me permitís llamarlos así —prosiguió diciendo Gregorio—, la Iglesia, en África, cobró nueva vida. Por fin contaba con sacerdotes y obispos de gran erudición, capaces de hacer frente a los abominables errores de nuestro tiempo. Los maniqueos prácticamente se extinguieron y los donatistas recibieron un duro golpe…

—Ojalá fuera así —suspiró el Primado.

—Bueno, todavía quedan algunos, pero su doctrina ha sido perfectamente refutada. Siempre habrá gente testaruda e ignorante, pero la labor de Agustín ha sido impresionante: predicar, administrar los Sacramentos, formar sacerdotes y obispos, refutar las herejías, reorganizar toda la Iglesia africana… Y, mientras hacía todo eso, aún

le quedaba tiempo para cartearse con las mentes filosóficas más preciaras de todo el Imperio. Cartas que, por cierto, no tienen desperdicio…

—Es cierto —afirmó Bonifacio—. Yo mismo tengo una. Le escribí para pedirle que me dijera, brevemente, cuál era a su juicio la mejor manera de tratar a los donatistas tras el edicto que se había dictado contra ellos, y me escribió una carta que era un verdadero tratado sobre el tema. ¡Cien páginas en pergamino!

—¿Y la leíste? —preguntó Décimo, incrédulo.

—Cuando Agustín te escribe una carta, no hay más remedio que leerla —contestó Bonifacio—. Otra cosa es que la entiendas, aunque la verdad es que expone con la mayor claridad los temas más complejos. En cualquier caso, supe lo que tenía que hacer. Y lo hice. Es un hombre extraordinario.

—Sí, lo es —remachó el Primado.

—Pues eso no es todo —prosiguió diciendo Gregorio—. Aunque lo que he dicho bastaría para llenar la vida del hombre más sabio, Agustín ha hecho algo más: ha escrito una serie de tratados para desarrollar la doctrina cristiana. El tratado sobre la Trinidad, por ejemplo, debería leerlo todo aquel que quisiera profundizar en ese misterio. Pero, si el noble Legado Décimo desea leer uno de ellos, le recomendaría el titulado «Cómo enseñar religión a los ignorantes»…

—Y yo te enseñaría cómo se aplasta el cráneo —replicó Décimo.

Todos se echaron a reír. Gregorio, impertérrito, prosiguió hablando:

—También ha escrito un libro sobre su propia vida, hasta su conversión, que se llama «Las Confesiones». Un libro interesantísimo…

—Si lo has leído —dijo el Primado—, sabrás qué clase de tipo era yo por entonces…

—Sí, señor —repuso Gregorio—. Y también sé que cuantos lean el libro se prendarán de vos. Y quienes tengan un carácter difícil

cobrarán aliento, porque verán que uno puede empezar siendo un pobre hombre y terminar siendo un santo.

—Que Dios te bendiga, Gregorio —murmuró el Primado—. Divertido, Bonifacio vio que Gregorio se sonrojaba.

—Todo el contenido de «Las Confesiones» —prosiguió diciendo— puede resumirse en lo que dice Agustín cuando se dirige a Dios: «Nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti». Esta frase, señores y amigos míos, se hará inmortal. Contiene la esencia de la religión. El Conde Bonifacio ha mencionado antes el evento que nos conmocionó a todos hace dieciocho años: la caída y el saqueo de Roma. Muchos pensaban, en efecto, que aquello era el fin del mundo. Y muchos más —millones— que la causa estaba en el olvido de los viejos dioses y la aceptación del cristianismo. Contra ellos se alzó una voz, la de Agustín, que puso en pie de guerra un ejército de veintidós legiones: los veintidós libros de *La ciudad de Dios*, un compendio de todo: historia, filosofía, teología, apologética, moral… Comienza con la caída y el saco de Roma y termina con las trompetas del juicio final. Y el protagonista de la obra es Dios. Allí se exponen todos los conocimientos y se condenan todas las supersticiones, se habla de la guerra y se predica la paz. Allí, Agustín, como un Goliat, derriba los ídolos de oro y los hace caer para siempre. Pero, sobre todo, describe dos ciudades opuestas: la Ciudad de Dios y la Ciudad del Diablo; la primera fundada en el Amor de Dios y en el desprecio de uno mismo; la segunda, en el amor propio y el rechazo de Dios… Os juro que doy gracias a Dios por haber vivido lo suficiente para leer este libro.

—¿Y este es el hombre que no era especialmente religioso? —exclamó el Primado dirigiéndose a Bonifacio.

—Todo eso está muy bien —terció Décimo—, pero los libros no hacen la historia.

—¿Que no la hacen? —repuso Gregorio—. Dejan huella. Y lo que marca la grandeza de un hombre es la huella que deja. Ahí tenéis a

Teodosio, a quien algunos llaman el Grande. Volvió a unir el Imperio Romano, sí, pero ¿por cuánto tiempo? Los años que vivió. Luego volvió a dividirse… ¿Dónde está su huella? Y Alarico, el conquistador de Roma… ¿Qué dejó tras él? Caos y confusión. ¿Sabéis lo que os digo? Que Jesús de Nazaret valía infinitamente más que la emperatriz Gala Placidia, aunque fuese vendido solo por treinta monedas de plata y ella, por seiscientas mil medidas de trigo.

—Pero Jesús no escribió nada —argumentó Décimo.

—No —replicó Gregorio—. Era demasiado grande incluso para eso. Pero lo que enseñó fue recogido en los Evangelios, y reconocerás que sí que han hecho historia… Lo que pasa es que la grandeza de Agustín, como toda verdadera grandeza, no será reconocida hasta que pase algún tiempo. Se agigantará con el paso de los siglos. Empezó como una llama inquieta, se ha convertido en una antorcha y llegará a iluminar todo el pensamiento…

—Señor Obispo —dijo Bonifacio, sonriendo—, cuando necesitéis un buen predicador, os enviaré a mi secretario.

El Primado le contestó también en clave de humor, pero tenía los ojos fijos en Gregorio, no en el Conde, y el cariño paternal con que le miraba le hizo enrojecer de nuevo.

Por entre los cortinajes púrpura asomó la cabeza un esclavo para anunciar que acababa de llegar el Navarca Tironio. Décimo y Septimio dieron un respingo.

—Que pase —ordenó Bonifacio.

Tironio entró con el paso vacilante de un viejo lobo de mar y saludó, sonriente.

—Habla, Tironio —dijo Bonifacio—. Buenas noticias, ¿no es cierto?

—Sí, señor —repuso, haciendo una extraña mueca—. La flota enemiga se ha retirado, en desbandada. La hemos perseguido un buen rato, como ordenaste, y hemos vuelto. Se dirige hacia el Sur, a velas desplegadas.

—¿Quién la manda? —preguntó Bonifacio.

—Estrabón, señor.

Bonifacio hizo un gesto de desencanto.

—¿Por quién me toman en Roma? —dijo—. ¡Estrabón! Si hubiesen enviado a Aecio, nos hubiésemos divertido… ¿Algo más?

—Sí, señor. Hemos interrogado a algunos prisioneros. Oficiales. Todos dicen que no esperaban más que una resistencia simbólica. Dos de ellos han pedido alistarse a tus órdenes.

—Ni hablar. No necesitamos traidores. Pero tratad bien a los prisioneros. A todos… Está bien, Tironio. Gracias. Puedes retirarte.

Tironio saludó, dio media vuelta y se fue.

Bonifacio llenó su copa de vino.

—Un último brindis y a la cama —dijo—. Por la emperatriz, para que entre en razón y acepte un compromiso por el bien del Imperio y de todos nosotros.

Todos le miraron, sorprendidos, pero alzaron sus copas y brindaron con él.

—Me gustaría hablar contigo un momento a solas, Conde —dijo el Primado en voz baja mientras los demás se despedían.

—Claro, señor Obispo. Buenas noches a todos. Alida, querida…

La Condesa comprendió enseguida; inclinó levemente la cabeza y salió, muy tiesa. Alipio recordó entonces que era arriana de convicción y que no había abierto la boca en toda la noche.

Las mujeres son un incordio, siempre lo había dicho. Al menos algunas…

Se quedaron solos.

—No necesito decirte, Conde, lo mucho que siento lo ocurrido.

—No más que yo, mi señor Obispo.

—Estoy convencido de ello, hijo mío. La guerra es algo horrible, pero una guerra civil es todavía peor. Tiene que haber una forma de solucionar de otra manera esta… esta discordia entre la emperatriz y tú. Si Aecio es de verdad tu amigo, será capaz de establecer un puente… Tiene mucha influencia sobre la emperatriz… Me extraña que te haya incitado a…

—No me ha incitado. Me avisó, simplemente. Somos viejos amigos y los dos sabemos que el Imperio nos necesita, con independencia de los cambios de humor de una mujer.

Las mujeres son un incordio, estuvo a punto de decir Alipio. Suspiró y dijo:

—Tengo que darte una noticia muy desagradable. Los mauritanos, al Oeste, no cesan de saquear pueblos y ciudades, y de matar… Son paganos, ya sabes. Han asesinado a bastantes sacerdotes y quemado varias iglesias. África, contigo, se había convertido en una provincia modelo… Ahora, los donatistas creen que ha llegado su hora… Vuelve a haber bandas de circumceliones[*] que asolan al Oeste…

—Lo sé —dijo Bonifacio, muy serio—. Pero no puedo rechazar un intento de invasión por mar y tratar de mantener el orden al otro extremo de la provincia. Mis recursos son limitados…

—El mal engendra mal —dijo Alipio—. Si las cosas siguen así, tendremos problemas graves… A pesar de que ahí al lado sigan celebrando la victoria, tu victoria, con gritos y risotadas…

—Os aseguro, señor Obispo —dijo Bonifacio, sombrío— que yo no me río ni me enorgullezco del triunfo. Trato tan solo de salvar mi vida.

—¿De verdad?

—¿Qué queréis decir?

—El aire de Cartago es propicio a las intrigas. Hace ya muchos años que soy sacerdote, hijo mío. Eso quiere decir que conozco lo que motiva a los hombres… No, no me contradigas. Piensa… Y escucha. Yo confiaría más en Gregorio que en el Prefecto Maro. Creo que los dos te son fieles, pero Gregorio tiene más sentido común… En fin, tengo que irme. En tiempos como los que corren, el Obispo debe permanecer junto a su rebaño. Veré a Agustín de regreso a Tagaste. ¿Quieres que le diga algo que le tranquilice? Está muy preocupado…

—Transmitidle mi respeto y mi cariño. Tal vez Gregorio tenga razón…

—¿A qué te refieres?

—A lo que dice sobre el Obispo de Hipona: que es el hombre más grande de nuestro tiempo. Se portó como un padre conmigo cuando murió la pobre Camila.

—Era una mujer de una pieza. Que Dios la tenga en su gloria.

—Amén. Sí, era la mujer más buena del mundo. Cuando murió, la alegría huyó para siempre de mí. Quería hacerme monje…

—Los monjes deben estar siempre alegres.

—Eso es lo que me dijo Agustín… Y también que podía hacer más por la gloria de Dios permaneciendo en mi puesto…

—¿Qué quieres que le diga?

—Que le aprecio. Y que haré todo lo que pueda.

Cuando el Primado se hubo ido, se dio cuenta de que no le había pedido que le bendijese.

Pero no era tiempo de bendiciones, sino de pensar. Alipio lo había dicho. De acuerdo. Pero ¿en qué?… ¿Cómo? ¿Desde el punto de vista de Agustín y de Alipio? Un militar, un hombre de Estado, no tenía por qué ver las cosas como el clero. Además, estaban resentidos con él. No solo porque se hubiese casado de nuevo ni siquiera porque Alida fuese arriana, sino porque se había empeñado en educar a su hija en el arrianismo. No lo habían aceptado. Y él tampoco hubiese debido hacerlo… Pero no conocían a Alida. Cuando se empeñaba en algo…

Se retiró a su alcoba, silbando entre dientes.

Se acostó, pero permaneció despierto, con el cabello, libre de pinzas y redecillas, extendido como lenguas de fuego.

A su lado reposaba ella, que se despertó y bostezó largamente.

—¡Ah, ya estás aquí! —dijo—. Ya era hora. Creía que no se irían nunca… ¡Qué pesados son los hombres!

—Sí, pero tenía que ser así. Quería saber cómo reaccionaban.

Ella volvió a bostezar.

—Lo que piensen ellos no importa, con tal de que ganes.

—¿Ganaré siempre, Alida?

—No, si dudas en la victoria.

—No dudo, querida. Pero sé cuáles son mis recursos. No han enviado más que cinco mil hombres bajo un general mediocre. Pensaban que sería fácil, que no nos resistiríamos… Pero pueden enviar quince mil hombres. Y más.

—¿Crees que lo harán?

—Con Placidia nunca se sabe. Depende de a quién haga caso. Pero no me extrañaría que lo hiciera. Esta derrota herirá su vanidad. La gente dirá que, si no mandara una mujer, esto no hubiese ocurrido. Querrá demostrar que se equivocan…

Alida se estiró, perezosamente.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé todavía. Me atrae la idea de enviar al Obispo de Hipona como mediador. Es ya muy anciano, pero supongo que, por mí, lo haría. Tiene un enorme poder de persuasión…

Ella se echó a reír.

—Por eso invitaste a ese otro Obispo esta noche. ¿Se lo has dicho?

—No, todavía no. Pero le he sondeado. Es el Primado de Numidia, pero él no… Agustín es mi hombre.

—¡Curas! —dijo ella, con desprecio—. Por muy bien que hable, y diga lo que diga, Placidia pensará que tenemos miedo y volverá a atacarnos…

—También he pensado en ello, y por eso no me he decidido todavía. Los mauritanos están provocando disturbios en Occidente y el pobre Obispo se lamenta de las atrocidades que están haciendo. No puedo enviar tropas allí, al contrario, tendré que retirar algunas… Pero ni aun así podré hacer frente a Placidia, si decide atacar de nuevo… Algo en lo que no reparan los que celebran la victoria. Piensan que todo ha terminado. Hasta Septimio y Décimo lo piensan, y el bueno de Maro cree que yo podría seguir avanzando,

desembarcar en Italia y conquistarla… ¡El emperador Bonifacio y la emperatriz Alida!

Un relámpago cruzó los ojos grises de ella.

—Maro es muy leal —dijo—. Más que los otros. Septimio y Décimo solo te serán fieles mientras triunfes. En Maro, sin embargo, puedes confiar plenamente.

Bonifacio sonrió.

—El Primado piensa otra cosa. Me dijo que desconfiara de Maro y confiara en Gregorio.

—Porque Gregorio habla como un clérigo y cree que no hay hombres más grandes ni más dignos que ellos. Yo soy una mujer, pero no por eso te pido que confíes en Placidia, que es otra mujer.

—¿Cuándo se ha visto que una mujer confíe en otra? —se burló Bonifacio—. Pero tienes razón. Maro me es fiel. Ojalá tuviera muchos Maros.

—Los tienes, solo tienes que buscarlos.

—¿Sí? ¿Y dónde están? ¿Quiénes son esos hombres fieles?

—En mi pueblo. Soy sobrina del Rey Gonderico, ¿no?

Se la quedó mirando, asombrado. Los vándalos… Los más feroces guerreros de todos los pueblos bárbaros, mucho más que los godos que Placidia enviaría contra él. Y estaban relativamente cerca, en el sur de España. Tal vez no tuvieran barcos, pero podía enviárselos. Había cientos de ellos anclados en los puertos de África, todos los que transportaban grano a la metrópoli, y que él había embargado… ¡Los vándalos!

—Alida, encanto, has dado con la solución… No me explico cómo no se me había ocurrido. Todo el día pensando en lo mismo, mientras ellos hablaban de historia y de grandes hombres, y yo sentado enfrente de ti, y nada; sin pensar en los vándalos.

—Es porque no ves en mí más que una mujer —dijo, melosa—. ¿Vas a escribir tú a Gonderico o le escribo yo?

—Calma, calma. No tan aprisa. ¿Cómo es ese Gonderico?

—¿Mi tío? Muy simpático. Me regaló un caballo cuando yo apenas tenía doce años. Un caballo espléndido. Svan se llamaba… Blanco como la nieve. Es una pena que no coincidieras con él… Con mi tío, claro. Estaba en el sur, cuando tú estuviste en España, sofocando una revuelta. Me quiere mucho…

—Veinte mil son demasiados… —musitó Bonifacio—. Bastará con diez, a lo sumo doce… Si necesitáramos refuerzos, los pediríamos… solo diez mil nos costarán ya una buena suma.

Ella soltó una extraña risita.

—Los romanos sois todos iguales —dijo—. Dinero, dinero, dinero… Dile a mi tío que hay guerra por medio y ya verás. Mandará los hombres que quieras. Lo conozco.

Bonifacio frunció el ceño.

—No —dijo tajante—. Tendrán que venir como tropas auxiliares, pagadas por mí. Lucharán a mis órdenes. Eso tiene que quedar muy claro.

Alida volvió a bostezar.

—Díselo en la carta —dijo—. Apenas sabe leer, pero se la leerán y comprenderá.

Poco a poco, Bonifacio fue recordando algo de lo que decían los informes secretos sobre los vándalos. Gonderico, al parecer, era un gobernante no demasiado severo, dentro de lo que cabe… En fin, en cualquier caso, solo diez mil hombres. No más.

—No le escribiré —dijo por fin—. Le enviaré un embajador.

—Maro —repuso ella.

—Sí, ese es el hombre. Saldrá mañana mismo. La besó.

—Gracias por el consejo —dijo.

## 3.

De vuelta a su sede, tras un largo y fatigoso viaje, lo único que consolaba a Alipio al pensar en su visita a Cartago no tenía nada que

ver con Bonifacio, sobre cuyo comportamiento no se hacía ilusiones; había cambiado mucho, y no para mejor. Lo que le reconfortaba era lo que Gregorio había dicho de Agustín. Por fin, había gente que se daba cuenta de su valía, aunque no hubiese tenido contacto directo con él.

No te olvidaré, Gregorio. Te tendré presente en mi Misa, amigo mío. No dejarás una huella en la historia, pero Dios ha dejado una huella en ti.

Y, sin embargo, incluso él conocía tan poco… Solo era capaz de ver *parte* de los resultados de cuarenta años de combate, y apenas sabía nada del hombre que había llevado a cabo esa lucha titánica… Las pruebas terribles de los primeros años, cuando Dios se llevó a quienes Agustín más amaba, para dejarle disponible para la misión que le iba a encomendar. Adeodato había sido el primero en seguir a Mónica, tras una breve enfermedad. Luego Nebridio, a poco de recibir el bautismo, con toda su familia. Y Verecundo, bautizado días antes de su muerte. Y Romaniano, para quien Agustín había escrito *De Vera Religione*…

¡Y cómo había aceptado lo que los hombres menos aceptan! La entrega a Dios de cada hora de la vida…

«Hay un tiempo para cada cosa», sí, y se puede comer, y beber, y dormir, y disfrutar de cara a Dios. También hay tiempo para la amistad… Pero incluso a eso había tenido que renunciar. Solo en las cimas de la soledad se pueden llevar a cabo misiones que sobrepasan las propias fuerzas, porque solo en esas cimas se está cerca de Dios.

¡Cómo le han odiado los enemigos de Cristo y de su Iglesia! ¡Cómo le odian todavía! ¡Cómo han luchado contra él, con todos los medios a su alcance!… Han disecado sus escritos, con malicia; muchos han tergiversado citas fuera de contexto, han utilizado sus *Confesiones* para acusarle de impío y vicioso… No hay pecado o delito que no cargaran a sus espaldas.

Y han tratado de quitarle la vida. Una vez se libró de que le mataran en una emboscada que le habían tendido los circumceliones regresando a Hipona por otro camino, tras una súbita corazonada. Y al domingo siguiente se enfrentó con ellos desde el púlpito: «Porque os exhorto a la paz, la unidad y el amor, me consideráis un enemigo… Buscáis la muerte de quien os anuncia la verdad y haría lo que fuera para evitar que muráis en la herejía. Quiera Dios extirpar el error que hay en vosotros para que podamos alegrarnos juntos»… Así era su «venganza».

¿Cómo iba a consentir que surgiera una «Iglesia donatista» en África, opuesta a la única Iglesia de Jesucristo? ¡Los donatistas! Esos herejes que predicaban que «los pecadores no pueden ser miembros de la Iglesia» habrían abandonado a Pedro en el mismo momento en que negó a Cristo… Y, claro, habían abandonado a su sucesor, el Obispo de Roma… Pero Dios había perdonado a Pedro y había hecho de él la roca sobre la que había construido su Iglesia.

Y luego estaba esa otra herejía, la de Pelagio, que afirmaba que el hombre puede alcanzar el cielo con sus propias fuerzas, sin ayuda de la Gracia… Pero Cristo dejó bien claro que sin Él no podemos hacer nada y que nadie puede ir al Padre si no es por Él… ¡Qué claro había visto Agustín a dónde podía conducir esta falsa doctrina! Primero, a negar el pecado original o a prescindir de él. Luego, a hacer del hombre un ser orgulloso, convencido de su propio poder, juez de sí mismo y, finalmente, convertido en su propio Dios…

La deificación del hombre, sí; su estúpido empeño en construir un «paraíso» en la tierra, una utópica fraternidad humana desprovista de un Padre… Y, como resultado, el estrepitoso fracaso, el grito de desesperación del hombre apartado de Dios.

¡Cómo ha luchado contra estos errores! ¡Cómo sus enemigos le han acosado, insultado y maltratado! ¡Cómo se han burlado de él! Pero él los dejó desnudos, les mostró su raquitismo, su increíble necedad, abrasándoles con la indomable llama de su energía.

Y luego, ¡cómo aplicó esa llama a sí mismo para bucear en las profundidades de su propio corazón!

«Perviven en mi memoria las imágenes de tales cosas… mis malos hábitos están impresos en ella y acuden a mi mente —aunque cada vez con menos fuerza— hasta cuando estoy despierto. Pero, cuando duermo, me asaltan en sueños no solo con una sensación de placer, sino como si las viviese de nuevo. Y tiene tanta fuerza el atractivo de esas imágenes en mi alma y en mi carne, que es muy superior al que ejercen sobre mí cuando estoy despierto. ¿Es que dejo de ser yo entonces, Dios mío? ¡Qué gran diferencia entre un yo y otro yo al pasar de la vigilia al sueño o del sueño a estar despierto! ¿Dónde está esa razón que, cuando estoy despierto, resiste y vence tales seducciones? ¿Es que la razón se cierra con los ojos y duerme con los sentidos corporales?… A pesar de todo, corro y avanzo todo lo que puedo. Tanta es la fuerza de la vida en el hombre mortal. ¡Dios mío, qué estremecedor secreto esta profunda e ilimitada duplicidad! Y así es la mente humana, así soy yo. ¿Qué soy yo, pues? ¿Cuál es mi naturaleza? ¡Qué variada, qué inmensa es la vida! ¿Quién resolverá este enigma, quién hallará su significado? Yo me afano por conseguirlo y lucho conmigo mismo…».

Y recibió ayuda de «una fuerza espiritual que no se puede captar con la mente» y que le capacitó para mirar más allá del «vértice del ego»; y así vio el último motivo y la última causa: Dios, que precede a todo humano conocimiento y existe con independencia de la capacidad de la mente humana para conocer a Dios.

Nunca, nunca hasta entonces había intentado hombre alguno escudriñar en el propio *ego* como Agustín. Y, no contento con eso, se puso a escribir un tratado que, con toda llaneza, tituló *Ochenta y tres cuestiones*. ¡Nada menos!

¿Y qué decir de su análisis del problema del tiempo, el más desconcertante que se pueda imaginar? Pensaba que no era más que un aspecto, una forma de la conciencia y probó que no se identifica con el movimiento, que es algo extenso y mudable. «Ahora

estoy desparramado sobre las cosas, pero en Ti, Señor, me concentraré». El mundo no ha sido hecho en el tiempo, sino al mismo tiempo que el tiempo, por lo que el tiempo no es un absoluto… Pero, si no lo es, tiene que ser relativo. ¿Es posible que una hora no sea siempre una hora?

Alipio movió la cabeza y se pasó una mano por la frente. Aquello era demasiado. ¿Cómo ser capaz de seguir el vuelo de su inteligencia, que, como el del águila, se remonta más y más?

«Yo sé que existo. Porque, si en esto me engañara, ¿quién iba a ser el que se engaña? Y, sabiendo que existo, sé también que soy capaz de pensar».

Establecido lo cual, voló cada vez más alto por el universo creado, descubriendo la sombra, la imagen sutil del último secreto, el misterio de la Santísima Trinidad, en cosas tan simples, tan sencillas, como el amor humano: el amante, el amado y el amor que los une; o las facultades del alma: memoria, inteligencia y voluntad…

Y toda esta búsqueda incesante, todo este esfuerzo tenaz, había sido siempre una continua alabanza a Dios. Había bautizado a la filosofía misma. De ahora en adelante, sería ya cristiana.

***

Alipio llegó a Hipona a la caída de la tarde. Encontró a Agustín en su estudio, y ambos amigos se abrazaron.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres beber algo? —le preguntó Agustín.

—No, no tengo hambre ni sed. Solo estoy cansado.

—¿Quieres que hablemos mañana?

—No. Ahora. No puedo demorarme.

—Adelante, pues. Estoy escribiendo a Evodio y me gustaría terminar la carta… No, no te preocupes. Puedo terminarla mientras te escucho. Pero, siéntate…

Alipio se dejó caer en el asiento más próximo.

—Ha habido una batalla en el puerto mismo de Cartago. La emperatriz ha enviado una expedición de castigo contra Bonifacio, por no querer ir este a Italia, como ella le había pedido. Bonifacio ha vencido y el resto de la flota se ha retirado, pero piensa que Placidia enviará otra. Parece estar muy seguro de sí mismo, pero no lo está. Y lo más curioso es que no guarda rencor alguno a la emperatriz; la aprecia mucho… Piensa, sin embargo, que lucha por su vida. El general Aecio le ha advertido que, si regresa a Italia, le matarán. Confía en él, porque son camaradas y han luchado juntos muchas veces.

Agustín no dejó de escribir mientras le escuchaba. Sin levantar la vista, dijo:

—Un general hablando mal de quien manda a otro general… ¿Cómo le avisó del peligro, oralmente o por carta?

—Por carta.

—Entonces pudo escribirla otra persona…

—No creo. Bonifacio asegura que es suya, y no es nada crédulo…

—No creas. A veces suele creer en lo que teme… o en lo que desea. Si la carta es auténtica, Aecio ha sido desleal con la emperatriz… y tal vez con ambos.

Alipio abrió mucho los ojos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que, a lo mejor, todo es un manejo —repuso Agustín—. Puede estar interesado en enemistar a Bonifacio con la emperatriz.

—No había pensado en eso —dijo Alipio, desconcertado—. Y creo que Bonifacio tampoco…

—Seguramente, no. Lo conozco bien. Es una buena persona, pero vanidoso y amante de la buena vida. ¿Has conocido a su mujer?

—Sí. No abrió la boca en toda la velada.

Se produjo una pausa. Luego, Agustín dijo:

—¿Y sus amigos? Un hombre como Bonifacio tiene que tener amigos en Italia, gente que no crea que es un traidor, aunque la

emperatriz piense otra cosa. ¿Por qué su amigo Aecio no ha tratado de convencer a la emperatriz de que es leal, en lugar de advertirle?

—No tengo ni idea. Bonifacio piensa que es cosa de la emperatriz… Se fía de Aecio.

Agustín se quedó pensativo. Luego miró a Alipio y dijo:

—Si la emperatriz confirmase a Bonifacio en su cargo y no le mandase regresar a Italia, ¿habría paz?

—Desde luego. Pero me parece que Bonifacio no está dispuesto a pactar. Es demasiado orgulloso.

—Y la emperatriz también. ¡Soberbia! ¡Orgullo! La raíz de todos los males. Un hombre y una mujer orgullosos y una guerra civil como resultado… Voy a escribir a Bonifacio; tú, escribe a la emperatriz, pero no le digas nada de la carta de Aecio… Puedes mencionar, sin embargo, que Bonifacio teme ser mal recibido en Italia… Si las cosas se han desarrollado como pienso, reaccionará bien. No debe haber guerra, Alipio. No *puede* haberla…

—Tu carta a Bonifacio le llegará enseguida, pero la mía a la emperatriz… Las comunicaciones con Italia están interrumpidas.

—La carta *tiene* que llegar —dijo Agustín, con énfasis—. Si es preciso, la llevaré yo mismo en un bote de remos.

—¡Agustín! —exclamó Alipio—. ¡Que tienes setenta y cuatro años!… No te preocupes, que, Dios mediante, la carta llegará.

Agustín asintió, como ausente. Acabó la carta a Evodio, tomó otro trozo de pergamino y empezó a escribir: «Al Conde Bonifacio, mi hijo queridísimo, salud…».

¿Qué escribe un Obispo a un general rebelde victorioso? Ni una palabra sobre su querella con la emperatriz. Ni una palabra de política… Solo una severa apelación a su conciencia… Se le habían confiado vastos territorios para que los administrase. No eran suyos. ¿Iba a protegerlos de los bandidos mauritanos o iba a satisfacer sus ambiciones personales? «Si has recibido cosas buenas del Imperio, no le devuelvas males. Si tenías algún agravio, no respondas con otro agravio…». Los políticos no pensaban todavía en cristiano y

Dios sabe cuándo lo harían. Fuerza bruta, violencia, mentira, traición estaban unidas al gobierno de los pueblos desde hacía milenios. No era fácil prescindir de ellas. Ahora bien, solo los estúpidos o los malintencionados son capaces de decir que el cristianismo ha fracasado porque hayan fracasado los que mandan. Han fracasado porque no son buenos cristianos.

Cuando Agustín hubo acabado su carta, reparó en que Alipio llevaba largo rato sin hablar y, al mirarle, vio que se había quedado dormido. Tenía la boca entreabierta y, en el rostro, una expresión beatífica.

A Agustín se le humedecieron los ojos. El espectáculo era conmovedor. ¿Cómo despertarle?… ¿Y por qué era conmovedor ver a un anciano dormido?… Se levantó y, de puntillas, se dirigió a la antesala, donde dos hermanos legos se afanaban en copiar las cartas que les había dictado horas antes.

—El Obispo de Tagaste estaba muy cansado y se ha quedado dormido —dijo en voz baja—. Llevadle con cuidado a la alcoba de los huéspedes, sin levantarle de su silla, y acostadle en el lecho procurando no despertarle.

Cuando lo hubieron hecho, Agustín cerró la puerta tras ellos, volvió a sentarse delante del escritorio y empezó a escribir la carta de Alipio a la emperatriz. Ya la firmaría, cuando se despertase…

La lamparilla de aceite proyectaba su débil luz sobre la cabeza del anciano, una cabeza demasiado grande para un cuerpo tan frágil. Sin embargo, el severo rostro, demacrado, no tenía más que piel y huesos; en él destacaban la prominente barbilla, la boca firme —sensual en otros tiempos— y los ojos negros, como ascuas, hundidos entre las cejas, blancas y espesas.

# 4.

Para un embajador romano, encontrarse con el rey de una tribu germánica resultaba siempre embarazoso. Esos salvajes semidesnudos eran tantos y parecían tan fuertes, tan seguros de sí mismos… Además, eran tan ajenos al respeto y etiqueta debidos a un embajador…

Cuando la nave en que viajaba el Prefecto Maro tocó puerto, fue hecho prisionero sin más, y él y sus ayudantes tardaron una hora en conseguir que aquellos brutos comprendieran quiénes eran y por qué estaban allí, en territorio vándalo. Una vez que lo hubieron logrado, todo fue muy deprisa. Les suministraron caballos sin sillas —y con unas bridas elementales— y galoparon hacia destino desconocido, escoltados por cincuenta guerreros de aspecto salvaje y siniestro. Trataron de que les dijesen adónde les conducían a tan endiablada velocidad, pero la única respuesta fue: «¿Queríais ver al Rey? Pues lo veréis».

Un anciano y un niño que caminaban por un sendero y no tuvieron tiempo de apartarse sucumbieron bajo los cascos de los caballos. El paisaje era estepario, desolado, y no se cruzaron más que con unos cuantos campesinos macilentos y con grupos de jinetes vándalos que cabalgaban por una polvorienta y abandonada calzada construida por los romanos.

Pasaron la primera noche en una posada de un pueblo saqueado y la segunda en una ciudad bastante grande. En la mañana del tercer día alcanzaron un campamento militar de enormes proporciones. Allí estaba el rey, según les dijeron, pero hasta últimas horas de la tarde no les recibió.

La audiencia tuvo lugar en la tienda de campaña del monarca. Solo a Maro se le permitió entrar. Allí se encontró con un hombre cuadrado, robusto, pelirrojo, enfundado en una armadura azulada de acero español.

—Tus credenciales —dijo.

El Prefecto se acercó y le entregó la carta de presentación que le había dado Bonifacio. El guerrero alargó unos dedos sorprendentemente finos y delgados y se puso a leerla… con un solo ojo, porque en el lugar del otro solo había una cuenca vacía. Nada concordaba con la descripción que Bonifacio le había hecho del rey.

Cuando terminó de leerla, alzó la cabeza. Su único ojo era de un azul turquesa, pero la mirada, afilada como un puñal.

—Mi hermano Gonderico ha muerto —dijo—. Ahora yo soy el rey. Esta carta no dice nada. ¿Qué desea el Conde Bonifacio?

Maro tragó saliva. ¿Cuál era la reacción correcta ante esta situación? ¿Lamentarse de la muerte del predecesor —que al fin y al cabo era su hermano— o felicitar a su sucesor?… El protocolo romano no tenía previsto nada para el caso de un rey que se presentaba a sí mismo como tal. Si al menos hubieran previsto esta posibilidad… Pero ni siquiera sabía cómo se llamaba el nuevo rey…

No ayudaba nada el hecho de que esta audiencia —si es que podía llamarse así— tuviese lugar en una tienda cuyo único mobiliario consistía en una silla tosca de respaldo recto. Con todo, empezó a explicar su misión, que, al fin y al cabo, era lo que el nuevo rey le había preguntado.

El monarca tuerto le escuchó atentamente, inclinando la cabeza hacia un lado, como si fuera duro de oído o le pesara demasiado. Pero no era nada de eso. Quería enfocar bien al romano con su único ojo.

Maro habló durante unos diez minutos. Suavizó todo lo que pudo la «pequeña discordia» entre Bonifacio y Placidia. Lo único que quería —dijo— era disponer de unos diez mil hombres mandados por un jefe capacitado —seguro que tenía muchos— que, como cuerpo auxiliar del ejército de Bonifacio, echasen una mano al invencible caudillo de África… Naturalmente, serían bien pagados y su servicio duraría un año, con posibilidades de prórroga.

—Barcos —dijo el rey de repente.

Maro alzó las cejas, fingiendo extrañeza.

—¿Barcos para transportar las tropas? —dijo—. He visto muchos en el puerto al que arribamos…

—Los necesito para otra cosa —dijo, impertérrito; y repitió—: barcos.

—Los tendréis —respondió Maro—. Estarán aquí en unas tres semanas.

—Para transportar diez mil hombres —puntualizó el rey.

—Sí, para diez mil hombres.

—Tres piezas de oro por cada hombre transportado —dijo el rey—. Y siete más al final de la campaña.

Era mucho dinero, pero no demasiado. Maro accedió, tras vacilar un poco.

—Por escrito —afirmó el rey—. Dos copias. Selladas. Yo firmaré. Esto es todo.

Desconcertado, pero satisfecho, Maro saludó con una reverencia y abandonó la tienda.

Al hacerlo, se ahorró un espectáculo que le hubiese horrorizado. Porque nada más irse Maro, el rey se puso a pasear por la tienda a largos trancos irregulares, pues una de sus piernas era mucho más corta que la otra. Parecía un escarabajo peludo, cubierto con su oscura armadura y dando tumbos… Todo era consecuencia de las heridas recibidas en una batalla, donde había perdido también el ojo; batalla en la que su hermanastro Gonderico había derrotado a un ejército romano mandado por Castino, uno de cuyos legados era… Bonifacio. El mismo que, ahora, estaba dispuesto a enviar barcos a España para transportar a África diez mil vándalos pagados en oro.

El rey, de pronto, se echó a reír en voz baja.

Una hora más tarde, firmaba el documento que Maro le presentaba, quedándose con la copia.

Ese mismo día, el embajador romano inició el regreso a Cartago, escoltado hasta el puerto por los cincuenta jinetes vándalos.

—Bien, al menos ya sé cómo se llama —comentó Maro con uno de sus ayudantes, mientras cabalgaban—. He conocido bastantes reyes, pero ninguno como este…

—¿Y cómo se llama? —preguntó el ayudante.

—Genserico.

—No había oído jamás ese nombre.

—Yo tampoco. Pero no puedo evitar el pensar…

—¿Qué?

—Que tal vez hubiese sido mejor no haberlo oído.

## 5.

Al cabo de un año, aproximadamente, Bonifacio supo que los auxiliares vándalos habían desembarcado en el extremo occidental de la provincia de Mauritania. Dos semanas después llegó un emisario diciendo que había llegado una segunda flota, formada esta vez por navíos vándalos cargados de miles de guerreros. La primera flota, formada en su mayor parte por los barcos que Bonifacio había enviado, había regresado a España y vuelto de nuevo a África trayendo más guerreros. Había ya en África más de veinte mil, y seguían desembarcando… Un oficial romano, que había preguntado a uno de los jefes vándalos la razón de todo aquello, le había respondido: «¿Acaso ignoras que los lobos cazan en manadas?».

Casi al mismo tiempo empezaron a llegar los primeros informes de saqueos, pillajes y matanzas. Habían arrasado un par de ciudades y pasado a cuchillo a todos sus habitantes.

Bonifacio envió inmediatamente a uno de sus oficiales, con un destacamento de caballería númida, para protestar enérgicamente ante el comandante en jefe vándalo. Cuando volvió, Bonifacio se quedó boquiabierto al saber que seguían desembarcando vándalos en las costas africanas y que quien los mandaba era Genserico en persona; el oficial había hablado con él y le había expresado sus

quejas, pero el rey se había limitado a responder: «Decid al Conde Bonifacio que ya tiene las tropas auxiliares que deseaba. Que quería un jefe capacitado y también lo tiene. Los estragos causados no tienen importancia. Mis hombres tienen que vivir».

Pronto, los informes sobre ciudades incendiadas, iglesias destruidas, sacerdotes asesinados y vasos sagrados robados o profanados fueron abrumadores.

—Alida, querida —dijo Bonifacio a su esposa—, mucho me temo que voy a tener que enfrentarme a mis tropas auxiliares antes de pensar en otra cosa.

La Condesa se echó a llorar y dijo que siempre había detestado a Genserico.

Bonifacio empezó a armar a los cartagineses y a entrenarlos para el combate. No tenía hombres suficientes para hacer frente a los vándalos en campo abierto y no podía dejar Cartago desguarnecida.

Estaba estudiando unos planos con Gregorio, Décimo y Septimio, cuando entró un mensajero anunciando que una galera imperial se acercaba al puerto.

¡Una! Saltó de gozo.

—Que todas las tropas disponibles se concentren en el puerto —ordenó—. Y cubrid la carrera desde el puerto a palacio con una doble fila de soldados.

—Pero si solo es un barco…

—Ya lo sé. Pero hemos de dar sensación de fortaleza, cualesquiera que sean sus intenciones.

Dos horas más tarde, Bonifacio abrazaba al jefe de la delegación, el Conde Darío, un hombre de su edad, con la apostura del militar profesional y un rostro fino e inteligente. Habían estudiado juntos en la escuela militar y eran viejos amigos.

—Me gustaría que habláramos a solas —dijo Darío.

Ambos se retiraron al saloncito tapizado con cortinajes color púrpura.

La madre del Conde Darío era persa, pero se había educado en Roma. Era, pues, tan directo como ella.

—Bonifacio —dijo—, nos conocemos hace veinte años y no me explico tu actitud. ¿Es que te has vuelto loco?

—No —repuso este—. A no ser que consideres locura el querer conservar la vida…

—A no ser que se quiera demasiado… ¿Es que te consideras un segundo Aníbal?

Bonifacio se rió, distendido.

—¿Y tú te crees Escipión, el Africano?

—En absoluto. Pero, en serio, ¿qué te hace pensar que tu vida peligra?

—Me lo advirtieron…

—¿Quién? ¿Quién te ha dicho eso?

—¿Crees acaso que voy a revelar mis fuentes de información?

—No, no lo creo. Pero el caso es que quien te lo haya dicho mentía. O quería engañarte.

—Lo dudo.

—Lo comprendo. Lo cierto es que, cuando te negaste a acudir a la llamada de Placidia, hiciste exactamente lo que Aecio le había dicho que harías.

—¿Quién has dicho?

—Aecio. ¿No lo sabías?

No, no lo sabía. Darío se dio cuenta enseguida. Se había quedado pálido como un muerto.

—Sí, Bonifacio. Fue Aecio el que dijo a la Emperatriz, antes que nadie, que tú andabas alardeando de que eras indispensable y que el título de Conde era muy poca cosa para quien se merecía honores más altos. Y fue también él quien le aseguró que estabas reuniendo un ejército y te presentó como un segundo Heracliano… Ella no le creyó al principio. Tienes muchos amigos en la corte, deberías saberlo… Le dijimos a la Emperatriz que era inimaginable que fueras desleal, pero Aecio, entonces, cortó por lo sano: «De acuerdo

—dijo—. Probadle, pues. Ordenadle que regrese a Italia, sin decirle por qué, y veréis lo que pasa: no vendrá».

Bonifacio se quedó mirando a Darío de hito en hito.

—¿Es eso cierto? —dijo.

—¿Acaso te he mentido alguna vez? —repuso Darío, molesto.

Bonifacio, conmovido, posó la cabeza sobre el hombro de su amigo.

—Darío, te lo ruego —dijo—. Júrame que es cierto…

—Te lo juro por las llagas de Cristo —repuso, santiguándose.

—¡Gregorio! —rugió Bonifacio.

El menudo secretario entró, demudado.

—Tráeme la cápsula con los documentos secretos de Italia —ordenó Bonifacio.

Cuando Gregorio los trajo, Bonifacio abrió la cápsula con una llavecita que llevaba colgada al cuello y extrajo una carta.

—Léela, Darío —dijo.

Darío la leyó, consternado. Luego dijo:

—Primero te aconseja que no vayas, si te llama. Luego le dice a la Emperatriz que no irás, lo cual prueba que la estás traicionando… No cabe mayor villanía.

—Y pensar que he caído en una trampa tan burda… —musitó Bonifacio.

—Pero casi da resultado —dijo Darío, indignado—. Y ya nos ha costado dos mil hombres y varios barcos… Por no hablar de tus pérdidas.

Bonifacio frunció el ceño.

—Y lo más triste es que ahora he perdido la confianza de la Emperatriz…

—La Emperatriz no ha enviado contra ti doscientos navíos mandados por Aecio —dijo Darío—. Me ha enviado a mí…

—Sí, es cierto. Pero Aecio, mi viejo amigo Aecio, estará al acecho… Bien, espera a que nos veamos las caras… Por cierto, ¿dónde está?

—No lo sé. Mi viaje ha sido rigurosamente secreto, pero sus servicios de información son excelentes. Si no sabe que he venido, se enterará. Lo cual quiere decir que estará seguro de que me has mostrado su carta y deducirá todo lo demás. Supongo que pondrá tierra por medio, si no la ha puesto ya, y se marchará a inspeccionar las fronteras del Norte o algo así. En cualquier caso, no estará en la corte cuando yo regrese e informe a la Emperatriz. Eso seguro.

—¿Cuáles son tus instrucciones, Darío? —preguntó Bonifacio.

—Oficialmente, investigar la situación.

—Entonces, tu misión ha terminado…

Darío vaciló. Su rostro se puso tenso.

—Mis poderes son muy amplios, Bonifacio —dijo—. Y tengo que decirte que los aliados que has escogido son bastante… indeseables.

—Me temo que sí. Pero solo pedí…

—Diez mil auxiliares, lo sé. Pero ese Genserico no ha desperdiciado la oportunidad. ¡Un comandante romano pidiéndole ayuda oficialmente!… Ha dejado a España exprimida como un limón. Y, ahora, África… Tú has venido a ser la respuesta a sus oraciones, si es que los demonios tuertos son capaces de rezar. ¿Sabes ya que todo el pueblo vándalo, en masa, se ha puesto en marcha?… Caravanas interminables de hombres, mujeres y niños llegan sin cesar a las playas del sur de España y muchos ya han comenzado a embarcar… Pediste tropas auxiliares y se te echa encima todo un pueblo, que Dios sabe hasta dónde llegará.

—Terrible —dijo Bonifacio, ceñudo—. Lo empecé a sospechar hace poco. ¿Qué podemos hacer?

Habían vuelto a los tiempos de la academia militar, barajando cifras, escudriñando mapas y calculando necesidades de equipamiento, puertos disponibles y posibles refuerzos de otras guarniciones africanas.

—No podré hacer gran cosa a base de movilizar ciudadanos —dijo Bonifacio—. Están todos gordos y cebados… No podrían manejar una espada ni sostener un escudo. Necesitaré al menos

diez mil hombres, tropas regulares capaces de derrotar a mi «aliado». Vi cómo luchan esas fieras cuando estuve en España con Castino.

—Puedo proporcionarte esos hombres —repuso Darío—. Godos en su mayoría, mandados por Aspar. Podrían estar aquí en dos o tres meses, si el tiempo lo permite.

—Aspar, has dicho… —musitó Bonifacio, pensativo.

—Sí. Pero estaría a tus órdenes, claro.

Hizo una pausa y añadió, festivo:

—Me ha dicho un pajarito que el hombre que consiga echar a los vándalos de África podrá escoger entre quedarse aquí o regresar a Italia. Si decide quedarse, estupendo; pero, si quiere volver, se le nombrará Generalísimo y Patricio, rango que ambiciona alguien que yo me sé.

Se guiñaron el ojo, como colegiales.

—Vamos a cenar —dijo Bonifacio, levantándose—. Hay mucho que hacer luego. Me gustaría que te quedaras algún tiempo, para perfilar los planes…

—Está bien —repuso Darío, tras una breve vacilación—. Enviaré la nave a Italia, mañana o pasado mañana, cuando veamos las cosas un poco más claras, al mando de Aulo Mudo, mi segundo. Que vaya a Rávena, donde ahora está la Emperatriz, y le resuma la situación. Se mostrará satisfecha, seguro. ¿Sabes lo que me dijo antes de partir?… «Necesito a Bonifacio. No quiero que se convierta en un rebelde…». Y golpeaba el suelo con un pie.

—Un pie delicadísimo, por cierto… Y no me gustaba nada la idea de convertirme en rebelde… ¡Claro que me necesita! ¿Quién, si no, iba a ajustar las cuentas a ese felón de Aecio?… Anda, vamos a cenar.

***

Los buenos ciudadanos de Cartago se sintieron muy aliviados con el desarrollo de los acontecimientos. Una cosa era celebrar la victoria de la guarnición sobre unas fuerzas reducidas y otra muy distinta tener que armarse y entrenarse para rechazar un ataque en toda regla de las tropas imperiales.

En cuanto a los vándalos, estaban muy lejos, en la más apartada de las nueve provincias africanas; además, ahora que el Conde Bonifacio y la Emperatriz habían vuelto a hacer las paces, no sería difícil expulsarlos.

En el palacio del Conde, sin embargo, no reinaba tanto optimismo. Las noticias sobre los vándalos eran cada vez más preocupantes. Los donatistas habían hecho causa común con los invasores y Genserico había sido lo bastante sagaz como para ordenar que sus hombres respetaran sus comunidades, órdenes que no siempre eran obedecidas.

Los Obispos, en sus cartas, contaban cosas terribles de las atrocidades cometidas por los invasores en aquellas desgraciadas provincias occidentales, y largas columnas de fugitivos avanzaban hacia el Este. Algunas ya habían llegado a Hipona, situada a solo doscientas millas de Cartago.

—Acabo de recibir una carta del Venerable Obispo de Hipona —le dijo Darío a Bonifacio cuando se reunieron, una vez más, en el «saloncito púrpura».

Era la última entrevista. Los planes estaban ya perfilados y una rápida birreme esperaba en el puerto de Cartago al enviado imperial, para partir rumbo a Rávena.

—¿Cómo? ¿Otra? —preguntó Bonifacio.

—Sí. Nos hemos carteado con frecuencia durante estas semanas. Ya te dije que me había escrito una carta preciosa sobre la paz, congratulándose de la que habíamos concertado. Pienso guardarla…

Es un hombre extraordinario. En Italia, todo el mundo habla de sus libros…

—A mí también me escribió poco antes de que tú llegaras —repuso Bonifacio, rascándose la cabeza—. Me cantaba las cuarenta… Muy cortésmente, sí, pero en términos inequívocos. No lo hubiese aceptado de otra persona… Pero el caso es que tenía razón.

—Creo que te aprecia —dijo Darío—. Habla muy bien de ti… en las cartas a los demás. Tienes en él un apoyo indiscutible. Y un amigo.

—Más que un amigo —dijo Gregorio—. Un ángel de la guarda. Lo es de todo el mundo.

—Le he escrito para darle las gracias por sus consejos —prosiguió diciendo Darío— y le he enviado algunos libros para su biblioteca que, según dicen, es magnífica. Pues bien, ¿sabes lo que ha hecho? Me ha enviado sus últimas obras: «Sobre la Fe», «Sobre la Paciencia», «Sobre la Continencia», el «Enchiridion»… y un ejemplar de sus «Confesiones». Las estoy leyendo…

La Condesa Alida acababa de entrar en el saloncito. No solía hacerlo, pero Darío estaba a punto de irse y tenía que mostrar que no era tanto una princesa vándala como la esposa del procónsul de África.

Al escuchar lo que Darío acababa de decir hizo un gesto de desprecio.

—Yo también lo estoy leyendo —dijo—, me lo ha dejado mi esposo… Y me parece una tontería la importancia que da el bueno del obispo al hecho de haber robado unas cuantas peras cuando era un mozalbete. Si eso fuera un pecado tan horrible, nadie iría al cielo…

Bonifacio, Darío y Gregorio se la quedaron mirando, sorprendidos.

—Bueno, no es que yo haya robado peras —se apresuró a decir Alida—, pero me parece que dar tanta importancia a eso…

Gregorio se inclinó hacia ella.

—Si me lo permitís, Condesa, os lo explicaría —dijo.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Imaginaos que estáis invitada a una recepción importantísima en el palacio imperial de Rávena. Os ponéis vuestras mejores galas… un traje blanco de seda, por ejemplo. Salís a la calle y, en el momento de subir a vuestra litera, un jinete, al pasar, os salpica de barro. Poca cosa, una simple mota en vuestro vestido blanco, de tal forma que la gente que no lo supiera apenas repararía en ella. Ahora bien, ¿os parecería a vos que no tenía importancia?

—Me sucedió una vez —dijo Alida con viveza—. En una fiesta. Pero el traje no era blanco; era gris perla…

—Y no os importó, claro… Era una tontería.

Alida se encogió de hombros, con desprecio.

—Los hombres no entendéis nada —dijo—. Era como estar toda sucia, como si la mancha fuera enorme. Me amargó la fiesta.

—¡Ah! —exclamó Gregorio—. Pero hay hombres que sí entienden, Condesa. El Obispo de Hipona, por ejemplo. No podía soportar la idea de presentarse en la gran fiesta del Rey de reyes con una mancha en el alma, aunque sea pequeña, porque para él es grande.

—Puede que tengas razón —dijo la Condesa, condescendiente—. Creo que ahora empiezo a entenderlo.

—Ya es algo —dijo Bonifacio, con retintín.

—No, no es *algo* —repuso Alida—. Es una *mancha*. ¿Comprendes?

—Sí, querida —afirmó él, indulgente.

Ninguno de vosotros comprende, pensó Gregorio. Ni yo tampoco. ¿Qué sabemos nosotros, pigmeos, de lo que sienten los santos que están tan cerca de Dios? Si hasta nosotros, que estamos tan lejos, tememos a veces encontrarnos cara a cara con Dios, Suma Perfección, ¿qué sentirán ellos? Quien haya atisbado algo de eso no puede seguir siendo quien era. Y no digamos nada si la visión desaparece y vuelve a caer por tierra, y se sabe de barro, cuando

podría ser parte de lo que ha visto, un reflejo de su Luz. ¡Con qué claridad ha descrito Agustín sus sentimientos y analizado sus pensamientos, incluso en cosas tan nimias como un simple robo de unas cuantas peras…! Si solo hubiese sido por gula, lo habría lamentado, pero no en tales términos. Pero era por malicia, por el malicioso deseo de destruir por destruir, por el placer de hacer algo prohibido por el hecho de estar prohibido y de brillar ante los demás… En la raíz de todo eso estaba el pecado de Adán, el deseo de ser la Ley, de ser Dios mismo. Entonces no lo sabía, pero cuando escribió las *Confesiones* sabía ya que la causa de su pecado era la misma que la de todos los que comete el hombre. Pero, a diferencia de Adán, no trata de culpar a una Eva seductora. Se acusa a sí mismo, tanto como individuo que como miembro de la humanidad. Y sin duda hay algo más, algo más grande y más alto, que yo, siendo simplemente Gregorio, y él Agustín, no puedo percibir… Lo presiento, pero no lo puedo expresar.

—No me has dicho lo que el Obispo de Hipona te decía en su carta —observó Bonifacio.

—¡Es verdad! Y me alegro de que me lo hayas recordado. Tengo que enviarle una medicina. El pobre Obispo está enfermo y mi físico es muy bueno… Deben ser achaques de la edad. Va a cumplir los setenta y seis, creo. Y, con la preocupación por lo que está ocurriendo, no creo que mejore.

—La mejor medicina para él será ver que echo a esos vándalos al mar —dijo Bonifacio.

Hizo una pausa y añadió:

—Darío: dile a la Emperatriz que haré todo lo que pueda. Y procura que Aspar venga lo antes posible.

# 6.

«Noches rojas», empezaron a llamar en Hipona a aquellas noches iluminadas por el resplandor de los edificios que ardían en pueblos y ciudades situados a varias leguas de distancia. Y, tras cada noche roja, una nueva avalancha de fugitivos caía sobre la ciudad. Y esa pobre gente venía hambrienta y desarrapada, y a menudo enferma o herida. Y había que darle de comer, y buscarle alojamiento, y curar sus heridas. Y consolarla y alimentar su esperanza…

Hipona era una ciudad de unos treinta mil habitantes que había absorbido un increíble número de refugiados, por lo que escaseaba todo —la ropa, la comida, el agua— y se veía amenazada por la peste, la peor de todas las calamidades.

Desde hacía meses, las cosas iban de mal en peor. No había forma de detener a los vándalos que, como una plaga de langostas, seguían destruyendo y saqueando, dejando atrás un rastro desolado. El peligro era cada vez mayor, más próximo, y muchos empezaban ya a calcular el número de días que tardarían en llegar ante las murallas de la ciudad para sitiarla.

Hacía meses, también, que el Obispo de Hipona venía desarrollando una actividad capaz de dejar exhausto a un hombre treinta años más joven. Estaba en todas partes; halagaba, increpaba, suplicaba, comprometía y, si era preciso, amenazaba y tronaba, pidiendo a los ricos que proveyeran a las necesidades de los pobres y de los refugiados; ni él ni sus comunidades tenían nada propio, pero vendió cuantos objetos de oro y plata había en las iglesias; se olvidó del libro que estaba escribiendo contra Juliano de Eclano, el pelagiano[*], para dedicarse a consolar a las madres por la pérdida de sus hijos, a las esposas por la de sus maridos, a encontrar hogares para los huérfanos, a alentar a los temerosos. Censuraba enérgicamente a los obispos y sacerdotes que no permanecían junto a sus comunidades, excepto cuando estas se

dispersaban o huían, y le puso los puntos sobre las íes al Obispo Honorato de Thiaba cuando le pidió consejo.

Luego, un día, los vigías de las torres de las murallas divisaron largas columnas de soldados. No tardaron en identificar los emblemas y estandartes que llevaban, y la ciudad entera se regocijó: ¡por fin llegaban las tropas romanas!

Pero, cuando las columnas se aproximaron, vieron que estaban formadas por hombres exhaustos, heridos y desarmados. Habían llegado los romanos, sí, pero derrotados.

Bonifacio iba al frente de ellos. Lívido y silencioso, avanzaba montado en un caballo bayo. Nada quedaba en él de su optimismo y arrogancia. Una de las primeras cosas que ordenó fue que todos los barcos anclados en el puerto zarparan inmediatamente hacia Sicilia para traer trigo. Luego, empezó a reforzar las fortificaciones y a revisar las murallas.

Tres días después de su llegada, los primeros jinetes vándalos aparecieron en lontananza. Luego, la infantería alcanzó las murallas.

El sitio de Hipona había comenzado.

## 7.

Tras la derrota que había experimentado, Bonifacio sacó fuerzas de flaqueza. Repelió ataque tras ataque, puso a los ciudadanos a trabajar con sus ingenieros en las fortificaciones, almacenó el grano que quedaba, racionó las provisiones y se mostró siempre valeroso; en cuanto las trompetas anunciaban zafarrancho de combate, allí estaba él, espada en mano, para cubrir la brecha en las murallas.

Se vio favorecido por el hecho de que los vándalos no eran muy duchos en el arte de sitiar ciudades. Preferían luchar en campo abierto, donde la caballería podía maniobrar libremente.

Con todo, la situación en la ciudad empeoraba. La gente empezó a morirse de hambre y la disentería, a hacer estragos.

De vez en cuando, Bonifacio iba a ver al Obispo. «Es tan reconfortante como una buena comida o un sorbo de agua clara», le dijo a Gregorio un día. «Hoy le han visitado más de doscientas personas y todas han salido aliviadas. Posidio podría contarte…».

Posidio era el Obispo de Calama, que se había refugiado en Hipona. No había nada malo en ello, pues Calama ya no existía. Posidio había abandonado el último la ciudad en llamas, con un puñado de supervivientes.

Y Agustín seguía actuando. Le llevaban los tullidos y los endemoniados, convencidos de que podía curarlos. La gente se abalanzaba sobre él en las calles, para tocar sus vestidos; y, cuando se dirigía a la basílica, tomaban en brazos a los niños y los alzaban, para que los bendijese.

Fue el mes de agosto, con sus días de calor húmedo y bochornoso —el mes de las epidemias— cuando Agustín sufrió su primer desmayo. Se recuperó pronto, pero, cuando quiso ir a la basílica, comprobó que no podía tenerse en pie, y tuvo que acostarse. Pero ni siquiera en la cama le dejaban tranquilo. Se amontonaban en la alcoba e incluso le llevaban allí los enfermos y los tullidos. Había curado a tantos imponiéndoles las manos que ahora querían que siguiera haciendo lo mismo…

Un hombretón, arrastrando una pierna, entró en la alcoba, apoyado en unas toscas muletas. Había quedado tullido hacía unos cuantos meses, al derrumbarse un muro sobre él. Tenía tres hijos que dependían de él y venía a suplicarle que le curase.

El Obispo, consumido, con el rostro demacrado, yacía sobre una colchoneta, inmóvil, pero trató de sonreír.

—Si fuera capaz de hacerlo, hijo mío —dijo—, trataría de curarme a mí mismo.

Pero aquel hombre insistía. Había tenido un sueño: un forastero se le había aparecido y le había dicho que fuera a ver al santo Obispo, que extendería sus manos sobre la pierna enferma y quedaría curada.

El Obispo Posidio vio cómo Agustín alzaba, con infinito esfuerzo, una mano escuálida y tocaba con ella la pierna del tullido. Este murmuró unas palabras de agradecimiento, dio media vuelta y se arrastró hacia la puerta. Al llegar allí se detuvo un momento, como si le hubiera llamado alguien; luego, con un gesto rápido, instintivo, prescindió de una muleta y la arrimó a la pared; a continuación, hizo lo mismo con la otra y se irguió todo lo que pudo, apoyándose en ambos pies; finalmente, sin mirar atrás, salió corriendo.

Profundamente conturbado, Posidio miró a Agustín y trató de decir algo, pero el Obispo de Hipona estaba rezando, con los ojos cerrados. Sus labios apenas se movían; solo ese movimiento y el imperceptible aleteo de la manta sobre su pecho daba a entender que seguía vivo.

La fiebre era cada vez más alta y suplicó que le dejaran solo. Únicamente el físico y un hermano lego —que de vez en cuando le daba a beber un poco de agua fresca— entraban en su celda.

El físico le había prohibido que leyera. Concentrarse en sus queridos pergaminos, escritos con una letra tan pequeña, debilitaría aún más sus ya escasas fuerzas.

Obedeció, pero ordenó que escribieran el texto de los siete salmos penitenciales de David con letras bien grandes en trozos de pergamino y los clavasen en la pared de enfrente de su cama.

Así lo hicieron y, desde ese momento, empezó a recitarlos en voz baja una y otra vez.

> Señor, no me rechaces en Tu indignación,
> no me castigues en Tu ira.
> Ten piedad de mí, Señor, porque soy débil;
> cúrame, Señor, porque mis huesos están temblorosos,
> y mi alma conturbada en extremo;
> pero Tú, Señor, ¿hasta cuándo?.

Ya no más, Señor, ya no más. Lo sabía… Lo había suplicado tanto, durante tantos meses… Señor, libra la ciudad del enemigo o

llévame contigo…

Bonifacio le había prometido solemnemente que salvaría todos los habitantes que pudiese, evacuándolos en barcos, si sobrevenía lo peor. Así, pues, Señor, permíteme morir en paz contigo.

> Bendito aquel al que se le perdonan sus iniquidades;
> aquel a quien se le cubre la multitud de sus pecados.

¡Tantos, tantos!… Todas las rebeldías de su juventud. Un libro entero, lleno con sus pecados…

> No hay salud en mi carne, a causa de Tu ira;
> no hay paz en mis huesos, a causa de mis pecados…
> Dispuesto estoy para los azotes;
> y mi pena está siempre delante de mí…
> No me abandones, Señor Dios mío;
> no te apartes de mí.

Ese toque de trompeta, esa llamada… ¿Era el fin del mundo? ¿O solo el fin de un mundo?

Todo lo que había edificado en África, reducido a cenizas, hundido, aniquilado. Diócesis florecientes, parroquias en expansión… Tantos buenos obispos y sacerdotes asesinados, tantos miles de fieles arrastrando su miseria por las calles de la ciudad…

¿El fin del mundo?

No. Nada terminaba ante Dios, Vida de un mundo sin fin; ante un Dios que era el Alfa y la Omega, ante un Dios que contemplaba el principio de la Creación y el último día en un eterno Ahora.

> Restaura en mí el gozo de tu salvación,
> y fortaléceme con un perfecto espíritu.
> Enseñaré a los impíos Tus caminos
> y los débiles se convertirán a Ti.

Y si todo lo que he hecho fuera nada ante tus ojos, Señor, ¿qué importaría? Lo he hecho porque Te amo, mi Señor y mi Dios.

Mis días son como sombra que se inclina
y me seco como la hierba.
Pero Tú, Señor, permaneces para siempre;
y Tu memoria de generación en generación.
Te alzarás y tendrás misericordia de Sión;
porque es tiempo de apiadarte de ella…

Misericordia, Señor, para la pena y angustia de este pobre pueblo, para la pena y angustia de mi pobre corazón.

Desde las profundidades a Ti clamo, Señor.
Señor: escucha mi voz.
Que tus oídos estén atentos a la voz de mi súplica.
Si tienes en cuenta nuestras iniquidades, Señor,
¿quién se salvará?
Pero en Ti reside el perdón misericordioso,
y, a causa de Tu Ley, espero en Ti, Señor.
Mi alma se fía de Su Palabra;
mi alma espera en el Señor.
Desde la mañana hasta la noche,
que Israel confíe en el Señor.
Porque en el Señor hay misericordia
y en Él está la redención.
Él redimirá a Israel de todas sus iniquidades.

Sin la Gracia, ¿quién podría salvarse?
¿Quién escaparía de la condenación sin la Cruz?

Toma mi vida, Señor, toma mi vida… La mortalidad es nuestra cruz y quien la asume, sigue a Cristo de alguna manera.

No juzgues a Tu siervo, Señor,
porque en Tu presencia ningún viviente
quedaría justificado.
Libra a mi alma de su turbación…
Porqué yo soy Tu siervo.

Porque yo soy Tu siervo.

Te he manifestado mi amor confesando mi miseria y alabando Tus misericordias. Tú, que has iniciado mi liberación, libérame por completo, para que, libre de mis miserias, pueda gozar de la Gloria contigo.

La bienaventuranza eterna. Esa inacabable plenitud que he saboreado en la tierra en algunos breves momentos…

Poco antes del final, llegó Alipio. Tagaste había dejado de existir. Como Posidio, había logrado escapar con los últimos fugitivos y alcanzar Hipona caminando en noches sin luna.

Agustín le reconoció en cuanto entró en la celda, acompañado del físico. «Hermano mío», musitó, con una débil sonrisa.

No dijo nada más. Al cabo de un rato, le oyeron susurrar algo. Se inclinaron sobre el lecho y, claramente, le oyeron que decía:

—Mi mayor locura… quise… comprenderlo… todo.

A partir de ese momento, se limitó a musitar oraciones.

Al día siguiente, habló claramente en voz alta, una vez más, con los ojos cerrados, como si se dirigiera a sus feligreses:

—Él que es la Vida… ha descendido a la tierra… y ha vencido a la muerte. ¿No queréis… ascender con Él… y vivir?

***

El Conde Basílides, enviado especial de Su Majestad el Emperador Teodosio II, del Imperio Romano de Oriente, llegó a Hipona poco después. Los vándalos le permitieron pasar tras una desagradable media hora de espera. No tenían disputa alguna con el imperio oriental y no les convenía entrar en conflicto.

Fue derecho a la residencia episcopal, donde le recibió un anciano vestido con una simple túnica negra.

—¿El Obispo Agustín? —preguntó.

—Soy el Obispo Alipio de Tagaste —dijo con voz débil—. ¿Habéis venido a ver al Obispo de Hipona?

El Conde Basílides asintió cortésmente.

—Me envía mi señor, el Emperador Teodosio II, con el encargo de invitar al santo Obispo a un concilio de la Iglesia que se celebrará el año que viene en Éfeso.

El anciano se le quedó mirando en silencio y el Conde pensó que debía de ser un poco duro de oído. Pero Alipio no tardó en rogarle que le siguiera.

Paso a paso, arrastrando los pies, le condujo por un largo corredor hasta una puertecilla que daba a lo que parecía ser un amable jardín, pero que —como no tardó en comprobar el Conde— era en realidad un cementerio. ¿Por qué le llevaba allí el anciano?… Tal vez era el camino más corto para llegar a la basílica, pensó.

Pero no. El anciano se detuvo ante una de las tumbas y murmuró:

—Aquí está el Obispo Agustín.

No es fácil aceptar así como así que la persona por la que se ha hecho un largo y azaroso viaje ha dejado de existir.

El Conde Basílides le miró, incrédulo.

—Vengo de Constantinopla… —murmuró.

—Lo siento —repuso Alipio, sin mirarle.

Basílides empezó a rehacerse. Era una pena que hubiese muerto, sí, pero mejor era eso que no que estuviese vivo y se hubiese negado a participar en el Concilio… Teodosio se habría enfadado con él, por no ser capaz de convencerle, pero no podía molestarse porque estuviese muerto…

Se irguió solemnemente, sacó de su faltriquera la carta imperial de invitación, escrita con oro líquido en un pergamino teñido de púrpura y la depositó suavemente sobre la tumba.

—En el nombre de Su Graciosa Majestad, el Emperador Teodosio II, César, Augusto, Invencible, digno de eterna alabanza —dijo.

Dio un paso atrás y añadió:

—Una gran pérdida… Una gran pérdida para todo el Imperio… Mi excelso soberano lo va a deplorar vivamente.

Alipio no dijo nada.

El Conde Basílides carraspeó.

—Supongo —dijo— que habrá muerto de muerte natural, no a manos del… enemigo.

Alipio asintió.

—En fin —añadió Basílides—, solo me queda agradeceros que hayáis tenido la… delicadeza de traerme aquí.

—Si deseáis alojaros en la residencia episcopal —dijo Alipio—, con mucho gusto os ofrezco mi pobre hospitalidad.

—Gracias, gracias… —se apresuró a decir el Conde—. Pero tengo que visitar al Conde Bonifacio y regresar enseguida. Debo informar cuanto antes al Emperador.

—Como queráis, señor Conde.

Alipio acompañó al enviado imperial hasta la puerta de la residencia episcopal. Luego, lenta, trabajosamente, volvió al cementerio.

A lo lejos, hacia el Sur, sonó el toque agudo, insistente, de una trompeta. Otro ataque local… Al parecer, Bonifacio planeaba evacuar la ciudad y transportar en los navíos que quedaban a la mayor parte de la población. ¿Podría hacerlo?… Tal vez, pero a él no le importaba. Que se fueran los jóvenes. Posidio decía que Bonifacio había prometido a Agustín que haría todo lo posible por salvarlos… Tendría que recordárselo, si las cosas se agravaban todavía más.

Un soplo de viento inclinó los tallos del rosal, como si las flores quisieran asentir. Tomó la misiva imperial, depositada sobre la tumba, y la lanzó al aire. Voló un instante como una gigantesca mariposa púrpura, y luego fue a caer sobre la amarillenta lápida de otra sepultura.

Alipio se acercó. ¿Quién estaba enterrado allí? Marcus Burrus, un zapatero… Ahí tienes, Marcos, una invitación de Su Imperial Majestad, Teodosio II… Ve y hazle un par de sandalias… ¿No? ¿Desprecias la invitación?

Alipio sonrió. A Agustín también le habría hecho gracia, pensó…

¿Tenía razón al calificar de locura su inquieta búsqueda de la verdad, su insaciable hambre de conocer?…

Visto todo desde donde estaba ahora, sin duda sí. Porque ahora, en el reino de los cielos, junto a Dios, su alma ya habría encontrado respuestas a todas las preguntas, resumidas en una: Dios es Amor.

Pero aquí, en la tierra, tendrá que haber quienes sigan buscando como buscaste tú; como tú, hermano mío, buscaste por mí… Y nosotros, los menos capacitados, los más simples, aprenderemos lo que tú nos enseñaste; y trataremos de comprender, para creer en la Palabra de Dios. Y creeremos en la Palabra de Dios, para comprender mejor…

Alipio suspiró.

Me has abandonado una vez más y ahora no te puedo seguir… Pero te seguiré, ¿verdad?, y nos volveremos a encontrar… Te dije una vez —un día que nunca olvidaré— que te había seguido a trompicones por todos los senderos equivocados. ¿Cómo no te voy a seguir ahora que has llegado al final del buen camino?

Como siempre, estoy un poco rezagado. Pero llegaré al Hogar, ¿verdad?…



LOUIS DE WOHL (nacido Lajos Theodor Gaspar Adolf Wohl y más tarde conocido como Ludwig von Wohl; Berlín, 1903 - Lucerna, 1961) fue un astrólogo, guionista y escritor alemán, uno de los grandes autores de novela histórica del siglo xx.

# Notas

[*] Jefe de una decuria que tenía el mando de diez hombres en las colonias romanas. (N. del T.).

[*] Juliano el Apóstata (361-363), primo de Constancio, fue favorecido por este, que le nombró general de las tropas del Rin, donde obtuvo resonantes victorias contra los alemanes. El año 360 fue proclamado Emperador por sus soldados en Lutecia (París) y, al año siguiente, la muerte de Constancio le hizo dueño de todo el Imperio.

Habiendo renegado del cristianismo —estaba bautizado—, volvió a hacer del paganismo la religión del Imperio y persiguió a los cristianos. Su reinado fue muy breve. Murió el año 363, luchando contra los persas.

[*] Aunque tomó algunos elementos del cristianismo, más que una herejía, el maniqueísmo fue una *religión* oriental, fundada por *Manes*, filósofo y astrónomo persa que vivió en el siglo III después de Cristo (215-277, aprox.).

El núcleo fundamental del maniqueísmo está en la creencia de que existen dos Principios eternos, iguales y opuestos: el Bien y el Mal, el Espíritu y la Materia, la Luz y las Tinieblas. El mundo material habría sido creado por el Principio del Mal, por lo que todo lo material es malo o, por lo menos, *impuro*.

El maniqueísmo se extendió pronto por el Imperio Romano, pero su influencia no duró mucho. En la Edad Media, resurgió en forma de herejía dentro del cristianismo (cátaros, valdenses, albigenses, etc.). En sus diversas formas, ha atraído siempre a quienes no son capaces de entender y aceptar la existencia del mal en el mundo.

[*] En las luchas de gladiadores, el *retiarius* era el que, con un tridente y una red, se oponía al *secutor*, armado con un escudo y una espada (N. del T.).

[*] Los circumceliones (merodeadores) eran individuos (bandoleros, delincuentes, asesinos) que, organizados en bandas por los donatistas, atacaban, saqueaban e incendiaban los poblados cristianos. (N. del T.).

[*] Constancio II (337-361) Hijo de Constantino el Grande, sucedió a su padre (año 337) juntamente con sus dos hermanos, Constantino y Constante, y pasó a gobernar las provincias de Oriente. El año 340 murió Constantino luchando contra Constante y en el 350 este fue asesinado por Magnencio, por lo que Constancio, tras derrotar al asesino de su hermano en Mursa (353), quedó dueño de todo el Imperio.

[*] Graciano (375-386) Hijo de Valentiniano I[**], le sucedió en el Imperio de Occidente al morir este, pero el ejército quiso asociar al trono a su hermano Valentiniano, por entonces un niño de corta edad.

A la muerte de Valente (378), Graciano escogió a uno de sus generales, Teodosio, para gobernar el Imperio de Oriente.

El año 383, el ejército de Britannia proclamó Emperador a Máximo, que derrotó a Graciano cerca de París. Perseguido por Máximo, fue alcanzado y muerto en los alrededores de Lyon (386).

Graciano, cristiano convencido, favoreció al cristianismo, suprimiendo las exenciones y subvenciones oficiales para el culto pagano.

[**] Valentiniano I (364-375) A la muerte de Juliano, volvió a dividirse el Imperio. Valentiniano I, elegido Emperador en el 364, asoció al trono a su hermano Valente, que gobernó en Oriente hasta su muerte en la batalla de Adrianópolis (378) luchando contra los godos.

Aunque cristiano convencido, Valentiniano fue muy tolerante con el paganismo. Valente, por el contrario, era *arriano* y persiguió sañudamente a los cristianos ortodoxos.

[*] Valentiniano II (375-392) Durante su niñez, gobernó en su nombre la Emperatriz Justina, de tendencias arrianas. En el año 387, muerto ya Graciano, Máximo atacó Milán, sede de la corte imperial, y Valentiniano y Justina huyeron a Constantinopla, buscando la protección de Teodosio. Apoyado por este, volvió a Italia, pero el año 392 murió asesinado por el General Arbogasto.

[*] Teodosio I el Grande (378-395) Era español. Había nacido en Cauca (Coca), procedente de una familia distinguida, convertida al cristianismo.

Militar, como su padre, se distinguió en diversas campañas. El año 378, a la muerte de Valente, Graciano le invitó a hacerse cargo del Imperio de Oriente, gravemente amenazado por los godos. Muerto este (386), luchó contra Máximo, al que derrotó, reponiendo en el trono del Imperio de Occidente a Valentiniano II. Asesinado este por Arbogasto (año 392), y tras derrotar al usurpador Eugenio, Teodosio quedó como único Emperador de Oriente y de Occidente.

Ardiente defensor de la ortodoxia cristiana frente al arrianismo y al paganismo, hizo del cristianismo la religión oficial del Imperio (año 380).

De carácter fuerte y violento, aunque justo, solía imponer castigos severísimos. Tras la represión sangrienta de un motín en Tesalónica (año 390), Ambrosio, Obispo de Milán, le excomulgó y le obligó a hacer pública penitencia, que Teodosio, humildemente, aceptó.

A su muerte (año 395), el Imperio quedó nuevamente dividido entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio.

[*] Honorio (395-423) Hijo de Teodosio I, le correspondió el Imperio de Occidente. Durante su reinado, se produjeron numerosas incursiones de los godos, mandados por Radagasio y Alarico I, que en el año 410 ocupó y saqueó Roma. En las campañas contra los godos se distinguió Estilicón, un general vándalo al servicio del Imperio que, acusado más tarde de traición, fue ejecutado.

[*] Gala Placidia (389-450) Hija de Teodosio y hermana de Honorio, fue hecha prisionera durante el saqueo de Roma (año 410) por Ataúlfo (cuñado de Alarico), con quien contrajo matrimonio (414) y de quien tuvo un hijo. Muerto repentinamente Alarico tras el saqueo de Roma, le sucedió Ataúlfo, a quien el Emperador Honorio cedió los dominios romanos del sur de Francia y nordeste de España, donde fundó un reino visigodo. Gala Placidia llegó a ser reina consorte del reino visigodo, con capital en Barcelona, donde todavía se conservan recuerdos suyos.

Al morir Ataúlfo, asesinado por Sigerico (415), regresó a Italia y se casó en segundas nupcias con Constancio, general de Honorio, que llegaría a ser co-emperador. Muerto Constancio (año 421) y luego Honorio (423), continuó gobernando con energía, primero en nombre propio, como Emperatriz, y luego en el de su hijo, Valentiniano III, que en el año 425 recibió de Teodosio II, Emperador de Oriente, la parte occidental del Imperio.

[*] Valentiniano III (425-455) Hijo de Constancio y de Gala Placidia, durante su reinado el Imperio de Occidente empezó a desintegrarse.

Los vándalos, expulsados del sur de España por los visigodos, invadieron y conquistaron el norte de África y Sicilia, al mando de Genserico; y los hunos invadieron las Galias y el norte de Italia, a pesar de las brillantes campañas del general Aecio.

[*] Aecio (454) Último general romano defensor del Imperio. Entregado en calidad de rehén, siendo todavía muy joven, al rey godo Alarico, pudo familiarizarse con sus tácticas guerreras. Nombrado General de los ejércitos romanos de Occidente por Gala Placidia y Valentiniano III, defendió la paz y la seguridad del Imperio en Italia, España y las Galias. En el año 451 derrotó a Atila, rey de los hunos, en la memorable batalla de los Campos Cataláunicos, cerca de Châlons (Francia). Tres años más tarde, Valentiniano III, que abrigaba la sospecha de que pretendía el trono, lo asesinó con su propia mano (21 septiembre 454). Pocos meses después, los partidarios de Aecio lo asesinaron a él (marzo, 455).

[*] Estilicón (359-408) De origen vándalo, hizo carrera en el ejército a las órdenes del Emperador Teodosio, quien le encomendó la educación de su hijo Honorio. En el año 394 fue nombrado gobernador de la ciudad de Roma. A la muerte de Teodosio, se convirtió en el brazo derecho de su hijo Honorio. Luchó contra los invasores godos y los derrotó varias veces, pero no pudo evitar una nueva invasión conducida por el ostrogodo Radagasio. Fue ejecutado en Rávena por orden de Honorio (408), quien sospechaba que quería hacer emperador a un hijo suyo.

[*] Ambrosio de Milán (340-397) Nació en las Galias y estudió Derecho en Roma. Hacia el 370 fue nombrado magistrado consular con sede en Milán; pronto se ganó la veneración del pueblo por su benevolencia, justicia y sabiduría. En el 374 fue nombrado Obispo de Milán. Adoptó una firme actitud hacia el arrianismo y se opuso valientemente a la emperatriz Justina, que quería introducirlo en

Milán. Favoreció al emperador Teodosio, pero no dudó en excomulgarle e imponerle una penitencia pública tras la matanza de Tesalónica.

Escribió numerosas obras teológicas, morales, ascéticas, etc., y compuso diversos himnos litúrgicos, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros. Su profundo conocimiento del griego le ayudó a conseguir un mayor acercamiento entre la Iglesia de Oriente y de Occidente.

[*] Donatismo: Se llama así una herejía que empezó siendo un cisma iniciado por Donato, Obispo africano que se opuso a Ceciliano, Obispo legítimo de Cartago (año 313). Tras muchas disputas y vicisitudes, el cisma degeneró en herejía, al sostener los donatistas (seguidores de Donato) que la Iglesia era exclusivamente la «sociedad de los justos», que en ella no tenían cabida los pecadores, que no eran válidos los sacramentos administrados por un sacerdote indigno y que había que volver a administrar el bautismo a los *lapsi* y los *traditori*, es decir, a quienes, ante la amenaza del martirio, no habían sido capaces de confesar su fe.

El donatismo causó estragos, sobre todo en el norte de África, donde surgió una Iglesia donatista con su propia jerarquía, violentamente opuesta a la jerarquía católica.

En la lucha dialéctica contra los donatistas y en la refutación de su doctrina, se distinguió el Obispo Optato de Milevi (320-392) y posteriormente san Agustín.

[*] Pelagianismo: Herejía sostenida por Pelagio, monje de origen inglés, que vivió en el siglo IV después de Cristo. Su doctrina puede resumirse en los siguientes puntos: el pecado de Adán fue solo personal y no se transmitió a sus descendientes; Adán no tenía el don de la inmortalidad antes de prevaricar; el hombre puede salvarse sin el concurso de la gracia santificante; la gracia y el libre

albedrío son incompatibles; se puede vencer al pecado sin ayuda de Dios; la naturaleza humana no está viciada y es posible alcanzar la santidad solo con el propio esfuerzo; Cristo es maestro, pero no redentor; no renacemos a una vida nueva por el bautismo, pues no estábamos muertos.

El pelagianismo, que tuvo bastantes adeptos en todo el Imperio Romano, fue solemnemente refutado en el Concilio de Cartago (año 418), confirmado por el Papa Zósimo.

San Agustín refutó el pelagianismo en numerosas ocasiones y en varios de sus escritos.

**Semipelagianismo**: Tendencia herética surgida como reacción contra la doctrina de san Agustín sobre la gracia, mantenida por Juan Casiano, Vidal de Cartago y otros. Agustín refutó los errores de los semipelagianos en la última de sus obras, *De praedestinatione sanctorum et de Dono perseverantiae*, escrita poco antes de su muerte (428-429).

El semipelagianismo fue condenado en el Concilio de Orange (año 529), que proclamaba la existencia del pecado original y enumeraba sus efectos, definía que la gracia es gratuita y necesaria, y afirmaba que la fe es un don de Dios que suscita en el alma el afecto, el deseo y la súplica.

[*] Arrianismo: Herejía sostenida por Arrio, sacerdote de Alejandría (280-336), que negaba que Jesucristo fuese verdadero Dios. Para Arrio y sus seguidores, Jesucristo no era más que un demiurgo, una especie de divinidad intermedia, pero no el Hijo de Dios, de la misma naturaleza que el Padre y, por tanto, Dios mismo.

La herejía arriana fue condenada en el Concilio Ecuménico de Nicea (325), donde tuvo un destacado papel san Atanasio, obispo de Alejandría. En él se definió dogmáticamente que Jesucristo es «Hijo

Único de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre».

El arrianismo fue perdiendo poco a poco virulencia y partidarios dentro del Imperio Romano, pero arraigó fuertemente entre algunos pueblos bárbaros, como los godos, convertidos al arrianismo por un obispo hereje, Ulfilas.

# Índice de contenido

Libro Primero: Año 370 d. C.
Libro Segundo: Años 371-372 d. C.
Libro Tercero: Años 373-374 d. C.
Libro Cuarto: Años 374-382 d. C.
Libro Quinto: Años 383-385 d. C.
Libro Sexto: Años 385-387 d. C.
Libro Séptimo: Año 387 d. C.
Libro Octavo: Años 428-430 d. C.
Sobre el autor